

‘Dos siglos juntos’

de Alexandre Soljénitsyne

Síntesis comentada

Octavio A. Sequeiros

La Plata

2007

PRÓLOGO

Parece suicida que un autor prestigioso, para mayor escándalo cristiano y para colmo, premio Nobel de Literatura, juegue a la ruleta rusa con su fama avocándose en esta obra en dos tomos, *Deux Siècles Ensemble (1775-1995)*,¹ al tema eterno de los judíos sin someterse a los dogmas del poder mundial o del pensamiento único. Soljénitsyne parece tener plena conciencia de su insensatez y hasta intenta tomar algunas precauciones para presentarse como homínido racional. Comienza por advertirnos que en la especie humana no existieron ejemplares capaces de realizar un análisis “*que pueda satisfacer a las dos partes*” (Soljénitsyne, *Dos siglos...*, T. I, p. 7), objetivo de por sí utópico, además de que las partes son sólo dos por ficción simplificadora. En seguida pretende, con lenguaje algo elusivo y retórica argentina, que la otra parte tenga en cuenta sus buenas intenciones. “*El propósito que me guía a lo largo de esta obra sobre la vida común de los pueblos ruso y judío consiste en buscar todos los puntos de una comprensión mutua, todos los caminos posibles que, desembarazados de las amarguras del pasado, puedan conducirnos al porvenir*” (T. I, p. 8). Hasta los exhorta a “*comprenderse, a reconocer cada uno su parte de pecado*”, etc., lo que sin más detalles seguramente le hará perder el 90 por ciento del mercado para su libro.

En fin, como Aristóteles, Soljénitsyne da por supuesto que todos los hombres desean naturalmente saber y llega a afirmar literalmente que a pesar de las pasiones exacerbadas por la memoria mutua, “*sin embargo no podría haber aquí abajo problema alguno que los hombres no puedan abordar razonablemente*” (T. I, p. 8). Sin duda eso vale para los hombres considerados en su naturaleza, pero no para los aquí aludidos donde están vigentes las memorias selectivas que los enferman para esa clase de actividades, aunque nuestro premio Nobel intente hacerlas callar y curarlas (T. I, 8).

Así en el párrafo siguiente nos enteramos de que la realidad no es tan simple, pues inmediatamente se acuerda de que “*el problema judío rigurosamente no puede comprenderse sino desde un punto de vista místico y religioso*” lo que no está al alcance ni del vulgo ni de los expertos, juicio en que coincidimos. Pero, olvidándonos de estos rigores gnoseológicos y conformándonos con nuestras estrechas perspectivas, “*en el límite de nuestra existencia terrestre, podemos emitir juicios sobre los rusos como sobre los judíos a partir de criterios de aquí abajo*” (T. I, p. 8). Soljénitsyne no se resigna a utilizar el orden natural y otras verdades escolásticas indispensables para vertebrar el pensamiento (esos “*criterios de aquí abajo*”), pero gracias a Dios los utiliza aunque sea con sordina.

En cuanto a las fuentes, tiene buen cuidado (y lo dice) de utilizar cuanto autor judío ha escrito contra la política, la cultura y la estirpe rusa, para luego confrontarlos entre sí con los liberales, y los nacionalistas o zaristas. El procedimiento de por sí es contrario a las necesidades y la prácticas del poder que rige el mundo, y por tanto será seguramente sometido a la “*conspiración del silencio*” y de la maledicencia, pero puede ser provechoso en grupos pequeños y marginales a la caza de alguna verdad.

¹ Soljénitsyne, Alexandre. *Deux Siècles Ensemble (1775-1995)*. T. I *Juifs et Russes avant la révolution (1775-1917)*, Paris, Fayard, 2002, 562 pp.; Tomo II: *Deux Siècles Ensemble (1917-1972) Juifs et Russes pendant le période soviétique*. Fayard, 2003, 607 pp.

No temáis...

En un ambiente cristiano pre-pentecostal (Juan 20,19) o sea encerrados en su casa por temores muy definidos, ambiente perfectamente justificado por la concentración de poder en el universo, la actitud de Soljénitsyne es arquetípica, o sea constituye un ejemplo asombroso, una fuerza y una realidad moral y religiosa impensable en el catolicismo por varios motivos.

En primer lugar, por la franqueza y frontalidad de la exposición. En segundo lugar por su lenguaje sobrio, objetivo, desprovisto de insultos, pero también de la hipocresía abominable de cierto discurso ecumenista apto sólo para quienes desenfrenadamente anhelan embaucarse. Tercero, por la exposición histórica que no demoniza al rival, sino que expone rigurosamente sus motivos sin callar los propios ni eludir el juicio sobre cada tema. Más aún, rechaza toda explicación simplista de los hechos basada en una sola causa, especialmente en la responsabilidad de la comunidad judía y sus maquinaciones, pero deja bien en claro que no se chupa todo el dedo. Cuarto, por la ausencia de componendas ideológicas, o políticas con el adversario; esto se manifiesta especialmente en la falta de pedidos de perdón unilaterales respecto de hechos ajenos y de otra época, expuestos sin análisis racional. Quinto, por la defensa de la patria, la estirpe, la cultura y la religión paterna que no son motivo de compraventa ideológica, de vergüenza o de renuncia con el objeto de lograr cierta momentánea indulgencia. Y finalmente, por la búsqueda de un ámbito de entendimiento y convivencia, un pacto de no agresión exagerada, con el mundo judío conservando la mutua identidad, aunque parezca humanamente improbable.

Soljénitsyne ha enfrentado el temor, pero no cualquier temor: por ejemplo el temor a la muerte o el temor a Dios que es el principio de la sabiduría, tampoco el temor al infierno y al juicio final, entidades que desaparecieron cuando decidimos tirar la chancleta alegando que el Infierno está vacío; aquí en cambio se nos presenta el temor arquetípico y vigente en este valle de lágrimas, el temor específicamente eclesial, el temor permanente de la Iglesia itinerante, el temor fontal, el temor de los temores durante el transcurso de la historia, el temor que, como vemos desde hace tiempo, paraliza la evangelización, el temor que mantiene a los apóstoles, cuando realmente son tales, metidos en la cueva espiritual y física.

Ese temor teológico no es el temor al Imperio, al César, por cierto no mencionado en el Nuevo Testamento, es el temor joánico, porque sólo nos lo revela San Juan, el insuperable “*temor a los judíos*”, que no es sinónimo de odio, desprecio o burla sino sólo de ese estado del alma y la inteligencia que únicamente pudo superar un milagro, el proto-milagro evangelizador, modelo insustituible de toda nueva y vieja evangelización: la intervención y el don primero de Espíritu Santo, don que los teólogos no se animan a enseñar ni los predicadores a mencionar a los fieles sin pastor.

Pues bien, Soljénitsyne recibió ese don y lo hizo fructificar en *Deux Siècles Ensemble (1775-1995)*, como si fuera un Santo Padre postmoderno, valentía por la cual han de suscitarse santas envidias en el cuerpo místico, pues, entre los elegidos de la Alianza Nueva y Eterna, sólo pocos se atrevieron a tanto.

Precisamente esa libertad de espíritu le permite proponer o por lo menos imaginar un ámbito humano de convivencia entre rusos de diversas “nacionalidades” y judíos. Ese ámbito estará necesariamente basado en la justicia distributiva y el acuerdo entre diversos poderes, presidido por el superpoder que para nuestro autor es el Estado Ruso.

Esto supone también un mundo multipolar, para emplear el lenguaje de moda, porque de otra manera el planteo de Soljénitsyne debe discutirse en el super-estado mundial, sus instituciones formales y ante todo en sus logias. Hasta tanto estos supuestos se hagan efectivos, Soljénitsyne propone desarrollar aspectos psicológicos — simpatía tradicional—, culturales de segundo nivel como la lengua o la literatura y sociológicos, todo lo cual es loable si existe una vertebración política de estas relaciones.

En cuanto a los asuntos religiosos específicos, el primer nivel de la cultura, nuestro perturbador premio Nobel tiene la sensatez de no promover algún ecumenismo sincretista jugando a esconder diferencias y oposiciones, sino da por sentado que cada uno se mantiene en sus convicciones sobre Dios, la revelación y las tradiciones eclesiales o hebraicas, mutuamente incompatibles, así como la relación entre el César y Dios, todo lo cual no se resuelve en una “laicidad” liberal religiosamente aséptica. Las objeciones apuntadas ocasionalmente en estas líneas, para nada desvalorizan su esfuerzo.

Difíciles definiciones

Adelantamos algunas precisiones que el propio Soljénitsyne introduce específicamente al principio del segundo tomo, porque son previas e indispensables para entender la totalidad, pues en toda discusión conviene definir los términos, para no parlotear indefinidamente.

En este caso resultará un intento fallido de antemano en buena parte, porque nuestro autor se propone nada menos que averiguar “*quién es un judío*”, “*a quién debe considerarse judío*” (T. II, p. 9). Menos mal que no se propuso averiguar “*qué es un judío*”, porque habría tenido problemas con los tribunales humanos y divinos. De todos modos el esfuerzo vale la pena, porque el debate se inició entre los mismos judíos o presuntamente tales, desde que cierto número de ellos dejaron el ghetto o el enclave aislado y se asimilaron, como en la Rusia post revolucionaria, hasta que obtuvieron el derecho a emigrar. Las respuestas variaron, continuarán variando y “*por sorprendente que parezca, desde el principio nos enfrentamos a opiniones tan contradictorias y controvertidas que uno queda impresionado por su diversidad*” (T. II, p.10).

Además tan difícil como definir al hebreo es definir al ruso: ¿quién y qué es un ruso? o ¿un argentino?, al final muchos se conforman con consultar al documento nacional de identidad. De todos modos son útiles algunas respuestas elaboradas por personalidades distinguidas y especialistas, pues aportan datos históricos relevantes y perspectivas religiosas, políticas, culturales, psicológicas, etc., utilísimos para entender los planteos de nuestro autor.

¿Quién es un judío?

La *Enciclopedia Judía (EJ)* editada durante la Revolución, con toda prudencia evita una definición y se contenta con observar que “*el término judío, para definir a un israelita por oposición a un egipcio, se encuentra ya en las partes más antiguas del Pentateuco*”; la EJ contemporánea lo define como “*una persona perteneciente al pueblo judío* “. Pero pocos se dan por satisfechos pues “*¿qué es la judeidad?*”, “*he aquí una pregunta que, para los mismos judíos, está lejos de ser simple*” y no hay acuerdo en la interna, de modo que “*tratar de definir al judío tiene algo de rompecabezas*” (Edward

Norden). Como todos sabemos los judíos religiosos ortodoxos la tienen clara: es “judío el nacido de madre judía o convertido al judaísmo conforme a la Galaquía”. La Galaquía a su vez está constituida por la recopilación de leyes que se encuentran en la Tora, el Talmud y la literatura rabínica posterior (T. II, p. 10).

Nuestro conocido Arthur Koestler es de la misma obediencia y así los religiosos en general, aunque hoy “*los judíos ortodoxos no constituyen sino una pequeña parte del mundo judío*” (I. Liber, en T. II, p. 12). Pero desde la antigüedad muchos ejercieron el disenso como los famosos y discutidos Esenios, grupo disconforme sobre todo con la dirección religiosa del Templo y los sacrificios y que, como “*servidores del mundo*”, centraban la salvación en el individuo y no en el florecimiento nacional, exceptuándose del servicio militar, pero sólo hasta que Israel fuera atacado, entonces resucitaba el nacionalismo y actuaban valientemente como voluntarios (S. Ia. Laurié. El antisemitismo en el Mundo Antiguo, Tel Aviv, 1976).

Crterios laicos

Dando un saltito caemos en el s. XIX donde se habla de que “*los judíos son anteriores al judaísmo*” y que “*debemos liberarnos de las limitaciones del judaísmo galáquico para acceder a un mundo más amplio*” (Guillet Galkine); ya en el s. XX llegó la secularización o desacralización al mejor estilo católico, de modo que la judeidad se encuentra en la cultura, “*en la cadena continua del particularismo de la cultura judía, en una sola y misma esencia de todos los judíos en todos los países*” (Sliosberg).

Hannah Arendt, la fina amante judía del nazi Heidegger, opina que “*El judaísmo se ha degradado en judeidad, una visión del mundo en un conjunto de rasgos psicológicos*”, al igual que Dan Levine y Amos Oz, quien define el fenómeno como yiddisheit (T. II, p. 11).

Muy interesante es la sentencia de la Corte Suprema de Israel de 1958: un judío no deja de ser tal porque enfrente la ley judía, lo que coincide con la EJ: “*Para un judío ‘convertirse’... a otra fe es por definición imposible*” (T. II, p.12). No sé qué opinión le merecería ese fallo a San Pablo o mejor dicho cómo lo consideraría esta Corte, ni qué pensarían Zolli, el rabino de Roma converso y bautizado con el nombre de Eugenio, en homenaje a Pío XII, los hermanos Ratisbona o los Lémann... Lo cierto es que esta sentencia va más allá de don Nimio de Anquín, para quien el judío conservaba siempre “*la cicatriz de la nada*”, es decir una experiencia trágica del Universo, el Ser y la Creación, de modo que su conversión no lo privaba de la identidad, de la “*naturaleza específica*” y lo mismo ocurría con los gentiles de diversas estirpes.

Sea como sea es evidente que esta resolución jurídico-religiosa coincide con ciertas líneas de la pastoral católica actual y antigua, que consideran hasta inconveniente la conversión de sus hermanos mayores en la fe, porque para salvarse basta y sobra con la Antigua Alianza: *Mantente en el lugar donde empezó tu existencia...*, etc. Vaya uno a saber qué ocurrirá con los judíos ateos, gnósticos, escépticos, liberales *et alii*.

Soljénitsyne observa que “*el concepto de comunidad étnica*” tiene la tendencia a adquirir la significación más grosera de “*comunidad de sangre*” y así para la PEJ es judío tanto el converso al cristianismo como Ilya Metchnikov que no sabía lo que era, o Boris Pasternak que no quería serlo y a pesar de que “*sus poemas evangélicos, por su autenticidad, no dejaban duda alguna sobre las orientaciones de su espíritu*” (T. II, p.13), la EJ de 1949 aclara: “*consideramos judíos a las personas cuyos padres o uno*

de sus dos padres eran de origen judío, y esto independientemente de su propia confesión religiosa"... El criterio aquí es la sangre, exigencia indispensable también para participar en las makkabeadas, al parecer.

Sentimiento y conciencia

El destacado sionista norteamericano Louis Brandeis se adhiere a este criterio hematológico, en cambio para Amos Oz, es judío el que se siente judío, sufre con sus pares, pues al decir del gran teólogo ortodoxo Serge Boulgakof *"Los judíos conocen una solidaridad orgánica que, en este grado, no es característica de ningún otro pueblo"* (T. II, p.14). Oz es muy claro *"Si no es la Sinagoga... ¿qué es pues? Y si no es más que la Sinagoga, ¿Qué es pues entonces? En mi vocabulario, el judío es el que se siente judío o que se ha consagrado a serlo. Judío es el que consiente en ser judío. Si lo consiente de modo explícito, es judío por elección. Si no se lo confiesa más que a sí mismo, es judío por coacción o presión de las circunstancias. Si no reconoce ningún lazo con el mundo judío, no es un judío, incluso si las reglas religiosas lo definieran como tal... Ser judío significa participar en el presente judío... en las obras y los actos de los judíos en tanto que judíos; y participar de la responsabilidad por las injusticias cometidas por los judíos en tanto que judíos (la responsabilidad — no la falta)"* (T. II, p.15). Supongo que Oz no habrá pensado en el famoso deicidio. Fuera de ello Soljénitsyne comparte este criterio: *"es el espíritu y la conciencia los que determinan la pertenencia a un pueblo. Tal es igualmente mi convicción"*.

Nación

Otro tema es definir qué diantre es una nación. Luego destacaremos la posición de Teodoro Herzl. Aquí Soljénitsyne. cita a Berdiaev: *"En verdad ninguna nación puede ser objeto de definiciones racionales... los que definen la nación como unidad de destino histórico tienen sin duda razón... Pero la unidad de destino histórico es precisamente un misterio irracional... El pueblo judío experimenta profundamente esta unidad misteriosa del destino histórico"*. En fin, al final seguimos en ayunas a pesar de M. Guerchenson: *"Se diría que una voluntad personal realiza aquí un proyecto de largo aliento cuya finalidad se nos escapa"* (T. II, p.15).

Vale más la definición práctica de Amos Oz, Sartre y Norden, sin averiguar mucho y agregamos esta cita de Campoanor: *Si quieres ser feliz como tu dices / no averigües muchacho, no averigües*. Jerry Müller se conforma con menos: *"Judío es aquél al cual los otros consideran judío"*, pero nos complica la vida porque los pueblos *"autóctonos"* (anótese este adjetivo), nosotros incluidos, suelen considerarlos *"con un sentimiento de extranjería"* y con amargura comprobamos que *"el judío no es una nacionalidad, sino un papel social. El papel de extranjero. De alguien que no es como los otros"* (T. II, p.16)

Y lo peor es que vive en otros estados, donde el problema es no sentirse *"extranjero"*. *"El 'problema judío' inquiere no a los otros sino a nosotros mismos"* (I. M. Biekerman); Landau agrega con todo realismo: *"en una cierta medida nosotros mismos creamos nuestro destino, y por nuestros actos y por nuestra situación, predestinamos la actitud del medio circundante"*, así que lo mejor es conocernos bien para evitar errores (T. II, p. 16).

Pero en el otro extremo, su contemporáneo Jabotinski opina lo contrario: hay que mantener la diferencia aunque adulen con atenciones, reverencias e invitaciones: *“Somos lo que somos, suficientemente bien para nosotros mismos, pero no seremos y no queremos ser diferentes”* y Ben Gurion: *“lo importante es lo que hacen los judíos, no lo que los goyim dicen de ellos”*. Coincidimos con él.

Según N. Berdiaev la falta de Estado ha traumatizado, *“ha roto y mutilado el alma del pueblo judío. Este ha alimentado sentimientos malévolos respecto de los otros pueblos que vivían en sus propios Estados, y su tendencia al internacionalismo no es sino el anverso de su nacionalismo patológico”*. En verdad no frecuento el psicoanálisis individual, menos aún el sociopolítico. Soloviev les advierte a los rusos para que no sean malos: *“El nacionalismo llevado al extremo entraña la pérdida del pueblo que allí sucumbe volviéndose enemigo de la humanidad, que se muestra siempre más poderosa que un pueblo”*. Es evidente la remisión analógica a San Pablo (I Tesal. 2, 14-15) y no tan evidente que la humanidad gane siempre.

El rabino A. Steinsalz, actualmente en Jerusalén, observa con agudeza, aunque no le guste del todo a Soljénitsyne: *“Tenemos capacidad para comprender a este pueblo (el autóctono), mejor que él mismo”*, de donde *“nace en los otros habitantes (autóctonos obviamente) el sentimiento de que los judíos no sólo les quitan su dinero, sino que utilizan su alma y también se vuelven sus poetas, sus dramaturgos, sus artistas nacionales y, con el tiempo, los portavoces y el cerebro mismo de su pueblo”* (T. II, p.18); eso vale aunque según Norman Podgorets, notable periodista hebreo de USA, sus hermanos, cabalgando sobre los hombros de los nativos, tienen la mente más libre de cargas económicas, militares y políticas. Tienen las manos libres, diríamos.

En fin Steinsalz afirma que hay en el alma judía *“un núcleo”* inalterable que se opone a la adaptación, y que les otorga características *“que no podemos rechazar de golpe por un simple esfuerzo de nuestra voluntad”*, por lo cual no solamente fueron indestructibles en la diáspora sino que allí florecieron.: *“más el pueblo se hace pedazos físicamente, más se suelda interiormente... El mundo judío ha creado una base radicalmente nueva para la vida comunitaria...una unidad espiritual”* (T. II, p.19).

Y como respuesta, teológicamente un poco más precisa, a la pregunta inicial: *“No me preguntéis qué es un judío. Uno se da cuenta de golpe que se encuentra en medio de los Judíos... es un hechizo. Un desafío. Un gran milagro”* (Amos Oz, en T. II, p. 20). Otro tanto M. Guerchenson: *“¿Quién es judío? El que realiza la voluntad nacional de la judeidad. ¿Cómo reconocerlo? No se puede reconocerlo...El reino judío no es de este mundo”* (idem).

Elección divina

Soljénitsyne medio se rinde porque entre los judíos hay tipos de gran diversidad, *“desde los espíritus más esclarecidos de la humanidad a los negociantes más siniestros”*, así que se excusa de realizar un juicio global desde el punto de vista humano y parece que también San Agustín le daría la razón. Al final nuestro autor se asoma al problema de la elección divina., y claro, estamos en la misma: las opiniones varían pues la religión puede ser simplemente producto *“de esta tendencia a la autoconservación”*, según Perets Smolenskine con la ayuda de la psicología. (T. II, p. 21); o un erudito actual, E Mendjeritski: *“¿Quién ha creado a quién? ¿la Tora a los judíos o los judíos a la Tora?; la Tora ciertamente ha preservado los judíos. Pero otro*

pueblo no la hubiera conservado con sus 613 preceptos y su ritual tan complejo". Para mí que primero era la gallina, pero es una opinión nomás, pues por ahí era Dios.

Soljénitsyne termina citando a A.V. Kartachev, Berdiaev, Boulgakov y San Pablo (*Rom. 9, 3-8*) que tiene más jugo, pues "*no son los hijos de la carne los que son hijos de Dios*", pero no nos metamos en esas honduras y otras similares, mejor quedarnos en la psicología, la sociología y la política, que permiten el diálogo y los acuerdos en el ámbito del César. Al fin y al cabo éste no es un libro de teología.

De todo ello resulta que el pueblo judío es el más sensible para olfatear cuándo una sociedad se va para arriba o naufraga, de modo que en seguida toma las precauciones, con confianza en la razón para sobrevivir y resolver todos los problemas (T. II, p. 27).

Además tiene el orgullo y la conciencia del mesianismo (T. II, p. 22) que les otorga "*el sentimiento*" de una primacía espiritual en cualquier parte donde se radiquen (Phinhas Samorodnistski). Soljénitsyne tiene aquí una reacción ilógica, porque se atreve a criticarlos y aconsejarles el reconocimiento de que "*todos los pueblos son hijos de Dios, y que aparentemente todo pueblo es necesario para algo*" (T. II, p. 23).

Mi nacionalismo no llega a tanto, basta la salud, pues a ambos elegidos no hay con qué darles. Volvemos a las andadas y al destino manifiesto, pero ya no sirven ni la Santa Rusia ni la tercera Roma, los judíos están en sus trece en "*sentirse*" elegidos, y si son elegidos en cuanto nación, son los únicos nacionalistas lícitos y aptos para la globalización, no hay vuelta que valga.

El famoso Gerson Sholem advirtió que los judíos "*no puede darse el lujo de secularizarse*" y si intentan darse una explicación a partir de la mera Historia (con mayúscula a lo Hegel) "*serían conducidos a un fracaso total, pues, en esa eventualidad perderían todo impulso para existir en cuanto nación*" (T. II, p. 23). En eso estamos, y no sólo los electos del Antiguo Testamento.

Mal que mal, todos secularizamos o desacralizamos un poco, como A. Voronel que los (y se) considera "*únicos*" por su experiencia de sufrimiento y tortura psicológica ante la inminencia del fin y "*por haber sido elegidos por el mundo (no por Dios, ¡ojo!) para ser objeto de discriminación*", así gratuitamente. Sabíamos por el Nuevo Testamento que el mundo es malo, pero, con este criterio, además resulta caprichoso y tan conciente como Dios.

Claro que en esas condiciones, uno tiene que sentirse super orgulloso de su "*particularidad*", al extremo de que Israel Eldad declara que *tienen "una esencia de un género tan particular que no solamente ningún hacha nos podría abatir* (alusión al hacha evangélica de San Mateo 3, 10 que Soljénitsyne no advirtió), *sino que tampoco ninguna teoría filosófica o histórica podría explicar*" (T. II, p. 24).

Paradigma universal

Aliquando bonus etiam dormitat Homerus, cada tanto también el buen Homero se echa a dormir y hasta el mismo Soljénitsyne desacraliza valorando a los hebreos, al "*paradigma hebreo*" universal, como un modelo sociopolítico para el porvenir de nuestro universo, que ya de por sí va lo más bien: aprovechemos esa fusión de nacionalismo y universalidad, a la vez "*cosmopolita y elitista*" que bien quisiera para su Rusia. Eso sí tienen que educarse interiormente y contener sus impulsos, como se los aconsejan Stefan Zweig y otros precavidos.

Especialmente no meterse mucho en el primer plano político, para evitar represalias, consejo muy oportuno para los likudistas, *neoconservatives* y *first* que están en el primer plano de la política norteamericana de la invasión a Irak.

Después de esta *captatio benevolentiae*, algo ingenua, Soljénitsyne se despierta y vuelve con todo al final citando a una judía de la diáspora Sonya Margolina, (*Das Ende des Lügen,: Russland und die Juden im 20 Jahrhundert*, Berlin, Siedler Verlag, 1992, p. 151): la historia judía, como la del resto del mundo, tiene de todo no solamente “*seres que sin defensa fueron conducidos a la muerte, sino también gente armada que ocasionaron la muerte. Hay en esta historia, páginas que uno no puede abrir sin temblar. Y son precisamente estas páginas las que han sido a sabiendas y sistemáticamente ocultadas en la conciencia de los judíos*” (T. II, p. 27).

Procedamos al destape.

En lo que sigue trataremos de seguir lo más de cerca posible, el notable trabajo de Soljénitsyne, sub-titulando algunos temas, dentro de su propia división en capítulos. Las abreviaturas usadas en ambos tomos se aclaran inmediatamente. Otra observación: los títulos de obras citadas, cuyo original está en hebreo, se transcriben en castellano.

Octavio A. Sequeiros

Abreviaturas de las fuentes usadas por Soljénitsyne, con sus títulos en castellano:

EJ: *Encyclopédie Juive*, 16 volumes, Saint Pétersbourg, Brockhaus et Efron, 1906-1913.

EJR: *Enciclopedia judía rusa*, 1994, 2ª ed. en curso de publicación (en ruso).

LMJR: *Libro sobre el mundo judío ruso: 1860-1917* (en ruso), New York, Unión de judíos rusos, 1960.

MJ: *Le monde juif*, Paris, Unión de intelectuales ruso-judíos (en ruso).

PEJ: *Petite encyclopédie juive*, Jérusalem, 1976, éd. de la Société pour l'étude des communautés juives.

RHR: *Selección histórico revolucionaria*, bajo la dirección de V.I. Nevski, en 3 volúmenes, M.L. Giz, 1924-1926 (en ruso).

RiE: *Rusia y los judíos*, Paris, YMCA Press, 1978 (ed. original en ruso, Berlín, 1924).

Sumario

PRÓLOGO	2
1. SÍNTESIS HASTA 1795 (CAP. 1).	122
2. BAJO ALEJANDRO I (CAP. 2).	155
3. BAJO NICOLÁS I (CAP. 3).	178
4. LA ÉPOCA DE LAS REFORMAS (CAP. 4).	211
5. DESPUÉS DEL ASESINATO DE ALEJANDRO II (CAP. 5).	277
6. EN EL SENO DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO RUSO (CAP. 6).	31
7. NACIMIENTO DEL SIONISMO (CAP. 7).	377
8. EN LA BISAGRA DE LOS SIGLOS XIX Y XX (CAP. 8).	40
9. EN LA REVOLUCIÓN DE 1905 (CAP. 9).	51
10. EL TIEMPO DE LA DUMA (CAP. 10).	63
11. JUDÍOS Y RUSOS ANTES DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL: LA TOMA DE CONCIENCIA (CAP. 11).	70
12. EN LA GUERRA (1914-1916) (CAP. 12).	76
13. EN LA REVOLUCIÓN DE FEBRERO (CAP. 13).	80
14. EL AÑO 17 (CAP. 14).	85
15. AL LADO DE LOS BOLCHEVIQUES (CAP. 15).	91
16. EN LA GUERRA CIVIL (CAP. 16).	103
17. EN LA EMIGRACIÓN ENTRE LAS DOS GUERRAS (CAP 17).	110
18. LOS AÑOS VEINTE (CAP. 18).	115
19. EN LOS AÑOS TREINTA (CAP. 19).	130
20. EN LOS CAMPOS DEL GULAG (CAP. 20).	140
21. EN LA GUERRA CON ALEMANIA (CAP. 21).	142
22. DESDE EL FIN DE LA GUERRA A LA MUERTE DE STALIN (CAP. 22).	149
23. HASTA LA GUERRA DE LOS SEIS DÍAS (CAP. 23).	153
24. EN RUPTURA CON EL BOLCHEVISMO (CAP. 24).	158
25. CUANDO LAS ACUSACIONES SE VUELVEN CONTRA RUSIA (CAP. 25)	163
26. EL COMIENZO DE ÉXODO (CAP. 26).	169
27. LA ASIMILACIÓN (CAP. 27).	173

1. SÍNTESIS HASTA 1795

Son 50 páginas que comienzan en el año 72 cuando los judíos de Persia convierten a 732 tribus turco-khazars, elemento étnico que se encuentra en la Kiev del s. XI; sin embargo, algunos remontan la presencia judía a las diez tribus desaparecidas del Reino de Israel luego de la muerte de Salomón, casi hasta Adán y Eva. Daremos un salto hasta el s. XVIII, porque allí comienza el análisis específico de nuestro autor.

Un jalón importante fue la decisión de Vladimir hacia el 986 que se convirtió al cristianismo y arrastró a Rusia, rechazando expresamente la religión judía por temor a sufrir el castigo de la diáspora (T. I, p. 17). Ya a la muerte de Vladimir se produce un conflicto que hará escuela: levantamiento popular contra la rapacidad de los pretores judíos, la usura y el monopolio del comercio.

En 1470 el conflicto se centra en la religión, porque los judíos lograron crear una secta cismática judaizante enquistada en la Iglesia y en el Estado, manejada desde Novgorod, donde Hedor Kouritsyne ejercía “*la dictadura del corazón.*” Todo terminó para mal en unas hogueras y para bien en la renovación espiritual y mental de la Iglesia rusa, aunque sea por reacción (T. I, p. 25).

Eso sí los judaizantes dejaron la semilla del “*racionalismo occidental*” (T. I, p. 26) con su escepticismo sobre los dogmas y la estructura de la Iglesia rusa. Otro importante episodio similar es el del “*falso Dimitri*”, un impostor que se apoderó de Moscú en 1605-1606, conocía hebreo, leía el *Talmud* y los libros de los rabinos, pero hay científicos que dudan de su origen hebreo. Terminó mal al igual que un imitador del mismo nombre.

Catalina I (1725-1727) ordenó expulsar a los hebreos de Ucrania, pero el mandato no se hizo efectivo. Pedro el Grande, que los repudiaba, sin embargo no los persiguió, tuvo ministros judíos y hasta el “*bufón Acosta*”. La emperatriz Ana Ianovna (1730-1740) se apoyó en el financista Lévy Lipman, quien manejó media Rusia hasta después de la muerte de Ana. La emperatriz Elisabeth (1741) decide expulsarlos, no por cierta maldad específica de los rusos, sino, según Soljénitsyne, como extensión de la intolerancia europea (T. I, p. 32), que se ejercía igualmente entre los cristianos; sin embargo, hubo importantes funcionarios judíos durante su régimen y la expulsión no se llevó a cabo. Catalina les permitió colonizar la “*nueva Rusia*” (entre Crimea y Moldavia actual) y en 1772 con el primer reparto de Polonia, donde su *status* era “*positivo*” desde el s. XI, Rusia recupera Bielorrusia con 100.000 judíos “*Es en este año que debe fecharse el primer entrecruzamiento importante de los destinos judíos y rusos*” (T. I, p. 36).

Después que en s. XIV los tártaros devastaran el principado de Kiev, los nobles polacos católicos penetraron en Ucrania con su carga de judíos que actuaban como caporales en la administración de las tierras sometiendo a la población –habían llegado a imponer impuestos al bautismo–, lo que terminó como era de esperar en una sublevación terrible en 1648 y decenas de miles de judíos muertos, sin contar los polacos.

Hechas las paces en 1651, pronto los judíos se concentraron en la producción de aguardiente y su venta en tabernas varias donde resultaban envidiados y explotados los campesinos con los consiguientes odios; contribuyó a ellos la circunstancia de que, si

bien tenían prohibido contratar personal cristiano, ello valía sólo para los católicos polacos, no para rusos que fueron acumulando agravios (T. I, p. 38).

Un elemento admirable del judaísmo polaco es que mantuvo una gran cohesión interior, prácticamente sin influencias exteriores: Conservaron su identidad gracias a la sólida organización jerárquica que venía desde el comienzo de la diáspora, los *kehalim*, administradores locales, y los rabinos. Además en Polonia el famoso *kahal* hacía de intermediario con las autoridades polacas, en especial el cobro de impuesto a los judíos a cambio de protección, reglaba el comercio y la industria, la venta de bienes, etc.

Al fin, una red de reglas talmúdicas que “*impedía todo contacto con los heterodoxos*” (T. I, p. 39) llegó “*hasta disponer de la conciencia misma de los judíos*” (T. I, p. 40). Los más viejos del *kehalim* administraban la justicia interna sin apelación a las autoridades civiles so pena de excomunión (*kherem*). Para el lector argentino lego es recomendable la lectura de *El Kahal* de Hugo Wast, que relata su aplicación local. Como Polonia se vino abajo política y económicamente durante dos siglos (XVII-XVIII) la población judía sufrió las consecuencias y sus autoridades se fueron desprestigiando por la venalidad (T. I, p. 39).

La asimilación

Además en el s. XVIII surge el movimiento hassídico y el de Moisés Mendelssohn, favorable a la educación laica, reprimidos hasta con *autopogroms* a fin de mantener la cohesión. Catalina aprovechó la oportunidad para zapar este rígido aislamiento acentuado en Polonia, dividiendo a los judíos por clases económicas según su capital, eximiendo a los comerciantes de pagar impuestos al *kahal* y de pedirle autorización para ausentarse, y muy especialmente para participar en el gobierno civil, etc. (T. I, p. 42).

De hecho los judíos estaban jurídicamente mejor en Bielorusia que en Europa, con más libertad que los burgueses y comerciantes rusos. Sin embargo el gobierno se vio en la necesidad de restringir la producción de alcohol en las poblaciones, ocupación tradicional de los judíos polacos, que con el monopolio consiguiente promocionaba el alcoholismo de la población.

Catalina dulcificó algunas reglamentaciones y les abrió la Nueva Rusia, amplia región donde no podían instalarse los mercaderes y burgueses cristianos. Este fue el origen de los que posteriormente se llamó “*zonas de residencia*”, zonas donde los judíos podían asentarse y que le fue amargamente reprochado al gobierno zarista.

En 1793 y 1795 se procedió al segundo y tercer reparto de Polonia, una de cuyas consecuencias fue que entraran en Rusia un millón de judíos (T. I, p. 48), acontecimiento importantísimo, sólo valorado con posterioridad, que los reunía “*después de largos siglos de vida errante, bajo un solo techo, en una inmensa comunidad*” (T. I, p. 48). Se explica así que Catalina haya fracasado en su política impositiva y tomado medidas contradictorias.

Pedro I tan feroz para otros, fue tolerante con los judíos. Pero se desató una hambruna tremenda en Bielorrusia y el encargado de investigar las causas fue el poeta y senador Gabriel Romanovich Derjavine que en su notable *Memoria* de 1800 consigna los abusos de la yunta de propietarios polacos y arrendatarios judíos, además de clérigos cristianos (T. I, p. 54), arrendatarios en especial del comercio de aguardiente, tabernas y mercaderías en general, fuente de explotación sistemática de una población ignorante

y alcohólica. La organización explotadora, según Derjavine, dependía de los judíos y su cohesión.

La segunda parte de su *Memoria*, propone nada menos que la reforma global de la vida de los judíos en Rusia con el objeto de remediar la pauperización de Bielorrusia; cuenta con el asesoramiento de Ilya Frank, un médico judío a cuyo criterio “*los maestros de escuela judíos han deformado el verdadero espíritu de la doctrina religiosa por sus famosas interpretaciones místico-talmúdicas*” de la Biblia, degradando el carácter moral de los judíos al convertirlos en malos ciudadanos, por lo cual hay que volver a la pureza original y debe comenzarse por escuelas públicas donde se enseñen lenguas rusa, alemana y hebrea (T. I, p. 55).

Esto contrariaba la arraigada creencia judía de que aprender la lengua del país equivalía a traicionar su religión y su pueblo; también hay que cambiar los hábitos de trabajo, hacerlos amantes del campo y alejarlos de la usura, etc.

Derjavine es franco, mejor dicho demasiado, y hasta Soljénitsyne lo considera un poco agrio, cuando nos dice que si la Providencia con sus inescrutables designios ha preservado a los judíos, nosotros no podemos sino hacer otro tanto (T. I, p. 58), aunque más comprensibles que Dios, fueron los monarcas rusos que prohibieron la entrada de “*estos experimentados pillos*”.

Obviamente se lo acusó de antisemita fanático, pero él quería mejorarlos a toda costa, sobre todo censándolos y fijándolos en algún lugar —toda una utopía—, proporcionándoles medios económicos para su arraigo y trabajo, en especial agrícolas, volverlos menos fanáticos e intolerantes para con las otras religiones y pueblos, evitar sus enfrentamientos, prohibiéndoles por ejemplo tener cristianos a su servicio, suprimir su organización interna en particular los *kehaim* y sus impuestos exorbitantes sobre el pueblo judío bajo, recibir una educación común, además de la hebrea, porque, aunque Ud. no lo crea, Derjavine creía en la educación del soberano.

Los jefes judíos le armaron una denuncia tan calumniosa como absurda y toda clase de intrigas, pero en aquella Rusia atrasada todavía no existían jueces como los argentinos o los franceses, de modo que zafó; al fin su proyecto se vino abajo con el asesinato de Pedro I en 1802 de tal modo que la creación de un *Comité para la organización de los judíos*, le permitió al próximo Zar, Alejandro I, dejarlo cesante. Soljénitsyne lo expone concienzudamente durante 16 páginas.

2. BAJO ALEJANDRO I (CAP. II)

El *Comité para la organización de los judíos* de Alejandro I dio a luz el Reglamento de 1804, “*primera recolección de leyes en Rusia concerniente a los judíos*” (T. I, p. 67), donde, con el fin de asimilarlos, se les ofrecía más posibilidades que las de Derjavine: ante todo se los igualaba a los restantes súbditos, y además podían abandonar las zonas de residencia manteniendo su organización de *kehalim*, aunque sin facultades de castigar a nadie para que no se ensañen con los *hassidim*. Según el gobierno “*en ninguna parte (del mundo) se habían utilizado medios tan liberales, tan mesurados, tan apropiados a las necesidades de los judíos*” (T. I, p. 68).

La doble imposición que sufrían los viejos creyentes no se aplicó a los judíos, y si nos atenemos al prestigioso historiador liberal J. Hessen² su libertad individual era “*superior a la masa de muchos millones de campesinos rusos sometidos a la servidumbre*” (T. I, p. 69). Pero el reglamento tenía un defecto clave: ningún judío podía poseer ni administrar cafetines, tabernas, albergues ni vender aguardiente o similares en las ciudades y pueblos, evitando así que la población judía de los poblados supere las actividades económicas de los campesinos productivos; se los orientaba hacia los trabajos agrícolas de las zonas de residencia y las provincias de Astrakán y el Cáucaso, con la obligación de abandonar la campiña en tres años (hasta 1808). El gobierno pretendía aminorar el odio de la población y ofrecerles mil actividades en regiones fértiles, pero a costa de quitarles sus hábitos ancestrales.

Alejandro I no era hombre de carácter, y para colmo se venía Napoleón, quien organizó en París un sanedrín de diputados judíos para la unificación de su pueblo elegido (T. I, p. 71) así que en 1808 el zar suspendió estas medidas antialcohólicas. Durante la invasión los judíos se comportaron con inteligencia y quedaron bien con ambos bandos. Luego de 1814 al anexarse territorios polacos 400.000 más se incorporaron a Rusia.

Es una característica indiscutida de Alejandro que ninguna de sus medidas se aplicara sistemáticamente, ni fueran sometidas a control eficaz de tal modo que “*la lucha de 25 años del reino de Alejandro contra la producción de alcohol por traslado de judíos fuera de las poblaciones, no dio ningún resultado*” (T. I, p. 74).

Tampoco dio resultado la pretensión zarista de que los judíos no arrendaran campos ni dominaran al campesinado ruso por medio de ciertos contratos, las *krestensia*; éstos incluían las iglesias donde no se podía bautizar, casarse ni realizar ceremonias fúnebres sin autorización y pago al judío administrador (T. I, p. 74). El mismo P.I. Pestel, quien luego sería revolucionario decabrista³, se enoja de manera muy similar a Derjavine (T. I, p. 76): los privilegios tales como evitar el terrible servicio militar, no anunciar los decesos o tener justicia propia rabínica eran contraproducentes, pues los constituían en un estado dentro del estado ruso (T. I, p. 77).

Los judíos convertían a los cristianos que entraban a su servicio, pero ningún judío, por miserable que fuera, aceptaba trabajar como empleado doméstico de un cristiano. Fracasaron las medidas para evitar esta situación, así como la del contrabando

² Soljénitsyne cita frecuentemente la *Historia del Pueblo Judío en Rusia*, 2 volúmenes, Leningrado, 1925. Hessen le es útil porque no tiene huellas de antisemitismo, más bien al contrario, ni coincidencia con sus criterios políticos o religiosos.

³ Importante intento revolucionario reprimido en diciembre de 1905.

“*esencialmente practicado por los judíos*” (T. I, p. 78) y el tráfico ilegal de metales preciosos, por lo que se llegó a prohibirles intervenir en la industria minera. Jamás se podía llegar a conocer la cantidad y calidad de la población judía sometida al impuesto, pues sólo el *kahal* conocía estos datos (T. I, p. 79) y escondía el 50%.

El investigador judío de la época N.V. Nikitine,⁴ al que Soljénitsyne le dedica 10 páginas, dice que la buena idea de que los judíos colonicen tierras fértiles fracasó tanto por la incapacidad de la administración rusa que hizo grandes gastos, como por la mentalidad de los colonos judíos, ajenos a una ocupación cuyo aprendizaje es exigente (T. I, p. 81): “*habiendo los judíos vivido en la indolencia hasta los 45 o 50 años, no están en condiciones de transformarse en agricultores en tan poco tiempo*” (T. I, p. 84).

De todos modos dicho programa de “*instalación de familias sobre tierras era algo inédito, no sólo en Rusia, sino también en toda Europa*” (T. I, p. 85). Estos hebreos no eran precisamente menonitas, no querían saber nada con la agricultura y se retraían sistemáticamente del trabajo (pp. 86-87). Nikitine concluye que la agricultura es para gente ruda sin imaginación ni dotes superiores, lo que no va con sus correligionarios (T. I, p. 89).

Cincuenta años después el periodista judío I. G. Orchanski dice algo semejante. El estado ruso en cambio, continuó con su pretensión de convertirlos en agricultores hasta 1825, y Soljénitsyne concluye: “*En esto como precedentemente en muchos otros dominios, el emperador Alejandro I nos parece veleidoso en sus impulsos, inconstante e inconsecuente en su voluntad (como lo vemos pasivo ante el fortalecimiento de las sociedades secretas que prepararon la caída del trono). Pero en ningún caso hay que atribuir sus decisiones a una falta de consideración a los judíos*” (T. I, p. 92).

Además escuchaba a los delegados hebreos y como buen místico buscaba utópicamente acercarlos al *Nuevo Testamento*, creando la sociedad de los cristianos de Israel, o sea conversos privilegiados que fracasó por falta de adherentes (T. I, p. 91) o acallando las acusaciones de crímenes rituales que no eran tradicionales en Rusia (T. I, p. 93). El antizarista Pestel en *La Verdad de Rusia*, da dos soluciones: asimilación y armonía con la población local o creación de un estado judío en alguna parte de Asia menor con el apoyo de muchos ejércitos, lo que adelanta la actual idea sionista (T. I, p. 94).

Tradición versus Iluminismo

La población judía y sus autoridades consideraban que la diáspora era un castigo divino que deben asumir en la historia sin traicionar a su ley ni mezclarse con los otros pueblos. Claro que un liberal como Hessen considera todo esto un absurdo producto de una oligarquía incapaz y reaccionaria, opinión compartida por intelectuales judíos “progresistas” (pp. 96-97). Los diputados judíos, institución política que defendía la organización de poderío interno con sus *kahals* y *kehalim*, opuesta a la polaca, fue suprimida en 1825.

Una de las causas: los *kehalim* ocultaban el número de contribuyentes judíos, procedimiento al que ya nos referimos, y que en el caso era dos o tres veces inferior a las mismas estadísticas de otras sociedades judías. También influyeron los matrimonios

⁴ V.N. Nikitine. *Los judíos en la agricultura: estado histórico, jurídico, administrativo, práctico de las colonias desde sus orígenes a nuestros días*, 1807-1887. San Petesburgo, 1887. Esta obra minuciosa e insospechable de parcialidad anti-judía de indispensable consulta para quien desee interesarse más profundamente en el tema y así lo hace lógicamente Soljénitsyne, quien transcribe párrafos y cifras notables.

precoces, a los 15 años o menos, fomentados por el *kahal*, que aumentaban exageradamente la población y favorecían el estudio del Talmud hasta que pudieran mantenerse solos, gracias a la destilación de alcohol; en consecuencia aumentaba la pobreza por la exagerada competencia en la misma rama comercial (T. I, p. 99).

En 1807 Menashe Ilier, distinguido talmudista y partidario de la Luces, denunció “*los aspectos tenebrosos de la vida judía... En masa se entregan al comercio, pero como éste no puede alimentarlos a todos, están obligados a recurrir a la estafa. He aquí por qué es deseable que los judíos vuelvan a la agricultura*” (T. I, p. 100).

El libro fue quemado. Se citan otros testimonios semejantes, pero el que quiere celeste que le cueste: lo cierto es que en esa sociedad judía se podía ser feliz conservando la identidad, la alegría de vivir, la personalidad y “*hecho capital: la dimensión espiritual de la colectividad estaba ligada a un saber tradicional y a la lengua hebraica*” (Dinour, cita del *LMJR*, p. 102).

Así este mundo, replegado sobre sí mismo, no fue tocado por el renacimiento o el iluminismo del s. XVIII, dice un autor judío de la época, J. Mark, y conservaba su solidez no sufriendo sino gozando al cumplir sus mil y unas obligaciones religiosas: “*Entre ellos la inteligencia encontraba satisfacciones en la sutil dialéctica del Talmud, el sentimiento en el misticismo de la Kábala. Incluso el estudio de la Biblia estaba relegado a segundo plano, y el conocimiento de la gramática era considerado casi como un crimen*” (T. I, p.103).

Sin embargo en Prusia, durante la segunda mitad del s. XVIII, los *judíos* ilustrados de la *Haskala*, los *maskilim* esclarecidos, querían unirse armoniosamente a la cultura y al saber europeo asimilándose; eso también pretendían estos zares sin afectar el culto o la religión judías, pero el *kahal* se opuso firmemente de modo que “*las grandes masas de la Zona de residencia experimentaban horror y sospecha por la escuela rusa y no querían oír hablar de ella*” (T. I, p. 104).

Son muchos los autores citados y Soljénitsyne concluye señalando que dicha situación se mantuvo hasta que, sin que nadie lo presintiera, “*después al filo del s. XIX esta apertura de los judíos rusos hacia la educación se intensificará irresistiblemente e iba a tener consecuencias históricas para Rusia como para toda la humanidad del s. XX. Gracias a un gran esfuerzo de voluntad, el judaísmo ruso logró liberarse del estado de estancamiento en el que se encontraba y acceder plenamente a una vida rica y diversificada. Desde la mitad del siglo XIX, se discernían netamente los signos de una renovación y de una expansión muy semejante en el judaísmo ruso, movimiento de alta significación histórica que en esta época nadie había sentido todavía*” (T. I, p. 106).

Subrayo esta observación que por cierto desde el punto de vista social, político u cultural habrá sido objeto de estudios diversos, no así desde la perspectiva escatológica de nuestros grandes comentaristas del *Apocalipsis*, que a veces observaron esta explosiva influencia en la “*revolución cultural*”, pero no profundizaron estas consecuencias.

3. BAJO NICOLÁS I (CAP. III)

La historiografía judía estima que su política fue “*excepcionalmente cruel y sombría*”. Pues bien este Zar se mostró muy resuelto e interesado en el tema, emitió enorme cantidad de documentos e intervino personalmente. Los absolvió por el crimen ritual de Mstilavl y ante las repetidas acusaciones en otros casos sólo admitió como hipótesis la existencia de alguna secta fanática.

No deja de ser interesante que hoy el tema está nuevamente de moda, por lo menos en la interna hebrea, por el libro de Ariel Toaff *Pascue di Sangué. Ebrei d'Europa e omicidi rituali*, Roma, ed. dal Mulino 364 pp. Por cierto que este Zar temía la herejía de los judaizantes -20.000 adeptos- que venía de lejos, de donde el tinte religioso de su legislación y la repetida prohibición de que tengan servidumbre cristiana, lo que no se cumplía.

Su primera medida fue igualar a los judíos con la población rusa en cuanto a los servicios obligatorios del Estado, en especial constriñéndolos físicamente a la conscripción -que duraba 25 años, pero con vida familiar y aprendizaje de oficios- a fin de asimilarlos desde jóvenes a la vida rusa. Con este motivo tanto de un lado como del otro nació la idea de la “categorización” que tendría buen futuro luego en 1840 y que consistía en dividir a los judíos en diversas clases: comerciantes, burgueses, artesanos y campesinos, cada una con responsabilidades intransferibles.

La lucha y los abusos de la interna fueron numerosos y también el aprovechamiento en la propaganda antizarista, lo que nuestro autor se encarga de acotar. En especial respecto de los “cartonistas”, jóvenes —rusos o judíos por igual— separados de su familia desde los 12 años y destinados a colegios estatales donde se los inducía a convertirse, método absurdo, pero sobre el que se tejió una leyenda “popular”.

Ante otra hambruna en Bielorrusia el gobierno llegó a las mismas conclusiones que el poeta Derjavine ya relatadas. A pesar de su insistencia y energía “*Nicolás I, a lo largo de todo su reino, no conoció sino fracasos en sus esfuerzos por transformar la vida judía en sus diferentes aspectos*” (T. I, p.118).

Se repite, por los ministros Kankrine y Kissil, el tema de la agricultura y la pretensión de entregarles extensas tierras fértiles, saboteada por los dirigentes judíos que, por ejemplo, enviaban allí a los miserables e inválidos incapaces de trabajar y contribuir al mantenimiento de la comunidad (T. I, p. 123); agréguese la convicción, según explica Nikitine, de que “*en calidad de pueblo elegido no estaban destinados a los trabajos de la agricultura que es el destino amargo de los goyim*”, y al fin “*cada vez era más irrefutable que las ‘colonias modelo’ tan ardientemente deseadas por Kissilev, no eran sino un sueño*” (T. I, p.126).

El estudioso hebreo Orchanski llega a conclusiones semejantes sobre la aversión de sus correligionarios por las tareas del agro (T. I, p.124). Soljénitsyne comenta: “*uno se sorprende de que el poder imperial no haya comprendido, en este estadio, la esterilidad de las medidas tomadas, el carácter desesperado de toda esta empresa de retorno a la tierra*” (T. I, p.127).

En 1835 se dicta otro Reglamento general sobre los judíos destinados a reemplazar el de 1804 y hasta la *EJ* admite que no agravaba su situación; una vez más se intentaba insertarlos en la vida política, económica y educativa del Estado, lo que les era beneficioso, a pesar de las oposición religiosa, “*porque mientras más eran los*

judíos diseminados entre la población cristiana... más elevado era su nivel de vida” (Orchanski, en T. I, p.132). Otra vez comenta nuestro autor: *“Para un Estado que aún mantenía millones de sus súbditos en la servidumbre, lo que acaba de mencionarse podía no aparecer como un sistema de crueles coacciones”* (T. I, p. 129).

Zona de residencia y población

Su problema poblacional no derivaba del número sino de *“la uniformidad de sus ocupaciones, sólo pensaban en “como servirse de los grandes espacios para el comercio de aguardiente”* (T. I, p.133); allí está el origen de las “zonas de residencia” y explica la inexistencia en Rusia de los tradicionales *ghettos* europeos. Más aún, mientras la mayoría de la población rusa estaba sometida a la servidumbre, *“en comparación, el peso de estas limitaciones a la libertad de ir y venir (por la zona) podía no mostrarse más con colores demasiado sombríos”* (T. I, p.133).

Ante la ausencia de un territorio nacional judío y el dinamismo de sus emprendimientos *“se puede decir que es la necesidad de la diáspora judía de acceder a todas las funciones existentes, por una parte, y, por otra, el temor de un desborde de su actividad lo que alimentó las medidas limitacionistas tomadas por el gobierno ruso”* (T. I, p.133).

No todas eran precisamente limitaciones, la misma *Enciclopedia judía (EJ)* anterior a la revolución —a distinguir cuidadosamente de la posterior, pues todas las enciclopedias, judías o no, son instrumento de propaganda— nos cuenta que el comercio del dinero en los tiempos del perverso Alejandro I *“jugó un papel importante en la acumulación de capitales en manos de los judíos...es así como comenzó la formación de una burguesía judía grande y mediana”* (T. I, p.134) cuyos capitales se aplicaron por ejemplo a la industria azucarera y de paños.

Y otra vez el comentario políticamente incorrecto: *“Al momento, ningún contemporáneo comprendió ni se preocupó en prever qué potencia material primero, espiritual después, se iniciaba allí. Bien entendido Nicolás I fue el primero en no ver, no comprender. Tenía una opinión demasiado alta de la omnipotencia imperial y de la eficacia de los métodos administrativos de tipo militar”* (T. I, p.135).

El proyecto educativo contó con el apoyo de los judíos progresistas como Liliental, famoso educador que debió huir de sus correligionarios con destino a USA; dicho proyecto intentó nada menos que crear un seminario de teología para formar rabinos y maestros *“según los fundamentos éticos puros”*; este objetivo se oponía a *“los talmudistas embrutecidos”* mientras aumentaba las horas destinadas a las materias judías, pero frente al intento de asimilación y *aggiornamento* *“las masas judías mantenidas bajo la influencia del kahal, que tenían las medidas apremiantes en el dominio religioso, de ningún modo se prestaron a ello”* (T. I, p.136).

Veamos la opinión de la izquierda revolucionaria a través de Lev Deitch: *“El monstruo coronado ha dado la orden de enseñarles [a los judeznos] ruso”*.⁵ Es de recordar que hablaban yiddish y las clases se daban en hebreo. *“Me acuerdo muy bien —sigue Deitch— de ese tiempo en que mis compatriotas consideraban un pecado aprender ruso”* (T. I, p.138); en esos buenos tiempos mandar los hijos al colegio *“era considerado como una traición a la esencia de la judeidad”* (A.G. Sliosberg, cit. en T. I,

⁵ Deitch, L. *El rol de los judíos en el movimiento revolucionario ruso*, 2º ed., Moscú- Leningrado, GIZ, 1925. Se trata no sólo de un insospechable, sino “de un revolucionario frenético” (p 137)

p.138); los judíos intelectuales enfrentaron “*la oposición feroz de los judíos fanáticos que veían en la ciencia profana una alienación al demonio*” (M. Krol, cit. en T. I, p.139).

Contrabando y sensibilidad

Pero claro, nadie es perfecto en esta tierra de tal modo que las autoridades judías se engolosinaron con el poder de seleccionar a los reclutas para el ejército, favoreciendo, como es natural, a los ricos: “*Todo esto ha nutrido la indignación de las masas frente a los dirigentes de los kehalim y se convirtió en una de las causas de la irremediable declinación del kahal*”, según la *Pequeña Enciclopedia Judía*, (PEJ, cit. en T. I, p.139). Pero eso fue a largo plazo, por el momento ganaron los rabinos.

Fracasó también el intento de disminuir la evasión impositiva o el contrabando y de sacar los judíos de los pueblos (1844), es más, según el liberal Hessen los dirigentes rusos no percibieron que era imposible asimilar el presente griego recibido en los repartos de Polonia, intrínsecamente invulnerable y en rápida expansión en el cuerpo nacional ruso (T. I, p.141).

La lucha contra el contrabando costó cara porque despertó la “sensibilidad” de los europeos que se indignaron por la decisión, parcialmente aplicada, de sacar a los judíos de las zonas fronterizas. Cambió la opinión pública: “*Es decir que es necesario datar [a partir] de este decreto de 1843 el estreno de la era en que el mundo judío occidental, en defensa de sus correligionarios residentes en Rusia, se dedicó a ejercer una influencia determinante, que desde entonces no debía ya decaer*” (T. I, p.141).

Incluso a la reina Victoria se le ablandó el corazón y le envió al zar unas buenas recomendaciones con sir Moses Montefiore, para que no haya dudas, quien entabló con Nicolás el correspondiente diálogo de sordos. El zar, desmesuradamente orgulloso, ajustó las clavijas en el reclutamiento y la recaudación, esta última por medio de otras “categorizaciones” que, como las ya vistas, no fueron llevadas a la práctica por obra y gracia de su muerte tan súbita como oportuna, y desaparecieron para siempre.

Ante la versión de la leyenda negra de Nicolás I, Soljénitsyne la expone y pierde la flema: “*Si se piensa que esta manera de exponer la historia es objetiva, entonces no se accederá jamás a la verdad*” (T. I, p.143). Si lo sabremos nosotros...

El resumen de Soljénitsyne: “La muerte súbita del Emperador salvó a los judíos de una situación difícil, y de modo semejante iban a ser salvados, un siglo después, por la muerte de Stalin.” (¡Qué comparación!, ¿no?): “Así se acababan los seis primeros decenios de presencia masiva de los judíos en Rusia. Hay que reconocer que ni su nivel ni su carencia de lucidez preparaban a las autoridades rusas de entonces para afrontar un problema tan enraizado, tan trabado, tan complejo. Pero pegarles a estos dirigentes rusos la estampilla de ‘perseguidores de los judíos’ equivale a deformar sus intenciones y exagerar sus posibilidades” (T. I, p. 148).

4. LA ÉPOCA DE LAS REFORMAS (CAP. IV)

Los dos problemas, el de los siervos del campo y el de los judíos, exigían imperativamente una solución y ambos tuvieron destinos entrecruzados durante todo el s. XIX hasta 1917, de modo que en medio de la guerra de Crimea contra Europa coaligada, el nuevo Zar Alejandro II tomó la decisión de “*poner en pie de igualdad a los judíos con el resto de la población en cuanto a la conscripción y dejar de reclutar menores*”; renunció también a la división en categorías, en síntesis levantó rápidamente “*coacciones y limitaciones sin investigar cuáles eran eventualmente las causas profundas del aislamiento de los judíos con la esperanza de que todos los otros problemas iban a resolverse por sí mismos*”, siempre con la santa intención de integrarlos socialmente (T. I, p.150).

Para ello creó el infaltable *Comité para la Organización de la Vida de los Judíos*, el séptimo en 1856, donde se acumularon criterios contrapuestos, en especial se alegaba la inconveniencia de la igualdad total, mientras no se elevara el nivel de la población común, incapaz de resistir el vigor económico judío que siempre desea conservar su estructura monolítica de poder sin asimilarse con nadie. Aquellos herederos de Abraham aprovecharon de inmediato la libertad para venta de alcohol y arriendo de destilerías en sus lugares de residencia con el resultado de acaparar buena parte del negocio: en el sudoeste el 89 % y en el oeste el monopolio de comercio de alcohol; la exigencia de que sólo vendieran aguardientes en sus domicilios fue con facilidad eludida mediante testafierros.

Soljénitsyne se queja retóricamente de la consiguiente picardía: “*He aquí desgraciadamente un rasgo característico de la historiografía judía en Rusia: si, ayer, para arrancar un derecho cualquiera, se ha concentrado en él toda su atención y librado por el mismo un combate exclusivo, hoy ya obtenido ese derecho se lo considera una bagatela*” (T. I, p. 155); consúltese al respecto el último capítulo. Así será hasta el fin de los tiempos, pues se trata de una guerra absoluta, no de establecer la armonía universal de almas santas en búsqueda de la verdad, aunque, al parecer, nuestro autor se lo cree. Vaya como ejemplo el caso del famoso doble impuesto que solo rigió formalmente durante algunos años, pero se la presentó como lucha centenaria y siguen quejas similares.

Demografía

El hábitat zarista no parece haber sido de los peores, de un millón cuando los primeros repartos de Polonia a 5.175.000 en 1987 “*la población judía se había así quintuplicado en un siglo (al comienzo del s. XIX, los judíos de Rusia constituían el 30 por ciento del judaísmo mundial, en 1880 hasta el 51 por ciento. La importancia de este fenómeno histórico no ha sido suficientemente meditado en su tiempo ni por la sociedad ni por la administración rusa*” (T. I, p. 161).

Cada tanto Soljénitsyne nos comunica una inquietante novedad ignorada por todo el mundo. Sin tener en cuenta otros aspectos, la mera rapidez del crecimiento demográfico le creaba al gobierno ruso un problema nada despreciable. Ante todo por la dinámica comercial (y financiera, agreguemos) tri-milenaria que luego se aplicaba culturalmente a la adquisición de poder, mientras que el estado ruso pretendía poner al día en la competencia a súbditos carentes de, valga la imagen, 3000 años de entrenamiento y sin convicciones ganadoras, pues no se sabían elegidos por Dios o por

la Historia. Tenía pues que perder el partido, especialmente cuando las reformas pro-judías y liberales de Alejandro II se extendieron por toda Rusia.

Añoranzas y consuelos

Pero hete aquí que su mayor reforma fue la emancipación de los siervos en 1861 que desgraciadamente resultó perjudicial para los israelitas, más aún arruinó a muchos, porque el grado de libertad obtenida por tantos millones de nativos o 'goyms' disminuía la suya propia: *"el campesino, libre de su dependencia, tenía menos necesidades de los servicios de los judíos"* (T. I, p.162), nos dice el insospechable Hessen, pues el campesino gentil podía vender libremente sus productos y comprar del mismo modo sin *"el intermediario destinado a este efecto (en las provincias occidentales, era casi siempre un judío)"* (T. I, p. 162); en consecuencia los propietarios, privados de los siervos gratuitos, debieron trabajar ellos mismos la tierra prescindiendo de arrendatarios e intermediarios judíos, que subsistieron como obra de mano desocupada.

Además *"el crédito para la compra de tierras, introducido en esos años, suplantaba a los judíos en tanto que proveedores de fondos, de la vida de los propietarios"*, y las sociedades de crédito mutuo tuvieron por efecto lo -dice nada menos que Orchanski- *"liberar al pueblo de la tiranía de la usura"* (T. I, p. 162), que como bien saben los argentinos, es la peor de las tiranías.

Y el mismo Orchanski nos cuenta que a pesar de las medidas favorables, los judíos *"añoran con justo título el buen tiempo antiguo; en toda la zona de residencia se escucha, en efecto, a los judíos añorar los tiempos pasados. Pues en los tiempos de servidumbre, el oficio de intermediario había conocido un impulso extraordinario"* (en T. I, p. 163). Los terratenientes tuvieron que dejar la vagancia, el campesino se volvió *"menos timorato y conciliante"* y se acabó el negocio.

Evidentemente Dios aprieta pero no ahorca, de modo que apareció otra veta , el arriendo y la compra de tierras, claro que únicamente con fines especulativos: las alquilan por pago en especie a los campesinos *"estableciendo así una dependencia análoga a la servidumbre"* (Hessen, en T. I, p.163) y monopolizando la industria y la agricultura, pues sólo la libre competencia entre ellas *"permitía al campesino evitar que su trabajo y sus tierras estén pesadamente sujetas a los capitales judíos, lo que entrañaría su quiebra materia y moral"* (Hessen, p.164). Pasa por aquí cerca, aunque allá los zares pusieron ciertos límites que evitaron en el Don la revuelta de los Cosacos.

En cuanto al servicio militar, grave problema también, debían resolverlo los oficiales por *"la ausencia de camaradería y el sempiterno aislamiento del soldado judío"* (Sliosberg ⁶), pues los hebreos se evadían con triquiñuelas (T. I, p. 165), a las que no eran ajenos tampoco los burgueses rusos, como surge de las estadísticas. En la guerra contra los turcos (1877-1878) no se mostraron precisamente entusiastas. Al abolirse en 1856 la leva forzosa de los judíos, desapareció también toda atracción por la agricultura, que era una buena manera de escaparle a la milicia.

Con Alejandro II *"se acababa — con un fracaso — el proyecto mantenido durante medio siglo de vincular a los judíos con el cultivo de la tierra"* (T. I, p.168); a pesar de que por los esfuerzos zaristas *"no hay una sola comunidad campesina que haya recibido un maná tan generoso en subsidios"* (Nikitine, en T. I, p. 171), todo lo

⁶ Sliosberg, G.B. *Acontecimientos del pasado: carnets de un judío ruso*. 3 vol., Paris, 1933-1934. Este autor, además de su erudición, como testigo tiene especial interés por haber intervenido en los hechos.

cual influyó en los pogroms de 1881-1882. Soljénisyné cita de inmediato autores comunistas según los cuales los zares habrían prohibido a los judíos practicar la agricultura, y un párrafo impagable de Tolstoi en el mismo sentido, comentado así por Soljénisyné: “¿*En que nubes vivía pues [Tolstoi]? ¿Qué sabía de la colonización agrícola y su práctica durante veinticinco años?*” (T. I, p. 173). Elija Ud. entre Nikitine y la yunta Tostoi-bolcheviques.

Nuestro autor observa que los judíos se mostraron buenos agricultores en Palestina y en condiciones menos favorables que en Rusia, de donde vino la leyenda (fomentada por ellos mismos, como vimos) de que no estarían hechos para la agricultura.

Claro que en Israel no existen siervos de la gleba, terratenientes, alcohol ni zares protectores, no hay más remedio que cultivar la tierra palestina, observación que Soljénisyné no realiza expresamente. Conclusión: fracasó un esfuerzo zarista grandioso pero vano, la experiencia intentada había mostrado que no se la debería haber intentado (T. I, p. 173).

Volvamos a Rusia de 1870, en plena reforma zarista: “*El conjunto de la vida económica del país conocía transformaciones rápidas en todas las direcciones a la vez y el espíritu curioso, la inventiva constante de los judíos, sus inversiones se adaptaban de maravilla a estos cambios, más aún se les adelantaban*” (T. I, p.175).

Los judíos pronto reaccionaron ante el golpe que les significó la desaparición de los siervos. Se necesitaban capitales, ellos los tenían y los aplicaron a los bancos agrícolas, productos alimenticios, carpintería, peletería, tejidos, la industria azucarera, los ferrocarriles, en especial la explotación forestal, el comercio de granos que monopolizaron tanto como el tabaco.

Por eso, eran mayoritariamente oficialistas respecto de Alejandro II, y en ese tiempo se formaron las grandes fortunas burguesas judías, ej. los Guinzbourg, Brodski, Ashkenazi, para nombrar algunos conocidos. Entraron en la justicia y los servicios del Estado hasta el cuarto escalón: el de consejero de estado efectivo y obtuvieron la nobleza hereditaria.

En los consejos municipales les pusieron un límite: no más de la mitad o el tercio de los cargos, etc. La *Enciclopedia Judía (EJ)* no lo oculta: Este fue “*sin duda... para los judíos el mejor período de toda la historia rusa*” (T. I, p. 178). Con algo hay que consolarse.

La teoría conspirativa

Otra mirada a la educación: no había forma de que se instruyeran en los institutos públicos rusos, a pesar de todas las ventajas ofrecidas insistentemente por el zarismo, pero “*un cambio casi mágico se produjo en 1874 después de la publicación del nuevo estatuto militar, ‘acordando privilegios a las personas instruidas’; desde ese momento los judíos afluyeron a los establecimiento de enseñanza general*” (Hessen, en T. I, p. 180).

Surgió pronto una camada numerosa de intelectuales judíos diplomada, y a diferencia de la indignada “*intelligènzia*” rusa, no se opusieron a la promoción de los estudios sobre la antigüedad, o “clásicos”. Pero la masa seguía en sus trece: “*la gran mayoría quedaba como en el pasado, confinada en los muros de la escuela elemental,*

el kheder original,” y el que sabía apenas leer debía aplicarse directamente a la Biblia, y en hebreo” (T. I, p.181).

Una vez más el gobierno los invitaba a insertarse en la educación oficial, impulsándolos mediante reformas administrativas varias que limitaban el poder del gobierno interno judío, no por casualidad en 1844 se había suprimido formalmente el *kahal*.

Entonces explotó una bomba dentro de las propias filas, el judío converso Jacques Brafman intervino de modo escandaloso en la polémica, ante el gobierno y públicamente, con la intención realizar, otra vez, una reforma decisiva en la vida judía. Para ello no se le ocurrió nada mejor que publicar (1869-1874) las actas textuales de los *kehalim* de Minsk que se remontaban a los s. XVIII y XIX y atacar así todo el sistema, aunque el *kahal* había sido ya suprimido oficialmente.

La obra se titulaba *El libro del Kahal* y se convirtió en *best seller*: adoptado como manual “*la marcha triunfal de Brafman*” (Hessen) se extendió a media Europa, donde fue traducido y provocó una notable reacción anti-judía, incluido Mendeléiev (T. I, p.198); se lo acusó, no hace falta decirlo, de ofrecer una versión desfigurada, más aún falsificada, de la vida interna del judaísmo y sus intenciones: se trataría -según Brafman- de crear “*una república talmúdica universal*” (T. I, p.183), más aún convenció a muchos de que el Talmud no es un código nacional y religioso, sino un código civil y político destinado al gobierno de esa república.

Acusaba de complot, más concretamente y nada menos que a la Alianza Israelita, aunque en la práctica sólo proponía suprimir la auto-administración social de los judíos. En síntesis, era algo así como los *Protocolos de los Sabios de Sion*, pero con un autor responsable que enfrentó a sus inquisidores y los derrotó, pues la *Nueva Enciclopedia Judía* de 1976 y la *Enciclopedia Judía Rusa (EJR)* de 1994, llegan a la conclusión de que los textos utilizados por Brafman no sólo son auténticos, sino constituyen una preciosa fuente histórica.

Dirigentes sin Yahveh, pero con prensa de avanzada

De todos modos está polémica forma parte de un fenómeno mucho mayor, a saber la difusión del Iluminismo o las Luces en el conjunto de la sociedad judía; esto comenzó con la *Haskala*, en 1840, movimiento apoyado en la cultura alemana (Goethe, Schiller) y por una dirigencia que sabía muy bien alemán, pero menospreciaba el idioma y la cultura rusos, hasta que irrumpen eficazmente en el judaísmo hacia 1860.

“*Antes los judíos no vivían en Rusia, se contentaban con habitar allí*” (M. Ocherovich, en T. I, p. 185), puesto que, como dicen siempre los liberales y progresistas, chocaban con el factor “retrógrado”: la religión hebrea, que como todos sabemos sirvió de fundamento a la conciencia nacional judía milenaria; ese factor, nos explican, funcionó así “*no por tradición de inmovilismo, sino que, fenómeno absolutamente consciente, el judío rechazaba el riesgo de estar separado de Dios*” (I.M. Bikerman, en T. I, p.186); parece que por fin valientemente decidieron largar la mano de Dios y agarrar la de USA. No les fue mal con esa secularización de fines del s. XIX.

Precisamente por ese entonces la “*intelligènzia*” rusa se desarrollaba impetuosamente sobre la base de la cultura europea de Bökl, Hegel, Heine, Hugo, Comte y Spencer; la casualidad o la Providencia se las arreglaron para que justo al

mismo tiempo surgiera la primera generación de intelectuales ruso-judíos, injerto que mucho influyó en el mundo israelita universal, son los Sliosberg, Krol, Grusenberg, etc., y no contentas con eso dan conocimiento también a los judíos revolucionarios, Dan, Azef, Deitch, et *alii*. Todo con apoyo de financistas riquísimos como Evzel Guinzburg y A. M. Brodski.

Los ortodoxos judíos —entre ellos algunos revolucionarios— protestaron por esta desviación, incluso por la edición rusa del *Pentateuco* “considerado como un intento blasfematorio al carácter sagrado de la Tora” (T. I, p.186). Los iluministas lograron excluir el *yiddish* de las enseñanzas “porque no permite expresar las nociones abstractas, incluso ni pensamientos algo coherentes” (Hessen p.159).

De este modo en el mundo hebreo “nació una nueva fuerza social que no tardó en entrar en conflicto con la alianza... entre el capital y la sinagoga” según la expresión del liberal Hessen. Aún tímida en su nacimiento, esta fuerza fue la prensa periódica judía en lengua rusa” (T. I, p.187).

Esta prensa “de avanzada” de los años 70, debilitaba la estructura “patriarcal” de la comunidad judía, y continuaba en otros asuntos la lucha entre el rabinato y los hassidim. Al mismo tiempo el centro de la “*intelligènzia*” se trasladó de Odessa a San Petesburgo donde intelectuales y abogados ejercieron “una influencia determinante en la opinión pública” (T. I, p.188), y siguiendo el modelo de su prensa, la literatura judía se desarrolló en hebreo, *yiddish* incluso, por fin, en ruso.

En ese tiempo los judíos “esclarecidos” no podían, como en Europa, tratar de asimilarse a pueblos cultos, que no lo era el ruso, sino a su oligarquía ilustrada “ya perfectamente secularizada y que, también, ella había repudiado a Dios” (Hessen, en T. I, p.189); en consecuencia sin el todopoderoso Yaveh estos intelectuales rompieron con su pueblo “ya no considerándose más, espiritualmente hablando, sino como ciudadanos rusos” (idem).

El modelo, desde principios de siglo, era el de Odessa con su floreciente burguesía hebrea donde “hubiera habido gran dificultad en trazar una línea de demarcación entre un negociante en cereales, un banquero y un intelectual”. (K Itskovich, en T. I, p.191). Entre ellos estaba también el gran médico B. Portougálov, crítico del papel de los hebreos en la sociedad rusa y base de movimiento judeo-cristiano.

Nacionalismo y asesinato

Políticamente hablando estos hebreos de buena posición y “de avanzada” sacaron sus conclusiones: “En la perspectiva de las grandes reformas, todos los judíos rusos concientes, sin excepción, han sido, se puede decir, patriotas rusos y monarquistas, y frente a Alejandro II experimentaban literalmente adoración” (V.S. Mandel, T. I, p.192); ello ocurrió incluso en Polonia, pues podían esperar de Rusia “más equidad y humanidad que de parte de los polacos que, aunque soportaban desde largo tiempo a los judíos, siempre los habían tratado como una raza inferior” (idem).

La gran masa hebraica sin embargo estaba como siempre separada tanto de la sociedad rusa como de la “*intelligènzia*” judía. Y tenía sus razones, porque pronto vio reaccionar a algunos intelectuales como Perets Smolenskine en 1868: “la asimilación a los rusos presenta para los judíos el ‘carácter de un peligro nacional’” (T. I, p. 194), quien les forja este interesante proyecto: “sé un hombre en la calle, pero un judío en tu

casa” (idem). Se abrió así un foso entre cosmopolitas y nacionalistas, apoyados estos por el importante periódico *La Aurora* de San Petesburgo, eco del nacionalismo europeo en la segunda mitad del s. XIX, a la vez que se produce la reacción de la sociedad rusa, ya expuesta con ocasión de Brafman.

Otra “coincidencia” más o menos providencial: se crea en 1869 en París la *Alianza Israelita Universal* para defender sus intereses, con el emblema de las Tablas de la Ley dominando el globo, reforzando así una idea obvia entre los hebreos rusos, que expone no sólo Brafman sino la *Enciclopedia Judía (EJ)* anterior a la revolución: “*los judíos de todos los países estarían unidos por una fuerte organización política que tenía su dirección central en la Alianza Israelita Universal*” (T. I, p.197).

Un efecto no querido por sus creadores, “*tanto más —dice Soljénitsyne, y si él lo dice debe ser así no más—, cuanto que ella no ha modificado en nada la historia del continente europeo*” (idem). Sin embargo la literatura sobre este complot es inacabable. Consúltese una obra breve, pero informada y de lectura accesible a los no iniciados: *Nadie se atreve a llamarle Conspiración* de reciente traducción al castellano⁷. Yo tampoco, por si acaso.

Una de las características de la época fue “*la actitud desconfiada (pero de ningún modo hostil) al proyecto de equiparación total de derechos con los judíos emanada de la prensa, especialmente la de derecha, y no de los círculos gubernamentales*” (T. I, p.199), criterio confirmado por la *Enciclopedia Judía (EJ)* al citar varios ejemplos periodísticos, en uno de los cuales encontramos esta pregunta venenosa: “*¿Qué fuerza tenebrosa impulsa a la juventud judía a una demencial agitación política ¿Por qué casi no hay proceso donde no figuren Judíos e infaltablemente en papeles de primer plano?*” (idem).

Allá por 1880 los judíos rusos confiaban en el ministro A. Gorchakov y su “*dictadura del corazón*” (anote el nombre para una telenovela o la próxima revolución), “*pero en ese momento los miembros de La Voluntad del Pueblo (con sujetos de toda clase, incluidos hebreos) asesinaron a Alejandro II, rompiendo con ello muchos procesos liberales... entre otros la equiparación total de los derechos de los judíos. Sliosberg*⁸ hace notar que “*el tsar fue muerto en la víspera del Purim*”.

Soljénitsyne comenta: “*Después de una catarata de atentados, los judíos no se sorprendieron por ello, pero se pusieron a temer por el porvenir*” (T. I, p. 201). Eso, y aludir un asesinato ritual, es más o menos lo mismo. La habilidad de Soljénitsyne está en hacer decir por los interesados lo que él no pudo hacer sin que lo metan preso.

⁷ Allen, Gary y Abraham, Larry. 2º ed, Barcelona, Ojeda, 1978

⁸ *Op. cit.*, T. I, p. 99.

5. DESPUÉS DEL ASESINATO DE ALEJANDRO (CAP. V)

Comienzan los pogroms

El asesinato de Alejandro II el 1º de marzo de 1881 “engendró en los espíritus una conmoción general... pero que con el correr de los tiempos ha sido escamoteada por los historiadores, deliberadamente por unos, inconscientemente por otros”... “Para las capas populares y especialmente las masas campesinas, eran los fundamentos de la vida lo que estaban quebrantados. Y esto también, conforme a las esperanzas terroristas, no podía sino producir una explosión” (T. I, p. 203).

La explosión ocurrió, pero no la que habían previsto los homicidas, sino la de los pogroms, o agresiones democráticas, más aún populistas, contra la propiedad de los judíos, y también contra sus personas; en la Nueva Rusia y Ucrania, se extendieron a modo de epidemia seis semanas después del atentado, a partir de Elisabethgrad el 15 de abril. Dos días después la policía las aplastó a balazos tirando contra el pueblo ruso.

La causa inmediata u ocasión parece estar relacionada por la competencia comercial con los griegos, como en Odessa. La *EJ* anterior a la revolución reconoce que *“el gobierno consideraba necesario dominar resueltamente las tentativas de violencia contra los judíos”* (XXX). Esto no resultaba tan fácil, porque la policía zarista era una miniatura comparada con la de la URSS o la de los estados europeos modernos, pero tuvo que matar campesinos rusos.

Como era y será de esperar, el gobierno fue arbitrariamente acusado de provocar los pogroms, lo que forma parte del *“folclore liberal”* (T. I, p. 208), incluida la *PEJ aggiornada* y el infaltable Tolstoi. Soljénitsyne refuta minuciosamente esta propaganda para lo que se vale también de la misma prensa revolucionaria que en esos tiempo se hacía la popular: así la famosa organización *“Reparto Negro”* (otro titulito digno de estos lares) que acusa a popes, militares y policías por *“tomar la defensa de los judíos explotadores”* (T. I, p. 209).

¡Qué tiempos aquellos! donde *“raros órganos de la prensa han mencionado el odio racial o religioso”* como dice la misma *PEJ*. En fin: *“en la época, los años 1880-1890, nadie ha mencionado asesinatos colectivos o violaciones. Pero después de pasar un medio siglo muchos hombres de pluma, dispensados de la obligación de buscar en exceso verdad sobre hechos ya antiguos, y gozando a su vez de un auditorio vasto y crédulo, se han puesto a evocar atrocidades masivas y premeditadas”* (T. I, p. 209). Entre otros, desenmascara a Sliosberg, las contradicciones entre la *EJ* y la *PEJ*, que le agregan el IVA de unos cuantos muertos y violaciones. Los hornos crematorios van en la próxima edición.

Causas a olvidar

Las causas de las reacciones populares más importantes tiene raíces históricas y el libro las analiza, en especial la explotación económica de los campesinos relatadas en capítulos anteriores. Gleb Ouspenski a quien ni Judas acusaría de antisemita, aunque ahora nunca se sabe, escribía en 1880: *“Los judíos han sido agredidos justamente porque, se aprovechaban de la miseria ajena, el trabajo ajeno en lugar de ganarse el pan con el sudor de su frente”* (T. I, p.212).

El mismo Barón G. de Guinzbourg, al ser recibido por el zar, le echó la culpa a “*los anarquistas*”, mientras sus compatriotas decían lo contrario (T. I, p. 213). Por su parte el gobierno zarista era lento en las respuestas, muy inepto para hacerse propaganda y llegar al pueblo. Además cualquier abogado le explicará lo imposible que es la “prueba negativa”, cuando alguien tiene que empezar a demostrar que no es el criminal.

A principios del s. XX algunos “*autores escrupulosos*” de la *EJ* escribían: “*A juzgar por lo que escribe el órgano del partido, los miembros de esta organización (Los asesinos de La Voluntad del Pueblo) consideraban los pogroms como formas apropiadas del movimiento revolucionario; se presumía que estos pogroms incitaban al pueblo a acciones subversivas*” y que “*el movimiento, tan fácil de dirigir contra los judíos, se volvería enseguida contra los nobles y los funcionarios*” (T. I, p. 213).

Los izquierdistas realizaron toda su propaganda en este sentido insistiendo en que los nobles habían matado al “zar liberador” de la servidumbre para vengarse, pero calcularon mal y apostaron demasiado a la ignorancia general del pueblo que no se lo creyó. Era bruto, pero no estúpido.

En Ucrania la propaganda anti-judía de los asesinos de *La Voluntad del Pueblo* era más popular y directa (redactada en ucranio): “*¿Quién ha acaparado las tierras, los bosques y las posadas? — El judío*”... Y seguían las preguntitas y comentarios alusivos para terminar como de costumbre: “*¡Levantaos valiente pueblo trabajador!*”; *Reparto Negro* no se quedaba atrás: “*El pobre pueblo no soporta más verse desplumado por los judíos...*”, etc, etc.

Dese un atracón con las pp. 215-218 (T. I), donde el conocido -en esas tierras y épocas- escritor I.S. Axacov coincidía con el diagnóstico revolucionario, pero no incitaba a los pogroms, limitándose a un objetivo más racional: “*no es de la emancipación de los judíos de lo que conviene hablar, sino de la emancipación de los rusos respecto de los judíos...*”, “*no de la igualdad de derechos entre judíos y cristianos, si no de la ausencia de derechos de la población cristiana frente a los judíos*” (T. I, p. 317).

No se asuste, es pura arqueología: según los hegelianos la Historia superó estos planteos anacrónicos. La prensa liberal y progresista protegía a los subversivos igual que ahora, según bien lo dice un hebreo moderno, S. Markish, en la publicación extremista *Los Anales de la Patria* y la *EJ* pre-revolución. Por su parte los judíos fueron atacados por otros sectores en la prensa de derecha como de izquierda, porque parece que en ese tiempo había libertad de imprenta.

El gobierno estaba en el brete y en noviembre de 1881 estableció zonas de residencia en 15 provincias, además de Kharkov; nombró, una vez más, comisiones para analizar y proponer soluciones para la cuestión judía y el ministro liberal Pahlen fue encargado de analizar la legislación sobre los hebreos.

Las respuestas de las comisiones fueron contradictorias, el noveno Comité para el establecimiento de los judíos concluyó en que la asimilación era imposible y las reformas “liberadoras” una lacra, los ministros discutían desde puntos de vista contradictorios, se rechazó la expulsión de los judíos de aldeas donde ya residían y donde no se los podía proteger, y volvió a implantarse la prohibición de comerciar alcoholes y de arrendar tierras: “*¡Vayan a disertar después de esto sobre la venganza arbitraria y sin límites de la autocracia rusa!*” (T. I, p. 222); sólo por miedo a que en la Pascua de 1882 resurgieran los pogroms se establecieron, para el futuro, prohibiciones para comprar tierras y establecerse fuera de poblaciones grandes.

¿Comienzo de la emigración?

De las medidas sistemáticas del ministro Ignatiev, reemplazado por D.A. Tolstoï, sólo quedaron retazos: es el *Reglamento provisorio* de mayo de 1882, pero lo importante es que, tal como en 1804, les restringía a los judíos la venta de alcohol en los campos, lo cual, como no podía ser de otra manera, provocó la indignación general de los interesados. Luego se la presentó hasta como la primera incitación a emigrar y, ya que estamos, afirman que un millón de judíos fue arrojado a la calle.

“Uno debería —comenta este imbankable premio Nobel—, con la cabeza fría, recordar ciertos hechos: la idea de emigrar de Rusia a América fue inspirada por primera vez a los judíos por el congreso de la Alianza (de la Unión Judía Universal) desde 1869” (T. I, p. 225). Además el comienzo de esta emigración es de mediados de siglo XIX, lo que se amplió notablemente luego de los pogroms de 1881, *“sólo desde 1890 se transforma en un fenómeno importante en la vida económica de los judíos, un fenómenos de masas”* (T. I, p. 226).

Por otra parte la inmigración no la empezaron los hebreos rusos, la primera ola hacia USA fue hispano-portuguesa, la segunda alemana- austro-húngara y sólo en tercer término la de Rusia y Europa del Este. Sigue a J.D. Lescinski en la *PEJ* para que no haya dudas: *“De Rusia ‘la ola de emigración judía partía de todas las provincias incluídas en la Zona de residencia, pero el grueso de los efectivos fue proporcionado por Polonia, Lituania y Bielorusia’ —en consecuencia no por Ukrania, golpeada sin embargo por los pogroms—, y la causa era siempre la misma: la densidad de población que creó una fuerte concurrencia económica en el seno de la comunidad judía”* (T. I, p. 226).

Dejemos a un lado la precisión histórica, importan las consecuencias políticas. *“Una cosa sin embargo es innegabl y no soporta la discusión: 1881 ha trazado una frontera más allá de la cual la elite cultivada judía ha dejado de tener esperanzas... en una fusión perfecta con ese país llamado “Rusia” y con su población”... y sin hacernos problemas con la verdad, conviene convencernos de que al gobierno ruso “no se le perdonaban y no se le perdonarán jamás los pogroms”* (T. I, p. 237), aunque hayan sido realizados en Ukrania la mayor parte.

Dado que ciertos autores judíos afirmaron que *“era simplemente imposible a los judíos vivir en medio de otros pueblos”* (T. I, p. 227), aquí se produce también, según G. Svet, el rápido desarrollo del movimiento hacia Palestina, en especial en la juventud radicalizada, tema que Soljénitsyne retomará en el capítulo 7 de su obra.

El gobierno creó el octavo comité para los judíos con siete expertos israelitas, la *“comisión Pahlen”*, que aconsejó la supresión de toda legislación especial respecto de ellos, su emancipación y fusión con el pueblo ruso, pero en la práctica logró sólo cierta flexibilidad. El Emperador Alejandro III hacía todo parsimoniosamente, pero se mantuvo firme en la cuestión del servicio militar. Soljénitsyne se pregunta, habiendo 20 millones de “alógenos” exceptuados, si no hubiera convenido acabar con el asunto y exceptuar también a los elegidos del buen Dios, pero seguía vigente el proyecto de Nicolás I: asimilarlos mediante el servicio militar.

Numerus clausus

Precisamente en esa época los judíos decidieron entrar en masa en establecimientos de enseñanza, antes evitados, aprovechando que “*la situación material de los alumnos judíos era mejor que la de los cristianos*” (EJ, en T. I, p. 231); según informes del gobierno de Minsk, la avalancha llegó al extremo de que, para evitar desproporciones, las autoridades decidieron establecer el “*numerus clausus*”; ésta expresión latina, “número cerrado”, significa aceptar sólo una determinada proporción de judíos en los establecimientos secundarios, donde a veces había el 70 % de hebreos, y preocupaba especialmente su alta participación en los movimientos subversivos.

A partir de 1882 en la *Academia de Medicina Militar* sólo se aceptó un 5 % y en la escuela de Puentes y Calzadas, un 10 %. Termina el capítulo con un comentario descorazonador: “*Es así como se imaginaba ponerle un dique ascenso de la marea revolucionaria*” (T. I, p. 233).

6. EN EL SENO DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO RUSO (CAP. VI)

Hasta la década de 1860 no había caldo de cultivo social o económico para movimientos revolucionarios de envergadura, “*sin embargo es ciertamente bajo Alejandro II, desde el comienzo de su obra reformadora, que nació este movimiento, como fruto ultra maduro de la ideología*” (T. I, p. 235), y precisamente cuando estaban tan relajadas las restricciones contra los judíos, aparecen ellos entre los revolucionarios. “*El movimiento revolucionario judío es un componente cualitativamente importante del movimiento revolucionario ruso en general*” (T. I, p. 236).

Hasta el 1870 había pocos hebreos revolucionarios en parte porque había pocos judíos estudiantes, como en los 60 había pocos nihilistas, pero “*la escuela rabínica de Vilnius ha comenzado a jugar un papel importante*”, inclusive contrabandeando literatura europea clandestina.

En 1868 Marc Natanson, cirujano de la *Academia de Medicina*, cortó por lo sano, organizó el sistema de propaganda y se casó con Olga Schleisner que le venía de perillas, pues eran grandes organizadores y no se dejaban llevar por peleas de campanario.

Una de sus ideas fundamentales fue que los revolucionarios se fundiesen con el pueblo a la manera de “guías espirituales laicos”, y se plasmó en la famosa “*marcha hacia el pueblo*” (goym o sea ruso), donde el más ingenioso fue L. Deutsch que engatusó a unos campesinos haciéndoles creer que el zar había ordenado voltear a las autoridades y apoderarse de la tierra.

Rebeldes, pero ricos y en familia

“*Es interesante subrayar que casi ningún revolucionario judío se lanzó a la revolución a causa de la pobreza, sino que la mayor parte habían salido de familias acomodadas*” (T. I, p. 240), a veces rabínicas, salvo casos como Paul Axelrod. Soljénitsyne da varios ejemplos en la misma página; “no era pues la necesidad material lo que los impulsaba, sino la fuerza de sus convicciones. No deja de tener interés comprobar en la familias judías que la adhesión de los jóvenes a la revolución sólo rara vez —o jamás— ha provocado la ruptura entre “padres e hijos”, entre los progenitores y sus vástagos” (T. I, p. 241).

Estos primeros revolucionarios de ningún modo eran anti-rusos como se los presenta ahora y constituían casi una empresa íntima, un movimiento familiar abocado al poder, lo que le daba especial cohesión y atenuaba los “conflictos generacionales” de orden ideológico..

Empezaron con el nihilismo de los 60, la iniciación en la “cultura goym”, que los hacía romper con el pasado: “*Incluso ‘el más fanático de los de una yeshiva, inmerso en el estudio del Talmud’ después ‘de dos o tres minutos de conversación con un nihilista’ rompía con ‘el modo de pensamiento patriarcal’*” (T. I, p. 242). Las citas son del súper-revolucionario Deutsh. Se trataba de un populismo influido además por la literatura rusa, una vuelta hacia el mundo ruso apartándose del judío.

E. Michael Jones en su comentario al primer tomo observa agudamente que “*El Talmud era un un mundo omniabarcante (o autosuficiente). A diferencia, digamos, de*

la filosofía aristotélica, no podía ser integrado por algún Sto. Tomás de Aquino Maskilico en una síntesis judaico-iluminista. Una vez que se hizo evidente la irracionalidad de la estructura del Talmud o su filosofía moral, no hubo frivolidad capaz de salvar sus pretensiones intelectuales, y se hundió en la oscuridad sin dejar ni siquiera una mancha de aceite en la superficie”.

Los jóvenes en consecuencia fueron ofuscados por los ideales universales en especial del socialismo germano. Concretamente por el objetivo de liberar a la humanidad de la esclavitud, tal como lo había profetizado Hess en *Rom und Jerusalem...* (*Culture Wars*, may 2006, *Roussian Roulette*, p. 31). Esta observación no está en Soljénitsyne, pero resulta especialmente importante para entender su obra a nivel de la crisis religiosa e intelectual de la conciencia hebrea que la llevó a un nihilismo más radical que el iluminista.

B. Frounkine y la *EJ* explican que “*de entre ellos muchos concibieron hostilidad y desdén hacia el judaísmo de sus padres, como hacia una anomalía parasitaria*” (T. I, p. 243). “*Una vez aceptada la asimilación, estos jóvenes, por su situación, tendían naturalmente hacia el radicalismo, habiendo perdido en este nuevo suelo las sólidas raíces conservadoras de su medio de antaño*”; nuestro autor los ejemplifica con una larga cita de Iohelson: “*renegábamos de la religión judaica, como de toda otra por lo demás; considerábamos a nuestro argot como una lengua artificial y al hebreo como lengua muerta*” (p. 243), al estilo de los católicos actuales con el latín; pensaban que el pueblo judío no era tal sino una clase parasitaria y proyectaban iniciar la revolución campesina, “*esta pasión, la lucha por la liberación*”, como decía Aptekman con un lenguaje tan actual, anunciando “*a los campesinos el socialismo a través del Evangelio*” (T. I, p.243-4), “*al que usaron como punto de apoyo e instrumento*” (T. I, p.245).

El tercermundismo no inventó nada y a uno le parece estar en misa. Hasta imaginaron crear una nueva religión: “*Es necesario inventar una religión que estaría contra el zar y el gobierno... Es necesario redactar un catecismo y oraciones con ese espíritu*” (Gamov, P. p. 246). Estos revolucionarios populistas, algunos evidentemente desequilibrados —la lista aparece en la p. 248— se disfrazaban de rusos y creían que el discursito anti-zarista convencería a los campesinos, pero se llevaron un chasco.

Algo mejor les fue a los que prefirieron la acción clandestina que abarcaba todo menos bombas, pero muchos recibieron severas condenas. Incluso cuando las usaban, preferían que lo hiciera un ruso auténtico para evitar la cólera popular.

Al verse mal, muchos tiraron la careta ideológica y recalaron en Anglosajonia (T. I, p. 250), los de mayor talento hicieron buena etnografía, recalaron en otros movimientos socialistas de occidente o, desencantados, abjuraron de la revolución, y la mayoría se disolvió en la masa. Es de notar que no todos los de este primer contingente revolucionario judío renegaron del judaísmo, buscaron algunos una convergencia entre el internacionalismo y el nacionalismo judaico, llegando hasta la propaganda en lengua hebrea (T. I, p. 253).

Por fin el terrorismo

La teoría del terrorismo es extensa y complicada. Por ejemplo Hitler en *Mi Lucha* se planteó la posibilidad de recurrir a las organizaciones secretas y al terrorismo y la rechazó no por motivos morales, sino porque no hay grandes hombres que eliminar: “*¿Es conveniente que una pequeña pulga traidora sea eliminada por un idealista? En*

tal caso, el éxito es dudoso, pues se ha eliminado una pulga con el riesgo de la vida de un idealista insustituible” (Vol. II, cap IX, pp. 394-5, Ed. Wotan, Barcelona, 1995; primera traducción completa al español por Miguel Serrano).

La política actual rechaza los argumentos de Hitler, y este rechazo abarca tanto las logias como como el llamado “terrorismo”, y también los estados constitucionales, las organizaciones no gubernamentales, ONG, siempre interrelacionados por otra parte. Los rusos fueron pioneros en esto, valoraron de otro modo a sus “idealistas” o no los consideraban tales, o tenían de sobra, lo cierto es que se aplicaron a las bombas y pistolas con gran convicción, y no les fue tan mal. Veamos:

“Al fin de los años 70, el movimiento revolucionario ruso se deslizaba hacia el terrorismo”, con Bakounine y compañía, tesis que, a diferencia de *Participación Negra*, adoptó *La Voluntad del Pueblo*: terror sistemático, en cuyo comienzo, según Deutsch, sólo participaron 12 judíos (T. I, p. 254); las anécdotas son impagables, por ejemplo la rebelión de Iakoutsk, 1887, mayoritariamente de presos políticos judíos, donde murieron tres y fueron juzgados 26.

Para ese tiempo ya habían importado de Europa el marxismo y a la vez muchos judíos revolucionarios sacaron sus consecuencias de los pogroms de 1881: *“hay que volver a “la calle de los judíos”, y reconocer “que todo nuestro destino histórico está relacionado al ghetto judío, es a partir de él que se ha forjado nuestra esencia nacional”* (I. Mark, p. 256); en consecuencia el pueblo elegido se volvió más revolucionario y los revolucionarios más nacionalistas judíos, con un mismo fin: *“la destrucción del actual régimen político”*, (I. Iliachevitch, p. 257).

Táctica y emigración

Esto no impedía los movimientos tácticos ejemplificados por *La Voluntad del Pueblo*, atacando a los judíos en pleno pogrom, todo lo cual además provocaba un evidente desconcierto: *“la cuestión judía es ahora, en la práctica, realmente insoluble para un revolucionario”* (L. Deutsch, y otros, idem), porque hay que sublevar a los rusos y a la vez odiarlos, dilema universal, agreguemos, de la izquierda, que la actual conciencia postmoderna ha logrado armonizar perfectamente.

En busca de esta armonía algunos socialistas se volvieron hacia los obreros judíos, que casi no existían, centrándose en algunos, especialmente los impresores, para empezar por enseñarles *“gramática rusa o ciencias naturales”*, *“pues la lengua es un arma preciosa en la lucha concurrencial del pequeño comercio y de la industria”* (P. Martos en T. I, p. 257); no daban puntada sin hilo estos liguistas.

Aunque en un principio la burguesía judía restó su apoyo al adivinar en qué acabaría esto, poco a poco logró crearse el famoso *Bund, la Yiddish Union*, propiamente: *Unión General de Obreros Judíos de Lituania, Polonia y Rusia*.

Isaac Gourvitch observa: *“todavía más que las persecuciones policiales, fue el nacimiento de la emigración hacia América lo que frenó nuestro trabajo. De hecho formábamos obreros socialistas para América”* que organizaron hasta *“el baile de los socialistas de Minsk”* en New York. (T. I, pp. 258-9, donde hay una lista).

Soljénitsyne también saca sus conclusiones: *“Como vemos, desde esta época el océano no constituía un obstáculo mayor a la cohesión y a la prosecución de la acción revolucionaria dirigida por los judíos. Este lazo vivo tendrá sus efectos, evidentes, en*

Rusia” (T. I, p. 259). Tan evidentes que hasta algunos del Cono Sur se habrían dado cuenta.

El verso y el tabú

Veamos el verso político para el pobre infeliz de Rusia, verso o “fraseología” que seguía recitándose en 1917 incluido: El culpable de todo es el gobierno zarista, la maldita policía que viola y estrella contra la pared a los chicos judíos y el capitalista en general, sea o no judío. Por eso no hay que enojarse con estos muchachos que si hacen disparates es porque están oprimidos, no pueden trabajar los campos y se ven obligados a ejercer el comercio. En la página 260 tiene el discursito completo y Ud. puede recitarlo, *mutatis mutandis*, en el próximo *escrache*, argentinismo usado para referirse al ataque personal y público en patota y con protección oficial.

Los revolucionarios rusos de Rusia necesitaban cada vez más de los judíos como detonadores de la revolución, entre otros motivos por la propaganda internacional, tal el grupo ginebrino *Liberación del Trabajo*, cabeza de la socialdemocracia; nuestro autor seguramente no lo debe haber hecho solo, porque ya habría muerto, nos resume los tres tomos del *RHR* con “la interminable y fastidiosa logorrea” de las luchas internas revolucionarias, y agrega: “El detalle de estos debates constituye un material asesino sobre la tela espiritual de los revolucionarios rusos de los años 80-90 y todavía espera un historiador”.

No creo que lo haya, pues a partir de 1930, tome nota, “se instaló una suerte de tabú en las publicaciones históricas y políticas, se cesó de recordar el papel y el nombre de los judíos en el movimiento revolucionario ruso y, aún en nuestros días, este género de evocación suscita un malestar. Nada hay de más inmoral y peligroso que callarse, pase lo que pase cuando uno escribe historia: esto no hace sino engendrar por consecuencia una distorsión en sentido opuesto” (T. I, p. 262).

En contra de la *EJ*, Soljénitsyne cree posible darnos algunos guarismos de esa participación hebrea en base a autores insospechables: las cifras varía desde el 30 al 50 % (Witte en conferencia con T. Herzl) y más o menos según el caso, pero la proporción es siempre importante y mucho más si se compara con la masa de población rusa, porque entonces las cifras se disparan, como dicen los estadígrafos (T. I, p. 263).

High society

Pero dejemos las cifras que tienen, como en las deudas externas nacionales, un valor relativo; importan las decisiones políticas y nacionales: “La nación judía, moralmente liberada a partir de los años 80..., a semejanza de de la *intelligènzia* rusa bajo Pedro el Grande, está desarraigada en el más alto nivel, activa e internacionalista... Tomó de golpe el papel dirigente en la revolución rusa... Imprimió al perfil moral de la revolución rusa su carácter incisivo y sombrío” (G.P. Fedotov, T. I, p. 264).

Todo esto no produjo una asimilación profunda, muchos quedaron ajenos y exteriores a las dos naciones, la rusa y la judía, pero siguiendo a Parvus, pensaban que por lo menos servían a la causa hebrea al destruir el régimen zarista; así el renombrado publicista judío G.A. Landau luego de explicarlo nos resume: “poco a poco se instaló en la sociedad judía la hegemonía del socialismo... la negación de la sociedad civil y del Estado, el desprecio por la cultura burguesa y la herencia de los siglos pasados,

herencia de la que los judíos tenían menos dificultades en separarse cuanto que al europeizarse ya habían renunciado a la herencia” (T. I, p. 266).

Así pues que las ideas revolucionarias en el mundo judío era doblemente destructoras, para Rusia y para sí mismos y penetraban allí mucho más profundamente. Por eso la revolución acaparó también a los judíos de alto rango hasta constituir en la década de 1920 los cuadros activos del régimen soviético.

I.O. Levine expone también algunos motivos espirituales, o por lo menos psicológicos: *“Habiendo perdido el patrimonio cultural del judaísmo tradicional, estas personas no quedaron menos extranjeras a la cultura rusa y a toda cultura nacional. Este vacío espiritual disimulado bajo una cultura europea superficialmente asimilada, volvía a los judíos. Ya inclinados al materialismo por sus oficios de comerciantes o artesanos, seres receptivos a las teorías políticas materialistas... El modo de pensamiento racionalista propio de los judíos... los predispone a adherir a doctrinas como el marxismo revolucionario” (T. I, p. 268).*

Añade V.S. Mandel: *“El marxismo ruso en estado puro, copiado del original alemán jamás fue un movimiento nacional ruso... El movimiento marxista ha comenzado en Rusia con la juventud judía en el interior mismo de la zona de residencia”... y hasta le encuentra una semejanza con los odiados Protocolos de los Sabios de Sion adobada con varias citas alusivas (idem).*

En el tratamiento del terrorismo realizado por Soljénitsyne notamos la falta de auto atentados por ambas partes, el gobierno y los insurgentes, extraña ausencia entre hegelianos, marxistas y parientes; mucho más extraña en esa época ya que contaban con el modelo y asesoramiento de los norteamericanos que hasta se “liberaron” Cuba con un pretexto inventado.

Específicamente la política israelí tiene modelos famosos. El último alarde es la publicación: *Mossad. Le guerre segrete di Israele*, del historiador israelí Benny Morris y de Ian Black que hace poco propagó la editora Rizzoli. Cuentan allí los auto-complots anti-hebraicos organizados por los padres fundadores del Mossad en la década del 50, casualmente en Irak, para criminalizar al gobierno y fomentar la emigración a Israel. Durante los 200 años de convivencia ecuménica algo de esto debe haber existido. Nos lo perdimos, pero queda para la segunda edición.

Nacionalismo y capitalismo

Estas tendencias marxistas no ahogaron sin embargo la veta nacionalista judía ni en el mismo *Bund*, fundado en Vilnius, *“la Jerusalén lituana”*, que a despecho de su ideología internacionalista *“se volvió un factor de unión nacional de la vida judía”* (Aronson, cit. en T. I, p. 271). Lo termina de explicar la *EJ*: en el Bund *“las tendencias asimilacionistas se vieron poco a poco suplantadas por las tendencias nacionales”* (T. I, p. 272) y el congreso de esa organización de 1901, luego de abjurar del sentimiento nacional ruso, se pronuncia por la autonomía nacional de los judíos *“independientemente del territorio habitado por ellos”* (T. I, p. 273).

Ahí nadie comía vidrio. Y Soljénitsyne se pregunta, *“El nacionalismo, sí, ¿pero solamente para sí? Así el Bund no admitía en su seno sino judíos. Y una vez tomada esa decisión y aunque fue radicalmente anticlerical, no aceptaba a los judíos que hubieran renegado de su religión”* (T. I, p. 273). Las otras organizaciones socialdemócratas eran apodadas cristianas y el buen Lenin se lo tuvo que tragar, aunque negara que los judíos fueran de ningún modo una nación y que *“la idea de un pueblo judío aparte es*

políticamente reaccionaria” (T. I, p. 275). Él no les veía otra salida que la asimilación, o sea dejar de ser judíos. Nuestro autor le da el golpe final: “*Con su internacionalismo superficial y vulgar, Lenin nada comprendía de la profundidad ni del enraizamiento histórico de la cuestión judía*” (T. I, p. 275).

Lo cierto es que el *Bund* no se la llevó de arriba, a pesar de constituir “*la calle de los judíos*” y de haberse convertido rápidamente en “*la organización socialdemócrata más poderosa de Rusia*” (T. I, p. 275) y la de mayor disciplina, sobre todo en el nordeste. Andaba dudando como Hamlet entre ser sistemáticamente terrorista o no. Le salió al paso el *Partido Obrero judío independiente* que quería actuar sin ideología y centrándose en los intereses y contaba con el apoyo de Zoubatov, jefe de policía de Moscú.

Otro competidor contemporáneo del *Bund* y con gran futuro fue el sionismo, pues paralelamente a su nacimiento, en 1897, se realizó el Primer Congreso Universal del Sionismo, si bien con menos adherentes que los revolucionarios: Además de estos hermanos de leche nacieron varios partidos intermediarios y todos se peleaban encarnizadamente, mientras los judíos comenzaban a emigrar a Israel.

Nuestro autor reconoce con Sombart que los hebreos han tenido la iniciativa en la creación del mundo del capital, ese capitalismo fontal no es un reproche para nadie y menos en el campo socialista de modo que “*en los primeros años de la revolución esta circunstancia fue considerada un mérito de los judíos, tratándose de una formación inevitable en el camino del socialismo*” (T. I, p. 278). “*Si, ciertamente, el sistema capitalista en el campo económico y comercial, el sistema democrático en el campo político son en gran parte deudores del aporte constructivo de los judíos y estos sistemas, en reciprocidad, son los más favorables a la expansión del camino y de la cultura judíos. Pero — y este es un insondable enigma histórico — estos sistemas no han sido lo únicos que los judíos hayan favorecido*” (T. I, p. 279).

En verdad, a nosotros no nos parece ningún enigma: favorecieron, como todos los cuales ambicionan en primer término el poder, a los sistemas que más convenían en cada caso a sus intereses.

Les pareció pues conveniente liquidar “*la vida normal*” de Rusia y su monarquía y allí estuvieron en primera línea: “*Tal es la movilidad innata del carácter judío, su sensibilidad extrema para las corrientes sociales y en la vanguardia del futuro. No será ésta la primera vez que, en la historia de la humanidad, los impulsos más naturales de los hombres desembocarán de pronto en las monstruosidades más contrarias a su naturaleza*” (T. I, p. 279). No se puede pedir adelanto más refinado para el contenido del segundo tomo sobre el período comunista.

7. NACIMIENTO DEL SIONISMO (CAP. 7)

“No hay que tener vergüenza de sus orígenes, hay que querer su lengua y su dignidad nacionales; pues la cultura nacional no puede ser conservada sino gracias a la lengua, el hebreo antiguo”, en especial porque el judaísmo, carente de territorio, es “una nación espiritual” (T. I, p. 282). Evidentemente no son los criterios de un católico progresista sino de un representante del “*nacionalismo judío progresista*”, Perets Smolenskine en 1860, -vuélvase a leer otra cita suya, en el cap. 4-.

La diferencia entre estos “progresismos” lo dice todo a favor del movimiento sionista, cuando retomó estas convicciones hacia 1880, alentadas por la liberación de los eslavos y los pogroms que liquidaron las propuestas de la Haskala iluminista, convencida como estaba la pobre de que “la civilización iba a poner fin a las persecuciones” (EJ).

Apareció entonces una especie desconocida en la América castrista: el “*intelectual arrepentido*” (EJ); y además con la voluntad de volver al judaísmo tradicional. Lev Pinsker, otro médico dedicado a curar políticamente a sus semejantes, redactó su célebre *Auto-emancipación*, alertando contra toda esperanza de fraternidad entre los pueblos.

Ni Bush se animó a decir verdades tan elementales. El pueblo judío, dice Pinsker, es “*el espectro de un muerto errante en medio de los vivos*”... “*hay que ser ciego para no ver que los judíos son el ‘pueblo elegido’ del odio universal.*” (T. I, p. 263). Puede discutirse el criterio, pero no el estilo.

Conclusión: para la creación “*de un pueblo en su propio territorio*”, en consecuencia hay que “*encontrar un territorio apropiado ‘poco importa dónde, en qué parte del mundo (¡jojo! ahí entramos nosotros) y que los judíos vengan a poblarlo*” (T. I, p. 283). También la Alianza Israelita Universal coincidía en este impulso, pero no hacia Palestina sino hacia EEUU; además existía desde antes un movimiento de “*palestinofilia*”, “*de acuerdo en el fondo al saludo religioso tradicional: ‘el año próximo en Jerusalén’*”, que cobró fuerza después de 1881, a fin de que los hebreos “*puedan abandonar definitivamente la tierra inhospitalaria de Europa*” (EJ, en T. I, p. 283), previa destrucción, pero estas dos últimas palabras constituyen una interpolación posterior tipo *Protocolos*.

Las internas en Rusia y Palestina

En la misma Palestina los judíos habían desaparecido al caer el Estado cruzado, con la invasión posterior de mamelucos y mongoles, salvo un resto, un puñado religioso que en el s. XIX alcanzaba a 12.000; era la *Yishovv*, todos cuyos “*habitantes (hombres) no hacían sino estudiar el judaísmo y nada más*” a costa de los subsidios extranjeros.

Sus jefes “*rechazaban todo intento de crear en el país ni siquiera un embrión de trabajo productivo de origen judío. Se estudiaba exclusivamente el Talmud, nada más, y a un nivel elemental*” (M. Warburg, en T. I, p. 284). El resto prefería no hacer nada de nada, lo que escandaliza a los historiadores judíos progresistas como G. Gretz, que sufrió por eso la herem (excomuniación), pero uno no es progresista y puede admirarlos sin complejos.

Después de tanto descanso en 1882 los estudiantes palestínófilos fundaron en Kharkov el primer círculo de los *Biluim* para crear una colonia agrícola modelo y promover “*la colonización general de Palestina por los judíos*”, sin embargo cuando desembarcaron en Palestina, los *Yishovv* y sus rabinos se les opusieron y recordaron la antigua costumbre de suspender un año cada siete el cultivo de la tierra.

Pero en Rusia, Pinsker comienza a convocar congresos pro retorno a Palestina, también Smolenskine, gran apóstol del regreso, enfrenta a la Alianza y su proyecto de emigrar a USA, acusándola por “*traición a la causa del pueblo*”. En realidad el pueblo judío le llevaba poco el apunte a estos intelectuales agitadores y visionarios, prefería seguir a sus rabinos y a sus “justos” (tsadikim) que veían en la palestinofilia “*un atentado a la voluntad divina, ‘un atentado a la fe en el Mesías, el único que debe reconducir los judíos a Palestina*” (T. I, p. 285).

Lógicamente estos justos eran a su vez considerados reaccionarios y aislacionistas por los partidarios de la asimilación rusa. En Europa no había gran apoyo, de modo que las colonias de Palestina sobrevivían gracias al barón de Rothschild. Para complicar más la cosa surgieron los nacionalistas espiritualistas, entre ellos el gran periodista Asher Guinzberg, con el pseudónimo de Ahad Haam, ‘uno del pueblo’, que concentraba sus esfuerzos ante todo, no en el territorio sino en “*el renacimiento de los corazones*”, o sea una mejora intelectual y moral de sus hermanos; para ello fundó una organización jerárquica de tipo masónico: *Los Hijos de Moisés*.

Soljénitsyne comenta con algo de veneno rusófilo: “*Es así como el sionismo nació en Europa con un decenio de retraso respecto de Rusia*” (T. I, p. 287). Hete aquí que hasta los 36 años a Teodoro Herzl, el primer jefe del sionismo, recuérdelo, le interesaban un rábano las minorías étnicas, más aún, según Stefan Zweig, “*acariciaba el sueño de ver a los judíos de Viena entrar en la catedral para bautizarse*” y consideraba así “*resuelta de una vez por todas la cuestión judía, por la fusión del judaísmo y del cristianismo*” (T. I, p. 287).

¡Cómo nos cambia la vida! Y a Herzl lo cambió, según dicen, el juicio de Dreyfus, del que sacó esta conclusión casi obvia: el antisemitismo no es ocasional, sino “*un mal permanente, es el eterno compañero del judío errante*” (idem), en lo que parece acertar, así que la única solución es el *Estado Judío* soberano.

Los judíos vieneses, ni locos iban a llevarle el apunte y abandonar su bienestar: “*la repuesta le llegó de otra parte; estalló como un rayo, tan súbita, cargada de tal peso de pasión y de un tal éxtasis que casi se aterrorizó por haber despertado por el mundo, con algunas decenas de páginas, un movimiento tan potente y por el que se encontraba desbordado*”, era la voz de “*las formidables masas del Este*” (T. I, p. 288). Hoy el mundo comparte el terror de Herzl, que de inmediato fundó un partido verticalista y e intransigente al que se unió Suedfeld (Max Nordau).

En Rusia nuestro conocido Ahad Hamm vió claro un problema muy actual: “*aspiran -Herzl y compañía- no al ‘renacimiento de la antigua nación, sino a la ‘creación’ de un nuevo pueblo a partir de las partículas dispersas de la antigua materia*” (T. I, p. 289). La *PEJ* observa que también Ahad Haam (Asher Guinzberg, no lo olvide) padecía de la misma enfermedad: era un nacional-racionalista “*apartado de la religión*” (T. I, p. 290), que deseaba crear “*una comunidad espiritual de elite*” (PJ).

La polémica no tenía fin y todos se adjudicaban la esencia del pueblo judío; así el famoso Otto Weininger, que no concebía a los judíos tomando sobre sí la responsabilidad de un Estado. Aunque no lo crea, esa interna sigue vigente. El gran

teólogo ortodoxo Serge Boulgakof sintetiza el problema como nadie: *“La mayor dificultad para el sionismo proviene de que no es capaz de recuperar la fe perdida de sus padres, y está constreñido a apoyarse sobre un principio, sea nacional, sea cultural y étnico, principio sobre el cual ninguna nación verdaderamente grande podría exclusivamente fundarse”* (T. I, p. 291).

Soljénitsyne no puede con su orgullo: *“es de Rusia de donde han salido la mayor parte de los fundadores de Estado de Israel y los pioneros edificadores de este Estado”*; es en ruso *“donde fueron escritas las mejores paginas del periodismo sionista”* (T. I, p. 292), pues estos rusos judíos poseían el entusiasmo imprescindible para la empresa de volver a la tierra de sus padres pensando en crear allí *“un Estado de una cualidad inigualable y procrear hombres de una cualidad fuera de lo común”* (T. I, 292). Dejando a salvo la opinión de palestinos e iraníes, en eso están.

Problema bien planteado

Pero en ese entonces la cosa no era tan clara de modo que la juventud revolucionaria rusa y también el famoso Jabotinski rompieron lanzas con los sionistas que querían alejarlos de toda preocupación por la política rusa e ignoraban el hebreo. La solución, según ellos, no estaba en salir de Rusia sino en el combate político adentro. Los bolcheviques a su vez consideraban al sionismo *“el partido del pesimismo más negro, el más desesperado”* (T. I, p. 293).

Surgieron lógicamente corrientes intermedias, más cerca del compromiso político local y *“a despecho de los desacuerdos que dividían a los sionistas entre sí, se producía en Rusia un deslizamiento general del sionismo hacia el socialismo que atrajo la atención del gobierno ruso”*, enemigo del separatismo interno y favorable a la integración (T. I, p. 294). Hasta ahora el sionismo había sido mero espectador, por lo que Herzl hizo gestiones personales al más alto nivel del Imperio.

Turquía, dueña entonces de la Palestina, no quería saber nada de re-judaizar Palestina, e Inglaterra vino en su ayuda proponiendo enviarlos a Uganda, propuesta apoyada por Herzl y discutida violentamente en el VII Congreso sionista de 1905, donde se lo llevó un infarto. Hubo una docena de países en vista, incluido Portugal y sus colonias que fue rechazado porque era un país débil, incapaz de defenderlos de modo que *“los judíos corrían el riesgo de ser víctimas de las tribus vecinas”* (EJ en T. I, p. 297).

No había llegado aún el turno de USA, pero el asunto estaba bien planteado, analicemos *“este argumento: se necesita un país fuerte que pueda defender a los inmigrantes en los lugares de su nueva residencia, venía a fortalecer a los que insistían en la necesidad de crear ‘rápidamente’ un Estado independiente apto para recoger una emigración masiva”* (T. I, p. 297); por eso Max Nordau se oponía al asentamiento en Palestina: había que dar cuenta de Turquía, solucionar el problema árabe: *“los adeptos a este programa comprendieron que para ponerlo en práctica, era necesario recurrir a la asistencia de poderosos aliados. Ahora bien por el momento ningún país ofrecía este socorro. Para llegar a la creación del Estado de Israel, será necesario todavía pasar por dos guerras mundiales”* (T. I, p. 297). ¿Será indispensable la tercera?

8. EN LA BISAGRA DE LOS SIGLOS XIX Y XX (CAP. 8)

Pedagogía y defensa del pueblo

A partir de 1887 Alejandro III había intentado refrenar a los judíos de Rusia con las medidas de orden civil y político que vimos y se fue al otro mundo firme en sus trece. Al tema del *numerus clausus*, tan criticado, se le dedican 16 páginas, estadísticas y distinciones varias. Al limitar la presencia judaica en los establecimientos educacionales del Estado, liceos y universidades, no sólo se buscaba frenar su flujo creciente sino luchar contra la revolución y hacer de la escuela “no un criadero de revolucionarios, sino un criadero para la ciencia” (Hessen en T. I, p. 300), objetivo por demás utópico como todos sabemos.

“Esta ley del numerus clausus, que no había nacido a lo largo de 95 años de presencia masiva de judíos en Rusia y que había de mantenerse todavía durante 29 años (prácticamente hasta 1916), golpeó a la sociedad judía de Rusia tanto más dolorosamente cuanto que en los años 1870-1880 justamente se había manifestado ‘un impulso notable de los judíos para entrar en los liceos y colegios’” (T. I, p. 301).

Estas últimas palabras son de Sliosberg, quien atribuye el hecho, ante todo, a las dificultades de la competencia comercial y a las dispensas del servicio militar para los estudiantes, de modo que se creaba ahora un “proletariado judío estudiantil” con abundante proporción de sus clases bajas; era también, en el caso de los universitarios, un modo de radicarse en cualquier parte del imperio junto con sus ayudantes (T. I, p. 308).

Todo correspondía también a la tendencia pedagógica de la época hacia la educación popular que “los judíos particularmente intuitivos y receptivos habían sido los primeros en presentir, al menos intuitivamente” (T. I, p. 302), pero el Estado ruso no podía ignorar que muchos judíos jóvenes “se habían destacado por su activismo y su rechazo total del régimen vigente” y ante todo trataba de evitar el desequilibrio nacional en materia de educación, siguiendo a Pobedonostsev, que se lo expuso sin tapujos al barón Morits von Hirsch: no se trata de que los judíos constituyan una amenaza, le dijo, sino que “enriquecidos por su cultura multi-milenaria, son un elemento más poderoso espiritual e intelectualmente que el pueblo ruso, todavía ignorante y mal pulido — es por eso que se debían tomar medidas para equilibrar ‘la débil capacidad de la población local para resistir’” (idem).

¡Milagro!: Pobedonostsev hasta le sacó un millón de rublos para su plan. En ese siglo se podían decir ciertas verdades, en nuestros años hubieran puesto el grito en el cielo desde Einstein hasta Maradona.

Malos resultados

Los judíos se sintieron burlados, los rusos todo lo contrario: eran los sostenedores del tesoro público y querían mantener la proporción étnica pues “a diferencia de todos los otros pueblos del imperio los judíos aspiraban ahora casi ‘exclusivamente’ a la instrucción, y en ciertos lugares, esto podía significar que el contingente judío en los establecimientos escolares superaba el 50 %” (T. I, p. 303).

Soljénitsyne aprovecha para recordar que USA en el s. XX les pusieron cuotas de inmigración y también cupos universitarios de encendida actualidad. Es de notar que

los cupos no fueron rígidos sino flexibilizados por múltiples excepciones: en los liceos de señoritas, en muchos institutos especializados, en los establecimientos privados, obviamente en las escuelas de comercio que dependían del Ministerio de Finanzas; pocas restricciones en las escuelas de comercio de la zona, donde se concedían excepciones frecuentemente y el porcentaje de judíos era del 50 por ciento, en los establecimientos de lengua hebrea, etc.

De todos modos el autor se pregunta por la eficacia de estas medidas que bien pudieron contribuir a agravar la reacción revolucionaria de los estudiantes *“en resumen: las cuotas de admisión de ningún modo frenaron la aspiración de los judíos a la instrucción, Tampoco contribuyeron a elevar el nivel de vida de los pueblos no judíos del imperio; no hicieron más que suscitar la amargura y la rabia en el seno de la juventud judía. Pues bien ella, a despecho de las prohibiciones, iba a constituir una intelligènzia de vanguardia. Serán los inmigrantes de Rusia los que formarán el núcleo de la primera elite intelectual del futuro Estado de Israel”* (T. I, p. 307).

La administración pública y las conversiones interesadas

También hubo restricciones en la administración judicial y en el foro, donde funcionaba el cuerpo de abogados instituido en 1864, profesión rentable, que además permitía la propaganda política, porque no existía censura para los alegatos de modo que el Sr. abogado podía decir cualquier dislate contra la sociedad y a favor del delincuente que salía por la puerta más cercana (como en casa, ¿no?): *“Pues bien, en el seno de esta cofradía influyente los judíos ocuparon muy rápidamente un lugar preponderante, revelándose como los más dotados de todos”*, de modo que el Ministro de Justicia Manasseine le informó a Alejandro III: *“el foro está invadido por los judíos, que suplantán a los rusos; aplican métodos propios que infringen el código de deontología a cual deben obedecer los abogados juramentados”* (T. I, p. 309).

Otro ministro, Mouraviev, agregaba que *“el número de estas personas se vuelve tan grande que corren el peligro de adquirir una importancia preponderante y de ejercer una influencia nefasta en el nivel general de moralidad y sobre las actividades de esta corporación”* (idem). Parece que en aquella Rusia los abogados respetaban las leyes, a pesar, anotemos, que Dostoyewski los define como “conciencias de alquiler”.

La “conversión” al cristianismo, en particular al luteranismo, fue un buen recurso para eludir restricciones al extremo que, según Sliosberg, en cierto momento se produjo un *“renegamiento casi masivo”* (T. I, p. 312) de la fe judía, una traición sin duda tolerada por el gobierno. Soljénitsyne también critica: *“El criterio religioso jamás constituyó una ficción para el gobierno zarista, sino que fue siempre un motivo verdadero. Es por causa de él que fueron ferozmente perseguidos durante dos siglos y medio los viejos creyentes, perfectos rusos étnicamente, como así más tarde los doukhobors y los molokanes, también ellos rusos”*. (T. I, p. 311).

Ello es propio del “candor” de los siglos anteriores, *“pero en el alba del siglo XX ¿no se debería haber reflexionado un poco y preguntarse si tal procedimiento era moralmente admisible y prácticamente eficaz? ¿Podía uno continuar proponiendo a los judíos un bienestar material al precio de renegar de su fe?”* (T. I, p. 312).

No, evidentemente no, pero hace poco durante la guerra de Irak vimos a un Pastor norteamericano “convertir” musulmanes sedientos a cambio de la propia agua de su bautismo.

También a partir de 1870 los judíos tuvieron dificultades para entrar en la administración pública, que estaba mal paga y en los cargos electivos locales, salvo como supernumerario desde donde luego ejercieron la subversión (T. I, p. 313).

En 1892 la restricción se hizo más severa incluyendo todo cargo de responsabilidad, ser elegido delegado en las “dumas” y municipios etc., especialmente fuera de la zona de residencia: *“no hubo tiempos más duros en toda la historia de los judíos en Rusia. Fueron sacados de todas las posiciones que habían adquirido”* (Sliosberg, en T. I, p. 314).

¿Perseguidos o igualados?

Soljénitsyne admite las vejaciones y la desigualdad de derechos, pero *“la desigualdad de derechos”* de los Judíos perdía naturalmente su agudeza en un Estado donde la enorme masa de la población (82 %), aquella de la que dependía la prosperidad del país, el campesinado — también ella estaba ‘excluida’ del derecho común, lo mismo para todos (Maklakov) — y quedó en la misma situación después de de la abolición de la servidumbre: también para ella el servicio militar era ineluctable, la instrucción secundaria y superior inaccesible, y tampoco obtuvo la auto administración, ese *“zemstsvó”* rural del que tenía necesidad.

Otro emigrado D.O. Linski, un judío, concluye con amargura que, en comparación con el nivelamiento operado por los soviets, cuando la entera población de Rusia fue privada de todo derecho, *“la desigualdad de derechos de la población judía antes de la revolución aparecía como un ideal inalcanzable’*. *Se ha tomado la costumbre de decir: la ‘persecución’ de los judíos en Rusia. Pero la expresión no es justa. No era propiamente hablando una persecución. Fue una serie de restricciones, de vejaciones humillantes por cierto, dolorosas, incluso escandalosas”* (T. I, p. 314-5). Persecuciones no eran las de antes, sino las futuras, y todavía no se acabó la Historia.

Las limitaciones impuestas a los judíos fuera de las zonas de residencia tienen características similares a las expuestas sobre la educación (pp. 315-323) y siempre *“repitámoslo otra vez: las limitaciones aplicadas a los derechos de los judíos no revisieron jamás, en Rusia, un carácter racial. No se aplicaron a los Karaitas, ni a los judíos de las montañas, no a los de Asia Central que, diseminados y confundidos con la población local, habían siempre elegido libremente su tipo de actividad”* (T. I, p. 323).

El inglés Park, con toda la flemma y el sentido práctico de su estirpe, atribuye a las restricciones una causa económica: *“Antes de la guerra (1914-1918) ciertos judíos habían concentrado entre sus manos riquezas considerables... Esto había hecho creer que aboliendo estas limitaciones se dejaría a los judíos hacerse dominadores del país”* (T. I, p. 322).

Escuchemos al liberal V. Leontovich: *“Hasta hace poco se ha parecido ignorar que las medidas restrictivas que afectaban a los judíos provenían mucho más de tendencias anticapitalistas que de una discriminación racial. La noción de raza no interesaba a nadie en Rusia en esos tiempos, salvo los especialistas en etnología... Es el temor de ver fortalecerse los elementos capitalistas, susceptibles de agravar la explotación de los campesinos y de todos los trabajadores, lo que fue decisivo. Son numerosas las fuentes que lo prueban”* (T. I, p. 324).

Nos parecerá increíble a nosotros, acostumbrados en nuestros “países bananeros” a *“no ahorrar sangre de gauchos”* -como dijo nuestro Sarmiento y lo

piensan todos- amén de burlarnos de nuestra población, pero en el mundo hubo gobiernos que se tomaban el trabajo de defenderla: *“No olvidemos tampoco que el campesinado ruso acababa de sufrir un choque y una mutación brutal: el paso de las relaciones de tipo feudal a las relaciones de mercado, paso para el que no estaba en absoluto preparado y que iba a hacerlo oscilar en un remolino económico a veces más despiadado que la misma servidumbre”* (T. I, p. 324).

V. Choulguine escribe al respecto: *“La limitación de los derechos de los judíos en Rusia estaba sostenida por un “pensamiento humanista”... “Se admitía que el pueblo ruso, tomado globalmente (o por lo menos ciertos estratos sociales) era de alguna manera inmaduro, afeminado... que se dejaba explotar fácilmente...”* etc. *“Las restricciones — dice Soljénitsyne —, fueron concebidas por el gobierno para combatir una presión que ponía en peligro los fundamentos del Estado”*; Parks, a su turno, observa *“el efecto desastroso que puede tener la facultad de explotar al prójimo y el papel excesivo en las zonas rurales de la Europa del Este, de los taberneros y de los usureros’ incluso si descubre las razones de tal estado de cosas en la naturaleza del campesino más que en los judíos mismos”* (en T. I, p. 324).

Hay naturalezas y naturalezas, hay que ayudar a unas, pero limitar a otras, eso, si Ud. no es calvinista y deja que gane el ‘más mejor’ o el más fuerte por elección divina.

Vodka y emigración

El vino nos gusta a todos, pero a los rusos les gusta el vodka a un grado tal que hasta Soljénitsyne, enamorado de su gente, reconoce *“la intemperancia del pueblo ruso”* (T. I, p. 325). Hemos visto que los judíos también la conocían y la explotaban con extraordinarios dividendos, aunque haciéndose los empobrecidos, pues las estadísticas demuestran su extraordinaria participación en este negocio redondo. Pero llegó el fatídico año 1896 cuando al zar Alejandro III se decidió a establecer el monopolio estatal de las bebidas alcohólicas, interfiriendo en la libertad del mercado, como se dice hoy.

Lógicamente *“el mercado”* se indignó: se comprende que esta reforma haya sido *“recibida con horror... por los judíos de la zona de residencia”* (Sliosberg), donde el monopolio de hecho lo tenían ellos, de modo que este monopolio (el estatal, claro) hasta la primera guerra mundial *“quedó como el blanco favorito de la indignación general — mientras que no hacía sino instaurar un control riguroso de la cantidad de alcohol producida en el país, y de su calidad. Olvidando que afectaba de la misma manera a los colonos cristianos (ver estadísticas infra) se lo presenta siempre como una medida anti-judía”* (T. I, p. 326).

Terminado el lucro fácil se vino la emigración hacia USA: *“El hecho es que la emigración judía (a América) había permanecido débil hasta 1886-1887; conoció un breve repunte en 1891-1892, pero es después de 1897 que se convirtió en masiva y continua”* (T. I, p. 326).

¿Empobrecidos por los zares?

El estado ruso seguía con la política de insertar a los judíos en las tareas campestres y limitar su residencia en las poblaciones, lo que agravó la situación, motivó diversas medidas y contramedidas con otro *Comité para los asuntos judíos*, el onceavo de 1899. Además del negocio de las bebidas y el arriendo como principales fuentes de ingresos, los hebreos tenían otro: la adquisición de grandes extensiones de tierras, en especial con fines especulativos, hasta que en 1881 se le prohibió el arriendo y la adquisición directa, lo que perjudicó a don David Bronstein, el padre de Trotzki, que de paso sea dicho, alimentaba mal a sus cosecheros a diferencia del abuelo de Soljénitsyne, que por cierto nos lo hace notar (p. 329).

En 1903 se les quitó el derecho de adquirir bienes inmuebles en todo el imperio, en las zonas rurales., lo que limitaba su actividad industrial pero no la agrícola (*EJ* en T. I, p. 329). El ministro Stolypine dispuso en su reforma agraria “*que acordaba la tierra a título personal a los campesinos*” (T. I, p. 330) y todo el mundo protestó, desde los conservadores a los revolucionarios; sin embargo Larine, un judío comunista, después de 1917, “*encendido de indignación proletaria, escribe: ‘Los propietarios de tierra judíos poseían bajo el régimen zarista más de dos millones de hectáreas de tierras (principalmente en torno a las usinas azucareras de Ucrania, como de los grandes dominios de Crimea y de Bielorrusia)’*” (T. I, p. 330), y para colmo eran tierras negras, de las mejores como las del barón Guinzburg, etc.

Aún así no se morían de hambre, ya que el comercio y en especial la exportación de cereales estaban casi completamente en sus manos, una gran cosa, pues, al decir de Biekerman, “*si el comercio ruso de trigo se ha convertido en parte integrante del comercio mundial, esto, Rusia se lo debe a los judíos*” (T. I, p. 331).

Pero las fuentes estadísticas no nos cuentan los modos comerciales “*frecuentemente muy duros y la práctica de procedimientos que hoy consideraríamos como ilícitos; podían por ejemplo entenderse entre ellos y negarse a comprar la cosecha con el fin de hacer caer los precios*” (T. I, p. 331); surgieron en respuesta las cooperativas, al principio de socorros mutuos.

Con la exportación de madera, la segunda luego del trigo, pasaba otro tanto, y Larien se vuelve a enojar con los suyos por lo mismo (T. I, p. 332).

Más de un tercio de ingenios azucareros eran judíos al fin del siglo (*EJ*). Tuvieron importancia también en carpintería, peletería hilados, confección, tabaco, cervecería, petróleo en Bakou, comercio de ganado, ferrocarriles, carbón, oro donde jugaron un papel mayor y los Guinzbourg se dedicaron casi exclusivamente a ello; el previsible escándalo estalló en 1912 por las condiciones de la explotación, cooperativas, ahorro, y sobretudo las finanzas, habitat peculiar en donde “*la actividad económica de los judíos brilló más*”, hasta que “*los judíos hicieron salir de sus rangos no solamente la aristocracia, sino también la masa de empleados*” (*EJ*), mientras los tres hermanos Poliakov “*tenían el grado de consejeros secretos y, como lo hemos dicho, les fue acordada a los tres la nobleza hereditaria*” (*LMJR*, en T. I, p. 337).

“*Tal es el cuadro. Todo está ahí. El infatigable dinamismo del comercio judío que mueve Estados enteros. Y las restricciones de una burocracia timorata, esclerosada, que no hace sino impedir el avance. Y la irritación siempre creciente que estas prohibiciones suscitan en los judíos. Y la liquidación de los bosques rusos, exportados al extranjero en estado bruto, en calidad de materia prima*”, el campesino explotado e impotente, el Ministerio de finanzas otorgando créditos y subsidios (T. I, p. 332) que no alcanzan al campo, precisamente el que carga con el peso de los impuestos...

“Durante medio siglo Rusia ha sido acusada — tanto en el interior como en el exterior — de haber sojuzgado económicamente a los judíos y de haberlos acorralado en la miseria. Se necesitará que los años pasen, que esta abominable Rusia desaparezca de la superficie terrestre, habrá que atravesar la tormenta revolucionaria para que un autor judío de los años 30 lance una mirada sobre el pasado, por sobre el muro ensangrentado de la revolución, y reconozca: ‘En el fondo, el gobierno zarista toleraba el conjunto de la actividad económica de los judíos’. En cuanto a las tensiones de la lucha nacional, “los judíos no la sentían en su vida económica. La nación dominante no debía ponerse al lado de tal o tal grupo étnico, buscaba jugar el papel de árbitro o mediador” (A. Menes, La Cuestión Judía en Europa del Este, en T. I, p. 333).

“Al comienzo del s XX representaban el 35 % de la clase comercial de Rusia” (T. I, p. 335), y en la región sudeste, nos explica Choulguine, los burgueses rusos, antes poderosos, “habían sido despojados por los judíos, rebajados en la escala social, reducidos al estado de mujiks” (T. I, p. 335).

Renacimiento espiritual

Soljénitsyne no se conforma con rechazar las acusaciones de supuesta persecución racial o económica, sino que describe la deuda espiritual de los hebreos con su patria, aún admitiendo los múltiples errores políticos que llevaron a la ruina del imperio, y presenta a Rusia como el caldo de cultivo, el centro del renacimiento judío moderno. Transcribiremos su párrafo más importante.

Al comenzar el s. XX la Zona de residencia carecía de sentido y de utilidad, “no había hecho más que llenar a los judíos de amargura y de rencor antigubernamental; había arrojado aceite sobre el fuego del descontento social y había marcado al gobierno ruso con el sello de la infamia a los ojos de Occidente”.

“Seamos claros: este imperio ruso, con las lentitudes y la esclerosis de su burocracia, la mentalidad de sus jefes... se había mostrado incapaz de solucionar una buena docena de problemas mayores tocantes a la vida del país. No había sabido ni organizar la autogestión civil local, ni instalar ‘zemstvos’ en los distritos rurales, ni proceder a la reforma agraria, ni remediar el estado de humillación pernicioso de la Iglesia, ni comunicarse con la sociedad civil y hacerle comprender su acción. No había sabido administrar ni el auge repentino de la instrucción masiva, ni el desarrollo de la cultura ucraniana. A esta lista agreguemos otro punto donde el retardo se reveló catastrófico: la revisión de las condiciones reales de la Zona de residencia, la toma de conciencia de su influencia sobre toda toma de posición en el Estado. Las autoridades rusas han tenido cien años y más para resolver los problemas de la población judía y no lo supieron hacer — ni en el sentido de una asimilación abierta, ni autorizando a los judíos a permanecer en un aislamiento voluntario, el que ya era el suyo un siglo antes” (T. I, p. 338).

Justamente durante ese tiempo el judaísmo ruso se desarrolló rápidamente y su elite no estaba para aguantar limitaciones anacrónicas, pero no todas era pálidas para ellos, *“pues si el judaísmo americano crecía en importancia, los judíos de Rusia, al comienzo del s. XX, constituían todavía casi la mitad de la población judía del planeta. Debe esto recordarse como hecho capital en la historia del judaísmo.*

M. Biekerman en 1924 y la PEJ corroboran este criterio al decir: *“la historia judía de las generaciones más próximas a nosotros es principalmente la historia de los judíos de Rusia”... y aunque en el s. XIX “los judíos de Occidente fuesen más ricos,*

más cultivados y más influyentes que nosotros, ello no impide que la vitalidad del judaísmo se encontrara en Rusia. Y esta vitalidad crecía y se afirmaba al mismo tiempo que se expandía el imperio ruso... Fue sólo cuando se unieron a Rusia las provincias pobladas de judíos... que comenzó este renacimiento”.

Entre otras cosas creció sin cesar el nivel de vida de las capas inferiores... *“Por toda una gama de esfuerzos, los judíos de Rusia habían sabido superar la abyección física y moral que habían traído de Polonia; la cultura y la instrucción europeas ganaban los medios judíos...y hemos ido tan lejos en esta ruta, hemos amasado una tal riqueza espiritual, que nos pudimos dar el lujo de tener una literatura en tres lenguas [yiddish, alemán y ruso]...por sus efectivos y por el verdor de energía que escondía [el judaísmo ruso] se reveló como la espina dorsal del todo el pueblo judío”* (Biekerman, en T. I, p. 338-9).

Precisamente en la Zona de residencia se despertaron *“fuerzas que habían permanecido dormidas desde hacía largos siglos en el seno del pueblo judío...era una verdadera revolución espiritual.”* En las jóvenes judías *“la sed de instrucción revistió un carácter literalmente religioso”* (M.A. Krol). Nuestro autor agrega: *“Si un reproche no podría hacerse a ‘la prisión de los pueblos’ es el de haber desnacionalizado los pueblos, sea el judío u otros”* (T. I, p. 339).

Argentina y emigración

Los judíos tenía a su disposición por lo menos seis opciones: aislamiento protector de la identidad religiosa, lucha por la asimilación, autonomía cultural y nacional como pueblo diferente dentro de Rusia, emigración, sionismo, revolución. Este *múltiple choice* presentaba un elemento común: culturización de la masa en las tres lenguas mencionadas y ayuda social mutua, particularmente en la emigración organizada por la *SCJ, Sociedad para la Colonización por los Judíos*; esta eficaz institución fue fundada en Londres por el barón Moritz von Hirsh para conseguirles a los judíos que dejaban Rusia *“una nueva patria y tratar de apartarlos de su actividad habitual, el comercio, hacer de ellos agricultores y contribuir a la obra de renacimiento del pueblo judío.”* (EJ, en T. I, p. 341).

Casi un programa zarista. Soljénisyné aclara que *“esta nueva patria será la Argentina”* y que *“otro objetivo consistía en desviar la ola de inmigración judía lejos de las riberas de Estados Unidos donde en razón del aflujo de inmigrantes y de la baja de los salarios inducida por su concurrencia, se levantaba el espectro del antisemitismo”* (T. I, p. 341).

Por lo menos tenemos derecho a reivindicar el papel de salvadores ante el antisemitismo anglosajón, quién lo hubiera dicho, y resulta más explicable en nuestra tierra, la reacción anti-judía de iluministas como Sarmiento. Se abrió una oficina especial en San Petesburgo, donde según Sliosberg los banqueros y millonarios tenían ventajas. La emigración apresurada también tuvo otro motivo inmediato, amén de los antes mencionados: el afán de huir del servicio militar obligatorio, hasta recurriendo a la auto-mutilación, motivo que suele silenciarse hasta en las *EJ*.

El gobierno ruso no trababa la emigración, la cual en una primera etapa acampaba en Londres, que hacía de distribuidor; los ingleses no son los argentinos y se enojaron porque muchos judíos permanecían en la isla y *“habiendo evaluado las proporciones que amenazaba tomar este flujo migratorio, Gran Bretaña pronto cerró brutalmente sus puertas* (cf. *EJ*).

La emigración a la Argentina también se había detenido desde 1894. La *Enciclopedia Judía* califica este hecho como “*crisis que se incubaba en la cuestión argentina...*”. Sliosberg habla del “*desencanto de los inmigrantes en la Argentina*”, donde el maná era tan escaso y caro que los descontentos se sublevaban y enviaban peticiones colectivas al barón Hirsch.

Los debates en la duma muestran una situación semejante a la experiencia ya realizada en la Nueva Rusia: “*La emigración a la Argentina proporciona ejemplos confirmando que, en muchos casos la gente ha recibido un terreno en condiciones muy ventajosas, pero lo han abandonado para entregarse a otros oficios más conformes a sus cualidades*” (última cita de una sesión de la Duma o Legislatura, T. I, p. 343). Como dice Horacio el asunto no es cambiar de lugar sino de alma.

La nación hacia Palestina

La proporción de inmigrantes a USA desde 1881 a 1914 fue del 78,6 %, sin que logre “*absorber el exceso anual de población judía*” (PEJ), autodefinida como “*empleados industriales*”, eufemismo muy adecuado al país. Es curioso, pero la capa cultivada emigraba muy poco, 1 %, a pesar de que teóricamente era la más perseguida, porque deseaba participar en la vida pública rusa y según Jabotinski a fines de siglo “*la nueva generación ha querido implicarse directamente en la Historia... y sobre toda la línea, en el exterior como en el interior, pasó de la defensiva a la ofensiva...*” (T. I, p. 345); también el ala religiosa de judaísmo rechazaba la emigración “*como una ruptura con las raíces vivificantes del judaísmo de la Europa del Este*”.

El esfuerzo de esta generación se centraba en “un vasto programa de instrucción propiamente judío, de cultura y de literatura en yiddish, la única capaz de crear un lazo con la masa del pueblo” donde sólo el 3 % de la aristocracia judía, conocía el ruso como lengua materna, mientras que el hebreo se había olvidado (censo 1897).

Fue evidente la necesidad de una formación política (I. Mark), “*es allí, en los años 90, cuando se diseña ‘la grandiosa metamorfosis de la masa judía amorfa en ‘nación’, el Renacimiento judío*” (Aronson en LMJR, T. I, p. 345). A la vez se promueve la cultura judía en lengua rusa y el conocimiento de la historia judía, mucho mayor según el autor que el de los rusos en la suya. En el refinado San Petesburgo de la época “*se formaron casi todos los cuadros superiores, la aristocracia intelectual judía*” (M. Guinzburg, en T. I, p. 346).

En cuanto al ideal de asimilación, a pesar de su vigencia práctica, no era defendida por ningún partido hebreo (EJ) y se decidió “*romper los lazos entre emancipación...y ... asimilación*” — más claro: *obtener uno y no el otro, ganar la igualdad sin perder la judeidad*” (I. Mark, en T. I, p. 347); estábamos además, explica Sliosberg, ante una conciencia nacional despojada de toda forma religiosa: cayó “*la autoridad de los rabinos y hasta los estudiosos de las escuelas talmúdicas se dejaron seducir por la secularización*” (idem).

Era como para quedarse en Rusia y hacerse un lugar más cómodo entre las nacionalidades como un ruso qualumque “En cambio, como lo hemos indicado, lo que se desarrolló con una fuerza imprevisible y una forma inesperada fue la ‘palestinofilia’ ” (T. I, p. 348).

¿Soljénitsyne antisemita?

“*Los pogroms antijudíos han estallado siempre en el Sud Oeste de Rusia — como el caso de 1881*” (T. I, p. 355), tal el de Kishinev de 1903 que analizará en detalle. Soljénitsyne defiende a su pueblo crucificado como antisemita por toda la propaganda liberal y de izquierda: “*Pues ni en la Rusia central, ni en la del norte y la del este, incluso durante la conmoción general de octubre de 1905, existieron pogroms antijudíos (si hubo indignación fue contra los intelectuales revolucionarios en general, como contra su manera de unirse al manifiesto del 17 de octubre). Pero ello no impide que a los ojos del mundo entero, la Rusia anterior a la revolución -no el imperio, Rusia- lleve para siempre el sello de la infamia, el de los pogroms y siglos negros... es indeleble, incrustados en los espíritus ¿todavía por cuántos siglos futuros?*”.

El bueno de nuestro premio Nobel no quiere aceptar las reglas de juego revolucionarias confirmadas por los ganadores de las dos últimas guerras mundiales: Rusia cae dentro del eje del mal, como varios siglos antes España, y antes el Imperio Romano, y después Alemania, y etc., etc, sin olvidarnos del Evangelio y la Iglesia que será el consumidor final de este producto. El perdedor se transforma en un “*pueblo canalla*” hasta tanto varíen las relaciones de poder, lo cual suele ocurrir con una guerrita purificadora, como dice San Agustín.

Posibilidades y rumores de guerra hay suficientes desde que Kant inventara el cuento de la paz perpetua, que ahora los estrategas norteamericanos, como Michael Leeden y los trotskistas neoconservadores en el poder, completan con la guerra perpetua. No hay que perder la esperanza.

Mientras tanto para fundamentar sus quejas Soljénitsyne argumenta que en Europa el creciente antisemitismo de la época era peor, y vienen algunos ejemplos clásicos, donde caen sobre todo Wagner, H. von Treitschke, Hartman, Düring, pero curiosamente en esta selección excesivamente restringida, para decir lo mínimo, se olvida de Marx que en *La Cuestión Judía* nos presenta un mundo judaizado, es decir esclavizado, hasta los tuétanos, que los suyos iban a liberar con la dictadura del proletariado.

En Rusia hubo por cierto algunas declaraciones anti-judías pero “*sin la fuerte coloración teórica que tuvieron en Alemania*”, salvo el periódico *Los Nuevos Tiempos*, que se dio el gusto. La izquierda revolucionaria y sus socios necesarios, los liberales, la hicieron fácil: la culpa la tiene el gobierno y todo se arregla con la democracia al mejor estilo Alfonsín, centrando su propuesta para resolver la cuestión judía en la liquidación de la aristocracia y el zarismo, quedando absuelto el pueblo (T. I, p. 353). No se trata de una polémica demasiado inteligente, así que damos vuelta la hoja.

Como anécdota vale el recuerdo del gran V. Solovieff: “*Los judíos se han comportado siempre respecto de nosotros a la manera de los judíos, y nosotros cristianos, todavía no hemos aprendido a comportarnos con el judaísmo de una manera cristiana*” (T. I, p. 350).

Si Ud. encuentra algún judío auto-conciente que considere este criterio como favorable a los suyos, se hará acreedor a un premio consuelo. De todos modos Solovieff protestó contra las estupideces, las violencias y las injusticias que afectaban a los hebreos, reunió más de cien firmas para quejarse ante el Zar, pero no sólo lo censuraron sino que lo amenazaron con sanciones, por lo que todos se quedaron en el molde.

La opinión pública se dio cuenta de la importancia de este tema varios decenios después del gobierno, y el gobierno, como vimos, andaba atrasado en materia de revolución... alguien tenía que tener el reloj en hora: “*Es la Providencia quien hizo*

venir a nuestra patria la mayor parte del pueblo judío y la más sólida” (Solovieff, en T. I, p. 351). Pero sus caminos no son los nuestros, así que seguimos en ayunas.

El pogrom de Kishinev

Nuestro autor le dedica unas veinte páginas, dada la importancia que tuvo y tiene en la propaganda mundial anti-rusa. Para medir la magnitud del desafío, haga de cuenta que estamos ante un alemán discutiendo sobre los hornos y recurriendo a la verdad histórica, o a Saddam Hussein alegando que no tenía armas “de destrucción masiva”. En Kishinev (¡búsquelo en un atlas!) vivían 50 mil judíos, 8000 rusos, mejor dicho ucranios en su mayoría, pero vaya Ud. a distinguirlos, y otros 50 mil moldavos. La enciclopedia judía le echa la culpa a los moldavos y basta.

Empezó, no por casualidad como otras veces, en la pascua cristiana de 1881, el 6 y 7 de abril, con unas pedradas contra locales judíos realizadas por adolescentes, en un clima ya caldeado por motivos imaginables y también por la acusación de un crimen ritual en el burgo de Doubossary. En el desbarajuste generalizado que caracterizaba la administración zarista de la época, la policía se comportó como la nuestra ante un ‘escrache’ y se lavó las manos al igual que el ejército y el gobernador. A uno de nuestras tierras no hay que explicarle más.

“Y ahí está lo más imperdonable: riñas repetidas todos los años para Pascua, rumores semejantes -y la policía se cruza de brazos-. Un signo más del estado de decadencia de aparato gubernamental. Pues una de dos: o bien se abandona el imperio (cuántas guerras, cuántos esfuerzos desplegados con el fin de reunir, por oscuras razones la Moldavia a Rusia), o bien vela uno por el buen orden que debe reinar en todo el territorio” (T. I, p. 357). Todo gobierno exige decisiones y para evitar revoluciones, motines y pogroms: represión o muerte.

Ante los saqueos los judíos reprimieron, como Dios y Jahveh mandan, con armas de fuego y entre otras desgracias mataron a Ostapov, un jovencuelo ruso. Resultado: 42 difuntos, de entre ellos 38 judíos, muertos con garrotes, palas, piedras y hasta hachazos, pero sin tiros, torturas o violaciones; 465 heridos, de los cuales 65 eran cristianos, acusaciones de violación; 1350 casas saqueadas, es decir casi un tercio del total *“una cifra enorme, lo que equivale a un bombardeo”* (T. I, p. 359) de los de entonces, no de los de Dresde o Irak. La EJ última da cifras semejantes. A un pobre judío, Meer Weisman, el hijo de un vecino le reventó un ojo, lo que demuestra que ni los más prójimos respetaban al más inmediato en el tejido social.

El circo, negocio redondo

Eso, y unas pocas otras cosas semejantes, es lo que ocurrió en *“la realidad real”*, pero como en todos los tiempos vale más políticamente la realidad virtual”; los agitadores se preguntaron *“¿cómo explotar (esto) para golpear al poder zarista?”* y montaron el circo de siempre. Soljénitsyne no se consuela: *“Ver aquí claro es un deber, pues se ha aprovechado el pogrom de Kishinev para ensuciar a Rusia y marcarla con el sello de la infamia. Hoy todo trabajo histórico honesto sobre el tema exige que se diferencie entre la horrible verdad y las mentiras pérfidas”* (T. I, p. 361).

El papel aguanta todo, incluso la verdad a veces, pero la realidad virtual se queda siempre con la mejor parte, es decir la propaganda liberal y bolchevique, indisolublemente unidas en esto. El comité para defensa de los judíos, integrado entre

otros por nuestro conocido, el bolchevique Sliosberg, comienza por excluir toda otra causa que el complot entre el zarismo y la policía, etc.

La Iglesia ortodoxa actuó como nuestras asambleas episcopales y se plegó al verso con un lenguaje anacrónico (T. I, p. 363), ya superado por la revolución, así que ya al mes estalló la previsible *“campana de información, pero también de intoxicación tanto en la prensa rusa como en la europea y americana”* (T. I, p. 363): asesinato de madres y lactantes, violaciones públicas y hasta de viejas, lenguas arrancadas, *“un hombre eviscerado y una mujer con la cabeza horadada por clavos hundidos por las narices”*, y demás detalles terroríficos -todo contradicho por las pericias y autopsias-, documentos apócrifos escandalosamente esgrimidos por la prensa seria del universo contra el gobierno zarista y que aún puede leerse en la *PEJ* de 1996.

Reuniones, conferencias, actos públicos, en París, Londres, New York y Berlín, que en ese tiempo todavía no integraba el eje del mal. La sinagoga de Londres, a falta de Pío XII y el Vaticano, acusaba al santo sínodo ortodoxo y allí también se prendieron los primeros curas católicos progresistas, a pesar de que aún andaban en pañales.

No podía faltar el lobby de los abogados de los derechos humanos -que en esa época no se llamaban así-, despotricando contra los jueces del régimen, a pesar de que estos se cuidaron muy bien de incluir algún judío entre los acusados y menos entre los 25 condenados: *“Esta nueva táctica de los abogados, que constituía una maniobra propiamente política, se reveló por completo fecunda y prometedora; hizo gran impresión en el mundo entero. ‘La acción de los abogados ha sido aprobada por todos los mejores espíritus de Rusia’”* (EJ en T. I, p. 371). Hay una sola campana y no le pasan los años ni los siglos.

Holocausto y política

El supermillonario norteamericano de la prensa William Hearst no sólo encontró la palabrita que todos estábamos extrañando: *“Acusamos al poder zarista de ser responsable de la masacre de Kishinev. Declaramos que su culpabilidad en este holocausto es total”*..., sino que además lo mete a Jehová: *“Que el Dios de Justicia descienda aquí para terminar con Rusia como ha terminado con Sodoma y Gomorra”* (T. I, p. 366), y así ocurrió no más sin que se quejara el ‘gay pride’ de la época.

El hombre conocía su oficio, aunque ahora sería criticado por no hablar de ‘shoah’ en lugar de holocausto, término ya desgastado. Hasta Soljénitsyne se exaspera cuando le dicen que lo ocurrido no tiene antecedentes en las naciones civilizadas, al preguntarse muy al estilo revolucionario: *“¿Incluida, hay que creerlo, la exterminación de los judíos en la Europa de la Edad media?”* (T. I, p. 366). Peccata minora.

Sintetizando, “en realidad, el asunto del pogrom de Kishinev había inflingido al gobierno zarista una dura lección revelándole que al tolerar semejante infamia es un estado escandalosamente impotente”... “bastaba la verdad”... “Mientras que con la ayuda de mentiras se lo representaba como perseguidor avisado, infinitamente seguro de sí y maligno. Tal ‘enemigo’ no podía merecer más que la aniquilación” (T. I, p.372).

La solución final vino en 1917. El gobierno ruso no comprendió la magnitud de su derrota y tampoco que *“este pogrom ensuciaba con una mancha fétida ‘toda’ la historia rusa, todas las ideas que el mundo se hacía de Rusia ‘en su globalidad’; el siniestro resplandor ‘incendiario’ proyectado por él, anunció y precipitó las convulsiones que próximamente iban a estremecer al país”* (T. I, p. 372).

9. EN LA REVOLUCIÓN DE 1905 (CAP. 9)

Los dirigentes judíos sacaron de todo esto algunas ideas claras y distintas que nos están prohibidas: “¿Hay que continuar contando con los poderes públicos? ¿Por qué no crear nuestras propias milicias armadas y defendernos con las armas en la mano?” Claro que “Estaban incitados por un grupo de hombres públicos y escritores conocidos - Doubnov, Ahad Haam, Rovnitsky, Ben Ami, Bialik (poeta que, de paso sea dicho, los acusaba de apocados): ‘Hermanos..., dejad de llorar e implorar misericordia. No esperéis ninguna ayuda de vuestros enemigos. No confiéis sino en vuestros brazos!’”, llamados que “producían en la juventud judía el efecto de una descarga eléctrica” (M. Krohl, en T. I, p. 373).

Con financiamiento de la comunidad realizaban contrabando de armas, manifestaciones y promovían un ambiente de guerra civil mientras “los informes oficiales no señalan la existencia de grupos armados entre la población cristiana: El gobierno luchaba como podía contra las bombas de los terroristas” (T. I, p. 374).

Pogrom de Gomel

Entre el 29 de agosto y el 1º de septiembre de 1903 se armó otro zafarrancho en Gomel, población con similar cantidad de cristianos y hebreos, donde el *Bund* (Unión Judía General ya citada) organizó unos inocentes festejos en el aniversario de “la ejecución de Alejandro II”. La celebración estuvo a cargo de “una agrupación armada muy operacional”, un comando en fin, pero “según las conclusiones de la investigación oficial, la responsabilidad del pogrom fue compartida: cristianos y judíos se han agredido mutuamente”. (T. I, p. 374).

Como en Kishinev, todo comenzó con un incidente banal en el mercado: la judía vendedora de arenques Malitskaïa escupió a un cliente ruso, Chalykov, con la riña consiguiente, un silbato pidiendo ayuda y se vino encima toda la población judía del pueblo: “¡Vamos judíos! ¡Al mercado! ¡Es el pogrom de los Rusos!” (T. I, p. 376) y así hasta la noche, cuando un destacamento armado los disolvió.

El primero de septiembre se disputó el segundo tiempo a causa nada menos que del proletariado, pues la policía impidió a unos obreros ferroviarios revoltosos entrar en la ciudad. Hubo enfrentamientos y represión a tiros sobre judíos y cristianos con muertos y heridos que frenaron los incidentes, pero 250 locales judíos fueron dañados y por nuevas riñas cinco judíos y cuatro cristianos remitidos a sus respectivos otros y mejores mundos.

El activismo de la juventud judía ya se había manifestado en Chklov en 1899 con ataques a soldados rusos, pero en Gomel nuestro autor duda: “Este activismo no debe sólo anotarse en la cuenta de Bund: ‘A la cabeza de este proceso (de creación, a ritmo sostenido, de organizaciones de autodefensa) se encuentran los sionistas y los partidos próximos al sionismo — los sionistas-socialistas y los ‘Polaeï Zion’. Es así como en Gomel en 1903, ‘la mayoría de los destacamentos fue organizada por el partido de los Polaeï Zion’ (cita de L. Praisman, la que contradice a Buchbinder, ferviente admirador del Bund — No sé a quien creerle)” (T. I, p. 379). Disyuntiva intrascendente, hasta el juicio final hay que creerles provisoriamente a los dos.

El lobby de abogados actuó como en Kishinev y no quería que ni un judío fuese acusado pues todo lo organizó la policía “Este procedimiento tan hábil como

revolucionario estaba por completo en el ambiente de la época en diciembre de 1904: ¡estos abogados liberales quería hacer explotar el sistema judicial mismo!” (T. I, p. 380).

Los signos de admiración de Soljénitsyne demuestran su ingenuidad sobre los procedimientos globalizados, ya legendarios en esa época, de los abogados liberales. Cualquier biografía de Robespierre podría proporcionarle un cable a tierra. En 1904 y en un clima al rojo vivo por la guerra con Japón, el tribunal empató el partido con condenas iguales, a lo sumo de cinco meses, para cristianos y judíos.

Guerra con Japón

“Al meterse en ella adoptando una posición rígida y poco perspicaz en el conflicto por la Corea, ni el Emperador Nicolás II ni los altos dignatarios que lo rodeaban se daban cuenta en lo más mínimo hasta qué punto, en el plano internacional, Rusia era vulnerable en el Oeste y sobre todo del lado de la “tradicionalmente amigable” América. No tomaban tampoco en consideración el aumento de poder de los financistas occidentales que influían ya sensiblemente en la política de las grandes potencias, cada vez más dependientes del crédito. En el s XIX, las cosas no ocurrían aún de esta manera y el gobierno ruso, siempre lento para actuar, no supo percibir estos cambios” (T. I, p. 380).

Ello, unido a la supuesta muerte de judíos “por millares” hizo que “*de golpe, en Occidente uno se pusiera a considerar como conveniente, incluso hasta digno de consideración esperar que la revolución estalle en Rusia en el plazo más breve: será algo bueno para el mundo entero — y para los judíos de Rusia en particular*” (T. I, p. 381).

Para ayudar a fines tan nobles, la prensa americana, que siempre está con el eje del bien, como es obligatorio saber, se volcó casualmente por Japón; Theodor Roosevelt idem, advirtiéndoles a Alemania y Francia, “*con la mayor cortesía y la mayor discreción*”, no como hoy, su decisión de apoyar al Japón, que estaba al tanto.

“Y es entonces que apareció en escena el muy poderoso banquero Jacobo Schiff —uno de los mayores entre los judíos, el que podía realizar sus ideales gracias a su posición excepcional en la esfera económica” (T. I, p. 382), afirma Sliosberg, el revolucionario del proletariado. Schiff era “*el rey del riel, propietario de 20.000 millas de vías férreas*”, la cabeza de la banca Kuhn & Loeb y, como era de esperar, “*se hizo igualmente de una reputación de filántropo enérgico y generoso; se muestra particularmente sensible a las necesidades de la comunidad judía*” (EJ, loc. cit.).

Schiff le dio crédito a Japón, se los negó a Rusia — igual que Rosthschild en París —. “*mientras acordaba una ayuda financiera a los grupos de autodefensa de los judíos rusos*” (EJ, T. I, p. 382) y fomentaba el terrorismo, siempre el bueno sin duda; así se lo confesaría a su pariente G.A. Vilekine, que era ministro de Finanzas de Rusia, la parte buena del gobierno del Zar, reconociendo haber “*contribuido al financiamiento del movimiento revolucionario en Rusia*” y además, algo compungido, porque “*las cosas habían ido demasiado lejos*” para ponerles fin”. (A. Davydov, en T. I, p. 383).

El zarismo pidió una tregua y ofreció muchas más ventajas de las que ya estaba concediendo desde la derogación del reglamento de 1882, “*pero todas estas concesiones llegaron demasiado tarde*” y nadie aceptó su propuesta conciliatoria sino que pidieron la legalidad de derechos total (T. I, p. 385). *Vae victis!*

Por otra parte se aceleró la emigración a USA que aumentó “*muy brutalmente en cuanto a las personas en edad de trabajar*” y durante la convocatoria a los judíos al servicio militar, de modo que los reservistas “*desertaban masivamente en el camino hacia las operaciones militares*” (A. N. Kourapatkine en T. I, p. 385; la *EJ* ignora las cifras de los años claves). En cambio veinte o treinta mil combatientes hebreos actuaron con valentía y actos de heroísmo, como el de Iossif Troumpeldor que, luego de perder una mano, pidió seguir en el ejército.

Al final de la guerra el ministro ruso Witte, con la cola entre las patas a pesar de sus afinidades, tuvo que jugar en cancha ajena, Portsmouth, donde se parlamentaba con Japón, mientras Schiff hacía “*violentas objeciones*” a sus propuesta conciliatorias. Quince años después lo cuenta Graus, el presidente de la logia *B'nai B'rith* desde 1920: “*Si el zar no le da a su pueblo las libertades a que tiene derecho, la revolución será capaz de instaurar una república que permitirá el acceso a esas libertades*” (T. I, p. 387). Por lo menos se cumplió la amenaza de la revolución.

Revolución garantizada

Theodor Roosevelt puso además como condición para continuar con los acuerdos comerciales, que los comerciantes judíos ex rusos y recién americanizados gocen de todas las garantías de un yanqui, a pesar de que en la práctica actuaban como agentes subversivos: “*esta bomba de tiempo no podía sino explotar algunos años después*” (T. I, p. 387).

Mientras tanto “*la agitación política había penetrado todas las capas de la comunidad judía*” y los hombres públicos judíos, incluso los de ideas nacionales, “*como todos los liberales rusos se mostraban ‘derrotistas’ durante la guerra con el Japón. Como aplaudieron las ‘ejecuciones’ de los ministros Bogolepov, Spiaguine, Plehve. Y toda Rusia ‘progresista’ impulsaba también a los judíos en esa dirección*” (idem), no pudiendo admitir la existencia de judíos moderados o conservadores. La historia de siempre.

Los sionistas hacían propaganda y mobilizaban a los hebreos cultos, el *Bund* a los jóvenes instruidos, con el apoyo del *Eko* (comité de ayuda mutua) y paralelos en toda Europa: “*He aquí el testimonio de M. Krohl: ‘El corazón de nuestro grupo era “la Oficina de Prensa” que desinformaba al mundo como Reuter o United Press. Cuenta el irreprochable Sliosberg: el coordinador, el Sr. A.I. Braudo, “cumplía (su tarea) a la perfección. En las condiciones de la Rusia de entonces, este tipo de trabajo exigía mucha prudencia” (la de la carne, creo), y debía actuar “en el mayor secreto. Incluso los miembros de la junta de defensa no sabían ni por qué medios, ni por cuáles vías se había llegado a organizar tal campaña de prensa...” (M. Krohl).*

Soljénitsyne se siente mal, y posiblemente se las vea venir: “*proporcionar información seria’ para lanzar ‘tal o cual campaña de prensa’ — hace correr un frío por la espalda, sobre todo a la luz de lo que va a pasar en el s. XX. En el lenguaje de hoy, se lo llama una ‘hábil manipulación de los medios’*” (T. I, p. 389).

Las páginas que van desde la 389 a la 394 está destinadas a describir los diversos grupos revolucionarios y su lingüística minuciosa destinada a ponerse de acuerdo sobre el *ralliement*, acomodo, reunión o alianza con la revolución, al estilo católico a fines del siglo XIX y XX, como proponía Jabotinski para los sionistas.

Resulta notable este paralelismo temporal e ideológico, es que la cocina del mundo es una sola. Nuestro autor traduce del esoterismo semántico: “*Dicho de otro modo: la Palestina es una cosa; mientras la esperamos, luchemos por Rusia. Tres años antes Plehve había indicado a Herzl que temía precisamente este género de derivación del sionismo*” (T. I, p. 392). Este género es el terrorismo socialista. La mejor propuesta consistía en instituciones judías laicas y autónomas, pero financiadas por el Zar.

Pocos pero buenos

Si Ud. es democrático, haga un esfuerzo por recordar que esta profusión de partidos no era representativa de la masa judía sino de organizaciones minoritarias de activistas, y si Ud. es religioso haga otro esfuerzo para entender que “*todos estos grupos compuestos únicamente de intelectuales... no abarcaban a los judíos ortodoxos, que terminaron por comprender la necesidad de organizarse para combatir la influencia antirreligiosa creciente que se ejercía sobre la juventud judía*”.

En la *Agoudat Israel*, movimiento “*preocupado porque los elementos revolucionarios se reclutaban entre la juventud judía que se ha alejado de la religión*”, se sostenía que “*los judíos en su mayoría son religiosos y, aún pidiendo el reconocimiento de los derechos y el levantamiento de la interdicción que pesa sobre ellos, permanecen súbditos leales del Emperador y están lejos de toda idea de subversión del régimen existente*” (Sliosberg en T. I, p. 393). A pesar de Jehovah y la Ssma. Trinidad, el Zar y sus hebreos se despertaron tarde.

En los social-revolucionarios “*los judíos han jugado de entrada un papel de primer plano*”, incluso con gente relativamente sensible como M. Trilliser que más tarde iba volverse ilustre en la *Tcheka* (la bendita policía comunista); pueden leerse otros nombres tan insignes al por mayor entre las páginas 394 y 407 que trataremos de obviar y de todos modos son previsibles. La *Tcheka* de ese entonces manejaba con toda pulcritud, pues “*la ejecución era siempre confiada a los ‘cristianos’*” (T. I, p. 395), idiotas útiles y evangélicos con ayuda europea como el ‘tigre’ Guerchouny, un asesino serial apadrinado por Clemenceau, que “*también él era un ‘tigre’*” (T. I, p. 395).

Los más apurados por subirse al tren de la Historia, en especial los de Kiev que pronto nos acompañarán, se tomaron “*la ambulancia*” o sea el anarquismo. La *PEJ* les da una motivación afectiva: “*La participación de los judíos en el movimiento revolucionario que había ganado toda Rusia sólo en escasa medida se explica por la situación de ilegalidad... Los judíos no hacían sino participar del sentimiento general*” (T. I, p. 397), a lo que Soljénitsyne agrega la ideología y el historiador judío S. Doubnov, más acertado, la ambición de un poder al alcance del fusil, la “*traición nacional*” para entregarse a “*la esclavitud en la Revolución*” (T. I, p. 398).

A las cosas

De todos modos los viejos no eran tontos y “*a medida que pasaba el tiempo*”, cuando se veía más cercano el triunfo, apoyaron a los jóvenes, tal el célebre abogado O.O. Grouzenberg: “*Generosamente hemos ofrecido a la revolución un ‘porcentaje’ enorme de nuestro pueblo -casi toda su flor, casi toda su juventud-*” (T. I, p. 398).

Al principio el movimiento obrero fue ajeno a las aspiraciones políticas, hasta atacaron a algún agitador judío el 9 de enero y para sublevarlos en San Petesburgo se necesitó un especialista en propaganda pseudos-religiosa como Gapon, luego de que les

dieran unos palos a los ideólogos o intelectuales. Allí la “*Marsellesa de los obreros judíos*”, el himno *An-ski en yiddsh*, ya anunciaba el incendio de todo el planeta, lo que puede ocurrir en cualquier momento.

La cabeza era el *Bund* según Crónica Roja: así en Vitebsk “*no fue una manifestación de masa espontánea, sino una acción cuidadosamente preparada y organizada*” de modo que dice N. Buchbinder, “*casi en todas partes las huelgas no fueron obedecidas sino por los obreros judíos*”. Dichas huelgas se multiplicaron, siempre con el mismo director, lo que “*podía hacer creer que el descontento era sobre todo el hecho de los judíos, mientras que las otras nacionalidades no eran tan revolucionarias como ésta*” (Dimanstein, que luego trepó como dirigente bolchevique, en T. I, p. 401).

Los grupos de autodefensa al estilo Gomel estuvieron en su salsa, así como entre otros “*los destacamentos de la SS*”, similares a los alemanes, pero con otro contenido: sionistas-socialistas.

Se pueden consultar las contradictorias versiones de las *EJ* sobre diversos enfrentamientos (T. I, p. 401-2) y actos subversivos; en el noroeste “*una nueva campaña de reuniones se desarrolla en las sinagogas (siempre del mismo modo, con hombres apostados a la salida para intimidar a los fieles), febril preparación para la huelga general*” (Dimanstein, en T. I, p. 404).

Es de notar que hubo judíos religiosos colaborando activamente con la policía, pues “*‘no habiéndose separado de Dios, se negaban asistir a la negación de la vida’. Menos aún aceptaban la ley revolucionaria: veneraban ‘su’ Ley*” (T. I, p. 404). El *Bund* se volvió “*partidario de un yiddishismo extremo*” (PEJ. T. I, idem).

En ese aquelarre Witte persuadió a Nicolás II de que promulgue el *Manifiesto* del 17 de octubre de 1905, concediendo libertades amplias a los judíos con la loca ilusión de “*tocar así el corazón de sus súbditos*”; el Zar las extendió a los rusos de todas las etnias, “*pero uno no debe hacer concesiones sino en un momento oportuno y en posición de fuerza, — y no era este el caso*” (T. I, p. 405), de modo que aunque Nicolás se arrastrase, lo mismo todo el mundo pedía su cabeza.

El delirio de Witte llegó hasta confiar en el apoyo periodístico y como respuesta le pidieron milicias populares y la liquidación del ejército: “*El general Trepov debe ser destituido de su cargo de gobernador general de San Petesburgo. Tal es la decisión unánime de la prensa*” (T. I, p. 406) y “*todos los periódicos moscovitas llamaban a la lucha armada*” (T. I, p. 407). “*En Petesburgo, como es sabido, fue constituido el 13 de octubre ‘un soviet de diputados obreros’ encabezados por los incomparables Parvus y Trotski, y en primer lugar el testaferro Khroustalëv-Nossarëv. Este soviet apostaba a la aniquilación completa del gobierno*” (T. I, p. 407).

Pogrom de Kiev

Lo refiere en detalle entre las páginas 408 a 423, desde el 14 de octubre siguiendo ante todo el relato del senador Tourau. El gobierno para hacerse el bueno otorgó autonomía a los establecimientos educativos, lo que en todo el mundo equivale a convertirlos en comités revolucionarios, o sea que “*la actividad revolucionaria de los judíos considerablemente aumentada*”...y “*cuyo papel predominante aún es mencionado muchas veces*” (T. I, p. 409).

“En Kiev en octubre, el movimiento revolucionario tomó mayor amplitud. Alexandre Schlichter -futuro bolchevique especialista en requisita de harina y ‘comisario de Agricultura’ en Ucrania justo antes de la gran hambruna organizada- fomentó una huelga ferroviaria...”. El gato custodiaba las sardinas: en el momento apropiado convocó a los estudiantes a la Universidad y en una asamblea demoledora, muy digna de nuestras tierras, algunos “invitaron ruidosamente al público a arrodillarse ante Schlichter en su calidad de víctima de la arbitrariedad” (T. I, p. 411); de paso, luego de tanta piedad, incitaron a la toma de la municipalidad, la liberación de los presos, la burla de los zares, la patria y lo que sabemos sin ninguna necesidad de trasladarnos a Kiev.

Soljénitsyne, ya medio aturdido, desliza este comentario entre ingenuo y sibilino con la pregunta del millón: “Me atrevo a decir que algo de bestia y de perverso se revela en este alboroto desenfrenado: la incapacidad de permanecer dentro de ciertos límites.

¿Qué es pues, lo que impulsaba a estos judíos, en medio de la Plehve delirante, a mofarse tan brutalmente de lo que el pueblo aún veneraba?” (T. I, p. 413). Eso en un ambiente encendido por los crímenes políticos, la desertión de hebreos ante la derrota militar, las blasfemias públicas, todo culpado popularmente en primer término a los hebreos (T. I, p. 422).

Desde la municipalidad hirieron a tiros a varios policías, agitación general incluida la turba que gritaba “¡A la caza del judío!”. Respuesta certera del capitán, el único que actuó con tino: siete muertos, ciento treinta heridos y calma momentánea. Siguen otras agresiones hasta que el 18 de octubre “en el barrio de Podol, la muchedumbre de obreros decidió... apoderarse de los ‘demócratas’... turbulentos “a la espera de las órdenes de su Majestad el Emperador”... y a la tarde atacaron a un grupo de judíos que venían de Krechtchatik... “Era ya el comienzo del pogrom contra los judíos” (T. I, p. 414), mientras la policía se dio por satisfecha con el tiro al blanco anterior, en tanto se reproducía la parálisis gubernamental de Kishinev.

Ataques a los judíos en la calle y el 19 a la mañana la multitud que protestaba contra los revolucionarios, al parecer por obra de algunos pocos provocadores, se lanzó al saqueo de 15.000 locales hebreos (dos tercios del comercio estaba en sus manos) y la agresión personal. El obispo Platon trató de parar todo según su apellido y hasta se arrodilló ante los energúmenos, pero lo amenazaron por defender a los judíos. Evidentemente el único aristotélico era el capitán.

Hubo policías que aprovecharon el saqueo y protegieron a los pogromeros, que si bien no disponían de armas de fuego, se encontraban ante judíos sin suficiente “autodefensa”. Para colmo el jefe de policía Tsikhotski que nada tenía que perder y estaba políticamente desahuciado, aprobó el saqueo en público y fue aplaudido. El 19 intervino el ejército: el Gral. Karass mató a cinco e hirió a muchos, de modo que al día siguiente se terminó el pogrom con 47 muertos, 12 de ellos judíos y 205 heridos, un tercio descendientes de Abraham.

Pogrom de Odessa

Aquí sigue otro detallado relato, siguiendo el del senador Kouzminski durante 18 páginas. Empezó el 13 de junio dentro de un ambiente revolucionario desde enero, mucho antes de la llegada del acorazado Potemkine. Obreros y estudiantes comenzaron a forzar el apoyo a la huelga mediante un ataque a tiros a la policía, daños a servicios

públicos y demás elementos del folclore revolucionario; cierto grupo de judíos irrumpe en una hojalatería tirándole tabaco a los ojos de un guardia, otro grupo tirotea a un policía montado y durante todo el 14 se repiten estos episodios, con muchos policías heridos.

En eso estaban cuando se acercan al Potemkine 5000 manifestantes para sublevar a todo el mundo, el joven judío Konstantin Feldman se trepa al barco y pide que bombardeen la ciudad, pero *“la mayoría de la tripulación se opuso”*. A veces la democracia no funciona. Y el gobierno como en Kishinev.

El 15 se subleva el Potemkine y comienzan los saqueos, empezando por las vinerías para entrar en calor seguramente, incendio de los depósitos que amenaza llegar al puerto. El 15 el Potemkine se da el gusto con cinco andanadas contra la ciudad, tres dan en blanco. Y la consabida solicitud para libertad de los presos políticos.

Estado de sitio el 16, entierro de un marino baleado con varios miles de activistas, la mayoría judíos. El Potemkine se escabulle, porque se viene la armada rusa y todo el mundo hubiera mantenido la calma (la suposición no es mía), si el gobierno no hubiera decretado la ya mencionada autonomía de los establecimientos superiores de enseñanza. Se constituyeron los *“soviets de coalición”* con estudiantes, una fotocopia de Kiev, así que *“los judíos eran los oradores principales, llamando a la insurrección abierta y a la lucha armada”* (T. I, p. 426).

Tramoya universitaria, golpes propagandísticos falsos para aumentar la tensión, *“barricadas detrás de las cuales se habían reagrupado los manifestantes -en su mayoría judíos con mujeres y adolescentes entre ellos-, se comenzó a tirar contra las tropas... el ejército abre fuego”* (T. I, p. 437).

Imposible saber con precisión el número de víctimas, porque *“el equipo sanitario -compuesto esencialmente por estudiantes judíos con blusas blancas y cruz roja- enviado al lugar se apresuró a retirar los heridos y los muertos para conducirlos a la enfermería de la Universidad”* -o sea zona autónoma inaccesible-, *“al hospital judío o los puestos de socorro cercanos a las barricadas”* (texto del informe con acotaciones de Soljénitsyne entre guiones, cit. en T. I, p. 427).

La organización vence al tiempo. Según el gobernador hubo 9 muertos y más de 80 heridos. *“Podría creerse que poniendo en evidencia el papel de los judíos en las maniobras revolucionarias, el relato del senador daría pruebas de parcialidad. Pero es de tener en cuenta que en Odessa los judíos representaban el tercio de la población y, como vimos antes, una proporción muy significativa de la población estudiantil”* (T. I, p. 428), amén de su apoyo activo en la revolución.

Léase el relato de Jabotinski en la página 429 (T. I, idem), eufórico, porque allí *“la nueva alma judía había alcanzado su madurez”*. De eso se trataba precisamente para la mentalidad revolucionaria y es de presumir que también para la Divina Providencia.

Por cierto que la policía hizo lo suyo y, aunque no hubo participación policial en la organización de las manifestaciones patrióticas posteriores, su personal era ruso autóctono y hasta el jefe, Kaulbars, confesó en público que para cumplir con su deber debían todos reprimir sus almitas naturalmente favorables al pogrom (T. I, p. 239).

Quejas, entonces la дума municipal piensa en reemplazar la maldita policía por milicias urbanas; el gobernador Neudhardt previendo un funeral revolucionario dirigido desde el *Bund*, roba los cadáveres del hospital judío y los entierra, pero se los desentierra y embalsaman. El *“soviet de coalición”* seguía tan en funciones que *“fue*

nombrado un “dictador” a la cabeza de cada destacamento “sin tener en cuenta su color político”, si alguien quiere creerlo.

El 18 se conoció el Manifiesto del Zar (ver Kiev) y el general Kaoulbars, al mejor estilo Lanusse, ordenó a las tropas no salir a la calle para que todos puedan “gozar sin restricciones de la libertad en todas las formas concedida por el Manifiesto” (T. I, p. 430); hágase cargo de lo que siguió, por ejemplo, seguramente intuyendo a Lenin y Stalin, los jóvenes judíos anunciaban al resto que les habían otorgado la libertad, y les explicaban abiertamente los nuevos principios constitucionales: “desde ahora somos nosotros los que vamos a gobernaros” y también: “les hemos dado a Dios, les daremos un Zar” (p. 431); así iban de bien las cosas hasta que mataron a palos y hachazos a un tal Goubly, en plenas funciones de “guardián de la paz”, etc.

El rector de la Universidad y los profesores participaron a conciencia, cuando el intendente aconsejó suprimir la policía, “a partir de ese momento el conjunto de la ciudad fue privada de toda presencia policial visible” (T. I, p. 431).

De inmediato aparecieron “la milicia estudiantil y los destacamentos judíos de autodefensa” amén de la milicia estudiantil municipal, que atacaron a la policía, y mataron algunos habitantes rusos inocentes; en consecuencia “el enfrenamiento era inevitable, teniendo en cuenta la cristalización de dos campos antagonistas en el seno de la población” (T. I, p. 433).

Hooligans y segundo tiempo

Al fin apareció el proletariado y su barra brava cuando manifestantes “mayoritariamente judíos” y con banderas rojas trataron de obligar a detener el trabajo en la usina de Guen, tiroteos, cuatro obreros muertos. “Es así como ‘se desencadenaron en diversos puntos de la ciudad riñas y enfrentamientos armados entre rusos y judíos; obreros rusos e individuos sin ocupación definida, llamados igualmente ‘hooligans’, comenzaron a perseguir a los judíos y molerlos a golpes, para pasar enseguida al saqueo y la destrucción de casas, de departamentos y de boutiques pertenecientes a los judíos’” (T. I, p. 433).

En la mañana del 19 hacia las 10 h “viéronse formar en las calles agrupamientos de obreros rusos y de personas de diversas profesiones llevando íconos, retratos de su Majestad el Emperador, así como la bandera nacional y cantando himnos religiosos. Estas manifestaciones patrióticas estaban compuestas exclusivamente por rusos”. El gobernador siguió consintiendo todo, “¿no comprendía pues, que se iban a venir represalias en forma de pogroms?” (T. I, p. 438).

Soljénitsyne recurre a un método interesante. Paralelamente al relato del senador Kouzminski inserta el de un miembro del *Polaei Zion* que absuelve a los ‘hooligans’: “fueron los pequeños artesanos y los pequeños comerciantes quienes dieron libre curso a su exasperación, los obreros y los aprendices de los diversos talleres, usinas y fábricas” o sea “obrero desprovisto de conciencia política”... “había llegado a Odessa únicamente para ver un pogrom organizado por provocación (o sea, agreguemos, que se había tragado el propio verso), pero, ¡oh!, no lo encontré.” Es que se trataba de odio entre naciones y no de agresiones zaristas (T. I, p.424).

En eso un individuo de nacionalidad anti-rusa tuvo la desgracia de acertarle “a un muchachito que llevaba un ícono” y el tiro lo mató. La riña se fue generalizando. Los rusos gritaban “Golpead al youtre (judío)”, “Muerte a los youpins” (sinónimo de

youtre) y se vino el pogrom generalizado a esta altura con participación policial y tortura popular: “*En la tarde del 19 ‘el odio a que se entregaban los campos antagónicos alcanzó su paroxismo: cada uno golpeaba y torturaba sin lástima, a veces con excepcional crueldad y sin distinción de sexo o edad, a los que caían entre sus manos’*” (T. I, p. 435).

Según un médico “*los hooligans tiraban a los niños del primer o segundo piso a la calle; uno agarró a un chico por los pies y le rompió el cráneo contra un muro’*” (T. I, p. 435)..., a su vez los judíos “*se mostraban particularmente crueles con los funcionarios de policía cuando lograban atraparlos’*” (idem). Los de *Poalei Zion* niegan que sus grupos de autodefensa hayan atrapado a 800 o 900 ‘hooligans’, sino sólo 80 o 90.

Las cuentas claras mantienen la amistad: el senador Kouzminski y la policía: 500 muertos, 400 judíos; heridos: 298, 237 judíos según la policía, pero en los hospitales entraron 608, 392 judíos, eso sin tener en consideración que muchos se abstenían por las consecuencias judiciales. La *Enciclopedia Judía* coincide en los 400 judíos muertos, los *Polaei Zion* contaron casi 100 menos: 302, 55 de las autodefensas.

El soviético Dimanstein contabilizó 100 adicionales, pues habla de “*más de 500 muertos y 900 heridos entre los judíos’*” (T. I, p. 438). Los alemanes con su proverbial exactitud científica, decían, ya antes del 21 de octubre: “*Miles y miles de judíos son masacrados en el sur de Rusia; más de mil jovencitas y niños judíos han sido violados y estrangulados’*” (*Berliner Tageblatt*, en T. I, p. 438). Ahora, dada la experiencia propia en materia de holocaustos vaya a saber en qué progresiones andarán.

Causas

Por cierto hubo pogroms en muchos otros lugares de la Zona de residencia pero limitados y frecuentemente sofocados en su comienzo; en el Noroeste no se produjeron, a pesar de que los judíos eran más numerosos, lo que parece incomprensible si aceptamos la tesis de que eran organizados por el gobierno.

La PEJ observa que “*veinticuatro pogroms tuvieron lugar fuera de la Zona de residencia, pero fueron dirigidos contra el conjunto de los elementos progresistas de la sociedad y no exclusivamente contra los judíos’*” (T. I, p. 441), lo que, según Soljénitsyne, demuestra sus causas: “*el efecto choque producido por el Manifiesto y un impulso espontáneo para defender el trono contra los que querían abatir al Zar’*” (idem); ello explica que los Tatars se levantaran en Kazán y Feodosia, mientras que en Tomsk la multitud “*incendió un teatro donde tenía lugar una reunión de izquierda’*”; resultado: doscientos muertos.

Praïsmán, muchos años después, en 1987, habla de miles de muertos y decenas de miles de heridos y mutilados, “*miles de mujeres violadas, a menudo ante los ojos de sus madres e hijos’*” (T. I, p. 442). En cambio Sliosberg, un contemporáneo, dice: “*Felizmente estos centenares de pogroms no acarrearón violencias importantes en la persona de los judíos, y en la aplastante mayoría de los casos los pogrosms no fueron acompañados de muertes’*” (T. I, p. 442). Dimanstein agrega que la mayoría de los muertos eran las tropas de autodefensa: “*eran jóvenes y combativos y preferían morir antes que rendirse’*” (idem).

La prensa regimentada por naturaleza, por interés y por dirección política e ideológica en todo el mundo, pero especialmente en Rusia, afirma que todo el asunto de

los pogroms fue teledirigido por el gobierno y el Departamento de Policía, como ya explicamos, “*¡ Y esta extraña ausencia, en tantos y tantos autores, aunque no sea más que una tentativa de explicar las cosas de otro modo!*”... “*Incluso nadie se hace la pregunta: y si las causas primeras fueran las mismas, ¿no debieran acaso ser buscadas en los acontecimientos políticos, el estado de espíritu de la población?*” (T. I, p. 443).

Sin duda se trata de una pregunta políticamente incorrecta diría un *think tank*. Olvidémosla por prudencia, aunque “*a pesar de todo encontramos una prueba de una artimaña -una sola-, pero no apunta en dirección al poder*”: M.S. Komissarov, de apellido profético, según descubrió el ministro del Interior Douronovo en 1906, imprimió en secreto panfletos contra judíos y revolucionarios, pero hete aquí que no era un noble zarista y antisemita, sino era un aventurero que luego escaló como encargado de “*misiones especiales*” por la Tcheka y la GPU, enviado a infiltrar el Ejército Blanco (T. I, p. 444).

Ya se imaginarán las versiones propagandísticas. Así Lenín, siempre interesado en recalcar que los zares desviaban hacia los judíos el odio que los obreros debían descargar en los capitalistas y los nobles, coincide con la *Enciclopedia Judía* y la *PEJ*: los pogroms fueron desde el comienzo organizados por el gobierno que “*quería eliminar físicamente el mayor número posible de judíos*” (T. I, p. 444).

Soljénitsyne en cambio les tira encima la democracia: hasta Tolstoi habla de los pogroms como “*manifestación de la voluntad popular... el pueblo ve la violencia de la juventud revolucionaria y la resiste*”, casi igual al zarista Choulguine en la Duma: “*Cuando el poder está en huelga, cuando los atentados más inadmisibles al sentimiento nacional y a los valores más sagrados para el pueblo quedan totalmente impunes, entonces éste, bajo el imperio de una cólera irracional, ha comenzado a hacerse justicia por sí mismo*”. Otro tanto Praïsmán, etc.

Nuestro autor comenta que esta masa de pequeños burgueses comerciantes y obreros se rebelaron espontáneamente: “*incontrolable, abandonada, desesperada, esta masa dio libre curso a su furia en la violencia bárbara de los pogroms*” (T. I, p. 444).

Taras congénitas

Claro que los rusos tienen sus taras o defectos descriptos así por el premio Nobel de literatura, que aquí hace méritos excesivos como para conseguir otro: bajo el dominio de la cólera tanto rusos como ucranios sienten la necesidad de vengarse a golpes sin distinguir buenos de malos, sin reparar en las consecuencias: “*la debilidad espiritual de nuestros dos pueblos se revela en este desencadenamiento súbito de la brutalidad vindicativa luego de una larga somnolencia*” (T. I, p. 446), con patriotas incapaces de hacerse oír clara y firmemente aprovechando las circunstancias.

Obsevemos esta crítica a la Iglesia Ortodoxa, demasiado sometida al César “otro pecado secular del Imperio ruso hizo sentir trágicamente sus efectos durante este período: aplastada desde largo tiempo por el Estado, privada de toda influencia en la sociedad, la Iglesia Ortodoxa no tenía ascendiente alguno sobre las masas populares (¡autoridad de la que había dispuesto en la antigua Rusia durante los tiempos de los disturbios, y que tanto faltará, pronto, durante la guerra civil!). Los más altos jerarcas por más que exhortaran al buen pueblo cristiano, durante meses y años, no pudieron impedir incluso que la multitud enarbolará crucifijos e íconos al frente de los pogroms” (T. I, p. 446).

También hubo agresiones contra los terratenientes rusos y otra vez encontramos “una similitud espantosa entre las dos formas de pogroms: la multitud sanguinaria tenía el sentimiento de estar en su ‘buen derecho’ ” (T. I, p. 450). En esos casos es difícil aplicar el código de procedimientos.

Además de echarle la culpa al gobierno y a la policía, la versión judía trató de pasarle la boleta de los pogroms a la *Unión del Pueblo Ruso* que acusaba a “las masas judías”, pero que “no constituía en realidad mas que un pequeño partido calamitoso y desprovisto de medios, cuya sola razón de ser era aportar su sostén al monarca autócrata”.

Este grupo se disolvió por inanición, a pesar de la *EJ* considera su antisemitismo “¡característico de la nobleza y del gran capital!” (T. I, p. 447), por lo menos éste último parece en absoluto inocente de esa inculpación. Lo mismo o peor ocurre con los *Cien Negros*, organización indefinible, pero que la famosa *Enciclopedia Británica* presenta como tropas de “*terratenientes, campesinos ricos, burócratas, la policía y el clero*”, que servía de sostén a la Iglesia Ortodoxa, la autocracia y el nacionalismo ruso. Comentario: “¡Uno se queda pasmado ante tanta ciencia! Y es eso lo que se da a leer a toda la humanidad cultivada...” (T. I, p. 449). No compartimos su asombro.

Los últimos pogroms fueron en Sedlets, Polonia y Bialystock, centro anarquista desorbitado, en 1906. Es más de lo mismo. Como anécdota vale que el jefe anarquista Judas Grossman-Rochtchine pensaba hacerse una panzada en la gran lucha de clases, pero salió de Bialystock hacia Varsovia para conseguir más apoyo armado. Allí escuchó vocear los titulares: “¡Pogrom sangriento en Bialystock!... ¡Miles de víctimas!” y el buen Judas comentó “¡Todo se volvió claro: la reacción se nos había adelantado!” (T. I, p. 452).

La *EJ* registra más de 70 muertos judíos, todos inocentes, y Praïsmán dice que fue un pogrom “*puramente militar. Los soldados se convirtieron en bandoleros*”, idem la prensa, que como la de Berlín contó los horrores dos horas ‘antes’ de iniciarse el enfrentamiento con el asesinato del jefe de policía, pero después de la confesión de Judas nadie les puede creer. Más aún cuando Witte y el gobierno ruso estaban tratando de hacer la mejor letra posible a fin de conseguir créditos internacionales.

Autocríticas y consejo

El balance del año 1905 realizado por miembros de la comunidad judía fue positivo o no según cada cristal, pero es sintomático que los pogroms aumentaron la emigración hacia USA a pesar del gran incremento de judíos entre los profesionales. En ese clima al rojo vivo “*los círculos dirigentes de San Petesburgo cedieron a la tentación de una explicación simplista: Rusia es profundamente sana y toda la revolución, desde el principio al fin, no es sino una sombría maquinación urdida por los judíos, un episodio del complot judeo-masónico. ¡Explicar todo por una sola y única causa! ¡Rusia estaría desde hace mucho en el cenit de la gloria y del poder universal si no existieran los judíos!*” (T. I, p. 457).

La teoría de este complot deja a un lado la causa principal de todos los fracasos, a saber, las debilidades humanas y Soljénitsyne con todo el dolor del alma pasa a enumerar las rusas: “*el absurdo cisma religioso provocado por Nipón, las violencias insensatas de Pedro el Grande y la increíble serie de enfrentamientos que siguió, el hábito secular de despilfarrar nuestras fuerzas por causas que no son nuestras, la suficiencia inveterada de la nobleza y la petrificación burocrática a lo largo de todo*

el s. XIX. No fue por un complot urdido desde afuera que abandonamos nuestros campesinos a su miseria. No es un complot el que ha llevado a la grandiosa y cruel Petesburgo a ahogar la dulce cultura ucraniana..., etc”.

No hay conspiración por inteligente que sea, que tenga el poder y la habilidad necesaria para transformar una serie de emperadores en seres “*incapaces de comprender la evolución del mundo y definir las verdaderas prioridades. Si hubiéramos conservado la pureza y la fuerza que nos fueron insufladas antaño por San Sergio de Radonej, no temeríamos ningún complot en el mundo*” (T. I, p. 458).

Leyendo entre líneas: el complot, lo que se dice complot, existe y lo muestra todo el libro, pero no es la causa única de lo que pasa, ni la principal. Tal vez este párrafo le aclare el asunto: “*En ningún caso se puede decir que los judíos han “organizado” las revoluciones de 1905 o 1917, como no se puede decir que sea tal o cual nación tomada en su conjunto, la que los haya fomentado. De la misma manera, no son los rusos ni los ucranianos, tomados en su conjunt,o en tanto que naciones, los que han organizado los pogrom*” (idem). Empate, pues “tomados en su conjunto” hasta los argentinos somos inocentes.

Sin duda los judíos son para todos, incluidos ellos mismos, “*un enigma histórico*” y, acuciado por lo que pudo descifrar del enigma, Soljénitsyne corrió en busca de un profeta para darles este consejo final, que hoy en día les viene bien específicamente a los norteamericanos: “*Buscad la paz para la ciudad a donde os he deportado; rogad a Yahveh en su favor, pues de su paz depende la vuestra*” (Jeremías 29-7). Era medio antisemita este Jeremías.

10. EL TIEMPO DE LA DUMA (CAP. 10)

La Duma era un régimen de autocracia limitada por la oligarquía o *'establishment'*, con publicación de los debates, elecciones, boicoteadas por la izquierda extrema. Por eso según la *EJ*, *“la actitud del Bund respecto a los diputados judíos de la Duma fue violentamente hostil”* (T. I, p. 459), pero los judíos de la Unión participaron activamente y los diputados hebreos eran tantos que los sionistas propusieron formar *“un grupo judío independiente”*; éstos se unieron con el partido de *La libertad del Pueblo* y sobre todo *“introdujeron la coherencia y el rigor... en el Movimiento de Liberación ruso de 1905”* (Choulguine, en T. I, p. 461). N

No lograron sin embargo sacar la ley de igualdad absoluta de sexo, religión, nacionalidad y clase social en la primera Duma. Durante la campaña electoral para la segunda, la derecha monárquica centró su campaña en el poder judeo-masónico, cuyo resultado fue *“la caída de los candidatos progresistas en la segunda Duma en toda la zona de residencia”* (*EJ*, T. I, p. 463).

Aún antes el ministro Stolypine presionaba para que se suprimieran las restricciones a los judíos. El Emperador consultó con el cielo y respondió que *“una voz interior se lo impedía”*, a pesar de comprender los argumentos, de que contradecía su propio criterio del *Manifiesto*, como vimos. Stolypine insiste lleno de inquietud y el Emperador deja las manos libres a la Duma, la segunda, ampliamente izquierdista, progresista y todo lo demás.

Al parecer el asunto estaba resuelto, pero la igualdad se cajoneó, quizá porque también la izquierda consultó con su cielo: *“Difícil explicar esto sino por cálculo político: ya que el fin era combatir la Autocracia, había interés, de nuevo y continuamente, en instalar la presión sobre la cuestión judía, sobre todo en no darle solución: se guardaba sí munición en reserva. Estos prohombres de la libertad razonaban en estos términos: evitar que el levantamiento de las restricciones impuestas a los judíos disminuyera su ardor combativo”* (T. I, p. 465).

Semejante maniobra -cuidado con llamarla complot-, *“suscitó gran descontento entre las masas judías y la prensa judía no se privó de atacar al partido de la Libertad del Pueblo”* (T. I, p. 465). *“En síntesis, es así como ni la segunda ni la tercera, ni la cuarta Duma se comprometieron a hacer aprobar la ley sobre la igualdad integral de los derechos para los judíos”*, apelando a chicanas y pretextos de los diputados de izquierda y apoyo total de la prensa rusa.

El gobierno se dio cuenta y Stolypine levantó parcialmente y sin barullo algunas restricciones, hasta ser acusado *“de comportarse como si fuera judío”* (editorial del *Novoïe Vremia*, en T. I, p. 467).

La prensa y “cultura” militarizada

La prensa actuaba de hecho militarizada, ejercía el monopolio de la opinión y llegó a negar acreditación a un periódico disidente leído por los curas de campaña, plegándose regimentadamente *“a ese rechazo táctico de una evolución suave hacia la igualdad de derechos”* (T. I, p. 468). Rechazo táctico no casual ni inocente, pues *“casi todos los periodistas acreditados ante la Duma eran judíos”*, al extremo que un diputado conservador, Pourichkévich, señaló la tribuna de la prensa diciendo:

“*Observad esta Zona de residencia de los judíos*”, broma que se hizo famosa. Dejamos a su imaginación representarse cómo eran los editores.

Las páginas 469-475 pasan revista a periodistas y periódicos. Ofrecemos un florilegio: los asesinatos políticos “*constituían la esencia misma de la revolución - ‘repetición general’ de 1905-06*”-. Entre ellos le tocó al hebreo G.B. Iolos, periodista y diputado, según la *Enciclopedia Judía* israelita por obra y gracia de la *Unión del Pueblo ruso*, pero la *Encyclopedia judía* rusa lo atribuye a los *Cien Negros* (T. I, p. 470).

La única prensa estimada incompatible con la respetabilidad de la profesión era la que adoptaba una actitud comprensiva ante el gobierno. Lo que ya ocurría en 1870 cuando Dostoïevski la consideraba “*desenfrenada*”, y Witte, al que nadie desautorizará por antisemita, “*esencialmente judía o semijudía*”. Comentario del autor: “*más grave aún: no disimulaba sus simpatías con el terrorismo y la revolución*”, por eso Napoleón no se equivocaba: “*Tres periódicos de oposición son más peligrosos que cien mil soldados enemigos*” (T. I, p. 470).

Ni hablemos de la cultura. En 1909 André Biély, “*que era cualquier cosa menos un hombre de derecha o un ‘chauvin’*” concluye, luego de las excepciones indispensables, en que “*la masa de los críticos judíos es totalmente extranjera al arte ruso, se expresa en una jerga parecida al esperanto y hace reinar el terror entre los que intentan profundizar y enriquecer la lengua rusa*” (T. I, p. 472).

En la misma época V. Jabotinski, sionista perspicaz, se lamentaba de los “*‘periódicos progresistas financiados por fondos judíos y repletos de colaboradores judíos’*, y lanzaba esta advertencia: “*cuando se abalanzaron en masa hacia la política rusa, les hemos vaticinado que nada bueno saldría de allí, ni para la política rusa, ni para los judíos*” (T. I, p. 473).

Palabra santa. A. Koulicher, que se despertó tarde, en 1923, se refiere a los periodistas, insaciables demócratas que “*se designaban a sí mismos como ‘Grupo democrático judío’ -que juntaba este adjetivo a cualquier sustantivo-, inventando un intragable talmud de la democracia... con el solo objetivo de demostrar que los otros no eran aún suficientemente demócratas... Todo esto tuvo consecuencias funestas cuando llegó la revolución*” (T. I, p. 474).

Por su parte los conservadores, derechistas, moderados (aún no se había inventado el nazifascismo), eran tan pelmazos como los de ahora -la comparación es del autor-, excepción hecha de I. I. Gourland, que usaba el seudónimo “Vassiliev” para conservar la vida, caso único de un judío del ministerio del Interior.

El financiamiento secreto del gobierno les daba de comer, pero rara vez estos amigos del Zar intentaron conquistar la opinión pública recayendo con frecuencia en el insulto y la grosería. Es que es casi imposible defender a un gobierno sin objetivos políticos aceptables.

La derecha ciega contra Stolypine

Los dirigentes de derecha por lo general, “*actuaban sin tener en cuenta sus fuerzas y debilidades, mostrándose a la vez brutales e ineficaces, no viendo otro medio de ‘defender la integridad del Estado ruso’ que apelando a multiplicar las interdicciones a los judíos*” (T. I, p. 476), a saber: reforzando la Zona de residencia, o tratando de limitar los derechos a la edición, las actividades judiciales o la escuela y la milicia.

No los justifica el hecho de que en Finlandia o Polonia los judíos estuvieran sujetos a condiciones mucho peores, pues es evidente, como dice la *EJ*, que “*la situación de los judíos (en Rusia) aparecía como altamente incierta, en la medida que dependía del modo de interpretar la ley por los encargados de aplicarla...*” (T. I, p. 477).

La ley debe ser siempre interpretada por la naturaleza misma del lenguaje. Así que la queja es insensata. Esta circunstancia afecta a todo ser humano y siempre, cuando los jueces carecen de la virtud de la justicia -pero hay que reconocer que en esa época (igual que ahora)-, estaba agravada por la multiplicidad de disposiciones imperiales y funcionarios.

Toda la derecha atacaba al ministro Stolypine por sus concesiones coherentes con el famoso *Manifiesto* imperial del 17 de octubre, que se comentan en las págs. 478-479, sin embargo pero debe tenerse en cuenta que Stolypine tenían que actuar con cuidado, como en el caso de la reforma agraria apoyada por A.V. Krivochéine.

Este ministro era partidario de la supresión de la zona, pero opuesto a la compra indiscriminada de tierras por “sociedades anónima por acciones”, pues “*la penetración en el mundo rural de capitales especulativos judíos amenazaba comprometer el éxito de la reforma agraria*” y la consiguiente aparición “*de un antisemitismo desconocido hasta entonces en los campos de la Gran Rusia*” (T. I, p. 479). Peor el remedio de los capitales especulativos que la enfermedad.

Siempre es difícil dar a cada uno lo suyo, y aquí especialmente, puesto que el capital judío era indispensable para el desarrollo industrial, ej. de la industria minera y metalúrgica, pero la mencionada limitación a la compra de tierras por sociedades anónimas “*desencadenó un clamor indignado en el conjunto de los medios financieros e industriales*” (B. Kamena, en T. I, p. 480), por lo cual Krivochéine tuvo que dar marcha atrás: triunfaba el liberalismo económico y las sociedades anónimas.

Los zares no eran tan malos

Stolypine trata de favorecer a los sectores menos desarrollados de la economía rusa con un intervencionismo práctico ocasional, por ejemplo “*para el desarrollo del mundo campesino de donde debería surgir una verdadera, una auténtica ‘igualdad de derechos’, entre las clases sociales y las nacionalidades; un desarrollo que hubiera hecho desaparecer de entre los rusos el temor a los judíos y que hubiera puesto término definitivo a todas las restricciones de las que eran todavía víctimas*” (T. I, p. 481). Párrafo demasiado optimista con los futuribles, pero sensato.

También se daba cuenta Stolypine de los problemas de monopolio, concentración bancaria, etc., pero fomentó la ilusión de alejar a parte de los judíos del movimiento revolucionario y a la vez utilizar sus capitales: “*pensaba contrabalancear este fenómeno por ‘una nacionalización del crédito’, es decir la fortificación del papel de la Banca del Estado y la creación de fondos de ayuda a los campesinos emprendedores que no podían procurarse créditos en otra parte*” (T. I, p. 481). Todo un horror para el capitalismo y sus planes políticos, tal cual ocurre hoy en el mundo y parece que hay quejas.

“*Entre los judíos los que no cedían al fanatismo comprendían*” las ventajas de estas medidas y de la situación en general y algunos hasta las añoraron después, cuando les cayó encima el comunismo, como el anti-sionista Iossif Menassievitch Bikerman o

el sionista Daniel Samoïlovitch Pasmanik quien nos dice: *”bajo el régimen zarista, los judíos vivían infinitamente mejor y, digas lo que se diga, sus condiciones de vida antes de la guerra -en el plano material como en los otros- eran excelentes...”*, larga cita que termina: *“A pesar del régimen policial -era la libertad absoluta en comparación con el actual régimen de la Tcheka bolchevique- prosperaban las instituciones culturales judías de todo tipo. Todo desbordaba de actividad: las organizaciones estaban en plena expansión, la creación era también muy vivaz y vastas perspectivas estaba abiertas desde entonces”* (T. I, p. 483).

La población judía en poco más de un siglo pasó de 820.000 (contando Polonia) a 5.000.000, sin contar el millón de emigrados, mucho más que el crecimiento de las otras nacionalidades en el Imperio. No todo tiempo pasado fue peor, a pesar del progreso.

Cuidado con la línea media

Gracias a Dios, a Stolypine lo mataron antes de conocer la retórica de Wilson y de la unanimidad del senado norteamericano contra el zarismo, pero de todos modos soportó el boicot yanqui, objetivamente pro judeo-bolchevique, mientras era jaqueado por todo el mundillo político. Fue asesinado en setiembre de 1911.

“El primer jefe de gobierno ruso en haber presentado honestamente y tratado de resolver, a pesar de las resistencias del Emperador, la cuestión de la igualdad de los derechos para los judíos, cayó -jironía de la Historia- bajo los golpes de un judío...”. *“Tal es el destino de la línea media”* (T. I, p. 485), nos destaca con toda intención Soljénitsyne, repitiendo su observación de la p. 467: *“Tal es el destino de la vía media”*.

El noble tiranicida fue el joven Bogrov de Kiev, educado en el resentimiento contra el poder imperial, el recuerdo de la represión enérgica que terminó con la revolución de 1905 y *“el descontento que provocaban sus esfuerzos por ‘nacionalizar el crédito’ en vista de hacer competencia al capital privado. Los círculos judíos de Kiev (pero también de San Petesburgo donde había igualmente residido el futuro criminal) se encontraban bajo la influencia magnética de un ‘campo’ de radicalismo absoluto que condujo al joven Bogrov, no sólo a sentirse con derecho sino a considerar como su deber matar a Stolypine”* (T. I, p. 485).

Tenía pues motivos personales, psicológicos, educacionales, sociales, políticos, económicos y financieros. Prefiero explicar su terrorismo apoyándome en el último por mera coherencia con el marxismo, pero puede haber influido accidentalmente alguna de las infraestructuras idealistas. No mató al zar para evitar persecuciones a los judíos, según declaró, *“pero se equivocaba feamente cuando imaginaba que su acto serviría para mejorar la suerte de los judíos en Rusia”* (idem). Su padre era un capitalista próspero, su hijo lo destruye, pero el padre sigue orgulloso del niño prodigio, aplaudido incluso por los hasta hace poco fieles al régimen. Las ratas perciben el naufragio.

El silencio es salud

En *“el Kiev reaccionario”* y, en todas partes, los judíos -según Sliosberg-, se dispersaban como podían presas de pánico por las consecuencias, pero por algo no pasó nada ni les pasó nada, los salvó la represión antidemocrática: el nuevo Primer Ministro Kokovtov les dio unos evangélicos garrotazos (*Romanos 13, 4*) a las organizaciones

rusas, concentró más cosacos que en la revolución y evitó un pogrom en “*que Kiev hubiera sido el teatro de una carnicería comparable a los tiempos de Bogdan Khmlnitsky*” (Slisberg, en T. I, p. 486).

“*No, en ninguna parte de Rusia hubo el menor pogrom. (A pesar de esto se ha escrito mucho y con insistencia, de que el poder zarista no había pensado nunca sino una sola cosa: organizar un pogrom antijudío)*”... y si bien esa seguridad era un deber del Estado, en semejantes circunstancias “*merecería sin embargo una pequeña mención, aunque no sea sino de pasada. Y bien no: nada se ha escuchado de ‘alguien’ y nadie habló de ‘esto’*”... “*Difícil creerlo, pero la comunidad judía de Kiev no ha expresado públicamente condenación ni pesar a propósito de este asesinato. Al contrario. Después de la ejecución de Bogrov, muchos estudiantes judíos llevaron ostensiblemente el luto*” (T. I, p. 486).

Rozanov se hace una buena pregunta: “*Después del asesinato de Stolypine, algo se ha roto en la relación (con los judíos): ¿habría osado jamás un ruso matar a Rothshild u otro de ‘sus grandes hombres?’*” (idem). Esa magnanimidad superior aludida por Rozanov no está al alcance de las almas goyms, suponiendo que tengan alma o no sean “*almas muertas*” al estilo de las de Gogol.

Decir estas obviedades, concretamente que Bogrov era judío, está castigado con la pena de antisemitismo en el mundo, ya desde el día después en las sesiones de la Duma. “*Sesenta años más tarde, he sido objeto de una pesada acusación por la comunidad judía de Estados Unidos: ¿por qué a mi vez no he disimulado, por qué he dicho que el asesino de Stolypine era un judío?*” (T. I, p. 487). ¡Bah!, no es para tanto, pronto pasará lo mismo con Jesucristo.

Caprichos de la Historia: se ha dicho que en política se puede hacer de todo, menos evitar las consecuencias. Pues bien la Alemania de Guillermo II le abrió camino a Lenin para destruir Rusia, veinte años después fue dividida durante medio siglo. Polonia contribuyó al fortalecimiento de los bolcheviques en 1919 y así le fue, al igual que Finlandia. Inglaterra, que en 1914 trató de abatir a Alemania, poco después perdió su imperio y destruyó a Europa.

Los cosacos permanecieron callados, o sea neutros, en 1917 y luego se ganaron el genocidio. Los terroristas social-revolucionarios, unidos a los bolches, “*un año más tarde fueron aplastados como ninguna autocracia hubiera contado con los medios para hacerlo*” (T. I, p. 489).

Calavera no chilla dice nuestro refrán, o sea el crápula no se queja de las consecuencias. Primer paso (o premisa histórica, si le gustan los silogismos), asesinato de Stolypine en Kiev por el que Ud sabe; segundo paso, los feroces comunistas no pueden contener a los alemanes; tercero o conclusión final, “*los nazis sitian fácilmente Kiev y aniquilan la comunidad judía.*” Soljénitsyne se declara satisfecho y no sigue con los ejemplos, nosotros tampoco, para evitarnos las consecuencias, pero Ud. solito su alma en su casa, puede completar la lista, e imaginar el futuro.

Crimen ritual

Parece que en Kiev pasaba de todo. “*Otra vez en el mes de setiembre, pero treinta años después del disparo de revólver de Bogrov. Y siempre en Kiev, siempre en 1911, seis meses antes de asesinato de Stolypine, comenzó lo que se iba a convertir en el caso Beyliss*” (idem). Este caso, imagina nuestro autor, no hubiera sido el mismo con

Stolypine vivo, pues precisamente él descubrió en el Departamento de Seguridad una carpeta titulada “*El Secreto de los Judíos*”, anticipación de los famosos *Protocolos de los Sabios de Sion*, cuya falsedad todo el mundo declama y nadie cree, relatando el consiguiente complot internacional.

He aquí el juicio de Stolypine: “*Puede que tenga lógica, pero también prejuicio...El gobierno en ningún caso podría emplear este tipo de método*” (Sliosberg). En consecuencia “*la ideología oficial del gobierno zarista jamás se apoyó en los ‘Protocolos’*” (R. Nudelman).

Sea como sea este caso infinito consiste en que Andreï Iouchtchinski, muchacho de 12 años, fue asesinado con 47 puñaladas de gran precisión anatómica para desangrarlo vivo, parado, amordazado y atado, en las cercanías de la Pascua judía. La primera acusación no apuntaba al crimen ritual y la instrucción, así como todo el juicio, resultaron un desastre total.

A cuatro meses del inicio detuvieron Méname Mendel Beyliss, empleado de la Usina de Zaitsev, hebreo, en cuyos terrenos se iba a construir una sinagoga. Una campaña periodística imputó a Vera Tchereviak, cuyos hijos frecuentaban a la víctima y murieron en circunstancias oscuras, haber fingido el crimen ritual via mafia y mil otros intrínquilis.

Beyliss “*fue acusado del crimen -aunque las pruebas contra él eran dudosas- porque era judío. Pero, ¿cómo era posible, en el s. XX, inflar un proceso al extremo de volverlo pronto una amenaza para todo un pueblo? Más allá de la persona de Beyliss, el proceso en efecto se transformó en una acusación contra el pueblo judío en su conjunto...*” (T. I, p. 491) y el escándalo abarcó Europa y América; de los dos lados se dijeron de todo, “*pero es el peritaje teológico-científico el centro del proceso: se refería al principio mismo de la posibilidad de muertes rituales perpetradas por judíos, y es allí donde el mundo entero fijaba su atención*” (T. I, p. 494).

Imagínese el despliegue oratorio; volvemos a recordarle la polémica actual en torno al libro y la ambigua tesis y conducta de Ariel Toaff.

Happy end

Es de sospechar que en Rusia los crímenes rituales –piensan-, son inventos de los católicos, de modo que la Academia teológica de Petesburgo tuvo a bien “*subrayar que la Iglesia Ortodoxa jamás había realizado tales acusaciones, que éstas pertenecían al mundo católico*”, tanto más cuanto el principal experto citado por la acusación era un católico, el P. Pranaïtis, alguna de cuyas obras se consiguen en Buenos Aires.

A semejante lavatorio de manos le puso freno ulteriormente I. Bikerman refiriendo que “*en la Rusia imperial, los mismos funcionarios de policía cortaban por lo sano ‘casi todos los años’ los rumores sobre la sangre cristiana derramada en la Pascua judía, sino tendríamos un ‘asunto de muerte ritual’*”, no ya una vez cada algunas decenas de años, sino cada año” (T. I, p. 494). Con semejante método estadístico los católicos estamos fritos.

Al fin un curioso jurado de campesinos y funcionarios hartos, extenuados y semidormidos absolvió a Méname Mendel Beyliss por falta de pruebas, pero la opinión pública mundial condenó a Rusia: el crimen quedó sin resolver, el ministro de Justicia, Chtcheglovitov, que según la *EJ* dio la orden de investigar el hecho como “*crimen ritual*”, fue fusilado por los bolches.

Los judíos no le perdonaron al zarismo este supuesto agravio intencional; los campesinos ucranianos, que absolvieron a Beykliss, acusados a su vez poco antes de los pogroms antisemitas, sufrieron la colectivización y el hambre organizado por el comunismo de 1932 a 1933, “*un hambre que los periodistas del mundo entero han ignorado y no lo han inscripto en el pasivo de este régimen*” (T. I, p. 497). Ah! Vera Tchereviak fue ajusticiada en la *Tcheka* de Kiev, en 1919, luego del “interrogatorio”, que no logró quebrarla, realizado por tchekistas exclusivamente judíos comandados por Sorine. Y el mundo logró su paz.

Soljénitsyne compara este caso con el ocurrido entre 1913 y 1915 en Atlanta, EEUU, donde el hebreo Leo Frank, acusado de la muerte de una jovencita violada y asesinada, también con pruebas muy dudosas, fue linchado por una muchedumbre que lo arrancó de la prisión, pero la opinión pública mundial no fue agitada, seguramente porque USA estaba en el eje del bien.

11. JUDÍOS Y RUSOS ANTES DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL: LA TOMA DE CONCIENCIA (CAP. 11)

“Los mejores espíritus — obsérvese la restricción — entre rusos y judíos” tuvieron un tiempito *“para lanzar una mirada hacia atrás y evaluar bajo diversos puntos de vista la esencia de nuestra vida en común, de reflexionar seriamente sobre la cuestión de la cultura y el destino nacional”*. Temas por demás arduos, ante todo porque los judíos hace tres mil años que preservan *“su diferencia y su especificidad por la fuerza de su tensión religiosa y nacional en nombre de una Providencia superior metahistórica”*..., *“concentrados en su vida y su conciencia religiosa”*.

Los de Rusia hasta el s. XIX se mantuvieron aún más aislados que los restantes, pero después -lo vimos- se abrieron al extremo de que, como dice Dinour en la *LMJR*, *“toda la historia de la comunidad judía de la época moderna se encuentra ubicada bajo el signo de la judeidad rusa”* con *“un sentido punzante del movimiento de la Historia”* (T. I, p. 499) y la ideología hegeliana implícita en estas últimas palabras.

Nacionalistas

No es de extrañar que ante semejante panorama los rusos estuvieran bastante despistados, así Solovieff proponía superar su particularismo *“por el amor de los rusos hacia los judíos”*, pero Dostoïevski, cuyos criterios despertaban furor, observó que *“quizá no es el pueblo ruso el que tiene toda la responsabilidad, sino que estos motivos con toda evidencia, se han acumulado de una y otra parte, y no se podría decir de cuál lado más”* (T. I, p. 500).

I.L. Teitel advierte, en una larga cita, que los judíos aman el dinero, pero, ¡ojo!, lo desprecian cuando se trata *“del yo interior, de la dignidad nacional”* y no se convierten a la ortodoxia por interés; lo que los refrena es *“la preocupación de no abandonar a sus correligionarios en la necesidad”* (idem), pero el estudiante judío ruso se siente mal y es rechazado por sus correligionarios europeos (T. I, p. 500).

Según D. Pasmanik en la *EJ*, los convertidos forzados aumentan su rencor hacia el gobierno y se oponen a él, a pesar de las facilidades y ventajas recibidas.

V.S Mandel, en *RiE*, se mete en la política interna: no fue sólo el gobierno ruso quien *“colocó definitivamente al pueblo judío entre los enemigos de la patria”* sino *“aún peor, fueron muchos responsables políticos judíos que se ubicaron ellos mismos entre los enemigos, radicalizando su posición y abandonando la distinción entre ‘gobierno’ y patria, es decir Rusia”*... *“La indiferencia de las masas populares judías y de sus dirigentes por el destino de la Gran Rusia fue un error político fatal”* (T. I, p. 501).

El hebreo Landau, observador muy agudo, nota esa *“notable ambivalencia”*, el arraigo al ámbito ruso genera *“al mismo tiempo, un rechazo intelectual, una repulsa en toda línea. El afecto por un mundo aborrecido”* (T. I, p. 501). El mismo tema “cultural” se planteó con I.V. Hessen y comenta nuestro autor: *“¿Podían sentirse (los judíos cultos, o sea universitarios en el caso), enteramente y sin reserva, rusos por el espíritu? De allí surge un problema todavía más complicado: ¿podían en verdad tomar a su cargo los intereses del Estado ruso en toda su amplitud y profundidad?”* (T. I, p. 502).

Grave asunto, sobre todo cuando no se ha definido qué es eso de “*rusos por el espíritu*”, con el agregado de que las clases medias judías prefieren una educación laica en lengua rusa y a la vez mantienen el “yiddishismo” y no se asimilan, amén de la paralela expansión del sionismo que abomina de la mencionada asimilación.

Metánoia

Ése, el de Landau, a nuestro juicio, es el problema a resolver y no es en su base un asunto económico, sociológico o ideológico en sentido moderno. En primer término es una cuestión de principios espirituales incompatibles y como todos los principios tienen consecuencias, a saber: sociológicas, económicas o políticas, etc.; otra de sus derivaciones son los “prejuicios”, el primero de los cuales es suponer que los principios no existen, y el segundo no remontarse a ellos para intentar comprendernos.

En ese planteo, el principio del problema es la aristotélica “mitad del todo” para lograr un entendimiento elemental. Ahora bien, los principios religiosos judíos se dan de patadas con los cristianos rusos, ortodoxos o no; a este nivel se necesita una *metánoia*, una conversión, o los judíos se convierten como San Pablo y San Mateo, o son los rusos los que se convierten como los Khazaros que constituyen unos de los pilares del moderno judaísmo.

Pretendidamente en el medio, pero en realidad mucho más abajo, a nivel ideológico y económico, están los liberales, sus hijos comunistas como decía Dostoievski, los innominables hegelianos “de derecha” y muchos ecumenismos. Todo ello y la ambigüedad del término “cultura” hacen que estas disquisiciones se evaporen apenas alguien intenta comprenderlas y se disuelvan en mero discurso propagandístico.

Volvamos a Soljénitsyne. El famoso V. Jabotinski, mientras abomina a Rusia y su cultura, está a la vez desesperado por convencer a los suyos de establecerse en Palestina y afirma que los intelectuales filo-rusos “*aman la cultura rusa con amor loco y envilecedor... el amor envilecedor del guardián de los cerdos de la reina*’. En cuanto al mundo judío, lo descubrimos a través de la bajeza y la suciedad cotidiana”.

Y sigue peor. Demasiado selectivo y exigente, pero buen ejemplo de claridad mental y fidelidad a los principios superiores, pues explícitamente aclara que aún el judío asimilado conserva una “*inclinación de alma específica*” (T. I, p. 503).

La “*prisión*” (Rusia) es “*una jauría de perros*” que está por devorar a los judíos indefensos, “*una tortura lenta, un pogrom que no termina*” mientras los periódicos financiados por los judíos no los defienden “*en estos tiempos (luego de 1906) de persecución inaudita*”, por lo cual “*estamos hoy culturalmente desprovistos, como en el fondo de un tugurio de un oscuro intervalo*”. “*Lo que sufrimos sobre todo es el auto desprecio; lo que necesitamos es, ante todo es respetarnos a nosotros mismos; el estudio de la judeidad se nos debe convertir en la disciplina central... la cultura judía es desde ahora para nosotros en la única tabla de salvación*” (T. I, p. 504).

Adiós a la cultura judeo-rusa. Soljénitsyne comenta sin piedad: “*Todo esto, se puede, sí, compartirlo. (Y en cuanto a nosotros, los rusos, es posible hacerlo, sobre todo hoy, en este fin del s. XX)*”. En fin luego insistir contra la asimilación Jabotinski termina a toda orquesta: “*El espíritu real (de Israel) en toda su potencia, su historia trágica en toda su grandiosa magnificencia*”... “*¿Quiénes somos nosotros para justificarnos ante ellos? ¿Quiénes son ellos para pedirnos cuentas?*”. (T. I, p. 505).

La respuesta no se queda atrás: “A esta última fórmula se la puede también respetar plenamente. Pero a condición de reciprocidad. Tanto más que no le conviene a ninguna nación o religión ‘juzgar’ a la otra”. (T. I, p. 506). Afirmación esta última que difícilmente compartiría Jabotinski y tantos partidarios del retorno a las raíces. En realidad nadie compartirá nada con el otro absoluto racial, religioso y político sin recurrir a la indispensable *metánoia*, conversión o cambio de mentalidad, nada menos.

Filosemitismo

Esto del *semitismo* y derivados tómelo con calma. El término *anti-semita* es un neologismo político, cuyos orígenes no puedo ni debo relatar aquí, pero quede en claro que su trágico contenido racista ha sido denunciado por un clásico del judaísmo, Arthur Koestler, quien con ese objetivo escribió *La Tribu número trece, el imperio Khazar y su Herencia*, traducido y reeditado. Por eso, usamos con repugnancia ese vocablo ambiguo, hoy obligatorio.

Retomemos la polémica con Jabotinski. En cambio otros hebreos sostenían que sus destinos estaban indisolublemente ligados a Rusia como I. M. Bikerman en la *RiE*: “único es el medio que nos une...única su cultura. A esta cultura única la hemos absorbido en toda la extensión del país”; otro tanto dice St. Ivanovitch, en directa polémica con Jabotinski: “No hay salvación para nosotros sin Rusia, como no hay salvación para Rusia sin nosotros” (T. I, p. 507). Igualmente Sliosberg y muchos otros que no puedo transcribir.

Soljénitsyne recuerda: “Pero había reciprocidad: en el curso de los decenios que precedieron a la evolución, los judíos se beneficiaron con el sostén masivo y unánime de los medios progresistas. Este sostén quizá debe su amplitud al contexto de vejaciones y de pogroms, pero a pesar de todo en ningún otro país fue (y puede ser que jamás en el curso de todos los siglos transcurridos) tan completo. Nuestra *intelligènzia* era tan generosa, tan enamorada de la libertad que puso al antisemitismo al margen de la sociedad y de la humanidad; más aún todo el que no aportaba su sostén franco y masivo al combate por la igualdad de derechos judíos, que no hacía de ello una prioridad, era considerado como un ‘despreciable antisemita’”, y esta la línea que dividía a reaccionarios y progresistas, incluso “se prohibió a cualquiera manifestar la menor crítica a la conducta de cada judío en particular: ¿y si esto hiciera nacer un antisemita en mí?” (T. I, p. 508). Bueno, Soljénitsyne parece que no tiene estas últimas prevenciones.

El filosemitismo de la sociedad rusa de ese tiempo tuvo en *El Escudo* un órgano con L. Andreev, Merejkovski, M. Gorki y muchos otros que definían el antisemitismo como “una enfermedad de la conciencia” y denunciaban la naciente ideología aria, producto “de la industria alemana del espíritu” (P. Milioukov).

Su prédica llegó a motivar la crítica de los propios paisanos como A. Coronel: “La compasión por los judíos se transformó en un imperativo casi tan categórico como la fórmula ‘Dios, Tzar, Patria’... y los judíos “aprovecharon de esta profesión de fe según su grado de cinismo” (T. I, p. 512).

Coincide en esto con un abominable hombre de la derecha que escribe en 1920: “En esa época (un cuarto de siglo antes de la revolución) los judíos habían tomado el control de la vida política del país... El cerebro de la nación (si se exceptúa el gobierno y los círculos próximos) se encontraba entre las manos de los judíos y se habituaba a pensar según sus directivas”...”A pesar de todas las ‘restricciones’ aplicadas a sus

derechos, los judíos habían tomado posesión del alma del pueblo ruso.” (V.V. Choulguine, en T. I, p. 512). Soljénitsyne sale del paso con una de las pocas preguntas zonzas de su libro: “¿Pero son los judíos los que se habían apoderado del alma rusa o bien los rusos los que no sabían demasiado qué hacer de ella?” (idem).

Asemitismo

El Asemitismo, de Jabotinski, se publicó el 9 marzo 1909, en Slovo, acompañado de otro escandalete ocasional: tampoco es admisible, afirmaba, la neutralidad del silencio ante el problema judío que ya es una enfermedad antisemita. V. Goloubev contesta con *El Acuerdo no la Fusión*: entre las nacionalidades debe haber “*armonía y no fusión*”, sino -lo notamos hace un momento- debían todos cambiar de nacionalidad como los Khazaros.

Tomó la palabra el liberal P.V. Struve para aclarar el difícil tema de la nacionalidad: “*La intellighènzia rusa oculta su rostro nacional, una actitud que nada impone, que es estéril*” y trata de definir: “*la nacionalidad es algo mucho más evidente (que la raza, el color de la piel) y al mismo tiempo algo sutil. Son las atracciones, las repulsiones de espíritu... Viven y palpitan en el fondo del alma*” (T. I, p. 516). “*Uno puede y debe impedir que estas atracciones/repulsiones se conviertan en leyes, pero la equidad ‘política’ no exige de nosotros la indiferencia nacional*” (idem).

Struve enfrentó el problema de la justicia que observamos antes: “*Sí, insiste, es indispensable trazar una frontera entre el dominio jurídico, político, y aquel donde viven en nosotros estos sentimientos. ‘Especialmente ante la cuestión judía, es a la vez muy fácil y muy difícil.’ — ‘La cuestión judía es formalmente una cuestión de derecho’*” y por esta razón, es fácil: otorgarles la igualdad de derechos y sanseacabó.

Pero es muy difícil “*porque la fuerza del rechazo frente a los judíos en diferentes capas de la sociedad rusa es considerable, y es necesario una gran fuerza moral y un espíritu muy nacional para, a pesar de esa repulsión, resolver definitivamente esa cuestión de derecho*”. A pesar de ese rechazo “*de todos los ‘extranjeros’, dice Struve, los judíos son los que nos resultan más próximos, los más estrechamente unidos a nosotros. Es una paradoja histórico cultural, pero es así*” (T. I, p. 516).

La iniciativa de rechazar la cultura rusa no es propia de la *intellighènzia* rusa sino de los sionistas, de todos modos el problema de la nacionalidad judía existe, pues siguen siendo judíos a diferencia de los alemanes que también son muy importantes en Rusia, “*pero sumergiéndose en la cultura rusa, los alemanes se funden allí completamente. ‘¡Con los judíos es otro asunto!’*” (T. I, p. 517).

Muchos judíos como Milioukov temían el renacer de sentimiento nacional, aunque más no sea en estética, pues eso del “*rostro nacional*” lleva “*al peor de los fanatismos*”, al “*chauvinismo tribal*” y es lo que Ud. escuchó y escuchará siempre en nuestros lares.

Struve no se rinde: el procedimiento de desacreditar sin confrontar ideas es indigno, ahogar la identidad nacional y sus sentimientos es “*una gran villanía*.” Si uno rechaza estos sentimientos van ellos a resurgir de modo antinatural; el “*asemitismo*” “*constituye de hecho un terreno mucho más favorable a la solución en derecho de la cuestión judía que el combate sin fin entre “asemitismo” y “filosemitismo”*”. “*No existe alguna nacionalidad no rusa que tenga necesidad... de que todos los rusos la amen sin reserva. Muchos menos que finjan amarla*” (T. I, p. 518).

Nación y nacionalidades

Jabotinski le contestó a Struve sin contemplaciones: “*El oso salió de su guarida*” se trata del “*ursus judaeophagus intellectualis*” (T. I, p. 519) *et multa alia* centradas en el ataque al zarismo, cuya caída fue siempre en esos años el tema básico de los intelectuales rusos liberales y socialistas de todos los pelajes. Soljénitsyne remarca que sigue vigente la posición de Struve, ahogada por la propaganda a favor de *El Escudo*, junto al debate en el *Slovo* sobre la conciencia nacional rusa, y está vigente ahora, luego de ochenta años de silencio, a pesar de la ola de cosmopolitismo abstracto (T. I, p. 521).

Ya en 1909 este debate en torno a la nacionalidad surgió en plena humillación política por la anexión a Austria de Bosnia-Herzegovina. “*La fatalidad nos ha llevado a proponer esta cuestión, hasta hace poco completamente extranjera a la **intelligènzia** rusa, pero que la vida misma nos impone con una brutalidad que prohíbe toda escapatoria.*” (T. I, p. 522). Es una cita de A. Pogodine, propiciador de “*un nacionalismo constructivo, que poseyera el sentido del Estado, propio de las naciones ‘vivas’*” (idem) y del derecho a existir por sí mismos.

No debe olvidarse que el imperio ruso se construyó sobre diversas nacionalidades, cada una con notables particularismos de modo que, con palabras de M. Slavinski en 1909, el intento de “*rusificar, o más exactamente, de imponer el modelo gran-ruso a toda Rusia... tuvo un efecto desastroso sobre las particularidades nacionales vivientes*” incluso sobre el pueblo gran-ruso cuyas “*fuerzas culturales se mostraron insuficientes para ello... Para la nacionalidad gran-rusa, sólo es bueno el desarrollo del interior, una circulación normal de sangre.*”

“*¡Ay!, aún hoy (1990) la lección no ha sido asimilada*”, se lamenta nuestro autor.

Sigue Slavinski: “*Es necesaria la lucha contra el nacionalismo fisiológico, cuando un pueblo más fuerte trata de imponer a otros, que lo son menos, una manera de vivir que les es extranjera*”. Soljénitsyne sintetiza: “*Pero un imperio como éste [el de los zares, obviamente] no podría haber sido constituido con la sola fuerza física, también se necesitaba una “fuerza moral. Y si poseemos esta fuerza, entonces la igualdad de derechos de los otros pueblos (los judíos tanto como los polacos) nada nos amenaza*” (T. I, p.523).

Sin embargo la **intelligènzia** rusa durante los ss. XIX y XX prefiere el nivel cosmopolita, planetario, etc. (globalizante, diríamos ahora), “*en muchos de estos dominios, había casi renegado de lo que era ruso, nacional. (De lo alto de la tribuna de la Duma, se recitaba este calembour: “patriota-iscariota”)*” (idem).

Ocurre lo contrario con la **intelligènzia** judía por lo cual, con ingenuidad sospechosa, Soljénitsyne se queja de que “*ninguna voz se levantara entre los judíos*” para favorecer la nacionalidad de sus amigos y socios políticos: “*la equidad lo habría exigido. Pero nadie percibía entonces esta disparidad: bajo la noción de igualdad de derechos, lo judíos pretendían algo más. Es así como, solitaria, la **intelligènzia** rusa tomo el camino del porvenir*” y dada la fidelidad de los ilustrados rusos a sus amigos judíos “*la potencia de su desarrollo, de su energía, de su talento penetraron la conciencia de la sociedad rusa. La idea que nos hacemos de nuestra perspectiva, de nuestros intereses, el impulso que damos a la búsqueda de soluciones a nuestros problemas, todo esto, lo hemos incorporado a la idea que ellos se hacían para sí mismos. Hemos adoptado su visión de nuestra historia y de la manera salir de allí*” (T.

I, p. 524). En conclusión, parece difícil que salgan, tanto más cuanto los muchos libros y marxismos les han sorbido el seso y ni siquiera intentaron, durante el régimen comunista, aplicar la solución entusiasta y mundialista que da Carlos Marx en *La Cuestión Judía*.

12. EN LA GUERRA (1914-1916) (CAP. 12)

“La primera guerra mundial fue incontestablemente la más grande locura del s. XX” y los judíos la vivieron de cerca pues *“en los tres imperios limítrofes vivían tres cuartos de los judíos del planeta (y el 90%) de los judíos de Europa) que además estaban concentrados en el teatro de operaciones militares futuras desde la provincia de Kovno (luego la Livonia) hasta la Galicia austríaca (luego Rumania)”* (T. I, p.525).

En ese entrevero y después de todo lo dicho, es natural que los hebreos no pudieran distinguir bien quién y dónde estaba el enemigo, y cómo ser patriota, sobre todo patriota imperial. Mucho más los judíos de la Zona, donde el *Bund* mantenía su influencia; por otra parte naturalmente veían en el invasor la probable solución a sus limitaciones jurídicas, pues como decía Lenin: *“son en su mayoría germanófilos y se alegran de la derrota de Rusia”* (T. I, p.526).

Distinto era en las capitales donde *“el impulso patriótico que levantó a Rusia no dejó a un lado a los judíos”* (PEJ) lo que llevó a una alianza con los hebreos esperanzados en la igualdad de derechos de postguerra. Choulguine, el jefe de la derecha lo ve así: *“combatir simultáneamente a judíos y alemanes estaba por sobre las fuerzas del poder en Rusia. Se necesitaba algún pacto”* (T. I, p. 528), pero nadie quiso poner la firma, sólo el asesinado Stolypine se hubiera atrevido. También la Alianza con Inglaterra desde 1907 favorecía este acuerdo.

Pero en 1915 el estado mayor decidió la expulsión masiva de los judíos de la Zona apartándolos del frente de combate por temor a traiciones y espionajes. Esta decisión se basaba en el *Reglamento provisorio de campaña* de 1914, con la guerra inminente, que acordaba al Estado Mayor un poder ilimitado en el frente y alrededores, además de que el Emperador fue persuadido de que no asumiese el Comando supremo.

Pues bien el general Ianouchkévitich, que no era ninguna lumbrera política, se quedó con la administración de un tercio de Rusia, y tomó el camino más fácil, aceptó las sospechas y acusaciones contra los judíos, ayudado a la vez por la ola de antisemitismo, los polacos, que organizaron pogroms propios, y el Estado Mayor alemán que los llamaba a la subversión contra el Zar. La PEJ agrega que Ianouchkévitich era un polaco convertido a la ortodoxia. Comentario: *“Ha podido ciertamente sufrir esta influencia, pero nosotros consideramos estas explicaciones como insuficientes sin justificar en nada la actitud del estado mayor ruso”* (T. I, p. 530).

En ese tiempo *“la sombra negra de Auschwitz no había cubierto la tierra ni cruzado la conciencia judía”* y los alemanes les parecían civilizados, al punto que según el *Times* *“desde que asomaba en el horizonte el humo de un navío alemán, la población judía de Libava ‘olvidaba la lengua rusa’ y se ponía a hablar en alemán”* (idem).

En Rusia uno no podía llegar a oficial, si no se convertía a la ortodoxia, por lo cual se comprende que no demostraran gran entusiasmo por la vida militar, pero las acusaciones sistemáticas de cobardía y desertión no son creíbles, aunque hayan incurrido, como todo el mundo desde Adán, en abusos con los abastecimientos a las tropas.

Sufrieron especialmente los judíos de Galicia, porque los cosacos les organizaban pogroms en retribución *“a las vejaciones infringidas a la población rusa durante la dominación austríaca (de hecho ucraniana y ruthenia) por los judíos poderosos”* (Chavelski, en T. I, p. 534); además de la deportación masiva se les exigió

rehenes “*con el pretexto de prevenir actos de espionaje*” de los que eran sospechosos por su excelente red de información. En 1915 la evacuación de ciudades no se practicaba, y a diferencia de 1941, la deportación implicaba la ruina... “¿no era, en otra forma, siempre el mismo pogrom de gran amplitud, pero provocado esta vez por las autoridades y no por el populacho? ¿Cómo no comprender la desgracia judía?” (T. I, p. 534).

El número de desplazados no se conoce con precisión. G.I. Aronson en la *LMJR* calcula 250.000 incluyendo refugiados de origen judío, por lo que se calcula la mitad deportados. Jabotinski la compara este desplazamiento poblacional con la expulsión de España. La resonancia fue mundial. EEUU acentuó su tradición connatural de considerar al enemigo, en este caso Rusia como “*un país corrompido, reaccionario e ignorante*”, esta vez acentuada por la propaganda judía y las disputas diplomáticas similares a la de 1911 con T. Roosevelt ya descripta.

En consecuencia, USA negó ayuda financiera, en particular el banquero Jacobo Schiff, presionó en Europa para que se actúe del mismo modo y Wilson instauró “*el día del judío*” con el objetivo de recolectar dinero a favor de las víctimas.

Fin de las zonas de residencia

En Rusia el Consejo de Ministros tenía que pagar los platos rotos sin poder influir en el Comando en Jefe. Krivochévrine, antiguo colaborador de Stolypine, a fin de conseguir créditos sostenía la necesidad de suprimir momentáneamente la Zona de residencia y conceder libertad para que los hebreos se instalen en todo el imperio; hasta recurrió a la literatura y sus imágenes: “*nuestra política en este dominio hace pensar en ese avaro dormido sobre su oro, que no le saca ningún beneficio ni permite que otros lo hagan.*”

Roukhlov no se dejó impresionar y le contestó que esa restricción fue tomada para proteger el patrimonio y el pueblo ruso: “*los rusos están por morir en las trincheras y mientras tanto los judíos van a instalarse en el corazón de Rusia, a sacar ventajas de las desgracias sufridas por el pueblo, de la ruina general. ¿Cual será la reacción del ejército y el pueblo ruso?*”... Los rusos sufren a destajo “*mientras los banqueros judíos les compran a sus correligionarios el derecho de servirse de la desgracia de Rusia para mañana explotar a ese pueblo exangüe*” (T. I, p. 540).

Como la necesidad tiene cara de hereje perdió Roukhlov, de modo que a las apuradas, “*a fin de satisfacer las necesidades financieras engendradas por la guerra*”, el Consejo los autorizó a instalarse libremente y adquirir inmuebles con pasaporte permanente y suspensión parcial del *numerus clausus*; eso sí salvo en las capitales y zonas agrícolas, la región de Yalta y, por si acaso, las provincias pobladas de cosacos.

La guerra ahogó las protestas. Desapareció luego de un siglo la famosa Zona de residencia, la medida “*por la que tanto habían luchado en vano los judíos rusos y liberales durante decenios, pasó inadvertida*” (Sliosberg, en T. I, p. 541), pero la propaganda antizarista continuó.

Por otra parte, el sufrimiento “*dio un fuerte impulso al espíritu de iniciativa de los judíos. Azuzó su voluntad de enfrentarlo*” (Aronson, en T. I, p. 543), las organizaciones de ayuda mutua mostraron una capacidad admirable; al fin “*la guerra modificó de manera significativa la repartición de los judíos en Rusia*” (T. I, p. 543), con importantes colonias lejos del frente y en las capitales incluso Moscú y San

Petesburgo. Las desmesuradas y desordenadas medidas que seguía tomando el Estado Mayor no siempre se cumplían y los esfuerzos económicos del gobierno eran ocultados por la prensa, mientras se entrecruzaban denuncias de incompetencia y negociados.

El quinteto Rasputín

Siempre es noticia este monje ambiguo en la cumbre de la monarquía junto al cual “*un pequeño grupo de individuos mas bien turbio, jugaba un papel importante*”. El embajador francés Maurice Paléologue relata en su diario: “*Una pandilla de financistas judíos y sucios especuladores, Rubinstein, Manus, Manassevitch-Manouïvlov, etc., han cerrado un acuerdo con él (Rasputín) y le resarcían generosamente los servicios rendidos. Por instrucciones de ellos, manda notas a los ministros, bancos o diferentes personalidades influyentes*” (T. I, p. 547).

D.L. Rubinstein, Consejero de Estado, colmado de honores, gerente del gran duque Andrés Vladimirovitch, llegó al monje gracias a un instrumento inmejorable y previsible: una damisela de honor de la Emperatriz, admiradora fanática de Rasputin, A. Vyroubova, que luego se las arregló para morir pacíficamente en Finlandia.

Manus era un capitán de industrias eléctricas y banquero. Rubinstein le puso a Rasputín un secretario permanente, Aron Simanovitch, rico joyero, iletrado pero muy hábil y emprendedor. “*¿Qué necesidad tenía Rasputín de un ‘secretario’, él que no poseía nada...?*” (T. I, p. 548). Hay muchas respuestas, una son los negociados como la famosa falsificación de títulos de dentista, más o menos 300, con garantía de impunidad gracias a Rasputín, según Simanovitch cuenta en sus *Memorias*. Agrega el detalle que faltaba: el monje áulico “*se había convertido en amigo y benefactor de los judíos, sosteniendo sin reserva sus esfuerzos para mejorar su situación*” (idem) con enjuagues que les permitían ante todo escapar a las autoridades militares.

Melgounov apoda “*el quinteto*” a este equipo de gente avisada, que “*se encontraba en la proximidad del trono y podía ejercer una peligrosa influencia en los asuntos de toda Rusia*” (T. I, p. 550). Allí estaba Monouïlov, agente de la policía secreta rusa en París, notable por su aventurerismo, al igual que Rubinstein, al parecer ligado a los servicios secretos alemanes, al decir del embajador inglés Buchanan.

Lo de Rubinstein llegó al Estado mayor que mediante la comisión del gral. Batiuchine investigó sus operaciones especulativas con capitales alemanes y el trigo del Volga, la depreciación del rublo, etc. Arrestado por alta traición, lo salvó la Emperatriz en persona, diez días antes del asesinato de Rasputín, “*que tuvo así tiempo justo para hacerle el último servicio*” (T. I, p. 551); luego lo salvó la revolución de febrero por segunda vez y por fin “*abandonó la ingrata Rusia*” (idem). A ese nivel no hay discriminaciones sino el ecumenismo universal.

Soljénitsyne: “*Para nosotros que vivimos en los años 90 del s. XX, esta orgía de pillaje de bienes del estado aparece como un modelo experimental a muy pequeña escala...pero lo que se vuelve a encontrar en ambos casos, es un gobierno a la vez pretencioso y nulo que deja Rusia abandonada a su destino*” (idem).

De todos modos no todos somos de buen corazón, por ejemplo el Estado Mayor que se metió con los bancos sagrados, los industriales del azúcar en Kiev, donde reinaban Hepner, Tsekhanovski, Babouchkine y Dobry quienes, fingiendo exportaciones a Persia, lo hacían en realidad a Turquía, aliada de la enemiga Alemania

en plena guerra. Pero la comisión Batiochine, por lo demás perfectamente coimeable, no encontró apoyo en el trono.

Al fracasar el ejército entró en juego otra vez la maldita policía; el director Kafalov el 9 de enero de 1916 envió una directiva, bajo “*secreto de defensa*”, para que sus subordinados se ocupen del problema de los especuladores y “*de los judíos en general*”, por su propaganda subversiva, su esfuerzo por elevar los precios de los artículos de primera necesidad, el desprestigio del rublo y la quiebra del gobierno, lógicamente con el objeto de suprimir la Zona de residencia.

Un mes después el *top secret* se convirtió, como era por demás previsible, en escándalo parlamentario de varios meses. Kafafov tuvo que dar la cara: daba información, no tomaba medidas contra nadie, los infidentes fueron atemorizados, y coimeados, y por lo demás no se publicó que él en persona tomó medidas para defender a los judíos, objeto archiconocido de odio popular. La polémica interminable repite los argumentos y las chicanas clásicas que seguimos rumiando en nuestra época de mordaza periodística mundial, hasta que la mayoría liberal de la Duma consideró que no era prudente seguir con la cuestión judía (T. I, p. 557).

El campesino Tarasso

Sin embargo los liberales la menearon otra vez insistiendo en la injusticia del *numerus clausus* con el mismo resultado hasta la primavera de 1916 cuando “*el debate sobre la cuestión judía fue suspendido porque provocaba una agitación indeseable en la población*” (T. I, p. 559). Indeseable para la mayoría liberal y revolucionaria de la Duma y los diarios regimentados, uno de los quejosos llegó a decir: “*que la prensa sea controlada por el gobierno es un mal, pero existe un mal todavía más grande: que la prensa sea controlada por los enemigos del estado ruso*” (T. I, p. 557).

Así las cosas, un día en que los diputados debían estar más dormidos que de costumbre y con la guardia baja porque eran las últimas sesiones de la existencia de la Duma, invierno 1916/7, se discutió una ley sobre las asambleas de distrito. En una sesión vulgar, luego de que se lucieran los sabios, pidió la palabra Tarasso, un simple campesino de Viarka. Se la dieron con lástima y comenzó tímidamente tratando el tema de la libertad de residencia de los judíos y también de los alemanes, ahí el hombre entró en calor: Estos extraños tomarán los cargos y “*si es un judío el que dirige la administración y su mujer la secretaria, entonces ¿Cuáles serán los derechos de los campesinos?... y cuando nuestros valiente guerreros vuelvan, ¿a qué tendrán derecho? A quedarse atrás; pero durante la guerra, es en la primera línea donde estuvieron los campesinos...No hagáis enmiendas que entren en contradicción con la realidad práctica de la vida campesina, no otorguéis a judíos y alemanes el derecho de participar en las asambleas de cantón (zemstvos), pues son pueblos que nada de útil van a aportar; al contrario van a dañar mucho y habrá desórdenes a lo largo del país. Nosotros los campesinos no nos someteremos a esas nacionalidades*” (T. I, p. 560).

Era la opinión simple, aunque algo ruda de los *morituri*, los que habrán de morir como moscas en el régimen que preparaban los diputados de la Duma, y los activistas revolucionarios.

Últimos sarcasmos de Soljénitsyne: “*Pero en 1917, las fiestas pascuales iban a desarrollarse bajo un régimen muy distinto. Entonces se habrían de realizar las ardientes aspiraciones de nuestros radicales y de nuestros liberales*” (T. I, p. 561).

Entre rusos y judíos, dice Soljénitsyne al final, hubo vaivenes, problemas solucionados y problemas agravados antes de la primavera de 1917, *“pero el carácter evolutivo del proceso en marcha prevalecía visiblemente y permitía un porvenir constructivo. Es en ese momento cuando una explosión hizo pedazos el sistema social y político de Rusia — y luego los frutos de la evolución, pero también la resistencia militar ante el enemigo, pagada con tanta sangre, y en fin las perspectivas de un porvenir de expansión: fue la revolución de febrero”* (T. I, p. 562).

Tomo II

13. En la Revolución de Febrero (Cap. 13)

Es de advertir que Soljénitsyne no se dio por satisfecho con *El Archipiélago Gulag*, sino que en los seis tomos de *La Rueda Roja* se tomó el trabajo de describir “literalmente hora por hora” (T. II, p. 45) el desarrollo de la Persecución que los cómplices llamamos Revolución comunista. Aquí lo único que hace es aplicarle la lupa intelectual a su tema específico, pero vale la pena que todos leamos *La Rueda Roja* como introducción a la “postmodernidad” y a “*notre belle aujourd’hui*”.

En ese febrero tomaron el poder los liberales, anarquistas, terroristas, socialdemócratas, nihilistas, etc., para imponer la gran democracia y la “supresión del estado”, burgués o no. Gracias a Dios, que se valió de alemanes militaristas y banqueros diversos, al final estaba Lenin, quien amaba la dictadura, sino hubiera ocurrido lo peor.

Pues bien a la moda de la pampa húmeda, la Gran Prensa se acomodó al instante y renegó de su patria alabando a los ganadores. Fuera de ello “*Toda la prensa y la sociedad no se pusieron de acuerdo sino en un punto: la necesidad de instaurar de inmediato la igualdad de derechos para los judíos*”. Con mayor entusiasmo que Soljénitsyne lo dice el poeta simbolista Sologoub pues, el arte a veces se adelanta a la realidad: “*El primer paso, el más importante para la libertad civil, sin la cual nuestra tierra no puede ser santa, nuestro pueblo no puede ser justo, la gesta de todo un pueblo no puede ser sagrada, es la supresión de toda discriminación religiosa o racial*” (T. II, p. 30).

Estaban todos apuraditos y ya 24 horas antes de la abdicación del Zar, el 1º de marzo, antes del “*comunicado n° 1*” (en realidad *decreto*, Ud. si es argentino, me entiende) se tomaron medidas de hecho en este sentido: desde el 4 de marzo los judíos podía integrar la oficialidad joven; detallada y teatralmente se fueron suprimiendo todas y cada una de las interdicciones o restricciones que perjudicaban, o no, a los hebreos, y que se han comentado en el T. I.

El 20 de marzo el ministro de Justicia A. Kerenski y los legisladores lo asientan en los papelitos pretensiosos llamados leyes: “*Era, de hecho, el primer acto legislativo importante del Gobierno provisorio*” (T. II, p. 31). Caía “*el antisemitismo de Estado*” y, según la naturaleza de las cosas, los judíos ruso-americanos que volvía a hacerse la otra América tuvieron de inmediato los privilegios correspondientes (T. II, p. 32).

Rosa Georgiévna, esposa de Máximo Vinaver, destacó ciertas casualidades: “*Este acontecimiento coincidió con la Pascua judía. Se hubiera dicho un segundo éxodo de Egipto, etc.,...*”, “*Rusia limpiaba sus manchas y se contaba entre las naciones civilizadas*” (T. II, p. 33).

Pero Rusia no era lo principal, David Aizman se acuerda del futuro y de lo esencial: “*¡Nuestro país natal!, ¡Nuestra Patria! También ellos están en desgracia. Con todo nuestro corazón... tomemos la defensa de nuestra tierra. Desde los antiguos tiempos en que nos levantamos para la defensa del Templo, no hubo ocasión más sagrada!*” (T. II, p. 33). Eso es poner las cosas en su lugar.

Eso sí, apunta Soljénitsyne, “*la desbandada ha comenzado casi de inmediato*” (idem), lo que fue percibido por Sliosberg. Ante ése y otros lamentos unilaterales,

Soljénitsyne recurre a su veta idealista y al soplo de la “Historia”: *“Les retrucaremos: uno no puede así, de tan lejos, minimizar las adquisiciones. En esa época el Acta había cambiado netamente y mejorado en gran escala la situación de los judíos. Pero que el conjunto del país, con todos los pueblos que lo componen, vaya a caer en el abismo, tiene por causa el soplo general de la Historia”* (T. II, p. 34). Ya se ve adónde apunta: *“Estamos, como todos, condenados”*, dice Borges.

Pero no todos, pues el soplo de la historia permitió la liberación de estafadores varios y conocidos como D. Rubinstein y sus jueces, la comisión Batiouchine, fueron acusados con la ayuda de la *Tcheka* que ya empezaba a hacer de las suyas, antes que nuestra Maldita Policía de la Provincia.

Los enemigos políticos obviamente resultaron *“antisemitas”*, cayó entonces el juez Machkévich, por el sólo hecho de haber escuchado las dos campanas, una pericia que aceptaba la existencia de un crimen ritual, y la otra que no. *“Por todos lados en Rusia se arrestaba a personas ahora por centenares, porque habían ocupado cargos de responsabilidad o por su estado de espíritu”* (T. II, p. 36).

Los periodistas agitaron la posibilidad de pogroms antijudíos: *“se los puede comprender como una provocación política. Una provocación que con toda felicidad no dio resultado”*, porque *“la atmósfera de febrero”* los hacía de por sí inverosímiles: *“derrota total de la derecha, júbilo de la izquierda, la gente sencilla, aturdida y desorientada”* (T. II, p. 37-8).

Dudas

Sólo Finlandia con su aureola de país revolucionario rechazó las libertades de los judíos. El resto del mundo liberal e izquierdista, con su habitual clarividencia, saludó la revolución, como si se iniciara la civilización del amor, los yankis hasta pretendieron enviar una copia de la estatua de la libertad, pero desconfiaron a tiempo.

A Jacobo Schiff el banquero antizarista le saltaba de gozo el corazón y como no daba puntada sin nudo invitó *“a la nueva Rusia a suscribir vastas operaciones de crédito en América”* y dio el ejemplo con Kerenski (T. II, p. 40).

Stultorum numerus infinitus, dice la Biblia, con su insondable sentido democrático, por eso deben ser recordados los que escaparon a este número, ej. Grégoira Aronson, un socialista que fundó y dirigió los soviets de Vitebsk; reunido con sus congéneres de la comunidad judía exultante, les tiró un balde de agua helada: *“no habíamos logrado disipar el frío recíproco, venido no se sabe de dónde, que se había instalado entre nosotros”*. El diagnóstico de Soljénitsyne: *“he aquí un testimonio carente de ambigüedad. Perplejidad, prudencia, indecisión dominaban los medios judíos conservadores, y no sólo en Vitebsk. Los judíos razonables del tiempo anterior, provistos de una experiencia multiseccular hecha de pesadas pruebas, estaban aparentemente estupefactos por la caída brutal de la monarquía, y alimentaban sombríos presentimientos. Pero en todo el espíritu del s. XX, la masa dinámica de todo pueblo, incluido el judío, ya secularizada, había dejado de estar unida por las tradiciones y aspiraba irresistiblemente a edificar ‘un nuevo mundo de felicidad’”* (T. II, p. 42).

Este programa no ha variado, pero ese momento, según la E.J. motivó *“un incremento de la actividad política de los judíos”* (T. II, p. 42), que Soljénitsyne documenta abundantemente incluso con grupos armados; por ejemplo el pastor

metodista Simona describe que en Petrogrado “*se abatieron sobre la ciudad por bandadas enteras, y la mayor parte de los agitadores se encontraba entre los judíos. Eran judíos que habían renegado de su fe*” (T. II, p. 43).

No eran pues nuestros “hermanos mayores en la fe”, pero eso carece de real importancia; así también la milicia revolucionaria de isla San Basilio se distinguió por tener como portavoz a Salomón y Kaploun, este último con gran porvenir pues fue el presta nombre del sanguinario Zinoviev, etc., etc.

La culpa de los rusos

La *EJ* concluye “*Por primera vez en la historia de Rusia, los judíos han ocupado altos cargos en la administración central y local*” (T. II, p. 44). G.A. Landau, con toda la buena voluntad del parentesco, lo explica porque esa generación revolucionaria estaba “*espiritualmente inerte, sin lazo orgánico con el presente, enclavada al contrario por su pasividad espiritual en el período vivido diez años antes*” (*Las Ideas revolucionarias en la Sociedad judía*, en T. II, p. 44).

En fin, sea como sea, Soljénitsyne no quiere que lo metan en una jaula como a Ezra Pound y se deshace en aclaraciones que, para nosotros sobran y para sus jueces no sirven de nada; tras años de minuciosos estudios sobre los judíos y la revolución de febrero se convenció, dice, de que “*la revolución de febrero no fue hecha por los judíos para los rusos, fue llevada a cabo indudablemente por los rusos mismos, y creo haberlo demostrado suficientemente en La Rueda Roja. Somos nosotros mismos lo autores de este naufragio*”, desde “*nuestro Zar, el ungido del Señor*”, hasta sus enemigos y los reclutas; “*es esto lo que nos ha conducido a la ruina. En el seno de la intelligenzija había sin duda muchos judíos, pero no permite de ningún modo decir que la revolución fue judía*” (T. II, p. 45).

“*De la revolución de febrero la comunidad judía de Rusia ha recibido integralmente todo aquello por lo cual había luchado, y el golpe de estado no le era verdaderamente necesario, sino a la banda de salvajes que componían la juventud judía secularizada que, con sus hermanos rusos internacionalistas, había acumulado una buena dosis de odio hacia el régimen político ruso y buscó ‘profundizar’ la revolución*” (idem).

Esto es psicología social y puede ser que resulte convincente para algunos lectores, pero los principios revolucionarios y los errores políticos explican las cosas mejor que el odio o la insatisfacción ocasional de algunos jóvenes desorbitados.

El gobierno real

Soljénitsyne va más allá y se excusa por no haber expuesto con claridad el papel de los hebreos en *Marzo 17*, para evitar cargarles la romana y “*hacer caer todo sobre los judíos, sus acciones, sus ideas, permitirse ver en ellos la causa principal de los acontecimientos, y, por eso, desviar la búsqueda de las principales causas reales*” (idem).

Otra vez: *Felix qui potuit rerum cognoscere causas*, sobre todo las causas históricas, pero, aunque no las conozcamos a todas, uno ya se sentía bastante feliz con las que daba el Soljénitsyne precavido y equivocado y no necesitaba más hasta la resurrección de la carne. Sin embargo de puro minucioso se emperrea en revelarnos

algunas otras “causas reales” “*para evitar que los rusos caigan en ese engaño, metódicamente en todo el relato, he puesto en sordina en La Rueda Roja, el tema judío propiamente dicho, por lo menos de la manera con que ese tema había resonado en esa época en la prensa y flotaba en el aire*” (T. II, p. 46).

Ahora la sonoridad es similar y a Soljénitsyne nadie le perdonará el destape, sobre todo cuando nos informa quiénes eran los miembros del *Comité Ejecutivo del Soviet (CE)*: “*supuesto que los actos de tales dirigentes modifican brutalmente el curso de la Historia*” -no era necesario aclararlo- y que “*se escondían bajo pseudónimos y, durante dos meses, se cuidaron de aparecer en público: la Rusia estaba gobernada no se sabía bien por quién*”. Es grave, pero no tanto, porque exactamente lo mismo ocurre ahora en nuestro mundo, según un intocable como Chomski.

De todos modos “*resultó más tarde que había en el CE una docena de soldados brutos, de adorno, y a los que se mantenía apartados. De las otras tres docenas de miembros verdaderamente activos, más de la mitad eran socialistas judíos. Había rusos, caucásicos, letones y poloneses, pero los rusos constituían menos que un cuarto.*”

No hay como las estadísticas. Hasta H. V. Stankévich, socialista moderado, se sorprende por la cantidad desproporcionada de “*elementos alógenos*” (también tome nota de la palabra), y bueno, se resigna Soljénitsyne, “*la cuestión sigue abierta: ¿quién fue el responsable de esto, los alógenos que se encontraban allí o los rusos que no se encontraba y que hubieran podido encontrarse?*” (T. II, p. 47). Mejor, termina, que nadie, ni los socialistas, se revolcaran en ese fango, pero se revolcaron nomás.

14. EL AÑO 17 (CAP. 14)

El nuevo gobierno, modelo de todo idealismo revolucionario, en abril, tempranito porque *time is money* y la situación catastrófica, “*en un intento de despertar el entusiasmo patriótico*”, lanzó “*un Empréstito para la Libertad*”. Como si fuera argentino, hágase cargo.

Ya en marzo Tertschenko, ministro de finanzas, había levantado la perdiz: compromisos de decenas de millones a cubrir por banqueros “*judíos en su mayor parte, lo que no puede dejar de ponerse en relación con la abrogación de medidas limitadoras de los derechos confesionales y nacionales*” (T. II, p. 49).

Llovieron las contribuciones (Jacob Schiff y Rotschild un millón cada uno), todas más o menos voluntarias, pues se publicaban las listas, recorriendo las cuales “*uno está menos sorprendido por el gran número de nombres de familias judías (seguidas en fin por esos alemanes rusificados cuya situación era más bien incómoda durante la guerra), que por la ausencia de la alta burguesía rusa, fuera de algunos grandes hombres de negocios moscovitas*” (T. II, p. 50).

Mil flores

A la vez florecieron los grupos políticos de centro, de izquierda y múltiples organizaciones judías relacionadas con el *Bund*, *Poalei-Tsion*, diversos sionismos, congresos, y los correspondientes enfrentamientos en especial entre los sionistas y socialistas. En Petrogrado, a pesar de que no existía el siempre imaginario “*proletariado judío*”, tuvo éxito el *Bund*, cuyos dirigentes ocuparon puestos importantes en el Comité ejecutivo del Soviet compuesto por diputados obreros y soldados, al igual que su conferencia pan rusa que exigió de nuevo “*la autonomía nacional y cultural para los judíos de Rusia*” (T. II, p. 51).

Tenía 400 secciones y 40.000 miembros. *Poalei-Tsion* proyectaba la emigración a Palestina y la vez criticaba a los judíos “*opulentos e instalados*”. El *POSJF* o *Partido Obrero Socialista Unificado* exigía una “*nación judía extraterritorial*”, con dieta más autonomía “*nacional y personal*”, la igualdad de lenguas y el financiamiento estatal de “*las escuelas y organizaciones judías*” (T. II, p. 52).

Pero los sionistas llevan la delantera convocando a la comunidad hebrea para “*sostener con todas sus fuerzas al Gobierno provisorio*” y su proyecto de “*renacimiento nacional y político de la nación judía en Palestina*”... “*¡Y qué coincidencia, comenta Soljénitsyne, como si el curso de la Historia los hubiera inspirado: es precisamente en marzo de 1917 que las tropas británicas llegan a las puertas de Jerusalén!*” (T. II, p. 53).

Simultáneamente Jacob Schiff, temeroso de la asimilación de sus congéneres, proclama públicamente su adhesión al sionismo, que a su vez se declara neutral en la guerra, mientras tanto Jabotinski como Trumpeldor proyectan formar legiones judías en los ejércitos ingleses y rusos, pero ésta como otras iniciativas similares fracasan por considerárselas en la izquierda una “*provocación*” (A.I. Denikine, en T. II, p. 57). Soljénitsyne, que desea el mismo nacionalismo para los rusos, se rinde ante tantas “*coincidencias*”.

La 7ª conferencia sionista pan-rusa decide no apoyar a ningún partido que esté a la derecha de los socialistas populares y en consecuencia ni a los *KD*, constitucionalistas tipo D.S. Pasmanik que se queja: “*Es absolutamente insensato: como si toda la comunidad judía, incluidos los grandes y pequeños burgueses se hubiera vuelto socialista...*”, “*Su perplejidad está más que justificada...*” (T. II, p. 54).

Después de los sionistas, con 300.00 adherentes en otoño de 1917, están los ortodoxos que aventajan a los socialistas. No les cuento lo de las asambleas estudiantiles y los múltiples congresos y reuniones, porque ya tenemos de sobra con las nuestras.

En eso Vinaver descubre la pólvora: el concepto de una sola nación judía diseminada en diversos países. Frente a la anarquía de los rusos, “*uno se sorprende por la diversidad, la determinación pero también por el carácter metódico de la acción desarrollada por los judíos en el terreno social y político*” (T. II, p. 55). Sorpresa injustificada, porque los inspira “*el curso de la Historia*”. Pobres rusos, parecen estar jugando al poker con Dios.

Immigrantes y algo más

En abril el gobierno ordena suprimir sin examen previo, todas las penas de deportación contra judíos sospechados de espionaje, a la vez se produce un importante aumento de hebreos en Moscú y Petrogrado (T. II, p. 58). Pero poco interesa el número sino la calidad de los contingentes venidos del exterior en “*vagones extraterritoriales*”, especie de valijas diplomáticas conteniendo activistas. Los dos famosos trenes, el de Lenin con 30 personas y el de Natanson-Martos con 160, contenían aplastante mayoría de judíos, casi todos los cuales jugaron “*un papel significativo en la vida política rusa*” (T. II, p. 58).

Muchos más se reimportaron desde USA: emigrados o desertores del servicio militar, incluso los trotskistas sospechados de connivencias con Alemania y por eso demorados en Canadá. Trotzki mismo obtuvo a las apuradas un “*sólido pasaporte americano*” y “*una importante suma de dinero*” (T. II, p. 59), cuyo origen es desconocido, por lo menos para gente de poca imaginación.

El gobierno liberal facilita mil y un enjuagues celebrando “*que los judíos vuelvan a participar en el combate por una nueva Rusia social y democrática*” (Retch, 2 de agosto, en T. II, p. 60).

Entre esta estirpe democrática Soljénitsyne destaca por ejemplo a Y. Larine inventor de “*la economía del comunismo de guerra*”, Moïse Kharitonov, compañero de emigración de Lenin, “*tristemente*” célebre desde abril de 1917 por el apoyo al golpe de mano anarquista; Simon Dimanstein, que a los 18 años ya había aprobado el examen para el rabinato, se ocupó del conjunto de las cuestiones judías; el trotskista A. Minkine-Menson concentró a la vez los sindicatos soviéticos, el *Pravda*, la emisión de papel moneda (*assignats*) y los títulos bancarios. Un ‘record’.

Soljénitsyne hace lo que puede por informarnos del interminable elenco, lamentando por cierto que la memoria activa de la humanidad haya olvidado a tantos, por ejemplo: a. Semion Bogan-Semkov, “*comisario político en las fábricas de armas y acerías de Ijevsk*” que en noviembre de 1918 dirigió la represión democrática contra los obreros alógenos en rebelión (*EJR*) con miles de víctimas, entre ellos 400 fusilados frente a la Catedral, y lo bien que hizo, porque las armas son indispensables.

Especialmente original nos resulta Girshfeld-Stachevsi, alias Verkhovski, quien con prisioneros de guerra y trásfugas alemanes, “*puso los fundamentos de los regimientos bolcheviques internacionales*” y fue luego premiado como “*tchekista emérito*” por su organización de espionaje en Europa occidental (EJR, T. 2), aún agradecida (T. II, p. 58 ss. Consúltelas).

El nuevo poder

David Aïsmán expresa la profunda convicción hebrea de que hay que consolidar la revolución a cualquier precio, porque si fracasa el pueblo elegido sufrirá ejecuciones masivas, así que se debe matar en el huevo a la “*innoble raza*” (*engeance*: ralea, casta o como Ud. quiera) de la contra, o sea del resto del mundo. Por eso Soljénitsyne comenta “*Ya está allí todo el programa de los bolcheviques, pero formulado en términos bíblicos...*” (T. II, p. 62).

Esa “*raza*” son simplemente los opositores y el pueblo en rebelión, “*entre ellos había también judíos, pero este ‘elemento’ concordaba en muchos puntos con el elemento nacional ruso*” (T. II, p. 63). Dejemos estos detalles y volvamos a la prensa.

Desde 1917 ser periodista se convirtió en un superprivilegio para la izquierda y los hebreos, en especial el privilegio de librarse del servicio militar. Los periódicos de derecha estaban más bien reprimidos, elemental, elementalísimo, Watson. Está todo dicho.

En cuanto a la participación política de judíos en cargos de primera fila no hubo ministros, pero sí cuatro secretarios de estado y el notable Vinaver tuvo que aceptar el cargo de senador, luego de rechazar, al igual que otros hebreos desconfiados, el cargo de ministro. I.D. Iouzéfovitch cayó en una tentación sin duda insuperable: “*general encargado del aprovisionamiento del Estado Mayor general de los ejércitos*” (T. II, p. 64).

A mí me hubiera pasado lo mismo; Soljénitsyne cita a varios otros agraciados, aunque aclara que “*sin duda no se trata de puestos claves, y no pesan mucho en comparación con el comité ejecutivo, cuya influencia sobre el curso de los acontecimientos es determinante en este período; la nacionalidad de los miembros de éste último pronto va a provocar por otra parte una viva conmoción en la opinión pública*” (T. II, p. 65).

“*Profundizar la revolución*” está tan de moda como hoy, tarea en la que, según I. O. Levin, el número de judíos “*no correspondía en nada, desde el punto de vista cuantitativo, ni del punto de vista de las responsabilidades ejercidas, a su porcentaje real en la población rusa. Es un hecho indiscutible que conviene explicar, pero que sería absurdo y vano negar*”; todo tiene su explicación, pero Levine aclara que para ello no es suficiente alegar la situación jurídica de los judíos antes de la revolución (T. II, p. 65).

Entre los bolcheviques por ese entonces había proporcionalmente menos judíos que entre los otros grupos de la competencia, anarquistas, mencheviques, etc. Siete sobre veinte miembros del Comité Central de los socialistas revolucionarios eran hebreos, entre ellos M. Natanson, fundador del populismo ruso, a sueldo de Alemania durante la guerra; apoyó él con su autoridad la decisión de disolver la Asamblea Constituyente, casi con seguridad con el acuerdo de Lenin.

Los judíos electos en las municipales de 1917 desaparecieron en general por el golpe de Octubre y reemplazados por otros similares. Hasta los soviets de soldados estaba integrados con dentistas, farmacéuticos, etc, *“dicho de otro modo gentes que estaban tan próximas a los soldados como el emperador de la China”* (Izvestia, 8-IX-1917, en T. II, p. 67).

El gobierno verdadero

“¿Pero quién gobernaba verdaderamente la Rusia en la primavera y el otoño de 1917? No el Gobierno provisorio -que no tenía ni poder ni voluntad- sino el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado, poderoso e impenetrable, reemplazado desde junio por el Comité Central Ejecutivo de los Soviets de obreros y soldados” (idem); *“por primera vez Rusia estaba gobernada por los soviets”* de donde salió nuestro conocido “Comunicado (decreto) nº 1”, o sea la dictadura real y sectaria. Entre sus nueve miembros nos encontramos con E Gotz y M. Maldestam (ambos S-R), F. Dan (menchevique), M. Liber (del *Bund* o “Tribu de parásitos (vermine)” como lo llamaba Lenin), L. Kamenev (bolchevique distinguido) y dos o tres provincianos y hasta un ruso, Nikolski.

Paralelamente se eligió el Comité Ejecutivo del Soviet de diputados y campesinos con treinta miembros, entre ellos tres campesinos y siete judíos *“¡es así como este poder, incluso antes de los bolcheviques, concebía la representatividad!”*

Coincidimos con D.S Pasmanik: *“Es muy lamentable justamente desde el punto de vista de los intereses judíos... la gente estaba harta de verlos por todos lados”* (T. II, p. 68). Es que este Soviet de campesinos presentaba también *“una verdadera lista de matrimonios”*, ej. Kérenski con la *“ardiente Ilya Roubanovitch, recién llegada de su exilio parisino”* (T. II, p. 68). Algunas veces hay que creer en el Paraíso en la tierra.

Digan lo que quieran los datos y estadísticas, *“va de por sí que no es la nacionalidad de los miembros de estos Comités ejecutivos lo que explica sus decisiones -¡lejos de ello!, lejísimos, pues cada uno, según Soljénitsyne, seguía su propio camino revolucionario por decisión individual”* (idem). Sin embargo *“la mayoría de los rusos”* estaba *“literalmente aturdida por la aparición tan súbita como espectacular de estos nuevos rostros”* activistas.

V. Stankevitch, que no es precisamente Soljénitsyne sino miembro del comité ejecutivo, cuenta entre las consecuencias en la opinión pública, la primera visita del goym Kornilov al susodicho Comité; allí *“se encontró por azar, rodeado únicamente de judíos, y frente a él, con dos personajes poco influyentes e incluso desconocidos, de los que guardo recuerdo porque ostentaban un tipo de judío acentuado hasta la caricatura. Uno puede preguntarse si este episodio no influyó sobre la actitud hacia la revolución”* (Memorias en T. II, p. 68). Prefiero morir, se habrá dicho el pobre general Kornilov, un ingenuo enamorado de su vieja Patria rusa chantajeada por EEUU y sus aliados durante el gobierno de Kerenski.

Una pregunta clave para entender a Soljénitsyne: *“¿Cuál es la actitud del nuevo poder respecto de todo lo que es ruso?”*. Sin ella Ud. no puede comprender la noción de *“renegado”* con la que se topará en el próximo capítulo. *“Todo lo que es ruso ‘es’ su historia (¡jojo! que es como decir la monarquía o zarismo), su espiritualidad (o sea ante todo la Ortodoxia), su arte.”* Ahora bien *“Soukhanov y sus amigos -esta espuma internacional- “con su actitud a-nacional, antirusa y anticonservadora” sólo*

coincidieron y perseveraron, durante la revolución de febrero, en conducir a Rusia a la descomposición.

“El maldito incógnito”

‘*El maldito incógnito*’ que ocultaba los nombres del *Comité Ejecutivo* estalló en la prensa y luego de dos meses de silencio, casi todos tuvieron que dar la cara, o más científicamente los apellidos. “*Una cosa es cierta: si un revolucionario se disimula bajo un pseudónimo, es porque quiere engañar a alguien y puede ser que no solamente a la policía o al gobierno...*” (T. II, p. 71).

Eso explica que Boris Katz se presentara, al modo Pelé, con el pseudónimo de Kamkov, Lourie como Larine, Mandelstam como Liadov, para no hablar de Kamenev y Zinoviev. El 18 de junio un descolgado, el diputado Maslennikov, la pasó mal porque se le ocurrió nombrar a cada uno por su nombre (T. II, p. 77).

Hasta se desencadenó un “*antisemitismo popular*”, lo que durante el zarismo ocurría solamente en las zonas de residencia, aquí se produce en los lugares más populares, o sea en las interminables “colas” de hambrientos, instauradas por la revolución en los negocios (T. II, p. 72-73), con su “*ola de exasperación popular*”. En el frente, cuando en junio el *CE* cambió el verso de la “paz democrática” y decidió la guerra, ocurrió lo mismo.

Octubre rojo y también ruso

In illo tempore los bolcheviques hacía gala de antijudaísmo al atacar al *CE*, por ejemplo: durante la insurrección del 3 y 4 de julio y también durante el asalto final, pero no hubo progoms antijudíos en 1917, aunque sí, saqueos de comercios por las tropas en retirada, a pesar del furor de la población y los soldados borrachos. Sin embargo, “*a medida que se aproximaba el golpe de octubre la comunidad judía tomaba más conciencia de la amenaza bolchevique y resaltaba más su oposición al bolchevismo*” (T. II, p. 80), incluso los socialistas, aunque estaban paralizados por su propaganda ideológica anterior.

Ya Kantarovitch había denunciado “*el patriotismo zoológico de la nación rusa ‘auténtica’ y sus pogroms*” (T. II, p. 77) y ante lo que se venía en octubre Trumpeldor organiza en Petrogrado grupos judíos de autodefensa.

“*Los rusos habían perdido la razón, es cierto, pero los judíos también. Algunos años después de la revolución, Landau escribe estas líneas impregnadas de tristeza: ‘La participación de los judíos en los disturbios que estallaron en Rusia sorprende por su carácter suicida; no hablo del bolchevismo en particular, sino del conjunto del proceso revolucionario... Eran como mariposas irresistiblemente atraídas por la llama que iba quemarlas... Ciertamente, los judíos tenían motivos serios para ir en esa dirección, pero estos motivos eran igualmente ‘suicidas’ y si bien no se distinguían en esto de los rusos ‘sin embargo nosotros, viejo pueblo de ciudadanos de comerciantes, de artistas, de intelectuales, nosotros teníamos el deber de ser diferentes del pueblo de la tierra y del poder, de los campesinos, de los señores y de los funcionarios’*” (T. II, p. 78).

Soljénitsyne destaca que la comunidad judía presentaba un abanico de opiniones y que la opinión “razonable” se fortaleció a medida que se acercaba octubre; eso se comprueba en un asunto fundamental, a saber: la unidad de Rusia en el momento en que

se despedazaba. D.S. Pasmanik observa: “A lo largo de toda la revolución fueron los judíos, al mismo título que los Grandes Rusos, los que se mostraron los más ardientes defensores del Imperio Ruso”, porque ello habría producido el desmembramiento de la comunidad judía.

Soljénitsyne toma estas afirmaciones con precaución, cuando se trata de los socialistas y compañía, en cambio la comprueba en el orador más escuchado en mayo de 1917, miembro de la famosa “Delegación del Mar del Norte”, integrada por contrarrevolucionarios en pro de Rusia: “un marino judío Batkine. Sí” (T. II, p. 79).

La estupidez rusa

Sea como sea, “es necesario decirlo muy claramente: el golpe de octubre no fue conducido por los judíos, (excepción hecha del glorioso Trotzki y del joven y dinámico Grigori Tchounovski, que tomó parte en el arresto del gobierno provisorio y en la represión de los defensores del Palacio de Invierno)... *Es verdad: en 1917 somos nosotros mismos los que hemos sellado nuestro destino, es nuestra estupidez — desde el comienzo, en febrero, hasta octubre -diciembre. La revolución de octubre fue una catástrofe para Rusia. Pero la situación anterior no permitía presagiar nada bueno. Habíamos ya perdido el sentido del estado y esto se verificó a lo largo de todo el año 1917*” (T. II, p. 80).

En las elecciones a la Asamblea constituyente el 80 por ciento de la comunidad judía — 550 mil votos según Lenin — votó por los sionistas, entusiasmada con la promesa británica de crear el “hogar nacional” de Palestina, que Ud. tan bien conoce.

El bolchevismo no era pues popular en la comunidad judía antes de octubre, pero un mes antes del mismo Natanson, Kamkov y Steimberg de los S-R de izquierda se aliaron con los bolches Trotski y Kamenev. Todo en familia. Y algunos apenas olfatearon para donde corría “el viento de la Historia” o sea quién ganaba, se alinearon; así Semion Nakhimson, comisario del 12º Ejército que fue decisivo en el golpe y otros muchos con él. No es de extrañar que ya el 27 de octubre el Congreso de los Soviets, todavía calentito el primer decreto, se hizo cargo de impedir los pogroms antijudíos que eran previsibles.

15. AL LADO DE LOS BOLCHEVIQUES (CAP. 15)

Preguntitas sobre renegados

El tema dio lugar a las tesis más opuestas, pero *“todos los autores judíos están de acuerdo en decir que estos judíos (los bolcheviques) no eran judíos por el espíritu, que eran renegados”* (T. II, p. 84). Hace poco lo alertamos, lector, sobre el asunto y su terminología. Además vaya a saber qué es el “espíritu”, seguramente no el Espíritu Santo ni, al parecer, otros tantos espíritus de que habla el Nuevo Testamento.

Vuelva a leer el prólogo donde, por su importancia, resumo y comento el comienzo del T. II a fin de que su espíritu, en el sentido de su inteligencia, quede perfectamente extraviado.

Soljénitsyne, que no tiene un pelo de tonto, les toma la palabra y acota *“pero los líderes rusos del Partido bolchevique no eran, tampoco ellos, rusos por el espíritu: eran perfectamente antirusos y ciertamente antiortodoxos. En ellos, la gran cultura rusa, reducida a una doctrina y a cálculos políticos, estaba desnaturalizada”* (idem). En fin, rusos y judíos por igual, todos renegados.

Pasa entonces a otra pregunta incontestable y retórica: ¿cuántos renegados se necesitan para formar una corriente política homogénea? Los rusos eran sin duda legión, *“pero en cuanto a los renegados judíos, ¿cuál fue por los efectivos y la energía desplegada, su parte en la instauración del poder bolchevique?”*. Un planteo acertado es más de la mitad de la respuesta, ¿no?

Otra preguntita: ¿cuál es la actitud de la nación respecto de sus propios renegados? Un argentino diría: — *“Paso”*. O sea *“me borro, no me meto ni me importa”*. Los rusos en cambio carecen de humor y cinismo, se la toman en serio: su gente va donde va Vicente. Y *“¿pueden las naciones renegar de sus renegados? ¿Tiene sentido este reniego? Una nación, ¿debe o no acordarse de ellos?, ¿puede olvidar al monstruo que ha engendrado?”*. Respuesta: debe recordarse de los susodichos monstruos *“y acordárselos como suyos propios — a esto no hay escapatoria”* (T. II, p. 84).

Es decir aceptar no solamente que son monstruos alemanes, lo que no sería nada, porque perdieron la guerra, sino también que son monstruos triunfantes, rusos o judíos y pertenecientes a sus respectivos pueblo, lo que es más problemático.

Torneo de monstruos

Por ejemplo, tenemos al renegado y monstruo Lenin, que era ruso y detestaba todo lo ruso con algunas excepciones, como Tolstoï, pero *“somos por cierto nosotros, nosotros los rusos, quienes hemos creado este clima en el cual Lenin ha crecido y se ha llenado de odio”* (idem). Lenin o por lo menos sus antecesores, no eran racistas y él es en consecuencia un tejido de razas diferentes, un crisol de razas diríamos, lo que no es ninguna garantía, lo sabemos por experiencia: abuelo paterno kalmuco y tchouvaco, su abuela kalmuca, su otro abuelo Israel (Alejandro en el bautismo) Davinovitch Blank obviamente judío y su otra abuela hija de un alemán y una sueca; todo típico de la mezcla de etnias del Imperio ruso.

“¿Qué decir ahora de los renegados judíos?” Yo me curo en salud y no digo nada, por si acaso, en cambio es Soljénitsyne quien comienza poniendo ejemplos de la proporción de judíos activistas en los congresos políticos pre-golpe, para llegar a la “jornada histórica” del 10 de octubre de la calle Karkovka; fue allí en cancha propia, el departamento que era propiedad de Himmer y Flaksermann, el 10 de octubre de 1917, “cuando se tomó la decisión de lanzar el golpe de estado bolchevique”. Entre esos doce inocentes idealistas había seis judíos, por orden alfabético: Kamenev, Ouritski, Sokolnikov, Sverdlov, Trotski y Zimoviev. *Fifty —fifty* frente a los no elegidos en materia de monstruosidad; de allí surgió el primer Politburó, de siete miembros, cuatro hebreos.

Pasmanik está seguro: “no hay duda, los renegados judíos han sobrepasado en número el porcentaje normal... (¿qué será eso de ‘normal’?); han ocupado un lugar demasiado grande entre los comisarios bolcheviques” (T. II, p. 85). Esto ocurría entre los dirigentes, pero presagiaba “un movimiento de masas judío”. Obviamente en el Politburó los judíos tenían opiniones diversas sobre cuándo dar el golpe, Trotski en la ocasión fue el genio golpista a diferencia de “ese cagón de Lenin que se había escondido, y no portó ninguna contribución sustancial al golpe” (T. II, p. 86).

En este caso el monstruo judío fue superior, tanto más cuanto Lenin sostenía que “no hay ni podría existir una ‘nacionalidad judía’; que hay allí una intriga reaccionaria que desune las fuerzas revolucionarias. (De acuerdo con él, Stalin tenía a los judíos por ‘una nación de papel’, y estimaba ineluctable su asimilación)” (T. II, p. 86).

Lenin, el psicólogo.

Hay que asombrarse ante estos aciertos del materialismo científico, pero cuando abandonaba esa ciencia, Lenin comprendía muy bien el poder movilizador de la cuestión judía en la lucha ideológica y “estaba siempre listo a explotar, por el bien de la revolución, el sentimiento de amargura muy particular difundido entre los judíos” (idem).

Sabía pues lo que era el resentimiento y no es este su mérito menor; se agarró de allí, aunque antes no había advertido que los estratos culto y semiculto de la nación judía difundidos por todo el imperio iban a salvarle el pellejo en los meses y años decisivos: “para empezar iba a ocupar el lugar de los funcionarios rusos masivamente decididos a boicotear el poder bolchevique”; así, muchos de ellos, expulsados por ejemplo de Lituania, gente de ciudad, aprovecharon la supresión de las zonas de residencia para propagarse en el interior como nuevos colonos.

Póngase en lugar de los bolches, dice Soljénitsyne, eran un puñado que se habían apoderado del gobierno, sin gente de confianza a quien pedir socorro; según Semion (Shimon) Dimanstein, un bolchevique de la primera hora. Confiaron pues en diversos representantes del pueblo elegido, que para eso estaban.

La fe, incluso en este ámbito, puede mover montañas. En ese caso, para producir el milagro político que relata Lenin “fueron numerosos - no todos ciertamente, lejos de eso- los que sabotearon este sabotaje y son ellos los que, en esta hora fatídica, salvaron la revolución... si logramos apoderarnos del aparato del Estado y reestructurarlo, fue exclusivamente gracias a este vivero de nuevos funcionarios —lúcidos, instruidos y razonablemente competentes” (T. II, p. 87). Y bueno, amor con amor se paga.

El que no los ama es Soljénitsyne “*El nuevo poder tenía cruelmente necesidad de ejecutivos que fuesen de una fidelidad a toda prueba — y buen número de ellos se encontró entre los jóvenes judíos laicizados que se mezclaron así a sus cofrades, eslavos y otros*” (T. II, p. 98); no todos eran “renegados” o ideólogos, sino que algunos actuaban simplemente por interés personal, fue “un fenómeno de masas”, una especie de Antón Pirulero, pues como dice Leonard Shapiro, “*millares de judíos se unieron en masa a los bolcheviques, viendo en ellos los defensores más encarnizados de la revolución y los internacionalistas más confiables... Los judíos abundaban en los estratos bajos del aparato partidario*” (idem).

Se fueron arriba para bien, pues ya desde 1917 los bolches institucionalizaron la alianza con un departamento judío en el seno del Comisariato de Nacionalidades, luego Comisariato Europeo, etc. Los pogroms de la zona “blanca” (ver cap. 16) desde 1919 en adelante no provocaron, sino afirmaron este “fenómeno”.

Es cuerda la observación “técnica” de Pasmanik: los bolches deben su excelente organización “*en parte a la acción de los comisarios judíos*” y según Soljénitsyne hicieron orgullosa ostentación de estos méritos. La comunidad hebrea desconfiaba pero “*nada hizo por impedir que los judíos bolcheviques ocuparan posiciones claves, y éstos hicieron un uso desmesuradamente cruel de este nuevo poder caído en sus manos*” (T. II, p. 90). La carne es débil.

Algo de luz

Había que disimular. Desde 1940 “*después que el poder comunista rompiera con el judaísmo mundial, judíos y comunistas experimentaron molestias y temor, prefirieron callarse y disimular la fuerte participación judía en la revolución comunista, mientras las veleidades de acordarse y de mencionar el fenómeno eran calificadas por los mismos judíos como intenciones cerradamente antisemitas*” (idem).

Pero durante los años 1979-1980 “*bajo la presión de nuevas revelaciones, se ajustó la visión de los años revolucionarios*” y algunos sacaron la cabeza como el poeta Nahum Kojavine, M. Agourski, el socialista israelí S. Tsyroulkinov. L. Schapiro reconoce que en el primer Sovnarkom había un solo judío, eso sí era nada menos que Trotski, el segundo de Lenin; además de 1917 al verano 1918 el verdadero gobierno era “*el pequeño Sovnarkon*”:

Lenin, Trotski, Stalin, Karéline, Prochian; después de octubre el Presidium del VTsIK de igual importancia al anterior contaba seis miembros, entre ellos Sverdlov, Kamenev, Volodarski, Svétlov-Nakhamkis, que ganaban por goleada. “*Un judío en la presidencia del país...un judío en el Ministerio de Guerra*”, dice M. Agosursk, “*la población nativa de Rusia difícilmente se podía acostumar*”. “*Sí, ¡qué contraste!, añade Soljénitsyne, ¡Sobre todo cuando uno sabe de qué presidente, de qué ministro se trataba!*” (T. II, p. 91). Mejor que no lo averigüe y duerma en paz con su conciencia.

Brest -Littovsk y la mordida.

La primera decisión bolchevique importante fue “*ceder una enorme porción del territorio ruso*” a Alemania, en paz por separado, para lograr quedarse en el poder; judíos fueron los negociadores principales: Ioffé, jefe de la delegación, Trotski, jefe de la política exterior, I. Zalkine su secretario autorizado. Los bolcheviques no rompían por eso lanzas con los americanos que eran su garantía en caso de desastre político:

“contaban con que nuestro país (USA) serviría de refugio a los demonios bolcheviques que así podrían salvar el pellejo” (el episcopaliano A. Simons ante el Congreso de EEUU y cuando se trataba de financiamiento inmediato).

Era un cálculo bien fundado pues Trotski, que rechazaba con énfasis toda pertenencia a la judeidad (otra vez lo remito al prólogo), prefería a su lado a judíos renegados y no rusos renegados. Glasman y Sermuks, sus más próximos, el jefe de la guardia personal Dreitser y la frutilla de la torta: *“cuando fue necesario encontrar un suplemento autoritario y despiadado para ocupar este puesto en el Comisariato de Guerra”* nombró nada menos que a Ephraïm Sklianski, un médico, como vicepresidente. Después de esto Trotski todavía se quejaba: *“Rusia no ha logrado la madurez necesaria para tolerar un judío a su cabeza”*. Seguramente Stalin lo escuchaba con atención, digo yo.

La ansiada asamblea Constituyente del 5 de enero 1918 fue avasallada con toda impudicia por Sverdlov y el marinero Jélézkianov con estos resultados: Trotski se apoderó de la Comisión pan-rusa para las elecciones, la Asamblea fue presidida por Ouritski con ayuda de Drabkine para organizar la cancillería. *“Es así, por ese género de operaciones que fue esbozado el nuevo tipo – judío- de gobierno”* (T. II, p. 93).

Claro que no conviene enamorarse de tanta heroicidad, idealismo, dialéctica y habilidad política. También se robaba de lo lindo y el buen médico Sklianski en Moscú *“pasa por ser el primer comprador de diamantes”* (Maslov), hasta lo pescaron, por esas cosas raras de la vida, en Lituania con la mujer de Zinoviev, Zlata Bernstein-Lilina, con joyas *“de muchas decenas de millones de rublos”*.

En la Tcheka, *“la sección encargada de la lucha contra los traficantes, la menos peligrosa y la más lucrativa, estaba en manos de judíos”* (S.E. Troubetskoi, en T. II, p. 94). Desde el principio fueron a los bifés, como decimos los argentinos, a la mordida del advenedizo que llega al poder y no sabe cuánto se quedará.

Ejecutivos

“Más allá de los puestos de primer plano, existían en el poder leninista, como en toda conspiración, figuras mudas e invisibles...”, representadas entre otras por Samuel Zaks, cuñado de Zinoviev. *“No está al alcance de nadie”* enumerar todos los verdugos oficiales, pero de entre la larga lista de las pp. 95-97 seleccionamos las mejores: *“la ilustrísima (por las masacres de Crimea) Rosalía Zalkind-Zemliataska, verdadera furia del terror”*; y a no olvidarse de Lazaro Kaganovitch, hombre formal en las matanzas, te aplicaba el apellido previa constancia: *“en presencia de Kaganovitch”* (T. II, p. 95), Semion Nakhimson *“feroz comisario de la región militar de Iaroslav”* que por lo menos fue muerto en su ley durante una insurrección; Iakov Brandenbourbski después de una temporada en París dotado *“de poderes extraordinarios en la VTsIK para operaciones de requisas en diversas provincias”*, cargo envidiable, complementado por muchos otros de su estirpe.

“Documentos recientemente publicados nos instruyen sobre la manera como estalló la revolución campesina de 1921 en Siberia occidental, la insurrección de Ichim” después de las feroces requisas de 1920, realizadas a pesar de que los siberianos habían cumplido con el 102 por ciento de su cuotas; el comisario soviético recibió instrucciones: *“Las requisas deben ser ejecutadas sin tener en cuenta las circunstancias, confiscando, si es necesario, todo el grano de las poblaciones, (subrayado por Soljénitsyne) y no dejando al productor sino una cuota de hambre”*.

Ingenbaum por telegrama exigió “la más despiadada represión y la confiscación sistemática del trigo que pudiera todavía encontrarse allí” (T. II, pp. 97-98), por cierto instrumentando brigadas de indeseables. Marveĭ Lauris se excedió un poco, aparte del enriquecimiento previsible, requisó mujeres para él y su escuadrón.

De ciertos individuos similares sólo se tiene conocimientos por las necrológicas del Pravda, ej. “*El camarada Isaac Samoilovitch Kizelstein, murió de tuberculosis, había sido representante del colegio de la Tcheka...*” (T. II, p. 98), y además recuerde que los pseudónimos eran especialmente usados por estos ejecutivos o ejecutores “¿los considerarían en sus propias familias como traidores o como cobardes?”, pregunta Soljénitsyne con excesivo candor, -los considerarían como hombres de bien y progresistas-.

El asesinato de la familia imperial

“*La omnipresencia de judíos al lado de los bolcheviques tuvo, en el curso de estas jornadas y de estos meses terribles, las consecuencias más atroces. Entre ellas el asesinato de la familia imperial, de lo cual hoy todo el mundo habla y donde la participación de los judíos es hoy en día exagerada por los rusos, que encuentran en este pensamiento un gozo perverso*”. Ciertamente los judíos impusieron sus condiciones de mando, había rusos, letones y húngaros, “*pero dos personas jugaron un papel decisivo Philippe Golochtchokine y Iakov Iourovski (que había recibido el bautismo)*”.

La decisión final fue de Lenin y se atrevió “*porque había muy bien previsto también la total indiferencia de los Aliados (el rey de Inglaterra, primo del zar, ¿no había ya, en la primavera de 1918, negado el asilo a Nicolás II?)*” (T. II, p. 100).

Lenin lo tenía pensado y poseía indicios de que el “Occidente” no haría olas; la decisión se debía tomar en familia: Trotski, Kamenev; Zinoniev, Boukharine, estaba sin embargo fuera de Moscú; cuenta Trotski que a su vuelta le preguntó a Sverdlov “*incidentalmente*” sobre el asesinato y agrega “*en el fondo esta decisión era más que razonable, era necesaria — no solamente con el fin de producir temor, de aterrorizar al enemigo, de hacerle perder toda esperanza, sino con el fin de electrizar nuestras propias filas, de hacerles comprender que no había retorno, que no teníamos delante sino una victoria sin reparto o una muerte segura*” (T. II, p. 101).

El “tribunal” que condenó al Zar estaba compuesto por Lenin, Sverdlov, Dzerjinski y quizá también por Petrovski y Vladimirski (de la Tcheka), Stoutchka y V. Schmidt. En fin, le ahorro los detalles y el ácido sulfúrico.

A esta altura de la carnicería, Soljénitsyne se esfuerza por equilibrar los tantos, no es cuestión de que los asesinos sean siempre judíos, tema que frecuentemente recalca, quédese tranquilo, por ejemplo, en el caso de la familia real, todos los asesinos del hermano de Zar, el Gran Duque Mikail Alexandrovitch, eran rusos de pura sangre.

Las víctimas elegidas

Eso en cuanto a los autores, pero ¿y las víctimas, los ahogados en barcas atestadas, la sarta interminable de fusilamientos? Hete aquí una de las tesis del libro: los oficiales, los nobles, los sacerdotes, los miembros de los zemstvos, los campesinos que huían del reclutamiento forzoso cazados en los bosques, todos eran rusos. “*Y esta intelligenzia rusa de alto valor moral, antiantisemita, -para ella también fue la muerte*

y los subsuelos sangrientos-”. Si existieran estadísticas “uno se sorprendería al comprobar que la revolución no ha manifestado en el caso su carácter internacionalista, sino directamente su carácter antieslavo (en conformidad, por otra parte, con los sueños de Marx y Engels). Es esto lo que ha impreso esta marca profunda y cruel sobre el rostro de la revolución y es esto lo que mejor la define: a quién ha exterminado...” (T. II, p. 103).

Pero Soljénitsyne debería reconocer que no se trata de víctimas de idéntica calidad, pues ni Rusia ni menos los eslavos en general son un pueblo preferido, y esto hace la diferencia, pues católicos –después de los acuerdos políticos y declaraciones conciliares- y judíos afirman que la elección continúa vigente, y estas carnicerías sirven de prueba, para el que quiera creerlo.

“Durante todos estos meses Lenin estaba muy preocupado por el clima de tensión que se había instaurado en torno a la cuestión judía”, así que en abril 1918 sus adláteres actuaron en consecuencia desde el Consejo de Comisarios del Pueblo en una campaña especial. “Pero ¿quién de hecho era el culpable número uno, a quién había que romperle los huesos? ¡Pero sin duda a los curas ortodoxos!”. Imagínese el resto.

Hasta Lenin en persona en 1918 grabó “un discurso especial sobre el antisemitismo y los judíos” difundido por los altoparlantes, pero... “este discurso no fue publicado (por escrito, se entiende) en esa época (¿... “por omisión intencionall?”) sino en 1926 en el libro de Agourski padre (T. II, p. 104). Divertido este Lenin: “la hostilidad hacia los judíos no está viva sino donde la cábala capitalista (expresión que mantiene toda su vigencia) ha oscurecido definitivamente el espíritu de obreros y campesinos” y “la maldita aristocracia zarista que siempre ha lanzado contra los judíos a obreros y campesinos incultos” (idem).

Lounatcharski sacó la conclusión: el Sovnarkom dispuso “medidas radicales”, a saber: que “Los autores de pogroms, los que los propaguen sean declarados fuera de la ley”. VI. Oulianov (Lenin), el comisario Larine, otro experto en Derechos Humanos, nos aclara: “poner fuera de la ley a los antisemitas activos, era fusilarlos” (T. II, p. 105). Incluso Lenin defendió ante Dimanstein, en 1919, un panfleto de Gorki demasiado entusiasta, porque, como vimos, los hebreos habían salvado la revolución. Lo cuenta la PEJ.

La más grande persecución

Los blancos aprovecharon para identificar bolchevismo y judaísmo, sobre todo cuando desde el verano de 1918 los judíos tuvieron gran intervención en la represión dirigida contra el clero ortodoxo, asalto a las iglesias, etc. que sólo cesó con la rebelión de las parroquias. Se trataba sólo de las Iglesias ortodoxas, no de las sinagogas, cuyo Dios evidentemente las protegió (T. II, p. 106).

“¿Qué locura de parte de los militantes judíos involucrarse en esa feroz represión ejercida por los bolcheviques contra los ortodoxos, más feroz todavía que contra las otras confesiones, en esa persecución de sacerdotes, en ese desencadenamiento en la prensa de sarcasmos apuntados a Cristo!” (T. II, p. 106).

Más que locura percibimos notable coherencia con un enfrentamiento espiritual bi-milenario, y el aprovechamiento de una buena oportunidad. La historia no será cíclica, pero tiene sus vueltas y suele haber revanchas.

“¿Y qué decir de la profanación de las reliquias? ¿Cómo la masa popular podía comprender un ultraje tan patente, tan provocativo?”, pues así: “Todo esto lo han manejado los judíos. Eso no les calienta, a ellos que han crucificado a Cristo”. Puede tener problemas con el ecumenismo judeocatólico de la declaración conciliar *Nova aetate*.

Sergio Boulgakov, el exquisito teólogo ortodoxo, en extremo amable con los judíos, se decidió a mascullar en 1941 en la URSS que la persecución de los cristianos “ha sobrepasado en violencia y en amplitud a todas las persecuciones conocidas a través de la Historia. Ciertamente no hay que imputar todo a los judíos, pero no hay que minimizar su influencia”... “Se han manifestado en el seno del bolchevismo, por sobre todo, la fuerza de voluntad y la energía del judaísmo”... “La parte tomada por los judíos en el bolchevismo es, caramba, desmesuradamente grande. Y ante todo es el pecado del judaísmo contra el Bene-Israel... Y no es ‘el Israel sagrado’, sino la fuerza de voluntad del judaísmo que, en el poder, se ha manifestado en el bolchevismo y en el aplastamiento del pueblo ruso”; para completarla: haber puesto a Goubelman-Iaroslavski- a la cabeza de los Sin Dios es frente al pueblo ruso ortodoxo “un acto de desvergüenza religiosa” (T. II, p. 107-8), lo que es poco decir.

Así y todo, si bien Boulgakov no aborda los problemas religiosos de fondo, carecemos en el catolicismo de un teólogo de autoridad con la valentía de arriesgar su *status* y decir algo de la verdad. Otra desvergüenza consistió en el sistemático cambio de nombre de poblaciones y lugares, hasta la ciudad donde el zar fue asesinado adquirió el nombre del asesino: Sverdlovsk.

El yunque y el martillo

“Es evidente que estaba presente en la conciencia nacional rusa de 1920, la idea de una revancha nacional por parte de los judíos bolcheviques, puesto que figuraba incluso en los documentos del gobierno soviético (ella sirvió de argumento a Kalinine)” (T. II, p. 108).

Sin duda, no todo se explica por la venganza judía ni mucho menos, pero “negar totalmente este espíritu de venganza sería negar toda relación entre la desigualdad de derechos bajo el zar y la participación de los judíos en el bolchevismo, relación que es invocada constantemente” (T. II, p. 109). Biekerman está de acuerdo, pero ningún ideólogo puede asimilar tanta lógica.

Una de las muletillas de la propaganda consiste que “la gran diferencia entre los judíos y el mundo que los rodeaba, era que ellos no podían ser sino el yunque y jamás el martillo” (Biekerman) y eso, agreguemos, desde Caifás por lo menos. Soljénitsyne se le toma la palabra y la imagen: “emito aquí una reserva categórica: bien puede ser que esto fuera así desde que el mundo es mundo, pero a partir de 1918, en Rusia, y aún durante una quincena de años, los judíos que han adherido a la revolución han servido igualmente de martillo — por lo menos una gran parte de entre ellos” (T. II, p. 109).

Exagerando un poco: salvo Rusia en la historia del mundo, todos los gentiles somos martillos perseguidores. No nos conviene expresar ninguna “reserva” y menos categórica. El Boris Pasternak del *El Dr Zivago* parece “no haber vivido los mismos años 20 y 30” que Soljénitsyne, y en consecuencia parece no haber presenciado la persecución realizada por los judíos bolches.

Pero otros hebreos tenían mejores ojos para mirarse en el espejo donde aparece “*que una generación casi entera se ha convertido en renegada*”. Escuchemos las excusas: según G. Landau que le echa la culpa al rencor hacia el viejo mundo, la exclusión de la vida política y rusa en general así como “*un cierto racionalismo propio del pueblo judío*” y “*una fuerza de voluntad que, en los mediocres puede adoptar la forma de la insolencia y el activismo*”.

Pasmanik: La revolución de octubre los dejó hambreados a esos judíos cuyo 42 % se dedicaba al comercio, “*se encontraron así en una situación sin salida*”, de modo que no tuvieron mas remedio que hacerse bolches, o sea martillos y verdugos.

Soljénitsyne se ensaña con estas explicaciones, al recordar los miles de funcionarios rusos que se negaron a servir al comunismo: “*enrolarse en la Tcheka jamás ha constituido la única salida*” (T. II, p. 111); menos cierto aún es que “*el bolchevismo se convirtió -como dice Pasternak., para los judíos hambrientos de las ciudades en un oficio al igual que los oficios precedentes — sastrer, agente de cambio o boticario*” (idem), y para colmo seguían enamorados del oficio muchos años después.

Otra excusa mejorcita: un pueblo tan perseguido a través de la historia “*no podía, en su gran mayoría, no convertirse en portador de la doctrina revolucionaria e internacionalista del socialismo*” asimilándose a la población nativa y su cultura tras abandonar la propia, a fin de no ser parias nunca más.

Pero “*cómo es posible que las tradiciones seculares de esta antigua cultura se hayan mostrado impotentes para contrarrestar el encaprichamiento por los slogan bárbaros de los revolucionarios bolcheviques?*” (I.O. Levine, en T. II, p.112), y eso todo el pueblo; ¿cómo “*el pueblo judío racionalista y lúcido, ha podido dejarse llevar por la borrachera de la fraseología revolucionaria?*” (D.O. Linski, idem).

Los alemanes se preguntan lo mismo respecto del nazismo y los franceses por la revolución que los llevó a la ruina actual. La respuesta concreta de Pasmanik: los puntos de confluencia bolchevismo-judaísmo: “*Son la preocupación por la felicidad sobre la tierra y la justicia social...El judaísmo ha sido el primero en poner en evidencia estos dos grandes principios*” (T. II, p. 113). Cada uno se engaña como puede y algunos lo ponen como modelo a Cristo.

El contagio espiritual y lingüístico

Biekerman no es de esos: “*Ante los hechos uno podría desesperar del porvenir de nuestro pueblo — si no supiéramos que, de todos los contagios el peor es el de las palabras ¿Por qué la conciencia judía se ha mostrado tan receptiva ante esta infección...?*” Las causas no residen sólo en las circunstancias sino “*en las ideas heredadas de tiempos antiguos, que predisponen a los judíos a dejarse contaminar por la ideología, aunque sea subversiva*” (T. II, p. 114); mejor no seguir indagando mucho en esa línea, como lo ha hecho hace poco Michel Jones en *El Judío Revolucionario*, un trabajo específico, porque seremos acusados de antisemitismo.

Nuestro admirado teólogo Serge Boulgakov, viene en ayuda de Soljénitsyne, pero la embarra aún más, aunque apunta a una causa —la crisis religiosa interna del judaísmo— cuyas fuentes o “fundamentos bíblicos”, están precisamente en la Biblia y no sólo en el N. Testamento: “*El rostro que muestra el judaísmo en el bolchevismo ruso no es de ninguna manera el verdadero rostro de Israel. Testimonia en el seno mismo de Israel un estado de terrible crisis espiritual, pudiendo conducirlo a la bestialidad*”

(idem). Soljénitsyne se refirió a ello, sobre todo en los primeros capítulos del T. I, pero está lejos de haber agotado el tema.

Además los judíos de Hungría, que estaban privilegiados respecto a los nativos, constituyeron el 95 % de sus dirigentes; otro tanto puede decirse de judíos alemanes y norteamericanos. “*Lo que reunió a todos estos rebeldes — y, más tarde, más lejos, allende los mares —, es una bocanada de internacionalismo revolucionario desbocado, un impulso hacia la revolución, la revolución mundial y ‘permanente’*”, concluye Soljénitsyne en pleno platonismo (T. II, p. 115).

Negocios revolucionarios y espectros

Volvamos a la antropología de Aristóteles y del Evangelio: el dinero prueba al hombre. Los bolches se financiaban vía Estocolmo, “*subsídios secretos les llegaban de procedencia alemana, a través de la Nia Banken de Olof Aschberg*” y con ciertos banqueros fugados de la “revolución”.

En el Departamento de Estado, Anthony Sutton descubrió cincuenta años después, cuando no había peligro, que también nuestro conocido Dimitri Rubinstein era agente financiero de esta estirpe amante de la justicia social, al igual que el pariente de Trotski, Abraham Jivotovski, Lev Kamenev, Davidov y Denissov. No los canso más.

Muchos de ellos eran los famosos “*espectros o aparecidos*”, que volvían del exterior a construir un Mundo Nuevo de Felicidad y en cierto modo se lo consiguieron. Por ejemplo el desopilante M.M. Gruzenberg, fusilado tardíamente en 1951, Samuel Agourski, Salomón Slepak, miembro del Komitern que de regreso se permitió unos asesinatos al paso en Vladivostok ...

Winston Churchill: en febrero de 1920: “*Vemos hoy esta bandada de personalidades insignes, surgidas de la clandestinidad, de los subsuelos de grandes ciudades de Europa y América, que ha agarrado de los cabellos y aferrado la garganta del pueblo ruso y se ha impuesto como dueña indiscutida del inmenso Imperio ruso*” (T. II, p. 117).

Quién lo hubiera dicho. Estos bolcheviques les aplicaron la misma medicina a sus hermanos hebreos más conservadores.

Los partidos de los judíos socialistas no bolcheviques como el *Poalei-Tsion* y el famoso *Bund*, los S-R (socialistas revolucionarios), los mencheviques, terminaron absorbidos por los vencedores y “*bajo Stalin, la mayoría de ellos fueron víctimas de feroces persecuciones*” (PEJ, en T. II, p. 119).

Otros -no sé si la minoría- se hicieron bolches advirtiendo que estaban condenados y “*comprendieron también otra cosa: seguir y continuar defendiendo los intereses judíos no sería posible sino reuniéndose con los bolcheviques*” (Memorias de David Azbel, refiriéndose a su tío Aron Isaakievitch Weinstein, en T. II, p. 120 y ss con detalles de esta interna); también Lázaro Kogan de los S-R. “*alto responsable de Goulag*”, Lev Mekhlis del *Poalei*, secretario nada menos que de Stalin y otros cargos de similar inocencia.

A partir del otoño de 1919 le tocó el turno al sionismo, sin embargo una parte siguió los pasos de Herzl y Jabotinski, aprovechando que la Divina Providencia hizo coincidir la revolución de octubre con la declaración Balfour que posibilitó el Estado de Israel; pero “*la otra parte* (precisemos: la más grande dice Soljénitsyne) *ha cedido a la*

tentación y ha venido a engrosar las filas de la banda de Lenin– Trotski –Stalin” (M. Heifets, en T. II, p. 122), pues en esos momentos el buen cálculo “permitía a los judíos lograr una envergadura inmediata y en Rusia rápidamente convertirse en una nación igual en derechos e incluso privilegiada” (idem).

Terrorismo bueno, pero escaso

Soljénitsyne no quiere olvidarse de la parte importante de los judíos de Rusia que no adhirieron al bolchevismo: los rabinos, los grandes médicos, educadores, etc. que desesperaban *“pero no tenían en esa época ninguna posibilidad de hacerse oír públicamente, y las presentes páginas están repletas no de sus nombres, sino de los de los vencedores, de los que han conducido el curso de los acontecimientos” (T. II, p. 123).*

En ese contexto se produjeron dos atentados anticomunistas: *“Ahí también, aunque con un signo adverso, se expresó la voluntad del pueblo judío de estar siempre entre los primeros” (T. II, pp. 123-124).* Soljénitsyne tiene sus dudas: *“estudios recientes han revelado que los dos atentados fueron perpetrados en circunstancias sospechosas”:*

1) El asesinato de Ouritski, judío renegado y ‘capo’ de la Tcheka, por Leonid Kannegiesser quien, se suele explicar, habría actuado para compensar la vergonzosa actitud judía en el pacto Brest-Litovsk y vengar a un amigo ejecutado por la benemérita institución. Al parecer los soviéticos le facilitaron el ataque, ello explica que toda su familia fuera liberada y autorizada a emigrar. Evidentemente Kannegiesser no era ruso blanco. Incluso sus parientes y amigos complotados en Petrogrado tuvieron la misma “suerte “. Las asombrosas liberaciones en pleno terror, pueden también explicarse por la interna judía.

2) El atentado contra Lenin de Fanny Kaplan: *“Hay fuertes presunciones de que Fanny Kaplan no haya disparado sobre Lenin, sino que fue detenida para ‘cerrar la investigación’: una culpable cómoda, por casualidad”.*

En fin, valga la intención, si existió. Nuestro autor aprovecha para quedar bien: *“A estos combatientes contra el bolchevismo, cualesquiera hayan sido sus motivaciones, los veneramos en tanto que judíos. Lamentamos que hayan sido tan pocos, como fueron muy pocas las fuerzas unidas blancas durante la guerra civil” (idem).*

Prebendas y conciencia de culpa

Con tanta “revolución social “, aristócratas, burgueses y campesinos fusilados, quedaron muchas residencias vacías o dicho en lenguaje proletario *“liberadas de sus propietarios”.* Pues bien fueron llenados por el “pueblo *“proveniente de las zonas de residencia”.*

Fue un verdadero éxodo *“de decenas de miles de personas”* incluídas algunas VIP, ej. la esposa de Zinoviev, Lilina: *“la gente transmigraba en masa de Odessa a Moscú”* y también desde San Petesburgo, es decir a sus mejores barrios, y hacía renacer el amor: *“se sabe que Trotski mismo gratificó a su padre, al que amaba moderadamente, con un sovkhoze (una finca residencial) en los alrededores de Moscú” (T. II, p. 126).*

Durante la hambruna de los años 1921-22, la dieta allí estaba balanceada: caviar, chocolate, desayuno americano. Y los negocios de importación a pedir de boca, sobre todo con la Nueva Política Económica (NEP). Landau dice que “*este proceso destructor*” fue bien visto en la ambiente hebreo encontrando “*ejecutantes voluntarios y un clima de simpatía*”. “*Es así, anota Soljénitsyne, como buen número de judíos hizo su entrada en la clase dirigente soviética*” (T. II, p. 128) y originó chistes populares, escuchándose por ejemplo musitar “*un nuevo slogan: ‘Soviets sin judíos’*”.

Biekerman, citando *La Rusia y los Judíos*, obra de conjunto, se preocupa por la forma en que la participación de los judíos en el martirio ruso repercutiría “*en la conciencia del pueblo ruso*”, “*la psicología de los no-judíos que los sufrieron*”... “*Y los veían en todas partes, dice Soljénitsyne, investidos de un poder feroz e ilimitado*” (idem).

Pasmanik se permite una reflexión sociológica realista: “*Que todos los rusos capaces de reflexionar se interroguen: el bolchevismo, incluso con Lenin a su cabeza, ¿habría triunfado si hubiera habido en Rusia un campesinado satisfecho, instruido y poseedor de tierras? Todos los ‘Sabios de Sion’ reunidos ¿habrían podido, incluso con un Trotski a su cabeza, producir el gran caos en Rusia?*”

Responde Soljénitsyne: “*Tiene razón, no hubieran podido jamás*” y “*no es aceptable eludir la cuestión (judía) diciendo: era la canalla, los renegados del judaísmo, no tenemos que responder por ellos*”... “*Nosotros respondemos por Trotski, dice Pasmanik, en tanto no nos hayamos desolidarizado de él*”, y en cambio hasta los hebreos yankis lo admiran como modelo, como un Prometeo, “*el hijo de un pueblo prometeico*”, etc., etc. (Vladimir Guershouni, en T. II, pp. 129-130).

La Tora y el sionismo

Es lógico que los judíos traten de rehuir la responsabilidad moral de estos connacionales y/o correligionarios, “*¿por qué la masa del pueblo judío debería responder por la torpeza de ciertos comisarios? Es profundamente injusto. Sin embargo, admitir que hay una responsabilidad colectiva de los judíos, es reconocer la existencia de una nación judía aparte*” (I.O. Levine).

Perdón, pero a uno le parece releer el Evangelio de San Juan, la sangre sobre sus cabezas y la de sus hijos, la culpa objetiva de la tragedia griega, el pecado original que pesa sobre la humanidad entera del Antiguo Testamento, y otros planteos eternos. No hay como sacarnos el complejo de culpa.

Opinión de Soljénitsyne: “*Sin embargo si los judíos de Rusia no conservan memoria de este período sino para justificarse, esto querría decir que el nivel de su conciencia nacional ha bajado, que esta conciencia se habría perdido*” (T. II, p. 131). Nuestro autor no aborda el problema de la culpa objetiva sino a nivel de la “conciencia colectiva” o “conciencia nacional”.

A mi juicio, independientemente de la culpa objetiva, más que conciencia o memoria colectiva, que acepto por mera hipótesis, hay, simplemente conciencia o memoria selectiva: seleccionan lo que les conviene, salvo los derrotados, sometidos a la propaganda, como el pueblo alemán, el ruso y los cristianos en general. Los vencedores, a nivel de conciencia histórica, no se hacen problemas, ni siquiera con el “*plan de Dios*”.

Últimamente lo han expresado con toda claridad el Rabbi Yisroel David Weiss en *The Middle East Affairs Journal*, del 14 de marzo del 2002. En el Antiguo Testamento Dios ha advertido a su pueblo elegido que toda rebelión contra su voluntad sería reprimida con el exilio y la destrucción del Templo, sin contemplaciones, garantías o recursos a tribunales de Derechos Humanos.

El sionismo triunfante no podría aceptar semejante despropósito, sobre todo cuando el castigo se extiende hasta nuestros días y el fin del exilio no vendrá por medios humanos, como la manipulación de los poderes mundiales, sino por la penitencia, la intervención divina y la redención del universo; en fin el sionismo es la refutación de la *Tora* tradicional, que en materia de antisemitismo queda equiparada a los *Evangelios* y *Epístolas* católicas.

16. EN LA GUERRA CIVIL (CAP 16)

La revolución rusa de febrero se había convertido en la revolución internacional de octubre “*esencialmente destructora*”, al extremo de que Trotski se vanagloriaba de leer las novedades de la literatura francesa, mientras mandaba a diezmar los batallones “*susceptibles de flaquear*”, sin tomarse la molestia de presenciarlo. Un alarde de esteticismo.

La guerra civil sustituyó a la internacional luego del abandono irreflexivo de la Gran Guerra, a diferencia de la revolución francesa; la guerra civil rusa se agravó también por la estructura multinacional del Imperio zarista: letones, húngaros, alemanes y austríacos (antiguos prisioneros) y hasta chinos, amén de la masa rusa; no podían pues faltar los judíos, que, como vimos, “*se abalanzaban ahora sobre las estructuras militares bolcheviques*” (T. II, p. 134) donde no sólo había idealistas. Aún admitido esto, “*nadie hubiera podido imaginar que la guerra civil iba a suscitar, desde 1919 en todo el Sud, pogroms inauditos por su crueldad y el número de víctimas*” (idem). Será seguramente así, pero luego de leer los capítulos anteriores, vemos que muchos lo sospecharon, y con buenos motivos.

Para darse una idea hay que recordar el pogrom rojo que aplastó la revuelta de Kronstadt en 1921. El famoso sociólogo Pitirim Sorokin lo cuenta, todavía fresquito, en 1925: “*durante tres días, la canalla letona, baquirá, húngara, tártara, rusa, judía y otras, liberada de todo freno, enloquecida en su sed de sangre y alcohol, se puso matar y violar*” (T. II, p. 135).

La guardia internacional roja no daba abasto, por lo que Trotski con la ayuda de Sklianski y Jacob Sverdlov crearon el ejército rojo donde “*muchas unidades estaban compuestas enteramente por judíos, como por ejemplo la brigada comandada por Joseph Fourman*” (PEJ, en T. II, p. 135).

Estudiosos judíos analizaron la importancia de la participación hebrea en la dirección del ejército rojo, incluso muchos años después de la guerra. Allá por 1980 don Aron Abramovitch dio una lista detallada con sus respectivos cargos hasta la segunda guerra mundial y es de destacar que la *Enciclopedia Judía Rusa* de 1994 no recurre a la censura.

Ud. puede darse una idea con el elenco que trae Soljénitsyne en las pp. 135 a 139 coronadas con una nómina de las eminencias militares: “*Atención, ¿es de creer que hubieran podido allí prescindir de los judíos?*”.

Zaristas y campesinos

Del ejército zarista “*una buena mitad de los oficiales de estado mayor se había quedado con los bolcheviques*” (V.V. Choulguine, idem) y “*cientos o mejor miles*” de generales y oficiales de igual procedencia hicieron otro tanto, nunca en cargos políticos y siempre custodiados por un comisario, amén de tener la familia de rehén en caso de derrota o traición. Todos ellos prestaron una ayuda decisiva al ejército rojo.

A los campesinos también les exigieron su cuota de sangre, cuenta Choulguine: “*Si ‘¡Muerte a los burgueses!’ anduvo tan bien en Rusia, es porque el olor a sangre, diantre, emborracha a muchos rusos; helos aquí endemoniados como bestias feroces*” (idem). De paso, últimamente el historiador británico Orlando Figes, ha presentado este

asunto como uno de las claves de este período en *La Revolución Rusa* (1891–1924), *La tragedia de un pueblo*, (ed. castellana Edhasa). Leyendo a Dostoyewski y otros, uno no se hubiera dado cuenta.

B. Mirski afirma que los fusiladores policiales no fueron los “*judíos sedicentes ritualistas*” sino los ex oficiales del zarismo. Soljénitsyne no se aguanta, los zaristas era detenidos para ser fusilados “*¿Por qué semejante arrebató? Los judíos que servían en la Tcheka no eran por cierto ‘sedicentes ritualistas’ sino jóvenes idealistas con la cabeza rellena de fárrago revolucionario. Y ciertamente en su mayor parte servían no como fusiladores, sino como jueces de instrucción*” (T. II, p. 140). Mandaban matar previo el circo correspondiente.

La Comisión y las comisiones

La *Tcheka* fue creada a fines de 1917 -no le cuento los detalles- para instaurar el “*terror rojo*” mucho antes de su establecimiento oficial por la *Comisión Extraordinaria Panrusa*, terror que siguió en funciones hasta mucho después de finalizada la guerra civil. Quién afirme que para el fracaso de un proyecto lo mejor es nombrar una comisión, no sabe lo que fue ésta y conviene que lea a S.P. Melgounov, el más grande clásico de pavor para quienes critican las evasiones estéticas; tenía por cierto experiencia personal: “*pena de muerte en el lugar sin juicio ni instrucción*”, fusilamiento y ahogo de rehenes por millares.

La Comisión “*se convirtió desde entonces en el nervio principal de la dirección del Estado y absorbió todo lo que todavía quedaba de derecho...*” Melgounov subraya: “*En esto Latsis (un super capo) no exhibía originalidad alguna, se contentaba con retomar las palabras de Robespierre a la Convención... sobre el terror masivo: ‘Para ejecutar a los enemigos de la patria, basta establecer su identidad. No se trata de castigar, sino de aniquilarlos’*” (T. II, p. 140).

El mismo modelo sigue en vigencia: León Kraïni, redactor en jefe de *La Espada roja* de Kiev, reconoce que: “*para nosotros, no podría ser cuestión de embrollarnos con los viejos principios de la moral y el humanismo, inventados por la burguesía*” (T. II, p. 141).

Debemos seguir la verdad aunque la diga el demonio, dice Sto. Tomás, y es el caso, especialmente cuando tanta gente piadosa se escandaliza del pobre Kraïni; en cambio el P. Michel Schooyans (*Globalization’s Dark Side*. Urbi et Orbi Communications, New Hope, KY, October 2001) nos ha informado que la ONU, siguiendo la más pura doctrina de San Kelsen y la *Tcheka* amén de las necesidades militares, ha suprimido dichos principios de sus reglas de juego, porque no quiere embarazarse con retórica burguesa.

“*A lo que parece, sigue Melgounov, estos horrores... por lo que hace al número de víctimas, palidecen en comparación a lo que ocurrió en el sud después de finalizar la guerra civil... ya no era cuestión de guerra civil, sino de la aniquilación del que había sido el enemigo*”. Por ejemplo, 120-150 fusilados en Crimea, llamada por eso “el cementerio panruso”. En la *Tcheka*, las secciones especiales o unidades represivas, Tchon, estaban compuestas por judíos y letones, tanto que su repercusión preocupó al Comité Central del P. Comunista, según los archivos Trotski de la Columbia University (T. II, p. 142) y entre los jueces de instrucción encargados de juzgar a los contrarrevolucionarios “*la mitad estaba compuesta por judíos*” en 1918 (L. Iou. Kritchevski, investigador contemporáneo que publica a la vez en Moscú y Jerusalén, en

T. II, p. 143); entre la lista de ejecutores seleccionamos por sus méritos a Nahum (Leonide) Etingon, presidente de la *Tcheka* de Smolensk que luego organizó la ejecución de Trotski, y para equilibrar los tantos Jacob Bliumkine, uno de los secretarios de éste último.

Los interrogatorios en los sótanos y sus torturas cayeron también sobre víctimas judías, a uno de los cuales, remiso en pagar los impuestos, Iouchkévich, lo asaron en los hierros de una estufa, y en el otro extremo del termómetro, a los campesinos remisos a las requisas o al impuesto revolucionario los remojaban atados para convertirlos en “*estatuas de hielo*” (T. II, p. 148).

Explicaciones obvias

“¿Cómo entonces explicar que la población rusa en su conjunto haya juzgado que el Terror era “un terror judío?”..., “habiendo tantos judíos acusados, ¿por qué en las filas rojas como en la de los blancos, se acreditó la impresión de que tchekistas y judíos eran prácticamente una sola cosa?” (T. II, p. 146). Todos son culpables de esta opinión, pero la “amarga verdad” es que los judíos tchekistas encumbrados “representan a los judíos rusos (por terrible que esto pueda parecer) y reciben en el reparto un poder casi ilimitado, que antes no hubieran podido imaginar” (T. II, p. 146).

El concepto de representación, creemos, es en política más que discutible, pero lo cierto es que también en política lo que parece es, y a esto y a la responsabilidad moral se refiere Soljénitsyne, que acumula citas de autores judíos en ese sentido; además de personajes judíos emblemáticos por su crueldad y sadismo como Rebecca Plastinina-Maizel, que llegó a Jueza de la Corte Suprema de la *RSFSR* (*EJR*).

Recuerda la hecatombe del Don, con sus millares de jóvenes cosacos, arreglos de cuentas entre judíos y cosacos. También la masacre de los esclavos de Kiev en 1919 donde la *Tcheka* fusiló en galpones interminables ante todo a la “*elite rusa*”.

Insiste Melgounov: “*los puestos claves se encontraban casi exclusivamente en sus (de los hebreos) manos*”. Lea los detalles en p. 148. “*Es esto lo que estremecía el rumor popular*”, y lo ejemplifica: “*La revuelta de Kronstadt encubría ya un carácter antijudío (lo que la condenaba de antemano al fracaso): se destruyeron retratos de Trotski y de Zinoviev, no los de Lenin*”. Y en 1921 los huelguistas de Moscú gritaban “*Abajo los comunistas y los judíos*” (T. II, pp. 148-149).

En cuanto a la guerra civil se tenía la impresión de que los judíos habían elegido el campo rojo. “*No podemos decir que nada los había impulsado a realizar esa elección. Tampoco podemos decir que no había otra solución*”. En Kiev, Choulguine describe un inmenso éxodo del 1º de octubre de 1919, día de la Intercesión, al ser ocupada por los bolches, pero de ninguno de los 100.000 judíos del lugar.

Muchos ricos y muy ricos “*no han querido participar de nuestro destino, cavando por eso entre ellos y nosotros un nuevo foso, sin duda más profundo*” (T. II, p. 150). Ello se repitió en otras ciudades, en especial de Ucrania al pasar de una a otra mano, y no es para menos, pues un historiador americano contemporáneo, Bruce Lincoln, afirma que “*la Tcheka ucraniana estaba compuesta en el 80 % por judíos*” (idem), explicable, según él, por los pogroms anteriores; pronto se los analizará.

Soljénitsyne adelanta que no debe confundirse la cronología: ese 80 % era el de la *Tcheka* de 1918 y los pogroms del régimen de Petlioura de 1919, o sea, posteriores.

Empezaron pues ellos. De todos modos explicar los pogroms por el 80 % hebreo “*es sin duda, insatisfactorio. Pero hay igualmente allí, para la memoria judía, un problema y un tema de reflexión*”. Un grupo de destacados judíos opinó lo mismo en 1923, “*pero en la sociedad judía ‘este llamado fue recibido con la más grande indignación’*”. (G. Landau, en T. II, p. 151). No es de extrañar, iban ganando.

Fuera del Imperio ocurría algo muy parecido, en Polonia la población judía acogió calurosamente al ejército rojo en 1920 y “*batallones enteros de obreros judíos tomaron parte en los combates contra los polacos en los alrededores de Minsk*” (Iou. Larine); como era de esperar muchos judíos fueron ejecutados por espionaje y connivencia con los rusos. En la cabeza de los soviets polacos estaba F. Dzerjinski y un equipo especializado “*en asuntos de sangre*”. Imagínese.

En Alemania a principios de 1919 “*de once miembros del CC cuatro eran judíos provistos de una instrucción superior*”, entre ellos la famosa Rosa Luxemburgo, etc., etc.; todo eso lo veían Hitler y el resto de los alemanes, agreguemos, por lo que no extraña el comentario de J. Müller respecto de la revuelta de 1919: “*Que los dirigentes de la revuelta comunista aplastados hayan sido judíos, he aquí una de las causas principales de la renovación del antisemitismo político en la Alemania postrevolucionaria*” (T. II, p. 153).

De Hungría ni hablar: “*Sobre los 49 comisarios populares 31 eran judíos*” en primer término Bela Kun, etc., así que disimulando un poco pusieron un goym como presidente, Shandor Garbai, para que trabaje los sábados. “*Rakosi tuvo más tarde esta ocurrencia: si Garbai fue elegido jefe de gobierno, es para que quede uno que pueda firmar las órdenes de ejecución el sábado*” (T. II, p. 153). La referencia al Evangelio es evidente, digo, y ahí está la verdadera gracia.

No se trataba de lucha de clases: “*Lo trágico de la situación se encontraba agravada por el hecho de que los judíos de Hungría vivían de modo mucho más rico que sus hermanos de Europa oriental y habían conocido un éxito social claramente más acentuado*” (idem).

Ukrania se desquita

G. Landau se da cuenta que en cualquier revolución y más en la caída del Imperio ruso, toda minoría está en peligro y que “*tal minoría debe apoyarse, con todas sus fuerzas, para asegurar su supervivencia, sobre la ley, sobre la intangible continuidad del orden, sobre la inercia jurídica. El desmoronamiento social, y el ‘todo está permitido’ de la revolución se abaten infaliblemente con una fuerza particular sobre tal minoría*” (T. II, p. 154); inmediatamente lo aplica a la minoría judía.

Soljénitsyne no se lo iba a dejar pasar: “*Pero eso (el orden sociojurídico) no iba a ocurrir sino más tarde, pasados los primeros decenios prometedores. En lo inmediato, durante la guerra civil con su ausencia absoluta de ley, la población judía fue sometida a pillajes y pogroms como no había conocido, ni de lejos, bajo los zares. Y esos pogroms no fueron producto de los blancos. La densidad de la minoría era tal que en los destinos de los judíos debía necesariamente intervenir, además de los rojos y los blancos, un tercer factor: el separatismo ucranio*” (idem).

Al crearse en 1917 el parlamento ucraniano, los judíos votaron en contra del separatismo. Lenin dicit: tanto los judíos como los de la Gran Rusia “*ignoran la importancia del problema nacional ucranio*” (T. II, p. 155). El 11 de enero se resolvió

la secesión definitiva de Ucrania, de inmediato vino la invasión bolchevique y pasó lo de siempre con los soviets bien provistos de judíos: el gobierno ucraniano y los dirigentes de los partidos se replegaron a Jitomir, pero los representantes judíos se quedaron con los bolches invasores. Vino luego la paz de Brest-Litovsk y volvieron los ucranios a Kiev, donde en 1919 los judíos constituían nada menos que el 21 % de la población, la cual fue tratada comprensivamente por las tropas aliadas alemanas, pero los comisarios judíos que los ucranios lograron cazar fueron fusilados.

En diciembre de 1918 de modo inesperado para los judíos se instala el gobierno específicamente ucraniano con Petlioura más el apoyo del *Bund* y de *Poalei-Tsion*; Trotski dixit: “*insisten en su conocimiento de la lengua rusa, ignoran el hecho del estado ucraniano... los judíos de nuevo se han unido al campo enemigo*” (T. II, p. 157). *Magnam dixerunt veritatem*.

En fin, los cosacos se dieron el gusto saqueando los edificios abandonados en Kiev y otras localidades, empezando por el regimiento Petlioura que inauguró los pogroms en Sarnahch; así pues que los sionistas y nacionalistas judíos “*han sostenido largo tiempo el gobierno desordenado de Petlioura-Vinnichenko* (demócrata y socialista, respectivamente), *incluso cuando en Ucrania tuvieron lugar feroces pogroms antijudíos*” (Pasmanik).

A diferencia de los blancos, “*los partidarios de Petlioura, más que los otros, querían la vida misma de los judíos: preferentemente mataban*” (Biekerman, en T. II, 166). No hay peor astilla... al extremo de que Vinnichenko declaró que “*los pogroms cesarán cuando los judíos dejen de ser comunistas*” (T. II, p. 172).

Desde diciembre de 1918 a agosto de 1919, dice la *PEJ*, los partidarios de Petlioura organizaron decenas de pogroms con “*alrededor de 50.000 víctimas*” (sólo en esa zona), según la Cruz Roja. En los pogroms de la época zarista jamás se había “*matado tanto, y con tanta sangre fría, una casi indiferencia...*”; “*los destacamentos rebeldes campesinos masacraron la población judía hasta el último (habitante). No perdonaron ni niños, ni mujeres, ni viejos*” (S. Maslov, en T. II, p. 158).

J Müller, estudioso americano, dice que esto fue “*menos el resultado de una política determinada que una reacción popular y campesina*” (T. II, p.159), la democracia directa en acción diríamos; ésta alcanzaba hasta los pueblos más alejados donde no llegaban los regimientos organizados y hasta los soldados de Mahkno, buen defensor de los judíos, y fusilador de antisemitas, lo desobedecieron y se dedicaron a los pogroms (T. II, p. 160). La población judía abandonó a veces en masa sus aldeas y buscó inútilmente la frontera rumana o vagaba sin rumbo.

Los Blancos se contagian

Sus ejércitos no estaban compuestos sólo por monárquicos o nacionalistas, sino también por liberales y socialistas diversos. Al principio muchos judíos colaboraron, se alistaron y pelearon con los blancos, “*pero se sabe que muchos blancos no alentaban a los judíos neutros incluso a aquellos que simpatizaban con ellos*”, debido a la participación de muchos judíos en las filas rojas.

Al principio prácticamente no había antisemitismo, pero la cosa cambió en 1919 con la derrota alemana considerada objetivamente como un descalabro pro bolchevique. Ahora eran los judíos “*los que constituían el principal sostén del bolchevismo*”; además la ocupación de Ucrania contagió al ejército Blanco con “*furioso antisemitismo local*”,

“lo que ocasionó su participación en los desbordes antijudíos” (G. Kostyrtchenko, *La Política de Stalin, el poder y el antisemitismo*, Moscú, 2002, en T. II, p. 164); la retirada de los ejércitos voluntarios en Ucrania, donde ni los voluntarios judíos estaban a salvo (T. II, p.169), desató pogroms especialmente feroces a diferencia de Siberia donde Koltchak logró impedirlos (T. II, p. 167); otro tanto logró Wrangel en Crimea (T. II, p. 170). Este antisemitismo, contrario a su tradición cultural, *“condenaba de más en más al ejército blanco al aislamiento y a su perdición”* (T. II, p.169).

Denikin y muchos dirigentes del ejército sureño, eran socialistas (S-R), pero no pudieron controlar a sus tropas dispersas e insubordinadas, que apoyaron los pogroms como en Aleksandrovsk (idem), de modo que, después de las primeras agresiones, los judíos abandonaron toda pretensión de unirse a los blancos (T. II, p.164). El notable general blanco A. von Lampé, dice al contrario, que no hubo pogroms antijudíos perpetrados o fomentados por los blancos, sino pillajes de requisas que abarcaban tanto judíos como cristianos, pero la *EJ* presenta de otro modo a los cosacos de Fastov, y es de creerle sobre todo en el momento de la derrota de Denikin, que lo reconoce (T. II, p. 166, cf. también p.169).

“El nombre de Trotski suscitaba entre los guardias blancos como entre los partisanos de Petlioura un odio particular: cada pogrom o casi iba acompañado del slogan ‘pagados por Trotski’ ” y hasta los del partido Kadet en 1919 en la conferencia de Kharkov exigieron de los judíos *“una guerra sin piedad”* contra sus connacionales bolcheviques (*PEJ*, en T. II, p. 167).

Al movimiento blanco le era indispensable el sostén de la opinión pública occidental condicionada a su vez por el destino de los judíos, *“pero como lo hemos visto se dejó llevar fatalmente y sin retorno a una actitud de enemistad hacia los judíos y, en consecuencia, no supo prevenir los pogroms”*, de lo que se quejó expresamente Churchill ante Denikine (T. II, p. 171); *“sin embargo los pogroms no cesaron, lo que explica en gran medida la debilidad de la ayuda que el occidente reticente acordó a los ejércitos blancos”*; *“en gran medida”*, aclaremos, ya que estamos entre marxistas y banqueros cabalistas: no todo se debía al escándalo por los pogroms, sino también a la ideología y a los intereses, pues Wall Street calculaba que el apoyo a los bolcheviques le daría acceso a las riquezas rusas y la tendencia de Europa y USA consistía en apoyar a los constructores del *“Mundo Nuevo”* (T. II, p. 171), el *brave new world* que gozamos.

“Sin embargo, continúa Soljénitsyne (a duras penas resistimos la tentación de traducir “precisamente por eso”), a lo largo de toda la guerra civil la actitud de los recientes aliados de Rusia sorprende por su sentido de lucro y su indiferencia ciega hacia el movimiento de los blancos, heredero de la Rusia imperial” (idem); siguen ejemplos varios de sabotaje occidental al ejército Blanco y su apoyo a los bolcheviques, al fin y al cabo, Soljénitsyne nos viene diciendo que el zarismo era el enemigo, no ya del Wall Street sino de la monarquía inglesa.

Cuentas claras

Entre 1917 y 1927 los expertos calculan de 180.000 a 200.000 víctimas hebreas, 300.000 huérfanos, y las fuentes judías cuentan 900 pogroms masivos, de los cuales 40 % realizados por socialistas y demócratas en tiempos de Petlioura y el Directorio; 25 % por raids ucranianos, 17 % en tiempos del blanco Denikine, 8 % por el ejército de

Boudienny y otras fuerzas rojas (G. Kostyrchenko en T. I, p. 173): “*¡Cuántos destinos dislocados detrás de estas cifras!*” nos dice Soljénitsyne. Medítelas un rato.

Mientras tanto durante la guerra civil y los pogroms “*los partidos nacionales y socialistas judíos comenzaron a fusionarse con los rojos*” para formar el Konfareinite, el Kombund, y desembocar en el Komfarbund o Alianza comunista judía, refundida en el Partido Comunista bolchevique ruso. ¡Al fin en casa!, y con una prensa soviética que en Kiev publica sus artículos en ruso, ucraniano e yiddish (T. II, p.173).

No hay como la propaganda, también Ud. consume el verso democrático-bolchevique, así I. Levine, con otras palabras más políticamente correctas: “*sin embargo los rojos habían mojado en los pogroms y con claridad mucho antes que los otros*”; “*¡Abajo los judíos y los burgueses!*” precisaban los pogroms ucranianos del ejército rojo allá por 1918 y otro tanto en Polonia, 1920, “*Sin embargo, los pogroms fomentados por el ejército rojo quedaron casi ocultos en la historia*” (idem), la oficial que todos degustamos, se entiende.

Biekerman tiene memoria: “*reculando bajo la presión de los alemanes, las tropas rojas saquearon las aldeas judías que encontraban a su paso*”. Y S. Maslov en Crimea cuenta las víctimas judías de la caballería de Boudienny por millares, allí “*cada nuevo poder, al instalarse, comenzaba con pogroms*”, etc.

Soljénitsyne, por si no hubiéramos comprendido, la remacha: “*Si, en conjunto, la revolución ha exonerado a los judíos de toda sospecha de actitud contrarrevolucionaria, casi toda la contrarrevolución ha sospechado del mundo judío por haberse mostrado favorable a la revolución. Así ‘la guerra civil fue para los judíos una ruda prueba y los ha confirmado en sus falaces posiciones revolucionarias: no pudieron discernir la misión verdaderamente salvífica de los ejércitos blancos’*” (D. Linski, en T. II, p. 174).

Cuando se liquidaba a grupos o clases, “*hubiera sido sorprendente, dice Biekerman, que no se atacara al grupo de los ‘judíos’.* La maldición de este tiempo provenía de que se podía declarar nociva, a una clase, una categoría social, una nacionalidad. Condenar a toda una clase social a la exterminación, es una revolución; matar o saquear a los judíos, es un pogrom: *El pogrom de los judíos perpetrado en el sud de Rusia fue el componente del pogrom sufrido por la Rusia toda entera*” (T. II, p. 175).

Esa fue la desgracia de los judíos rusos, justo después de que “*tuvieron la suerte de obtener la igualdad de los derechos luego de una revolución nacida en el azul de un mes de marzo*”. Tanto su actitud como la de los ejércitos blancos “*borraron el bien que hubiera podido aportar una eventual victoria de los blancos; una evolución razonable del Estado Ruso*” (T. II, p. 175). A pesar de Soljénitsyne, la historia, como lo vio San Agustín, no suele tener evoluciones cordiales, especialmente después de tantas aberraciones como las descriptas en estos tomos.

17. EN LA EMIGRACIÓN ENTRE LAS DOS GUERRAS (CAP. 17)

Miles de ciudadanos rusos huyeron de la encantadora revolución: “*sobre dos millones y pico de emigrados llegados de las repúblicas soviéticas de 1918 a 1922, se encontraban más de 200.000 judíos*” (PEJ, en T. II, p. 177). A través de Polonia y Rumania emigraban a USA, Canadá, América Latina, Europa y Palestina. Polonia era un caso aparte pues, además del nuevo trazado de fronteras, volvían allí muchos desplazados durante la guerra, de 200 a 300.000. (J. Parks). En Europa quedaron la mayoría y de ellos 100.000 judíos rusos en Alemania (D. Kharouv, Jerusalén, 1998).

En Europa los dos centros espirituales de estos emigrados fueron París, la capital política, y Berlín, la capital literaria y gran centro editorial, amén de Praga. El emigrado judío, entrenado por la diáspora milenaria (T. II, p. 181) se mostró muy superior en su capacidad de adaptarse socialmente e incluso ayudar a los rusos: “*¿Dónde podíamos recibir un salario decente? Entre los judíos. Los millonarios rusos eran tacaños con sus compatriotas*” (M. Levitov, en T. II, p. 178).

Los rusos emigrados de San Petesburgo, de tendencia predominantemente liberal, fomentaba una amistad con los judíos que no existía en el caso de los rusos monárquicos: “*allí la desconfianza era recíproca*”. Una actitud muy comprensible, porque conocían sus historias, y el que conoce el pasado puede atisbar el porvenir, agreguemos.

“*De modo general los judíos rusos se mostraron incomparablemente más activos que los otros en lo que respecta a la vida cultural y social*” (T. II, p. 179). Soljénitsyne lo prueba durante varias páginas, 179 a 187, detallando revistas, movimientos y personas, que no tienen especial interés para nuestro público.

La soledad y el aislamiento cultural predominaban entre los rusos, escasamente solidarios, marchitados por el exilio, cuyos millonarios, a diferencia de los hebreos, se desinteresaban de la vida ajena, incluso en lo que hace a reuniones sociales y culturales.

Lo explica muy bien M. Ossorguine, ruso que escribe en una publicación sionista, y que se atreve, evidentemente con el consentimiento del redactor en jefe, nada menos que Jabotinski, a utilizar la palabra “judío”, intragable y por ello censurada salvo para labios elegidos. Entre tantos se destaca H. Hessen, liberal patriota y los 22 tomos de sus *Archivos de la revolución rusa*, con la colaboración de A. Kaminka, V.D. Nabokov, G. Landau e Isaac Levine, citado con frecuencia por Soljénitsyne.

En el Báltico el centro de los exiliados fue Riga, aprovechando que para letones, estonios y lituanos la única lengua común era el ruso. En París, el diario más leído por la emigración, sostenido por M. Vinaver, era *Les Dernières Nouvelles*, según Choulguine “*la ciudadela del mundo político judío y de los Rusos judaizantes*”; su ataque al ejército de voluntarios y los enfrentamientos nacionales y políticos fueron motivo de tensión luego de la guerra civil.

La “derecha” se congregó, casi sin judíos salvo Biekerman, en torno a *La Renaissance*, hasta que “*el riquísimo Goukassv desplazó a su redactor en jefe, Pierre Struve*” (T. II, p. 183).

Como bicho raro rescatamos a Ilya Fondamisky, joven adinerado de militancia social-revolucionaria al extremo de comprometer su fortuna en la compra de armas, luego amigo de Merejovski y de Zénaïde Hippus. Fondamisky se fue cristianizando:

comisario de la flota del mar Negro en 1917, diputado a la Constituyente, se vuelve demócrata cristiano y bautizado muere en Auschwitz.

Antisemitismo popular

“*Los que habían partido poco después de la llegada al poder de los bolcheviques no podían imaginar la bacanal diabólica que se desencadenaba en Rusia*” (T. II, p. 187), todavía justificaban hasta el pacto Brest -Litovsk de los bolches, pero ¡surprise!: A. Tyrkova, Williams Kadet, E. Kouskova socialista y el S-R Maslov nos dan la mala nueva allá por 1922: “*en Rusia soviética el antisemitismo popular progresa rápidamente*” (idem).

Primero por desconfianza: “*Antes se quería creer, obviamente toma la palabra Soljénitsyne, que el pueblo no era responsable del antisemitismo, su fuente principal era el zarismo; ahora se daba a entender que el pueblo ruso era por definición su portador*”. Y lo peor es que se hacen patentes “*las tendencias antijudías de una notable fracción*” de los emigrados.

S. Litovtsev diagnostica *delirium tremens* y Pasmanik considera la asimilación de bolchevismo con el judaísmo como “*una moda seguida por todos*” en el pensamiento europeo de la época, lo que documenta hasta en el suegro de Plekhanov, Georges Batault, y nuestro admirado Hillaire Belloc, que no era excepción en Inglaterra; Biekerman destaca cierto detalle con futuro, que preocupó a un grupo de hebreos: “*Sabios japoneses han venido a Alemania a estudiar la literatura antisemita... Tal es precisamente la judeofobia: el miedo a judíos en tanto que fuerza destructora. Y la prueba material que aterroriza y endurece las posiciones reside en el triste destino de Rusia*” (T. II, p. 189). Los japoneses vieron afeitar a sus vecinos...

Los Protocolos de los Sabios de Sion

Pasmanik ante tantas pruebas, “*no debemos negar pruebas que nos vacían los ojos*”, opina que para contrarrestarlas hay que atacar al bolchevismo: “*El bolchevismo es ante todo un fenómeno cultural... Es un problema a la vez ruso y universal, no el resultado de los fechorías de los pretendidos ‘Sabios de Sion’*” (T. II, p. 190).

Precisamente *Los Protocolos de los Sabios de Sion* invadían Europa y en USA Henry Ford hizo mala letra con 500.000 ejemplares. Y Norman Cohn, en 1982, reconoce que “*muchas personas perfectamente sensatas los han tomado absolutamente en serio*”, hasta el *Morning Post* y el *Times*. Había en occidente un público cautivo, nos viene a decir M. Agouski.

Aún hoy, las hipótesis sobre sus autores siguen en discusión renovada, pero a Soljénitsyne no le interesa este asunto, ni lo pone al día para que escuchemos las dos campanas. Le interesa en cambio recalcarnos que en Rusia, precisamente en la Rusia zarista, fueron censurados y no tuvieron difusión, “*no lograron ningún crédito en la sociedad rusa... Sus propagadores no tuvieron tampoco sostén alguno de la corte*” (PEJ).

En 1906 los leyó el Zar Nicolás II y lo adornó con notas marginales: “*¡Qué anticipación!*”... “*¡Qué exactitud en la ejecución!*”... “*No se puede dudar de su autenticidad*”, etc. Pero cuando los políticos de derecha le propusieron utilizarlos para defender la monarquía, el primer ministro Stolypine ordenó una investigación secreta

según la cual eran falsos; el Zar no dudó: *“Los Protocolos deben ser confiscados. Uno no puede defender una causa propia por medios sucios”*; consecuentemente en Rusia *“no se toleró ninguna alusión a los Protocolos, incluso en la preparación del proceso de M. Beyliss”* (PEJ, en T. II, p. 192). Ponga en funcionamiento la pensadora e imagínese lo que hubiera hecho un representante del pueblo argentino.

La PEJ reconoce que *“el año 1918 fue un año bisagra en la historia de los Protocolos”*, y no es para menos, porque, si alguna duda le quedaba a la gente, con el asesinato de la familia imperial por los bolcheviques, la guerra civil y el resto *“el interés por los Protocolos se manifestó hasta convertirse en un fenómeno de masas”*.

Claro está los bolcheviques se defendieron incluido, por el momento, Stalin: *“Después de la victoria de los bolcheviques, la difusión de los Protocolos en Rusia fue prohibida bajo pena de enjuiciamiento, pero, en Europa llevados por los emigrados blancos, han desempeñado un papel maléfico en la formación de la ideología de los movimientos de derecha, en particular del nacional socialismo en Alemania”* (PEJ, en T. II, p. 192).

Pues bien los emigrados liberales denunciaron la falsedad de los *Protocolos* de 1920 a 1930, pero el problema judío no podía reducirse a una discusión periodística o a un libro. Así, por ejemplo, en los nuevos estados independientes, celosos de su nacionalismo, Letonia, Estonia, Lituania, es trágica la situación de los hebreos, porque *“los oprimidos de ayer se apresuraron a jugar el papel de opresores, y de opresores plebeyos en extremo, que no tenían vergüenza alguna de su absoluta falta de cultura”* (Biekerman en T. II, p. 194).

Soljénitsyne sigue complacido la cita de este autor judío que en buena parte coincide con la suya: *“En estos estados-cuchitril, el judío ruso que había conocido la vida en los vastos espacios del gran Imperio se siente estrecho, comprimido, disminuido en su ciudadanía, no obstante todos los derechos y todas las autonomías... En verdad los destinos de nuestro pueblo están estrechamente ligados a los destinos de la Gran Rusia”* (T. II, p.194).

Sin embargo, el escenario internacional favorece a los hebreos luego de Versalles, especialmente a los sionistas, reconocidos oficialmente por la Sociedad de las Naciones, sionistas para quienes el desmembramiento de Rusia era *“la solución ideal”* y por ello hacían migas con los ucranios independentistas (PEJ en T. II, p. 195).

¿La casa está en orden?

Eso sí, *“Los judíos creen por lo común: más vale el bolchevismo que la restauración zarista”* (T. II, p. 196), a la cual muchos identifican con pogroms y exterminación masiva, de modo que rechazan las acusaciones “antisemitas” globalmente, pero -según Biekerman- en la PEJ de 1926: *“Ser culpable siempre y en todo sin duda es imposible, pero el judío saca la conclusión -muy halagadora para nosotros, y a primera vista, muy cómoda en la vida cotidiana- de que hemos tenido razón siempre y en todo”* (T. II, p. 195).

Habría que buscar un punto de equilibrio, pero con la NPE los bolcheviques se les vuelven aceptables, y era común decir que *“los judíos tienen por cierto derecho a tener sus bolcheviques”*, sobre todo ante el avance del hitlerismo, y eso en el mundo entero; en conclusión, *“el régimen bolchevique no era para ellos el enemigo principal, y muchos habían conservado a su respecto una actitud benevolente”*, como lo

demuestra el famoso Nahum Goldman en el primer congreso mundial judío de Ginebra, 1936.

Era pues “natural”, o casi, que en 1939 predominara el sentimiento de que “*había que confiar en el carácter irrefutable de la literatura soviética*” (St. Ivanovitch, en T. II, p. 196), al extremo de que, luego de una interna religiosa, se negaron a protestar por la ejecución de los sacerdotes ortodoxos (T. II, p. 198). Al fin y al cabo eliminaban la competencia, lo que también es un sentimiento natural.

Del ejército blanco, ni oír hablar. Pasmanik que había combatido militarmente junto con los blancos hasta 1919, ahora “*combate con ardor la interpretación, expandida un poco por todas partes, consistente en explicar el bolchevismo por la fe judía*”: ‘*identificar judaísmo y bolchevismo representa un inmenso peligro para el mundo entero*’ ” (T. II, p. 198) y junto con Landau, I. Levine, Biekerman y V. Mandel defienden esta posición en una publicación de conjunto, *Rusia y los Judíos*, a la que Soljénitsyne recurre a menudo, pues, en cuanto a la relación judíos-rusos, piensa como ellos: ej. sostiene Linski “*los viles años de la revolución han ahogado... los brotes aparecidos antes de la guerra, que permitían esperar una acercamiento de los mundos judío y ruso*” (T. II, p. 199).

Observa Landau a su vez que la autocrítica casi no se nota, a diferencia de todos los sectores rusos, en la conciencia judía, al punto que “*un observador exterior podría muy bien creer que desde el punto de vista de un intelectual judío medio..., todo está en orden*” (T. II, p. 200). Esta perspectiva, al parecer, no ha variado mucho: “*en ninguna medida fuimos los artesanos de nuestro destino y del de las gentes que nos rodean; somos ese peatón ocasional que recibe un palo en la cabeza*”; “*hemos contribuido a la destrucción (del orden establecido); una vez éste destruido de ningún modo nos hemos dado cuenta que hemos ayudado a ello*” (T. II, p. 200).

Reproches y Fuentes

Lógicamente eso le ha valido a Soljénitsyne duros reproches de la posición contraria: parcial, carente de espíritu crítico, antisemita, etc, pero él insiste con plena conciencia. “*Se ve que este grupo de autores comprendía con agudeza excepcional el significado del desastre sufrido por Rusia. En la descripción de este período, si apelamos a menudo a estos autores, es porque esperamos que sus reflexiones desengañadas, pero jamás marcadas por ‘el odio de sí mismo’, serán en fin comprendidas y estudiadas en profundidad*” (T. II, p. 200).

No son los únicos judíos, aferrados al refrán “*sólo me calienta mi propia camisa*”, quienes insultan a los héroes del ejército blanco defensores de aquella Rusia, “*que es igualmente nuestra camisa*”, frente a “*un desastre que nunca ha estado tan próximo como en el curso de estos últimos años*” (escrito en 1923, T. II, p. 202), en palabras de Biekerman. Las comenta Soljénitsyne: “*Y el Desastre se aproximaba en efecto, pero no de este lado. Hoy después de los decenios soviéticos, ¿quién rechazaría estos argumentos? Pocos eran los autores — judíos o rusos — en ver las cosas de tan lejos. Pero la sociedad judía emigrada, en su conjunto, ha rechazado ese modo de pensar. Ha tropezado en esta nueva prueba histórica*” (idem).

Sin duda se puede replicar que para los judíos el nazismo resultó físicamente mucho más cruento, pero el bolchevismo suprimió la religión judía del país donde había arraigado, y cuya caída, en la historia de la diáspora, fue peor que la del califato árabe;

“además el hecho de que los judíos hayan cargado con el bolchevismo no ha carecido de influencia en el curso general de los acontecimientos de Europa” (idem).

Pasmanik en una página desesperada concluye: *“un combate fraternal contra un enemigo común (el bolchevismo) va purificar la atmósfera y debilitar notablemente la ola de antisemitismo que ha desatado: es salvando Rusia como podemos prevenir una catástrofe judía”* (T. II, p. 203). Soljénitsyne le saca todo el jugo: *“¡Una catástrofe! Hete aquí lo dicho diez años antes de que Hitler accediera al poder...”* y ¿hubiera tenido tanta audiencia, si los judíos hubieran escuchado a estas advertencias? Vaya a saber, pero estos autores espiritualmente acertados *“se han equivocado geográficamente, y no supieron prever otras evoluciones fatales. En cuanto al sentido de su grave advertencia, no fueron escuchados”* (T. II, p. 204).

Fatalmente los autores hebreos de *Rusia y los Judíos* fueron acusados de promotores de pogroms, agente de la reacción, etc., etc.: *“este grupo de judíos fieles al Antiguo Régimen... está cegado por la pasión de querer a toda costa invertir el curso de la Historia”* y escribe *“cosas indecentes”* cuando *“a veces es más decente guardar silencio”* (S. Pozner).

¿Por qué será que siempre los contrarios poseen una tara psicológica? Y en este caso es terrible el *“complejo de odio contra sí mismo”* (S. Markish, en T. II, p. 210). Me parece que eso ya comenzó con los profetas y San Pablo, pues hay bibliografía bíblica a disposición del interesado.

En 1927 la sangre llegó al río, cuando en París el relojero Samuel Schwarzbard, cuya familia había perecido en los pogroms demoesocialistas de Ucrania, asesinó de cinco balazos a Petlioura; lógicamente fue absuelto, y sus abogados se ofrecieron a defender cualquier otro cliente que hiciera lo mismo con Denikine, que también vivía en París.

La misma jurisprudencia se aplicó en Moscú con Lázaro Kolenberg en 1929, que en Moscú mató al viejo general blanco Slatchev. Todo esto muestra el divorcio entre ambas comunidades, pero ya en la segunda mitad de la década del 20 las tendencias antisemitas se mitigaron, en parte gracias a la miseria general. No ocurría lo mismo en la URSS donde *“se acosa a los judíos puesto que ya no se puede acosar a ‘los burgueses’ a causa de la NPE”* (St. Ivanovitch, en T. II, p. 213).

18. LOS AÑOS VEINTE (CAP. 18)

En una “*atmósfera viciada*” por la utopía progresista de un mundo nuevo y radiante, aún hoy no del todo desaparecido, se produjo en Rusia “*el Gran Éxodo*” de la población judía provinciana hacia las capitales, Moscú, Leningrado, Kiev, etc., movimiento que, como vimos, había comenzado en los primeros años del régimen comunista.

Un millón según Lourié Larine, fanático organizador del “*comunismo de guerra*”, o sea que en 1923 la mitad de la población judía de Ucrania residía en las grandes ciudades; análogamente se producía una enorme inmigración a las zonas antes interdictas a los judíos desde Ucrania y Bielorrusia hacia Transcaucasia y Asia Central, aproximadamente 500.000 personas, de las cuales una sobre cinco eligió Moscú. M. Agourski, hombre de fiar, afirmaba en 1980 que Larine se queda corto y que estas evoluciones demográficas atacaron “*intereses fundamentales de la población rusa*” (T. II, p. 218).

El “*comunismo de guerra*” creó una nueva clase social, los desposeídos, con su prohibición del comercio privado y de los pequeños artesanos, muchos de ellos hebreos. Según el censo de 1926 el 83 % de la población judía, 2.211.000, residía en ciudades y 467.000 en el campo, amén de los encubiertos. La proporción de judíos en la población urbana era similar a su proporción en el aparato del partido, 6,5 veces superior al porcentaje en el conjunto de la población; ello se calculó ‘*tomando la media de todo el territorio*’ que era 1,82 % (Ordjonikidzé, que informó en el XV congreso del P. Comunista de 1927).

“*No despreciemos el efecto psicológico de este empujón brutal a partir de una situación donde los judíos no disponían de derechos cívicos*” (T. II, p. 219), a saber: una nueva ola de antisemitismo sin relación a la de antaño como pretendía la propaganda oficial (S.M. Schwarz) sino producto de “*un fenómeno mucho más grave*” nacido en las clases medias y extendido a “*los estratos superiores de la clase obrera*”... “*en ese medio obrero que había quedado prácticamente impenetrable al antisemitismo antes de la revolución*” se extendió también a los estudiantes, los miembros del partido comunista y del Komsomol, lo que desencadenó “*un antisemitismo activo y agresivo*” (Schwarz; cf. PEJ y Biekerman, en T. II, p. 220).

Ventajitas de la nueva burguesía

“*La instauración de una nueva forma de desigualdad no tenía por objetivo crear una separación entre las nacionalidades, sino entre las capitales y el resto del país. El lector ruso sabe qué ventajas han gozado durante todo el período soviético los habitantes de las capitales*”; una de ellas es el nivel de instrucción, decisivo en el acceso a la enseñanza superior, y su consiguiente entrada directa a la elite intelectual.

Fueron excluidos de esta enseñanza además los de origen burgués, comprendida la pequeña burguesía, o los que simplemente tuvieran parientes instruidos, pero “*esas medidas discriminatorias* (obsérvese que Soljénisyné aprendió a hablar como se debe) *no fueron extendidas a los judíos, porque pertenecía a una ‘nación perseguida bajo el régimen zarista’; la juventud judía, incluso de origen burgués, era acogida con los brazos abiertos en las universidades; se le perdonaba al judío no ser proletario*” (T. II, p. 221).

Saque ahora la cuenta a partir de las anteriores proporciones, de lo que esto significa entre los que mandan y los educados para mandar. Mejor dicho ya la sacaron la PEJ y G. Aronson: 15,4 % de los estudiantes de establecimientos superiores en 1926-1927 eran judíos, que “*gracias a su alto nivel de motivación*” (PEJ) superaban a los miserables proletarios, lógicamente inferiores a pesar del macaneo democrático.

Soljénitsyne no se olvida de sus congéneres, los intelectuales: “*lo que explica, ante todo el lugar preeminente mantenido durante largos decenios por los judíos en la vida intelectual soviética*” (T. II, p. 221). Incluso el ‘capo’ de la investigación científica no era un sabio catedrático sino un bolchevique garantizado, Martin Mandelstam-Liadov (EJR). Bueno no es para escandalizarse, pues la ciencia en todas partes está al servicio del poder y monitoreada por él.

En el *Pravda* del día de la Candelaria de 1927, Boukharine develaba el secreto de familia consistente en que “*la burguesía judía no había sido eliminada tan sistemáticamente como la rusa*”; no es de extrañar, porque tenía apoyo y sostén familiar y oficial a través del Comisariado judío ante el Soviet de los comisarios del pueblo. “*E igualmente, cuando la NEP fue liquidada, los golpes asestados a los ‘nepmen’ judíos no pudieron menos que ser atenuados por sus relaciones en el seno de la administración soviética*”, comenta Soljénitsyne en la p. 223.

Hasta Y.V. Klioutchnikov se desmanda en una reunión sobre este asunto en 1926 y advierte sobre los efectos “*desastrosos*” (T. II, p. 223) y la reacción de las otras naciones del conglomerado ruso. Lo criticaron de palabra, pero ya nadie se atrevió a reprimirlo, porque tendría sostenes invisibles dice M. Agourski o por el escándalo de castigar a una personalidad recién de vuelta al pago.

En fin Larine anunciaba la llegada de 600.000 judíos suplementarios desde Ucrania advirtiéndole que quien se queje, es decir “*se declare en público contra la llegada de judíos a Moscú... es conscientemente o no, un contrarrevolucionario*”.

Soljénitsyne, que por algo es premio Nóbel de literatura, descifra esa lingüística esotérica: “*Y cada uno sabe lo que merece un contrarrevolucionario: nueve gramos de plomo*” (T. II, p. 225), resumiendo así la “*conquista*” de las capitales por los judíos de los años veinte.

Des-proporciones

Aquí vienen varias páginas cargadas de porcentajes y nombres de judíos comprometidos al más alto nivel con el gobierno bolchevique y las meditaciones correspondientes, algunas de las cuales ya fueron adelantadas, pero ahora las vemos aplicadas a esta primera década infame.

En 1922 el porcentaje oficial de judíos en el partido era 5,2 %, ya de por sí importante, pues con esa proporción objetiva o material ocupaba el tercer lugar en el partido, después de los rusos 72 % y los ucranianos 5,9 %, cuartos los letones 2,5 % (T. II, p. 226); “*sin embargo su peso real era mucho más importante. El mismo año, en el XI Congreso del partido, los judíos representaban 14,6 % de delegados con voz deliberativa, el 18,3 % con voz consultiva, y el 26 % de los miembros del comité central elegidos en ese congreso*” (M. Agourski, en T. II, p. 225).

Naturalmente, por así decir, esas proporciones varían y varían para arriba según los lugares, por ejemplo en las ex zonas de residencia: Minsk 35,8 %; Gomel 21,1 %, Vitebsk 16,6 %.

“Agourski observa con justicia que la mayoría de los comunistas eran ciertamente rusos (eslavos), pero que ‘este hecho estaba enmascarado por el papel preponderante de los judíos en relación a los rusos’ en el ejercicio del poder. Esto era muy evidente” (T. II, p. 226).

En el Presidium de Petrogrado eran mayoría absoluta ya en 1918, “en 1921 ‘la preponderancia de judíos en la organización del partido en Petrogrado... se había vuelto, parece, tan odiosa a los ojos de la opinión que el Politburo, teniendo en cuenta las lecciones de Cronstadt y el clima antisemita que reinaba en Petrogrado, decidió enviar a allá algunos comunistas rusos con el fin, ciertamente, de estricta propaganda” (T. II, p. 226). Cosmética socio-política.

En el XIIº congreso (1923) tres de los seis miembros de Politburo eran hebreos y en 1922 tres sobre siete del presidium de la conferencia panrusa del Komsomol, anexo del partido: “tal desproporción numérica en la cima del partido debió parecer insoportable a ciertos dirigentes; parece que una ofensiva antijudía había sido preparada para el XIIº congreso (mayo 1924)” (T. II, p. 227).

Fracasó, sin embargo previsiblemente, porque el cabecilla Nougine murió de pura casualidad por mala praxis en una operación, innecesaria, de úlcera al estómago, realizada por el mismo cirujano que luego se volvió a equivocar con Frounzé. Todo un experto. (*Los Bolcheviques: documentos sobre la historia del bolchevismo de 1903 a 1916, según los archivos de la policía secreta de Moscú*, New York, Telx, 1990).

Distinguidos en Derechos Humanos

La *Tcheka*, como ocurre en todo estado democrático similar, era el segundo poder real, ya lo vimos en el capítulo 16. Allí están los torturadores y los asesinos políticamente sistemáticos. El especialista L.I. Kritchevski (*Los judíos en la maquinaria de la Tcheka y la Oguepeu*, Moscú-Jerusalén, 1990), revela que hasta la mitad de esta década fue disminuyendo la proporción de representantes de las minorías nacionales: del 50 al 70 % en la época Terror rojo, al 30-35 % y entre los dirigentes 40-45 %, sin embargo “se puede comprobar la disminución del porcentaje de letones y el aumento del de los judíos, los años veinte han visto un importante aflujo de cuadros judíos en los órganos de la Oguepeu”, ej. de los cuatro adjuntos de Dzerjinski tres eran judíos: G.G. Pagoda, V. L. Gerson y M.M. Loutski. (T. II, p. 228).

La *Tcheka* no revelaba fácilmente el nombre de sus miembros, “su fuerza residía en el secreto que rodeaba su trabajo. ¡Pero he aquí que llega la hora de celebrar el décimo aniversario de la gloriosa Tcheka!” y el omnipresente Unschlichte da nombres y condecoraciones.

Por sus méritos excepcionales: Iagoda, M. Trilisser y otros 32 hasta entonces desconocidos “cada uno de los cuales podía reducirnos a cenizas con sólo un pequeño gesto de su mano” (T. II, p. 229): Iakov Arganov que “armaba todas las piezas acusatorias en los procesos políticos más importantes” (*EJR*), Zinovi Katsnelson, Marvei Berman, Lev Belski, Lev Zaline, Lev Meyer, Lonidads Voul, ‘curador’ del campo de Solovki, Semion Guendine, Kart Pauker, Menjinski y otros, manteniendo los judíos un tercio. Muchos jamás aparecieron en público: Semio Schwarz, ‘capo’ en Ucrania, Hervís Schirwindt, diez años de la Dirección General de lugares de detención de la URSS, Grimmeril Heifets, Sergeï Spiegel, superemérito, Alfred Stromine-Strofév de la Comisión de Depuración de la Academia de Ciencias de Leningrado, que se ilustró interrogando a los catedráticos desde 1929 a 1931 en ese famoso asunto (*EJR*).

Hay familias con esa vocación como los Nekhamine: “No soñaban sino con la venganza: ¡hacerle pagar a todo el mundo — los aristócratas, los ricos, los rusos — vengarse y nada más!” según los recuerda David Azbel; no por casualidad anclaron en la Tcheka, la Oguepeu y la NKVD, pues “para realizar sus designios los bolcheviques tenían necesidad de ‘furibundos’ y los encontraron en los Nekhamine” (T. II, p. 230); Roguinski llegó a Procurador de la URSS, actuó modestamente en el Gulag de la década siguiente y culminó su vocación como procurador en el proceso de Nuremberg. Los hermanitos también ocuparon puestos represores destacados, aunque con mayor discreción.

Eso sí, dice Soljénitsyne, no exageremos: “No, en esta época todo el poder no estaba en manos de los judíos. ¡No! El poder era plurinacional”, pero siempre antiruso, centrado “en torno a una voluntad de destruir el Estado ruso, las tradiciones rusas”. Lo dijo antes y lo volverá a repetir para indignación de sus críticos.

A continuación se interroga por qué causa en Asia Central, Ucrania, los países Bálticos, a pesar del poder represivo multinacional, el pueblo acusaba como opresores sólo a los rusos. Respuesta: porque eran extranjeros, lo que no explica todo, veamos: un insospechable, Leonardo Shapiro, se pregunta a su vez: ¿por qué “cualquiera que tuviera la desgracia de caer en las manos de la Tcheka estaba casi seguro de encontrarse frente a un juez de instrucción judío, o de ser fusilado por orden suya?” (T. II, p. 231). Pregunta retórica, después de lo expuesto.

Nuestros contemporáneos de cualquier raza y religión ocultan estos datos, a diferencia de los autores judíos “que ponen toda su diligencia en desenterrar y publicar largas listas de dirigentes judíos de la época. Es con cierto orgullo — más bien insólito — que la revista Aleph hace otro tanto, refregándonos que 8 de los 12 miembros del Directorio de la Banca oficial y de los sindicatos eran paisanos”: “No tenemos que temer las acusaciones. Al contrario la participación activa de los judíos en la vida pública en el curso de este período explica una vez más por qué las cosas iban mejor que hoy, donde no hay ni sombra de un judío en las altas esferas del poder” (M. Zaroubejnyï, Tel Aviv, 1989).

Soljénitsyne: “Esta líneas han sido escritas en 1989 — es difícil creerlo” (T. II, p. 232). No veo por qué.

Enganchados al poder

Aron Abramovitch en *El Ejército ruso* (Tel Aviv, 1982) “redacta orgullosamente una lista interminable -¿realmente completa?- de los oficiales del Ejército rojo que se encontraban durante la guerra civil en los estados mayores y las direcciones políticas” (T. II, p. 232). Las proporciones son similares a las que vimos: 4,4 % entre los oficiales de estado mayor, 10,3 % entre los comisarios políticos y 18,6 % entre los médicos militares.

En cuanto al cuerpo diplomático, el Occidente no puede hacerse el distraído, pues no hay secreto posible: desde la conferencia de Génova (1922) “Europa no ha podido sino observar que las delegaciones soviéticas estaban mayoritariamente compuestas por judíos” (T. II, p. 232).

Al contrario los apoyó con beneplácito, lo que Soljénitsyne no sugiere, pero vaya este ejemplo: Fiador Rotstein, creó el partido comunista inglés y al mismo tiempo “participó del lado soviético en las negociaciones con Inglaterra”. Un milagro de

bilocación política, y luego de varios cargos fue inevitablemente Comisario del Pueblo en la cancillería.

En 1922 Máximo Gorki le advierte a Ipatiev que “*la misión comercial soviética en Berlín estaba compuesta en un 98 % por judíos. Y uno puede pensar que no exageraba nada*” (T. II, p. 234). Puede haber influido la especialización del ramo, pero G.A. Salomón, privilegiado representante comercial en Tallin, primera capital europea en reconocer el régimen bolche, relata sus tareas con tal franqueza que Soljénitsyne las comenta: “*No hay palabras para calificar el formidable pillaje al que se entregan en detrimento de Rusia (mientras realizaban acciones subversivas contra los gobernantes del país), y la descomposición, la degeneración moral de todas estas gentes*” (idem). Por lo menos, admiremos la coherencia que luego vulgarizó Gramsci.

Volviendo a Gorki, se le ocurrió quejarse en público por las desproporciones mencionadas y lo amenazaron de muerte en el paradójico diario moscovita *La Verdad*: “*Tal decisión (limitar el acaparamiento del poder) no puede ser tomada sino por contrarrevolucionarios o por cobardes*” (idem). Gorki valía más vivo que muerto, y se salvó.

Así pasamos por el Komsomol, los tribunales, los escalones locales del comisariato, y la economía. El Prof B. Broutskous en 1980 además saca estas conclusiones: “*la mayoría de los funcionarios judíos no salió de las masas populares sino de las elites*” y que dichas ‘elites’ constreñidas, dice, a servir al régimen, perdieron más que ganaron en estas tareas, donde “*la llegada masiva de funcionarios judíos, independientemente de sus cualidades, no podía sino reforzar el antisemitismo entre los otros funcionarios y la inteligencia*” (T. II, p. 237).

Tanto Larine como G. Pomerants desmienten eso del constreñimiento y Soljénitsyne observa nuevamente a través de V. Bogouslavski y R. Rutman que “*la tendencia general era de simpatía*” por el régimen, allá por 1923 el bolchevismo es para ellos “*el mal menor*” (T. II, p. 239).

Es así como, a pesar de las persecuciones sistemáticas, los socialistas judíos se prendieron al poder, “*incapaces como eran de sospechar hasta qué punto era sanguinario el nuevo régimen. Sin embargo el estado soviético era ya tan inicuo y despiadado como en 1937 o 1950*” (T. II, p. 240), aunque en esa época los hebreos no fueran el blanco preferido.

El antisemitismo no se rinde

La Comisión Pahen, lo vimos en el T. I, afirmaba que la diseminación de los judíos por toda Rusia no produciría consecuencias antisemitas, pero claro, no se imaginaba la concentración soviética y la participación masiva en la dirección del estado, la cultura, etc.; el historiador Salomón Laurié descubrió en 1920 que el antisemitismo había resurgido “*en proporciones que hubieran sido inimaginables en el antiguo régimen*” y que “*la causa del antisemitismo reside en los mismos judíos*” (T. II, p. 240).

Según la historia oficial y científica, el antisemitismo había sido erradicado gracias a estas ‘causas’: a) fusilamiento o encarcelación de los burgueses, b) los obreros y campesinos no fueron nunca antisemitas, c) la *intelligènzia*, los intelectuales, simpatizaba con los judíos, porque había sido oprimida, como ellos, por los Zares, d) la nueva educación era internacionalista.

Pero ya E. Kouskova, un liberal, en *Tribuna Judía* de 1922 decía que debido a la invasión judía, “*los hijos son mucho más antisemitas que sus padres*” y así es “*la mayoría de la población*” (T. II, p. 242); ante ello los políticos comunistas organizaron una campaña para educar al soberano explicándole que la presencia masiva del judío en la burocracia era un fenómeno “*natural e históricamente inevitable*”, aunque hubieran gobernado socialistas o demócratas. El autor no se convence: “*Dejad de servir de Tankelevitch para realizar vuestros trabajos sucios... y los microbios del antisemitismo desaparecerán por sí mismos*” (idem).

También S. Maslov, un social revolucionario, en 1922 observa lo mismo con ejemplos divertidos: el “*odio generalizado hacia los judíos obedece a que numerosos estamentos de la población identifican el poder soviético con el de los judíos*” (T. II, p. 243), tanto en los intereses como en las manos ejecutoras, agravado por la fuerte solidaridad de los hebreos que se ayudan a trepar y a desplazar a los otros, frecuentemente de modo grosero.

Notablemente el órgano de los sionistas en París, el *Rassvet*, también en 1922 avalando la veracidad de Gorki se permite decir: “*los bolcheviques judíos mismos contribuyen al aumento del antisemitismo en Rusia Soviética por su conducta a menudo descentrada*”, echándole la culpa a “*los judíos comunistas de base, los que llenan los directorios de los presidiums...*” y cargos de contacto con la población (T. II, p. 244), etc.

Comprueban otro tanto Pasmanik, M Kozavov, fusilado en 1930 (“*las masas trabajadoras no aman a los judíos — no es un secreto para nadie*”), y Choulguine, durante su viaje “secreto” por la URSS en 1928 (“*para la Rusia propiamente dicha, la Gran Rusia, el antisemitismo es un fenómeno nuevo*”) (T. II, p. 245), etc.

Comienza en 1923 la campaña contra el antisemitismo y Larine se consagra a estudiar el asunto con todo el rigor que le permitían sus intereses e ideología en *Los Judíos y el Antisemitismo en la URSS* recoge las múltiples preguntas de obreros comunistas y compañeros de ruta, ej. “*¿Por qué hay antisemitismo solamente contra los judíos y no... contra las otras nacionalidades?*” (cf. una lista en el T. I, p. 246). “*Detrás de estas preguntas, Larine ve...*”, ¿a qué no lo adivina Ud., que es hombre serio y bienpensante? No, no lo adivina: ve la teoría del complot, “*la mano de una organización contrarrevolucionaria clandestina (!) que expande sus mensajes entre la clase trabajadora*” (T. II, p. 246). Vendrán pues, las consabidas represiones.

Larine va encontrando respuestas científicas: a) los intelectuales se vuelven antisemitas por la concurrencia que les hacen a los intelectuales rusos, una cuestión pues de mercado; b) esa explicación no corre con los obreros y los empleados de las ciudades; c) en las Fuerzas armadas no hay antisemitismo, a diferencia de las profesiones liberales, aunque abunden los judíos, debido a la “*formación política sistemática*”. ¡Viva la pedagogía!; d) en la burguesía ciudadana, “*el antisemitismo terminará cuando desaparezca la burguesía*” (T. II, p. 247); e) en el campo se está erradicando la venta de trigo a “*comerciantes privados*” y sólo se observa antisemitismo allí donde se instalaron judíos, pero es culpa de los koulaks y los terratenientes; f) progresa entre los obreros, pero se trata de “*elementos ‘retardatarios’ de la clase obrera*”, ej. mujeres y temporarios, pero reconoce que se extiende disimulado por las organizaciones profesionales, nada menos que de los “*proletarios militantes*”; peor aún: “*hay mucho antisemitismo entre los miembros del Komsomol y del partido*” (T. II, p. 248).

La cosa está complicada, Soljénitsyne se siente obligado a comentar: “¿Antisemita el proletario? ¡Pero es una verdadera aberración! ¿No es el proletario la vanguardia del progreso y de la conciencia de clase?” Sin duda la culpa es del Ejército Blanco, sus organizaciones clandestinas y los monárquicos (T. II, p. 251). “La conclusión de ese razonamiento se vuelve, uno lo ve, cada vez más amenazante” (T. II, p. 248).

Los métodos de siempre

Más allá de Larine, otros, por ejemplo V. Alexandrova ya en 1968, también comprobaron el creciente rechazo a los hebreos. S. Schwarz lo explica porque fueron ellos “los principales vectores de la NEP”. Algo había que hacer, en 1928 la *agit-prop*, (la *Coca Cola* política del régimen) se mueve con sigilo apoyando la propaganda periodística estatal y la acción de la *Oguepeu*, o sea la desaparición física del opositor, que lamentablemente los disidentes políticos siguen llamando homicidio.

Larine tiene cuidado en recalcar que el antijudaísmo ataca al gobierno soviético, a los trabajadores y favorece obviamente “al capitalismo”, que en su cerebro nada tiene que ver con los judíos, y afecta “los fundamentos mismos de la política de la revolución proletaria en materia de nacionalidades” (T. II, p. 251).

Los métodos para combatir esta plaga eran “perfectamente claros” en ese tiempo y más aún ahora. Larine se explica: “No hay ninguna razón para dejar de aplicar la ley de Lenin” del 27 de julio de 1918 que conocemos, pero vale la pena recordar: los antisemitas activos deben ser colocados “fuera de la ley” (fusilados) por “incitación al pogrom” e instituye la delación. Sin embargo esta ley curiosamente no fue incluida en el famoso Código Penal de 1922 ni en la recopilación oficial de leyes; el Código Penal de 1926 se conforma con la pena de muerte en casos agravados por “la incitación al odio y a la división nacional o religiosa” (art. 59), figura abierta donde vale todo evitando, con gran visión de futuro, referencias específicas al antisemitismo.

Entre los agravantes están los crímenes contra el Estado de las “Disposiciones” del 26 de febrero de 1927 incluyendo “la difusión, la redacción o la tenencia de documentos escritos”... “¡Tenencia de documentos escritos!, dice Soljénitsyne, ¡Cuán familiar nos es esta fórmula! Se la encuentra en nuestro querido artículo 58-10”, famoso artículo del Código Penal Soviético que llenó el Goulag. Todo sea por la libertad de pensamiento y el bien de la humanidad.

Lo peor está siempre por venir y es el “antisemitismo oculto” (Schwarz, en T. II, p. 251), algo así como los antisemitas anónimos, que “permite a los conocedores del lenguaje soviético, dice Soljénitsyne, comprender de inmediato: se trata de combatir las opiniones sobre la mera base de la sospecha” y agrega esta imperdible cita de Grigori Landau que la sufrió en carne propia “(los judíos) suponen y acusan de antisemitismo... a todas las nacionalidades que nos rodean... los que expresan opiniones desfavorables sobre los judíos son considerados por ellos como antisemitas declarados, mientras los que no lo hacen, como antisemitas ocultos” (T. II, p. 253).

Más o menos como opina Oriana Fallaci de los fascistas italianos: se dividen en fascistas y antifascistas. Ergo, vaya ubicándose donde le corresponde.

En 1929 en Moscú hubo un proceso por antisemitismo cada diez días. Lógicamente todo esto es y fue “el mejor medio para que el pueblo identificara el poder soviético con el de los judíos”; en 1930 hasta el Tribunal Supremo de la RSFSR

se dio cuenta con una advertencia moderadora: el art 59,7 no debía aplicarse “en caso de agresión contra individuos particulares pertenecientes a minorías nacionales en el contexto de una diferendo personal”... “es decir que la maquinaria judicial viraba en pleno régimen...” (T. II, p. 253).

La NEP, pro y contra

Según *Tribuna Judía* el 21 setiembre 1923, para ellos “la situación material es prácticamente desesperada” (T. II, p. 253), se quedaron en poblaciones donde no hay ya comercio, pero sí requisas, de modo que “la mayor parte se nutre de América”, en ella sueñan y de ella reciben dinero y encomiendas de los parientes ricos. Las múltiples organizaciones internacionales de ayuda mutua trataron de paliar el mal momento. Por su parte el Gobierno quiere que haya más judíos en la clase obrera y para eso se crearon, siempre, vía América, escuelas profesionales exclusivas (T. II, p. 255).

Luego con la NEP mejoró su situación económica y “se encuentran a menudo judíos entre los que se enriquecieron primero durante la NEP. El odio que se les tenía era igualmente debido al hecho de que actuaban en el terreno de las instituciones soviéticas, no solamente en el del mercado: las numerosas gestiones se les facilitaban por sus relaciones en el aparato soviético”, resume Soljénitsyne a Aronson y Larine.

Los argentinos y similares hacen lo mismo con ocasión de las NEP locales, así que también debió ocurrir en el mejor de los mundos, donde ocasionalmente, según Ettinger, “la mayoría de los ‘nepmen’ o nuevos ricos estaba constituida por judíos” (T. II, p. 256), que se quedaban también con los muebles y objetos de valor de los perseguidos.

Eso sí, cuando terminó la NEP tuvieron que aguantarse las medidas anticapitalistas en el ámbito financiero, bancario y comercial con privación de derechos cívicos y confiscación de valores u objetos preciosos, de modo que, al comienzo de la tercera década de aquella edad de oro, “en las pequeñas ciudades de provincia, casi todos los judíos del sexo masculino se encontraban en la prisión de la Oguepeu” (PEJ).

Don Alejandro les recuerda: “jamás ni en las peores pesadillas, los comerciantes judíos hubieran podido imaginarse esto del tiempo de los zares” (T. II, p. 256). Las familias tuvieron que emigrar a las grandes ciudades quedando sólo un quinto en las poblaciones menores. G. Simón que lo sufrió sólo como turista teme “revolución a la rusa” con masacre de hebreos, violaciones y “la sangre de los niños ‘abreuvant ses sillons” (T. II, p. 257). Por fin comprendió la *Marsellesa* en carne propia o similar.

El célebre economista B. Broudskous, condenado al exilio en 1922, analiza largamente y con idénticas conclusiones la NEP, “reducida en buena medida a un combate contra la población judía” (T. II, p. 258), particularmente en las ex zonas de residencia donde “la igualdad de derechos para los judíos no era desde ahora (1924) más que una ficción. Más de dos tercios de ellos no disponía del derecho al voto” (idem). Convengamos que en todas estas democracias, incluida la nuestra, se trata de un derecho menor o de fantasía, pero de todos modos nos da una pauta.

No hay peor astilla...

Sigue Broudskous: “los partidos socialistas judíos han cultivado un odio particular hacia la pequeña burguesía judía, considerando que su misión era

combatirla” (T. II, p. 258). Incluye a la Sección Judía del Partido Comunista que aprovechó la segunda etapa de la NEP (1923-1925) para perfeccionar las expropiaciones de los años dorados del “comunismo de guerra” (1918 -1920) y terminó oponiéndose a la NEP.

Y para colmo quería hacerlos trabajar en algo productivo (= esfuerzo físico), sin aprender la lección de los Zares a cuyo régimen, por otra parte atribuían haber impedido que sus congéneres se dediquen al trabajo productivo en lugar de las finanzas y el comercio. Consúltese lo dicho antes.

Broutskous refuta esta mitología, pues en realidad fue el bolchevismo quien hizo casi desaparecer la clase obrera judía y sus pequeñas empresas, reduciendo masivamente a los hebreos no privilegiados al papel de intermediarios menores. Esa situación mejoró lógicamente al principio la tercera etapa de la NEP (1925-1927), pero desde 1926, cuando comienza su desmantelamiento, *“la mayor parte de los artesanos (judíos) se encontró sin trabajo por falta de materia prima”* (T. II, p. 260).

Sin embargo la ‘inteligencia’ occidental pregonaba lo contrario para facilitar la ayuda, especialmente americana, sin la cual los soviéticos no podían salir del *“comunismo de guerra”*. Lenin en el primer congreso del partido (1921) bajó línea: *“...no hay que dudar en conseguir centenas de millones, incluso millares gracias a nuestras inagotables riquezas en materias primas, para obtener la ayuda del gran capitalismo moderno”* (*idem*).

Se fundó en consecuencia el primer banco soviético, el Roscombank, dirigido por Olof Aschberg con Marc Meï, vino el apoyo yanqui, los felices concesionarios, como el favorito de Lenin, Armand Hammer, y negociados al peor estilo.

Volvamos al mito: la persecución los hizo errabundos, comerciantes y usureros a través de milenios, pero ahora... *“¡gracias al trabajo productivo a realizar bajo el cielo soviético podrán disipar todas las leyendas malévolas que circulan sobre ellos!”* (T. II, p. 262); uno de los objetivos era conseguir fondos de USA para *“ayudar al poder soviético... a transformar (los judíos pobres) en campesinos”* según dice el Comité creado con ese fin; el 16 de octubre de 1925 la *Jewish Chronicle* de Londres informa sobre el plan de reemplazar Palestina por Crimea y Ucrania.

La prensa rusa de la emigración denunció otro objetivo no menor, a saber el chantaje consistente en ligar definitivamente la suerte de los judíos con el Estado comunista (T. II, p. 263), amenazando un inmenso pogrom en caso de su caída.

Muchos mordieron voluntariamente el anzuelo incluido León Blum y el mago de las finanzas alemanas Hjalmar Schacht.

Entre casa no dejaron pasar la oportunidad para justificar la apropiación de tierras con dueños en el exilio o fusilados y para eso estaban y están los juristas humanitarios, como el super famoso Louis Marshall que consideró este despojo *“un derecho de beneficencia”* (Larine).

También Kalinine pretendió trasladar allí 100.00 familias judías, el 20 % de la población judía de la URSS, creando regiones judías autónomas, pero se opusieron los sionistas que veían peligrar el plan de retorno a Palestina. Los pobladores locales, que eran los tataros, no los palestinos, incurrieron en la temeridad de quejarse por medio del ‘capo’ de la república *Véli Ibraimo* que lo pagó con el paredón por *“incitación al pogrom”* y *“odioso chauvinismo burgués”*. Eso sí, en los papelitos legales se lo condenó por unirse a los bandidos y los koulaks.

Bueno, al fin fracasó de nuevo la pretensión de que trabajaran el campo, de modo semejante a los fracasos del s. XIX (*PEJ*, en T. II, p. 554), pero con el agregado que ahora se impuso la política de colectivización socialista (Aronson, en T. II, p. 268).

Otro intento, el más importante, se realizó en Birobijan, en la frontera China “*con una superficie casi igual a la de Suiza*” impulsada también por Kalinine y en contra de los sionistas y saboteando a los cosacos de la región siempre contrarios al régimen (T. II, p. 269). Demasiado utopismo para estos utopistas, de modo que hasta Larine se vuelve sensato mientras lamenta sus víctimas (T. II, p. 270).

La interna

Desde 1918 paralelamente al Comisariato para la población judía, dependiente a su vez de Comisariato del pueblo para las nacionalidades (1918-24), surgieron Secciones y Comités judíos que llegaron a superar a los órganos superiores. “*Era un medio formado por comunistas fanáticos, más fanáticos que las mismas autoridades soviéticas y a veces más adelantadas en sus proyectos*”, por ejemplo en el decreto de 1919 que denunciaba al hebreo como “*lengua reaccionaria y contrarrevolucionaria*”, prescribiendo la enseñanza en yiddish en las escuelas judías y la soviétización en yiddish, que sin embargo fracasó luego de 1928 (*PEJ*, en T. II, p. 271).

Era parte de la lucha que ya vimos en el primer tomo en el s. XIX entre tradicionalistas y progresistas, sionistas y socialistas territorialistas (*PEJ*), etc., en el seno de la judeidad. Las Secciones deseaban crear una “*nación judía soviética*” (T. II, p. 272) aislada de la comunidad judía mundial a la vez que paradójicamente un “*centro de consolidación de la especificidad judía en la Unión Soviética*”; ésta última parte del doble discurso tuvo, según Aronson, el apoyo de las comunidades judías desde Polonia a USA, porque constituía “*una variante del nacionalismo judío bajo la apariencia del comunismo*”.

El partido, perdón con mayúscula, el Partido, se dio cuenta y clausuró la Sección Judía en 1939, se acabó también el *Bund*, pero muchos integrantes de ambos grupos se quedaron en el partido que habían infiltrado en nombre de la “*edificación del socialismo*”. Había que continuar defendiendo la dignidad humana.

Cultura

Pasmanik y Biekerman afirman en 1923 que la cultura judía fue arruinada por la revolución, pero hay una excepción: la historiografía, pues se abrieron los archivos estatales sobre pogroms, participación revolucionaria y procesos; esta luna de miel duró poco, pues “*El destino de la cultura judía en los años 20, es el destino de dos lenguas que se separan: el hebreo y el yiddish. El hebreo fue combatido e interdicto, porque el poder veía en él la lengua de la religión y del sionismo*” (T. II, p. 274). Allí cayó la ilusión de que “*el destino del hebreo está ligado a la revolución comunista triunfante*” (I. Sloutski).

Quedaba el yiddish como lengua hablada de las masas judías; con ella el gobierno aprovechó para intentar la creación de “*una cultura soviética en yiddish*” (T. II, p. 275), de modo que en Bielorrusia fue declarada una de las lenguas oficiales y a veces como en Odessa fue “*la lengua principal utilizada en numerosos organismos del Estado*” (*PEJ*), ej. los tribunales. Eso se acentúa en Ucrania y Bielorrusia por intereses comunes, a saber: ni los gobiernos locales querían que se enseñase ruso, ni los judíos

querían aprender ucraniano o bieloruso; por descarte digamos se impuso la enseñanza en yiddish, aunque no la historia judía, reemplazada por “*la lucha de clases entre los judíos*” (Y. Mark), como por otra parte también les ocurrió a los rusos donde la historia nacional se reemplazó por la “sociología”.

Historieta repetida, no es para escandalizarse, pues lo mismo ocurre en todo “occidente”. Los subsidios a los intelectuales y artistas, siempre tan espirituales ellos, se otorgaban a los defensores de la cultura ‘proletaria’.

Como “*la revolución tiene el derecho a ser cruel*” (Y. Mark), lo sufrieron los malcriados o insumisos y también la cultura “*burguesa*” en hebreo. Kh. N. Bialik y su grupo partió para Palestina, pero algunos subsistieron hasta mediados de la siguiente década. Ni qué decir de la cultura judía en lengua rusa, quedaron los escritores en yiddish que se dividieron con la mejor sutileza rabínica en “proletarios” y “compañeros de ruta” (T. II, p. 277).

“*Los escritores judíos más importantes se integraron a la literatura soviética de lengua rusa*” (PEJ, T. VIII, cit. en T. II, p. 274 y ss.). En el teatro recordemos a Semion Iouchkévitch, que ridiculizó la burguesía hebrea durante la revolución y los pintó tan bien que luego de su muerte, en 1927, se prohibió hasta la adaptación de su obra, “*por temor a reacciones judeófobas*” (V. Levitina, en T. II, p. 278).

Los sionistas cambiaban figuritas, es decir hacían valer sus contactos internacionales para evitar la persecución directa, de modo que “*las condenas a pesadas penas de prisión y deportación fueron relativamente raras*” (I. Chekhtman). Quedaron sólo dos organizaciones sionistas reconocidas y dentro de ellas la *Poalei Sion* (Juventud de Sión), a la izquierda, más agresiva con los bolches, pero con una divisa prudente: “*La sangre judía no debe servir para lubricar los engranajes de la revolución*”. Desaparecieron tras una discreta persecución en 1926.

La “Sinagoga viviente”

A diferencia de la juventud de las ciudades, los judíos más viejos de las ex Zona de residencia, ej. Minsk o Vitebsk, resistieron vigorosamente y fueron perseguidos casi como si hubieran sido rusos. Lo cierto es que “*al comienzo de los años 30, los judíos se apartaron en masa de sus tradiciones*” (PEJ, T. VIII, citado aquí) con enfrentamientos severos entre padres e hijos (S. Ivanovitch, en T. II, p. 282).

Sonja Margolina lo expresó claramente en *Das Ende des Lüge* (1992): “*Los judíos constituyeron la ‘elite’ de la revolución, estaban en el campo de los vencedores. Es éste un aspecto singular de esta revolución rusa, a la vez plurinacional y social. Por otra parte los judíos fueron sometidos a un proceso de bolchevización política y de soviétización social: la comunicad judía como estructura étnica, religiosa y nacional, desapareció sin dejar rastros*” (T. II, p. 282).

La juventud judía bolchevique quedó embriagada por su nueva misión, convertida al ateísmo y el internacionalismo más intransigente, “*la mayor parte no escondieron su origen judío, pero adoptaron rápidamente, ellos y su familia, la cultura y la lengua rusa, y su pertenencia al mundo judío perdió toda contenido cultural*” (PEJ, T. II, p. 235).

Soljénitsyne objeta que sin embargo les quedó un núcleo duro imborrable de la conciencia nacional judía y que los matrimonios mixtos no representa sino el 6,3 % en el conjunto del país (T. II, p. 283).

En cuanto a la religión, a diferencia de lo ocurrido con la Ortodoxia (y el catolicismo, agreguemos) el poder comunista fue más bien tolerante con las prácticas religiosas judías. Es cierto que las iglesias judías no guardan objetos valiosos, ellos están en los Bancos y las finanzas.

Los bolches los sabían, pero, en un gesto para la platea, les confiscaron los candeleros de siete brazos (T. II, p. 284) como hicieron las tropas de Tito a la caída de Jerusalén y los judíos todavía lo están buscando, oficialmente, en los depósitos del Vaticano; seguramente pueden tener allí más suerte que en los restos del Estado soviético.

La Sección Judía quería una persecución religiosa idéntica a la sufrida por los cristianos, y hasta fingió un proceso público antirreligioso en yiddish en 1921; se prohibieron las escuelas religiosas que persistieron en la clandestinidad. De modo que *“a pesar de la interdicción de la instrucción religiosa, los años 20 fueron en el conjunto los más favorables a la vida religiosa judía en la URSS”* (PEJ, T. VIII, en T. II, p. 284). Se explica, pues que si bien se cerraron algunas sinagogas *“la mayoría de las sinagogas continuó funcionando... y las sinagogas eran incluso más numerosas al fin de los años 20 que en 1917”* (PEJ, T. VIII).

No hacen falta señalar la diferencia con las iglesias cristianas, pero Soljénitsyne lo hace, en relación a la Ortodoxia y termina así: *“Miles de bellas iglesias reducidas a un montón de piedras, miles de sacerdotes fusilados, miles de otros arrojados en los campos... En esos años todos quisimos expulsar a Dios”* (T. II, p. 287).

Se intentó promover una *“Sinagoga viviente”* oficialista, -algo así como el modernismo y la teología de la liberación católica-, pero los judíos religiosos mostraron una consistencia moral y unas convicciones muy superiores a la nuestra: *“La aplastante mayoría de los judíos religiosos era ferozmente opuesta a la ‘Sinagoga viviente’, por eso los planes elaborados por el poder soviético... fracasaron por completo”* (PEJ, T. VIII, en T. II, p. 285).

Estetas

Los nepotistas recuerdan con agrado que la suegra de Trotski, Olga Kameneva, regenteaba la *‘elite’* cultural, de modo que el cine, arma tan alabada por Lenin, fue aprovechada por los jóvenes judíos bolcheviques para ponerse a la cabeza de los estudios.

No insistiremos en este hecho que continúa fuera de la URSS y luego de la promocionada caída del muro, sólo recordaremos que Dziga Vertov, un famoso del cine soviético con *Tres Cantos sobre Lenin*, además de peliculitas “documentales”, dirigió las tomas de la destrucción de las reliquias de San Sergio de Radonej, de cuya existencia, vida y milagros conviene que Ud. se entere. Vaya otro recuerdo para Serge Eisenstein, propagandista talentoso para convencer a quienes lo desean y capaz de arrastrarse hasta con Stalin.

Soljénitsyne nos brinda varias páginas de ejemplos y comentarios sobre músicos, literatos, actores, artistas plásticos etc., lógicamente hebreos en este caso, donde se prueba que la estética puede ser un buen instrumento para la ferocidad, concluyendo con este comentario: *“Los judíos no hicieron ciertamente más que participar en la marcha triunfal de la cultura ‘proletaria’. Pero este clima de euforia y*

de buena conciencia impidió ver que la cultura ‘soviética’ estaba por aplastar, por ahogar a la cultura ‘rusa’ ” (T. II, p. 291).

No creo que la ideología permita la buena conciencia, pero vale como explicación *pour la gallerie* y para las almas sumisas. Pensar que, según Dostoyewski, “*la belleza salvará al mundo*”. Aquí no se nota.

Mano de obra muy ocupada

Dejemos las artes o “*la cultura*” y subamos a ámbitos menos infectos. Entre 1923 y 1927 Trotski, Kamenev y Zinoviev, “*tres dirigentes judíos de primer plano*” y su *troupe* se aliaron como “*oposición unificada*” contra Stalin. Trotski se la veía venir pues ya en marzo de 1924 se quejó ante Boukharine por la conducta, no de los burgueses sino precisamente de los obreros; estos declaraban abiertamente “*los judíos se sublevan*”, de modo que Trotski agitó el fantasma del “*antisemitismo*” en el politburó, pero nadie le llevó el apunte.

Stalin que no era antisemita, pero tampoco estúpido se rodeó de varios semitas - de los auténticos, no de los árabes-, como León Mekhlis del cual nunca se separó y también de su compañero de guerra civil Moïse Roukhimovitch, amén de Iénoukidzé y de Iaroslavski que lo defendió en el *Pravda*.

Resultado: en el XV congreso del Partido ganó Stalin, quien le encargó a Ordjonikidzé tratar “*la cuestión nacional*” en defensa de los judíos buenos (los suyos) y en contra de la banda trotskista. Se vino pues la correspondiente purga y fueron expelidos por el inodoro de la historia -semántica que no es mía sino del idealismo marxista- sus opositores hebreos, eslavos, arios o etc.; fomentó Stalin en cambio la penetración de sus hebreos “*en numerosas instancias e instituciones*”, aparte de advertir en el 1930, durante el Congreso nº XVI que el “*chauvinismo ruso*” era “*el principal peligro para la cuestión nacional*”.

Precisamente en la “*cuestión nacional*” se necesitaba mano de obra desocupada que hiciera el trabajo sucio y Stalin encargó esos menesteres a los judíos buenos que permanecieron a su lado. Había que frenar a los inadaptados campesinos o koulacs, pues se les había ocurrido obtener bienes manufacturados a cambio del grano que producían.

Ya en diciembre de 1927 durante el XV congreso, habló de ello Molotov, pero también Schlichter y Iakolev-Empstein “*esos dos inolvidables sepultureros del campesinado*” (T. II, p. 293). Se trataba de una “*guerra total*” donde había que recurrir a gente experimentada como uno y Stalin “*debía sin duda pensar que estando esta campaña dirigida masivamente contra las poblaciones eslavas, sería más seguro apoyarse en los judíos que en los rusos*”, motivo por el cual “*en el mismo seno del Gosplan, conservó una sólida mayoría judía*”.

“*Naturalmente*” dice Soljénitsyne con adverbio que se las trae, nos reencontramos con Larine dirigiendo la colectivización, León Kritsman, director del Instituto Agrario desde 1928, Jacob Iakovlev-Empstein en el Comisariato de Agricultura culminando una larga carrera.

En resumen, “*Al final de los años 20, se vio por primera vez un número apreciable de comunistas judíos investidos de un poder de vida o muerte en el campo. Es durante la colectivización cuando se fijó definitivamente la imagen del Judío como enemigo implacable del campesino — hasta en los lugares más apartados donde nadie*

había jamás visto un judío de carne y hueso” (Sonja Margolina, *ibídem*, p. 84, cit. en T. II, p. 293).

¡Ojo!, eso no quiere decir que ‘la causa’ de la destrucción del campesinado fueran los judíos, ni siquiera éstos tan eficaces, pero estuvieron a la hora y en el lugar señalado ya por Lenin que *“había orientado su estrategia contra el pueblo ruso que consideraba como el obstáculo principal para la victoria del comunismo — y esta estrategia fue puesta en marcha por él con éxito”* (T. II, p. 294).

Soljénitsyne sacará luego las consecuencias en cuanto a las responsabilidades morales, la conciencia judía ahora presentada nada menos que como modelo universal, etc., etc. También se burla del pretendido carácter *“nacional”* de la dictadura *“rusa”* de Stalin y cita a Ch. Ettinger *“al fin de la década del 20 la vida era difícil en la URSS, y mucha gente tenía la impresión de que el único pueblo que se benefició con la revolución era el judío...”* y lo que sigue en p. 294.

A. Voronel dice otro tanto en p. 297. Tanto es así que tenía autorización para fugarse del paraíso, como señala muy bien Soljénitsyne en la p. 295, a diferencia de las otras etnias, incluida la rusa.

Amor con amor se paga y al contado. Era un justo precio porque el trabajo de los ejecutores judíos fue grande, como la dirección nada menos que de la policía política o GPU que aniquiló sin piedad al clero cristiano y *“es inútil precisar que representaba un tipo nacional forjado a través de numerosas generaciones”* (T. II, p. 295). Tan inútil que el lector actual medio considera estas matanzas como un logro de la humanidad.

Liquidando la competencia

Por esa época y en la misma onda, el bolchevismo se encarnizó con los ingenieros rusos y también algunos de etnia alemana formados antes de la revolución; en la volteada cayeron también los cuadros científicos, incluida la supresión de la Facultad de Letras (marzo 1921, decreto rubricado por Lenin), pues la literatura rusa, además de su historia, era básicamente *contrarrevolucionaria*. Hoy con la nueva semántica, pero la misma decisión política debe llamarse *fundamentalista* o *autoritaria*.

Nuestro autor insiste en que son los rusos mismos quienes se lanzaron en ese camino suicida al extremo que decir *“yo soy ruso”* era considerado *contrarrevolucionario*, *“yo mismo tuve esa experiencia cuando era colegial”* (T. II, p. 296), y barrieron hasta con las estatuas. *“Esta renuncia a sí mismo no tardó en producir sus efectos sobre la lengua misma rusa: aplastada por la apisonadora de la volapük soviética, perdió su profundidad, su belleza, su fuerza de expresión”* (*ídem*), y eso que no había televisión ni los métodos postmodernos de educación.

Soljénitsyne comete el pecado mortal, mortal por lo menos para su buen nombre, de insistir en la memoria activa y recordar a los Jevalkine y Kaganovitch, sonido providencial entre nosotros, jefe de los *“ateos militantes”* (T. II, p. 297) dinamitadores de iglesias, junto con Gubelman-Iarolavski.

“El pueblo estaba sublevado porque los comunistas judíos participaban en la destrucción de las iglesias rusas”, dice A. Voronel en 1981. No volverá a suceder, la sublevación digo, porque el pueblo cristiano ya no está para esos trotes y hará todo lo posible por mantenerse razonablemente apóstata.

La “conciencia”

Los intelectuales de “Occidente” estaban a favor del Estado soviético, incluido el vergonzante Albert Einstein, que como eximio calculador reconoció su error y retiró la firma de protesta porque “*la Unión Soviética ha realizado inmensos progresos*” y “*Europa occidental, pronto va a envidiaros*”. Segundo error de cálculo en pocas líneas, seguramente porque no estaba preparando la atómica; y agrega “*no se puede excluir totalmente la hipótesis de la culpabilidad de esas gentes*” (T. II, p. 298), etc., etc., la teoría de la relatividad que le dicen. En realidad esos *goyms* eran culpables de nacimiento.

Estamos en los finales del capítulo, finales donde Soljénitsyne suele ponerse pesado: “*Se está por crearse un mito: los judíos habrían continuado siendo ciudadanos de segunda zona bajo el régimen soviético. Los comienzos de éste son designados igualmente como un período ‘donde los judíos no tuvieron todavía que sufrir las persecuciones de que fueron víctimas a continuación’*” (I. Zoundelevitch, en T. II, p. 298).

Muy raros son los que aceptan reconocer no solamente la participación de los judíos en los actos perpetrado por este joven Estado bárbaro, sino la virulencia que algunos ejercieron: “*esta mezcla de ignorancia y arrogancia, que, según Hannah Arendt, caracteriza a los judíos advenedizos, se observa en la primera generación de la ‘élite’ política y cultural socialista*”... y ello “*ha marcado el régimen soviético de los años 20 con cierto estilo peculiar de los judíos*” (cita esta última de Sonja Margolina, en idem).

Si fuera sólo características psicológicas, como parece afirmar Soljénitsyne y los autores hebreos que menciona, todo tendría fácil arreglo al mismo nivel.

G. Chourmark observa: “*Uno se asombra por la unanimidad con la cual mis compatriotas niegan toda responsabilidad en la historia rusa del s. XX*” (T. II, p. 299). Yo no me sorprendería nada, porque es la conducta habitual de quien desea sacarse de encima la culpa y pasar como inocente, sobre todo si el “*discurso judío*” reiterado los obliga a presentarse como la reserva moral de la humanidad y el modelo definitivo de la democracia global, tema que nuestro querido Soljénitsyne no ha tocado, pero es un lugar común de la “*conciencia judía*” actual.

19. EN LOS AÑOS TREINTA (CAP. 19)

El violento impulso industrial de la URSS (forcing) recibió “ayuda” americana, diga lo quiera Carlos Marx en sus libritos, pagada generosamente con materias primas y apertura a los productos occidentales, todo “*bajo la égida de los magnates de las finanzas internacionales, de Wall Street en particular*”, incluidos “*barcos enteros cargados con oro y las obras maestras del Hermitage*” (T. II, p. 301).

El historiador americano A. Sutton, que ya fue glosado, aprovechó la apertura de los archivos diplomáticos y financieros para demostrarnos el carácter amoral de los lazos entre Wall Street y los bolcheviques, con intervención del gran capital Carnegie en vista a la socialización universal.

Pero ello nos excede y entra en el campo de la “*teoría conspirativa*” de la que tenemos prohibido hablar, pero Sutton no puede menos que descubrir y documentar la pólvora: “*La gran finanza prefiere hacer negocios con Estados centralizados. La comunidad de banqueros no desea para nada una economía libre y un poder descentralizado*”; todo lo contrario “*la revolución y la finanza internacional no se contradicen de ningún modo desde que la revolución da nacimiento a un poder centralizado*”... “*Los bolcheviques y los banqueros tienen una plataforma común — el internacionalismo*” (T. II, p. 302), de allí que “*no tenga nada de sorprendente el sostenimiento por Morgan y Rockefeller de las empresas colectivistas y la abolición de los derechos individuales*”. ¡Qué desilusión!, uno pensaba que eran buenos.

Eso sí, se equivocaron al imaginar que el poder bolchevique no podía llegar a hacerles la competencia, al parecer le tuvieron poca fe a la explotación esclavista de la población, y por eso, cree Soljénitsyne, le proporcionaron a los comunistas el dinero que negaron a los Zares con el pretexto de la persecución a los judíos.

Precisamente nuestro autor tratará en particular este tema: en los años 30 “*la menor sospecha de persecución contra los judíos de la URSS hubiera apartado al ‘imperio Rockefeller’ de todo objetivo respecto del mercado soviético y lo había disuadido de ayudar a los bolcheviques*”. Si Ud. comprende aunque sea superficialmente, la última cita y sus consecuencias, puede ahorrarse la lectura de este capítulo. De todos modos seguimos adelante por si acaso.

Valores entendidos

“*Allí justamente está el problema, pues para Occidente las persecuciones ejercidas por los soviéticos contra la cultura judía tradicional y contra los sionistas, que ya hemos descripto, desaparecieron tras la impresión generalizada de que los Soviets no iban a oprimir a los judíos y que al contrario iban a mantenerlos en los niveles del poder*” (T. II, p. 303).

Por eso creemos ahora que durante los años 30, los judíos fueron expulsados de los puestos claves de ese poder feroz, más aún, en 1980 A. Voronel llega a decir que fueron “*prácticamente exterminados*” y sometidos a “*la clase dirigente*” (T. II, p. 303). Soljénitsyne sostiene, al contrario, no sólo que siguieron perteneciendo a esa clase, sino que fueron “*sostenidos, abastecidos, equipados por el poder*”, mientras el resto del país reventaba en la miseria y el terror.

Molotov, en el VIII Congreso de los Soviets, en 1936 -por orden de Stalin, sea dicho en su defensa- lo afirmó a nivel espiritual: “*Nuestros sentimientos fraternales respecto del pueblo judío provienen de, que este pueblo ha dado nacimiento al genio que ha concebido la idea de la liberación comunista de la humanidad*” (K. Marx, obviamente, en T. II, p. 304) y otros similares en la ciencia, la técnica, etc.

Parece que se lo copió de los *Protocolos de los Sabios de Sión*, pero con buena onda. Concretamente ese pueblo “*en nuestro país ha promovido y promueve constantemente dirigentes y organizadores notables que ejercen sus talentos en todas las ramas de la edificación y de la defensa de la causa socialista*” (T. II, p. 304). Además de la intención propagandística era verdad, porque defendieron el socialismo desde la *Oguepeu*, el ejército, la dirigencia y la propaganda ideológica.

Viva la represión

Soljénitsyne se dedica en las páginas siguiente a presentarnos un “breve” fichero de los nombres y puestos ocupados por los personajes judíos de la década del 30, por lo menos hasta 1938. La purga antitrotskista disminuyó el número de circuncisos en el Partido, “*pero esta purga no tenía nada de orientación antijudía*” (T. II, p. 304).

Lázaro Kaganovitch, “*tipo tan siniestramente impío como ridículamente mediocre*” seguía sentadito en el Politburo y el Orgburo del Comité Central, acumulación de funciones que sólo Stalin había sabido agenciarse y además hizo nombrar a sus hermanitos; así Mikhaïl, Iouli y un tercero, una perfecta nulidad. Es que L. Kaganovitch “*era el indefectible sostén de Stalin en el Politburo, pidiendo la ejecución de sus opositores, como en la purga de 1930 -1933 que “desvastó los rangos rusos del Partido*” (T. II, p. 305).

En el presidium de la Comisión central de control del XVI congreso del Partido, 10 sobre 25 son hebreos, como A. Solz, “*la conciencia del Partido*”, incluso en los años de ejecuciones masivas, 1934-1938, y otros aquí nombrados. En el XVII Congreso de 1934, la proporción del pueblo circunciso en el Comité Central se mantiene firme. Los comisarios del Pueblo concentran el poder bolchevique, en 1936 hay allí ocho judíos, algunos célebres por su ferocidad como Yagoda o Litvinov en Asuntos Exteriores, etc, etc. (T. II, p. 307).

“*Entre el final de 1929 y el comienzo 1930 se produjo la ‘Gran Fractura’. Se perfilaba en el horizonte el suplicio de la colectivización — y, en esta hora fatídica, Stalin presintió, para sacarla adelante, la siniestra figura de Iakovliev–Epstein cuyas fotos o retratos de Brodski (Pintor oficial y director de la Academia de Bellas Artes de Leningrado) aparecían en gran formato en los periódicos*”. Miembro conspicuo de los organismos correspondientes, Iakovliev–Epstein se encargó particularmente de los sovkhozes y los kolkhozes, “*la exterminación de toda la vida del pueblo*”, según Soljénitsyne.

Pues bien, “*sobre esta gloriosa vía que conducía a la ruina de Rusia*”, aparecen, entre los colaboradores de Iakovlev, los que figuran en la lista de p. 308 y ss. “*Es así que los judíos soviéticos recibieron en el reparto una parte notable de la gestión económica, industrial, estatal del país en todos los escalones*” (T. II, p. 311).

El incorrecto Premio Nobel reitera, previendo las acusaciones, que de ninguna manera sólo los judíos manejaban todo y las otras nacionalidades eran inocentes. Pero que estaban, estaban, y estaban nada menos que en los asesinatos, los genocidios, las

torturas, el saqueo. Con el utopismo que se le quedó pegado luego de tantos años juntos, Soljénitsyne propone que los herederos “*tomen conciencia*” de que no son “*la conciencia de la humanidad*”.

Le dedica un párrafo especial a B. Roïsenman, premiado con la orden Lenin por las tareas especiales cumplidas en “*una ofensiva socialista de gran amplitud*”; se mereció el premio, pues su tarea consistía “*en purgar el aparato estatal en el seno de las representaciones en el exterior*”, o sea en la Diplomacia; allí también nos enteramos de que “*el camarada F.A. Rotchtein, miembro del Comisariato de Asuntos exteriores ha vuelto de su vacaciones y retomado sus funciones*” (T. II, p. 312).

Soljénitsyne comenta: “*¿Se hablaba así de algún otro, salvo del camarada Stalin? ¡Incluso ni de un Ordjoikidzé o de un Mikoyan!*” (T. II, p. 312). Hasta la PEJ nos informa sobre “*diplomáticos de la escuela de Litvinov*”.

Echaron pues raíces allí, como lo muestra también la lista de p. 312, al igual que en el Ejército (T. II, pp. 313-4). “*Sin embargo el servicio en las FFAA no tiene nada de pernicioso, puede al contrario ser absolutamente positivo. ¿Qué decir en cambio de nuestro hijo preferido, la Oguepeu-NKVD?*”. Hay que dejárselo decir a L. Iou. Kritcheski, quien publica en Jerusalén en 1999: “*en vísperas de las represiones más masivas*” encontramos 407 responsables de alto nivel condecorados con ocasión del 20º aniversario de la *Tcheka-Oguepeu-NKVD*, de los cuales 56 son judíos, 13,8 % (T. II, p. 314).

Recordemos que, cuando la *Oguepeu* se transforma en *NKVD* (1934) con su jefe Iagoda, sus “*muros ciegos*” nos permiten por una vez conocer a los Comisarios de Seguridad del Estado: la mitad hebreos (T. II, p. 315).

Al servicio de espionaje exterior lo dirige A. A Sloutski y allí estaba también nuestro apreciado Naoum (Leonid) Etigon, director del asesinato de Trotski y “*organizador del grupo de los ‘cinco espías de Cambridge’, y del espionaje nuclear posterior a la guerra*” (T. II, p. 315).

En esa diplomacia pacifista al servicio de los Derechos Humanos, Alexandre Orlov (pseudónimo) ejercía el control de la *NKVD* sobre todo el comercio exterior y Mikhail Kolstov-Friedland era consejero político del gobierno republicano español.

Para no ser menos Mikhail Litvine, ya de la *NKVD*, por sus méritos fue promovido en mayo de 1937 al puesto de “*jefe del inigualable e inigualado Departamento político secreto del Estado (GUGB) de la NKVD. El adjunto al jefe de este servicio era Guenrkh-Liouchov (fue abatido por una bala ‘japonesa’, pues se había pasado a su campo en 1938; al fin de la guerra los japoneses se negaron a extraditarlo y, no sabiendo qué hacer con él, lo fusilaron...*” (T. II, p. 316).

Convengamos en que Soljénitsyne es algo injusto con los japoneses.

En 1936 entre los ‘capos’ de los diez departamentos de la GUGB nos encontramos con siete judíos. “*Al personal directivo del Goulag, lo he nombrado en ‘El Archipiélago’. Sí, la participación de los judíos tampoco allí no ha sido menor. (Haber reproducido los retratos de los jefes de obras del famoso canal Mar Blanco-Báltico encontrados en la colección publicada en 1936 para celebrar esta gloriosa empresa, provocó indignación: se me acusó de no haber seleccionado sino judíos. Pero no seleccioné a nadie, reproduje las fotos de todos los jefes del campo Mar Blanco-Báltico que figuran en ese libro imperecedero — ¿y quién ha hecho esta selección, de quién es la culpa si no de los judíos?)*” (T. II, p. 317).

En venganza, Soljénitsyne agrega ahora detalles desconocidos que le proporciona la *PJE, Pequeña Enciclopedia Judía*, tantas veces citada. “*No se puede negar: la Historia ha hecho entrar muchos judíos soviéticos en los rangos de ejecutores del triste destino de todo el pueblo ruso*” (idem).

En pp. 318-9 va el fichero de los apoderados regionales de la *GPU-NKVD*. Se los ahorro, porque hasta yo estoy un poco aburrido de más de lo mismo, pero recuerde que Kaplan en los países bálticos provocó una explosión de cólera en la población al retirarse las tropas soviéticas en 1941 y antes de la llegada de las alemanas.

¡Surprise! ¿Quién inventó las cámaras de Gas?

“*Los dueños de nuestros destinos actuaban con seguridad desde cumbres seguras — y el golpe brutal, inesperado que los hirió les pareció como el estremecimiento de todo el universo, el fin del mundo. ¿Quién de entre ellos había entrevisto antes de esto el destino fatal de los autores de toda revolución?*” (T. II, p. 320). Viene luego el estudio de las listas de los dirigentes desaparecidos en el mencionado inodoro soviético de la historia durante la purga de 1937-8.

Nuestro contemporáneo, G.B. Kostyrchenko, en *La política secreta de Stalin: el poder del antisemitismo*, del 2001, escribe: “*desde el 1º de enero de 1935 al 1º de enero de 1938, los representantes de esta nacionalidad estaban a la cabeza del 50 % de los principales servicios del aparato central para los Asuntos interiores, ellos en cambio, no ocupaban el 1º de enero de 1939 sino el 6 % de los puestos*”. La Revolución en la Revolución. Ver el elenco correspondiente en pp. 320-322.

“*Pero hay biografías absolutamente secretas, escondidas, que no conocemos sino gracias a informaciones fortuitas, filtradas aprovechando la “transparencia” (la famosa ‘glasnost’), todavía refrenada del comienzo de los años 90. Así el profesor Grigori Maïranovski, especialista en tóxicos en el servicio especial de la NKVD, encargado de ejecutar con inyecciones a los condenados a muerte desde 1937 a 1950 y en el ‘Laboratorio X’ a extranjeros entre 1960 y 1970. Detenido en 1951, Moïranovski le escribió a Beria: “Por mi mano han sido ejecutados decenas de enemigos del poder soviético, especialmente nacionalistas de todo pelaje”. El relato venía algo aburrido y previsible, cuando de inmediato hasta Soljénitsyne se sorprende:.. “Pero he aquí que se ha filtrado en 1990 una sorprendente información, enterándonos de que las famosas ‘douchegoubki’ (cámaras de gas ambulantes) no fueron inventadas por Hitler durante la segunda guerra mundial, sino por la NKVD soviética en 1937 y el inventor (no el sólo, sin duda, pero él fue el corazón de este invento) fue Isai Davidovitch Berg, Jefe del Servicio económico de la NKVD de la región de Moscu” (T. II, p. 321). Los detalles en página siguiente del mismo T. II.*

Cuando había demasiados para matar los metían desnudos en un furgón y los gaseaban. Berg fue fusilado en 1939 y rehabilitado en 1956. Lo cuentan E. Jirnov en 1990 y Pavel Soudoplatov en 1997.

Víctimas y victimarios

Soljénitsyne se ve obligado a realizar algunas puntualizaciones éticas: “*Sin embargo, no se puede aceptar (no sería decente ni honesto) incluir entre las ‘persecuciones’ contra los judíos, el hecho de que hayan sido expulsados de los órganos represivos. Pues no había allí motivación antijudía*” (T. II, p. 322), amén de que los

expulsados cobraban buen dinero y honores. En realidad. De acuerdo con lo dicho en el prólogo, había, me parece, una motivación antijudía tan “deshonesta” como la de las supuestas víctimas: impedirles ejercer el poder y los objetivos políticos de la estirpe, que en este caso concreto, incluía la represión.

También cayeron en esos buenos tiempos de 1937-8 muchos funcionarios del Partido, incluidos los históricos Kamenev y Zinoviev y Golochtchokine “*que había organizado el asesinato del tsar*”, de modo que la composición del Sovnarkon cambia de modo notable (lista aplastantes pp. 323-330). Por cierto fueron barridos por esa escoba de fuego muchos no comprometidos con el poder bolchevique en especial judíos y pagaron algunos justos por muchos pecadores (T. II, p. 329).

“*Se nos propone la siguiente perspectiva: ‘se trata de víctimas de la dictadura soviética, utilizadas y luego liquidadas sin piedad, cuando no eran ya útiles’ ¡Buena explicación!*”, pero no eran meros instrumentos sino “*el motor de esta misma dictadura*” y antes de resultar inútiles, “*¿no tomaron una parte vigorosa en el saqueo de la religión, de la cultura, en el aniquilamiento de la inteligencia y de algunos millones de campesinos?*” (T. II, p. 323).

Responda el lector, pero nunca en público por elemental prudencia de la carne.

“*La aplastante superioridad de número de judíos ubicados en lo alto que cayeron bajo el cuchillo de Stalin no impide comprobar, como surge de las páginas mismas escritas por los publicistas judíos de Occidente, que este fenómeno en sí no era percibido como una ofensiva contra los judíos en el terreno de su nacionalidad: los judíos han caído en la máquina de picar carne, porque ocupaban en gran número puestos eminentes*”. Y cita los correspondientes escritores hebreos en la p. 331 (que por cierto no consideran mi observación de hace dos párrafos).

A St. Ivanovitch que tiene el descaro de quejarse por la falta de derecho, le responde “*Pero, ¿qué pueblo, bajo la dictadura comunista, gozaba de un tal ‘derecho’? La realidad era: o bien te mantienes o bien te hundes*” (T. II, p. 331). Y algunos se hundieron.

Los llora St. Ivanovitch (S.O. Portugueís fuera del circo) que conserva algo del fado y la *morrinha* lusitana: “*Los judíos bajo la autocracia tenían mucho menos que bajo los bolcheviques el ‘derecho a la residencia’, pero mucho más el ‘derecho a la vida’*”.

Soljénitsyne le agradece esa migaja de verdad y, como al pasar, observa que durante la liquidación de los koulaks “*millones de campesinos no tuvieron ni el derecho a la residencia ni a la vida. Y todas las plumas soviéticas (y entre ellas muchas judías) permanecieron mudas como tumbas ante la fría exterminación del campesinado ruso. Mudo igualmente el Occidente entero. Por ignorancia ¿creéis? o ¿por la preocupación de tratar con miramientos al poder soviético? o ¿simplemente por indiferencia?*” (T. II, p. 332).

Sufrieron una persecución feroz 15 millones de campesinos y poco después entre 1932 y 1933 cinco o seis millones de personas agonizaron y murieron de hambre en los límites de Europa mientras “*la prensa libre del mundo libre queda en silencio y con la boca cosida*”.

Aunque se acepte el compromiso de la prensa izquierdista con el bolchevismo uno se queda estupefacto, dice Soljénitsyne, “*al ver hasta qué grado pueden alcanzar la ceguera y la indiferencia ante el sufrimiento de la gente, de decenas de millones de*

personas. Es que ojo que no ve, corazón que no siente” (T. II, p. 332). Soljénitsyne se sorprende, porque tiene, o aparenta tener por retórica y dialéctica, nociones ingenuas sobre la prensa libre, el pensamiento y la política liberal.

En Ucrania, los judíos luego de sostener al Estado Ruso desde 1917 a 1920, se volvieron partidarios y partisanos de la autonomía con gran influencia en las ciudades (Mikhail Kheifets). *“Se puede leer incluso esta conclusión (de Sonja Margolina): la destrucción en 1937 de la cultura de lengua ucrania estaba dirigida en parte contra estos judíos, que habían ‘realmente’ creado con los ucranios la Unión para el desarrollo de la cultura local en ucranio”* (T. II, idem).

Pero esta alianza ocasional, realizada sobre todo en medios intelectuales, no endulzó los sentimientos de la población respecto de los judíos: es que se acordaba de los procedimientos de la colectivización que envenenó las centenarias relaciones entre judíos y ucranianos, quienes *“tuvieron la impresión de que el hambre, entre ellos, era imputable a los judíos”* (T. II, p. 333) y así persistían algunos hacia 1980.

Stalin y Molotov: pena de muerte para los antisemitas

Las autoridades comunistas silenciaron el antisemitismo a veces para no dar la impresión de que el ataque al chauvinismo de los ‘Grandes Rusos’, escondía en realidad una defensa de los judíos (S.M. Schwartz). Sin embargo el *New York Times* del 15 de abril de 1931, p. 15 y tras él la prensa mundial trae declaraciones de Stalin: *“Los comunistas que son internacionalistas consecuentes, no pueden sino ser los enemigos jurados del antsemitismo. En la URSS, el antisemitismo está severamente castigado por la ley en tanto fenómeno profundamente contrario al régimen soviético. Los antisemitas activos, por las leyes de la URSS, incurren en pena capital”*.

Las orejas occidentales y civilizadas no se molestaron: *“Ahora bien, es la única nación, aclara el Nobel, entre todas las que pueblan la URSS, que él se digna distinguir ‘de éste modo’. La opinión pública mundial se mostró plenamente satisfecha por ello. Pero, detalle característico, esta declaración de Guía no fue publicada en la prensa soviética (por un efecto de astucia y por su prudencia). Estaba destinada a la exportación”*.

Sólo Molotov la hizo conocer en 1936 durante el Congreso de los Soviets. Es que, como dice S. Schwartz, en la segunda mitad de los años 30 resurgió al antijudaísmo sobre todo en las ciudades importantes, donde residían los intelectuales hebreos que según el mismo *“no tenían casi ninguna otra posibilidad de supervivencia, salvo el servicio del estado”*. Soljénitsyne se indigna: podían hacer otra cosa como trabajar los campos, etc. Lo de siempre.

“Por lo que hace a las decisiones gubernamentales, puede decirse sin riesgo de equivocarse que en los años 30, nada, en la cuestión judía, había cambiado desde la revolución, que ningún antisemitismo oficial respecto a los judíos se había manifestado todavía. En fin ¿no se pregonaba, no se sacaba a relucir ‘el fin definitivo de todas las contradicciones nacionales?’ ” (T. II, p. 335).

Y en el extranjero la prensa repetía otro tanto, no en vano St. Ivanovitch teme la caída del poder soviético considerado judeófilo por la población.

Mientras tanto Stalin repetía sus ataques al chauvinismo *“gran ruso”* o sea el nacionalismo más o menos tradicional del que no quedaban rastros, sin imaginarse que pronto debería recurrir al nacionalismo para enfrentar el ataque alemán. *“Pero en*

nombre del cielo ¿qué locura se había apoderado de Stalin?”... “He aquí pues donde residía la peor amenaza para Rusia en la víspera de la ofensiva de Hitler: ¡en el ‘patrioterismo ruso!’ ”.

Stalin estará siempre bien acompañado: los autores judíos pensaban y pensarán mucho después lo mismo que él, a pesar de que precisamente este patriotismo salvará incluso a los judíos soviéticos.

Bueno, digo yo, una cosa no quita la otra: ningún socialista, aunque se haya salvado por el patriotismo durante la guerra 1941-1945, verá con buenos ojos un régimen nacional, y actuará así por principio y por conveniencia. Soljénitsyne termina este párrafo con un rasgo de sentimentalismo: se queja de la “ingratitude”, lo que en política es inaceptable, y agrega “*¡Esto querría decir, que de una vez por todas y para siempre, ‘no puede existir’ patriotismo ruso puro, inocente, que no sea culpable ante nadie!*” (T. II, p. 337).

Respuesta autóctona: será siempre culpable mientras los otros tengan el poder y la propaganda; así es la naturaleza del mundo político y tendrá que aguantarla, porque a pesar de los nominalistas “*la naturaleza siempre vuelve*”, y con el pecado original a cuestas.

Persecución para algunos

El cierre de la Sección europea del PCR(h) en 1937-8 fue importante para los judíos soviéticos, pues impidió el desarrollo separado o independiente de la vida pública judía, nacional, cultural y personal, obligándolos a fundirse en la corriente general, con el saqueo de todos los bienes culturales de su pueblo. Los miembros de dicha sección fueron arrestados y fusilados; otro tanto pasó con otros comunistas hebreos más o menos autorizados: miembros del *Bund*, partido socialista sionista o del *Poalei-Tsión*.

Las escuelas judías declinaron, incluso las de idioma yiddish, y prácticamente se cerraron los establecimientos secundarios y superiores, durante 1937-8, en Rusia, Ucrania y Bielorrusia; la cultura en hebreo pasó casi a la clandestinidad, al igual que los sionistas, dispersados y arrestados, etc. A fines de 1930 el 57 % de las sinagogas, 257, habían sido cerradas y las comunidades no podían ni fabricar pan ázimo, los rabinos perseguidos, fusilado en 1938 el Gran Rabino de Moscú Chamariagu Medalie.

Soljénitsyne les observa que no eran las únicas víctimas, ni eran sólo víctimas: que ya al comienzo de la década se vio también la destrucción de miles de iglesias ortodoxas y que la remodelación de Moscú para desembarazarla de iglesias fue confiada a un judío, Boris Iofan; justamente en lugar de la Iglesia de Cristo Salvador se erigió el costoso palacio del Congreso, para cuyo proyecto se anotaron los arquitectos Friedman, B. Iofan, Bronstein y Ladovski, muchachos comidos en ese entonces, pero que con el tiempo también fueron arrestados.

Los proyectos de implantación judía en el campo fracasaron en especial el gigantesco proyecto Birobidjan cuyos vaivenes relata con detalle; allí se pretendió crear una república autónoma judía en 1931 y en 1932 fue declarada “*región judía autónoma*” a pesar de la población mayoritaria no judía.

Pero no estaban precisamente en Palestina, de modo que faltó el “*impulso nacional en el seno de las masas judías*” (T. II, p. 342) y tampoco encontraron judíos indigentes como para poblar esa región... Al final a los soviéticos les fue como a los zares con el intento de transformar a los judíos en agricultores, quedaron 18 kolkhozes,

o sea 40 a 50 familias. El General israelí Beni Peled lo explica bien en 1981: “*¡Siento simplemente que no habría podido dar mi vida por un pedazo de tierra rusa, un pedazo de Uganda, hasta por el estado de New Jersey...!*” (T. II, p. 344). Lo de Beni Peled, vale como explicación y no se olvide de recordarlo, cuando lleguemos a la actuación de los hebreos en la guerra.

Privilegios para otros

La migración hebrea hacia las grandes ciudades no se detuvo en esta década, con el agregado de una espectacular elevación del nivel juvenil de instrucción, preparando “*una sólida estructura de cuadros técnicos para los años soviéticos futuros*” (T. II, p. 344). Estadísticas en la p. 345. Esta superioridad sobre la juventud rusa, ya comentada, les permitía “*ocupar puestos importantes en la economía soviética en plena expansión en los años 30*” (PEJ).

Soljénitsyne se ríe de Grigori Aronson que, cuando pretende que no subsistían personalidades judías prestigiosas en la vida pública soviética, lo refuta con sus propios textos, y lo apabulla con su fichero, ej. el actor Iouri Levitane, “*la voz de la URSS*”, el mimado de Stalin que se hizo escuchar mediante “*la voz*” durante generaciones; o el director de la orquesta del Bolshoi, Samoil Samosoud etc, etc. (T. II, p. 346 ss.).

A veces artistas de talento, otras propagandistas “*que han rellenado el cráneo de las masas, les han hecho tragar mentiras y han desnaturalizado su gusto, su sensibilidad*”, pero todos eran de la dictadura (T. II, p. 347).

En cuanto al cine, ni qué hablar. “*No, realmente, el clima oficial soviético de los años 30 estaba exento de antipatía respecto de los judíos. Y hasta la guerra, la gran mayoría de los judíos soviéticos se mantuvo en simpatía con la ideología soviética y de acuerdo con el régimen*” (T. II, p. 348). Así que no miren para otro lado.

El patriotismo soviético consistía en servir constantemente al régimen y su cultura. Como era de esperar a la cabeza del *Glavlit*, Dirección Central de la Literatura y las Artes, se encontraba B.M. Volline-Fradkine; su personal se componía en gran parte de judíos, y las ediciones fueron concentradas en *GIZ*, Ediciones del Estado. Toda la farándula en pp. 349-50.

La ciencia histórica es el plato fuerte de toda propaganda, los argentinos lo sabemos tanto o más que los comunistas, aunque ellos fueron más prácticos y se dieron el gusto de encerrar a los mejores historiadores en los campos de concentración “*para podrirse allí (¿Hemos oído hablar mucho sobre este desastre?)*” (T. II, p. 350).

Sería como oír hablar del fusilamiento de Ramiro de Maeztu por los republicanos españoles. Para la propaganda y el poder mundial sólo existen los ideólogos del sistema, quienes, sean rusos o judíos, ocuparon de inmediato los cargos de los finados.

En 1938 les tocó a los físicos, los científicos en general y los técnicos donde había florecido “*una superabundancia de talentos*” judíos; éstos, como vimos, aprovecharon los privilegios que les otorgó el comunismo al extremo de que en 1931, en la primera conferencia de la Unión para la planificación de la ciencia, el académico Ioffé, con toda impudicia, aseguró: “*El capitalismo moderno desde ahora incapaz de efectuar una evolución técnica*”, porque ella es sólo producto de la revolución “*que ha transformado la Rusia retrasada y bárbara en la Unión de repúblicas socialistas*”; otro tanto vale para E. Ia. Colman, el “*filósofo-gangster*” (¿qué hallazgo lingüístico éste de

Soljénitsyne, dado lo que vemos y lo que se viene!) ideólogo de la ciencia del proletariado (T. II, p. 352).

La *Enciclopedia Judía* lo resume así: “*Es al final de los años 30 cuando, a lo largo de toda la duración del poder soviético, el rol de los judíos en las diferentes esferas de la vida de la sociedad soviética logró su apogeo*”. En ese paraíso sin Yahve, el 40 % de la población activa judía estaba constituida por funcionarios, por ejemplo el 27 % por los médicos, que sin duda tenían mucho que hacer.

Sigue la *Enciclopedia* “*éxitos tan impresionantes de parte de una minoría nacional, aunque sea en un régimen que proclamaba el internacionalismo y la fraternidad entre los pueblos de la URSS, crearon las premisas para una reacción de la parte del Estado*” (T. II, p. 352).

Como Ud. ve, la culpa la tienen los otros, y todo se explica por la envidia. Para quedar bien, no hay como el psicoanálisis social.

Molotov: terminaremos con la Sinagoga

“*Stalin no se privó, en su carrera política de constituir uniones de bloques con los líderes judíos del Partido comunista, de apoyarse en personalidades de segundo rango. Si hay algo cierto es que, llegado a la mitad de los años 30, veía claramente hasta qué punto era desfavorable ubicarse en el mundo, a semejanza de Hitler, como enemigo de los judíos. Pero la animosidad contra ellos debía desde siempre habitar en su corazón (las Memorias de su hija lo confirman), incluso si no lo dejaba sentir a sus más próximos colaboradores. Mientras luchaba contra los troskistas, no despreciaba otro aspecto, ventajoso para él, como la posibilidad de tener al fin el campo libre, de reducir la influencia de los judíos en el Partido. Además ¿No había amenazas de guerra? Y Stalin olfateaba que no lo sacaría a flote ‘el internacionalismo proletario’, sino más bien la noción de ‘patria’, ¡con mayúscula, incluso, si le era necesario!*” (T. II, p. 353).

Estas líneas resumen el juicio de Soljénitsyne sobre Stalin y permiten comprender muchas añoranzas lacrimosas, como la del social-demócrata S. Schwartz, cargado de experiencia, por la defunción del Partido que conocieron y apoyaron: “*esta purga sin precedentes logró la casi exterminación del antiguo partido y la creación, en su lugar, de un nuevo partido comunista (bajo el mismo nombre, nuevo por su composición social y su ideología)*... y “*la evicción progresiva de los judíos que se encuentran en segundo plano en todas las esferas de la vida social*” a partir de 1937; “*casi todos los comunistas que jugaron un papel algo significativo, desaparecieron de la escena*”, con honrosas excepciones, como Lázaro Kaganovitch (idem).

Tienen razón, es como para llorar. La purga llegó a tal punto que S. Gouzenko, “*célebre tráfuga huido de la URSS, contaba que a partir de 1939 fue introducido oficialmente el ‘numerus clausus’ para la admisión de judíos en los establecimientos de enseñanza superior*” (T. II, p. 354).

Molotov se pasó. En los años 90 Zinovi Cheñinis, nos revela en *Soverchenno sekretno* (‘top secret’), que en 1939 al recibir al Comisario de Asuntos exteriores y ante todo el gabinete, declaró: “*¡Aquí terminaremos definitivamente con la Sinagoga!*”, y el mismo día habría despedido a los judíos” (T. II, p. 354).

Explosión optimista y sentimental del materialismo científico que pretende ignorar a San Agustín. Y hay otras anécdotas divertidas que degustarán quienes compren el libro.

Trotsky también ensaya una explicación materialista y científica a mediados de los 30 en Méjico: gran parte de la inteligencia europea apoyó al Komintern “*en búsqueda de un sostén contra el antisemitismo agresivo*” y no por interés en el comunismo o el marxismo.

Soljénitsyne no le perdona: “*¡Y pensar que es justo este Komintern el que ha aprobado el pacto Ribbentrop-Molotov! Un pacto que dio un golpe mortal a los judíos de la Europa del Este...*” (T. II, p. 354). En setiembre de 1939 centenares de miles de judíos polacos huyeron de la ofensiva alemana que favoreció el éxodo, buscando la protección del ejército rojo; les fue bien durante dos meses, hasta que “*a fines de noviembre, el gobierno soviético cerró la frontera*” (E. Koulicher, *Proscripción y Deportación de los judíos, LMJR-2*).

Escaparon unos 300.000. A raíz de la ocupación de los países bálticos, a los 3.020.000 judíos de la URSS, se les agregaron 2.000.000, o sea que llegaron a los 5.000.000 y pasaron a ser la cuarta nación en la URSS, después de los eslavos.

El gobierno bolchevique de todos modos no cambió su política respecto a la población hebrea durante los 20 meses de la colaboración nazi-soviética (I. Chekhtman, *Los Judíos soviéticos en la guerra soviético-alemana, LMJR- 2*).

Lógicamente los hebreos se convirtieron en el “*el principal sostén del poder soviético*” en la Polonia ocupada por los rusos, al igual que en Bukovina, Besarabia y Lituania. No sabían bien lo que pasaba en la URSS, pero sospechaban que de Alemania se venía “*La Gran Catástrofe*” y que “*se les abrían los brazos de los Soviets y les ofrecían, pensaban, una salvación asegurada*” (T. II, p. 356).

20. EN LOS CAMPOS DEL GULAG (CAP. 20)

“Si yo mismo no hubiera estado allí, jamás hubiera podido escribir este capítulo”. Antes de esta experiencia no tenía en cuenta las nacionalidades sino la humanidad. “Pero si te mandan al campo y te enteras de que perteneces a una ‘buena’ nación, tienes suerte, estás tranquilo, sobrevivirás. Al contrario, si tu nación es ‘la de todos’, no le echas la culpa a nadie”.

En el Gulag, como en todas partes hay acomodados y algunas naciones están allí más acomodadas que otras, ej. había proporcionalmente pocos rusos, ningún báltico, “en cambio, ¡cuántos judíos, armenios, georgianos, muchos azerbaijanos e igualmente montañeses del Cáucaso!” (T. II, p. 357). Cada nación buscaba los medios para sobrevivir.

“¿Y qué fue de los judíos? Pues la suerte ha tejido juntos sus destinos y el de los rusos quizá para siempre, y por otra parte allí está la razón de este libro” (T. II, p. 358). Ciertamente habrá críticos de lo que va a decir de modo que Soljénitsyne toma sus precauciones y se adelanta a las objeciones sintetizándolas gracias a la experiencia de sus otras obras para terminar con un hachazo sin asco: “en tanto que uno pueda generalizar, los judíos vivían allí menos duramente que los otros” (T. II, p. 359), y como buen nazi, al decir de sus enemigos, tiene uno muchos amigos judíos o testimonios que confirman sus dichos personalmente y en *Memorias*.

A diferencia de los rusos “el judío no era tan tonto como para ver en el judío prisionero ‘un enemigo del pueblo’, o un perverso acaparador de los bienes de la nación (como hacía el ruso adoctrinado por otro ruso); veía ante todo en él un compatriota desgraciado -¡y sean alabados los judíos por su lucidez!” (T. II, p. 361); repudia en cambio a los rusos que, a pesar de ser tantos, ayudaron a matar 15.000.000 de los suyos durante la colectivización.

Bueno, los piropos retóricos y reales de Soljénitsyne tienen sus límites cuando va a las cosas y recuerda la lista de los premios de la famosa prisión Bel Balt (Mar Blanco-Báltico) donde perecieron en 1931-32 centenares de miles de campesinos rusos y ucranianos, reventando en los trabajos forzados para construir el canal: en la correspondiente fotito del *Izvestia* del 5 de agosto de 1933 de los más meritorios nos encontramos con Guernikh Iagoda, Maftei Berman, Semion Firine, Lázaro Bogan, Iakov Rappoport, Neftali Frenkel.

Nuestro autor tuvo el mal gusto de reproducir “la cara de estos miserables” sin discriminación en *El Archipiélago Goulag* y sufrió las consecuencias: “¡Dios mío! ¿qué había hecho? ¿cómo me había atrevido? Se indignó el universo ¡Es antisemitismo! ¡Yo era un antisemita marcado con sello de la infamia irrecuperable!” (T. II, p. 363), etc.

Tampoco hay que tomarlo a la tremenda, todo el que dice la verdad tiene que tener listo un caballo para escabullirse, según el viejo refrán criollo. El que quiere celeste que le cueste.

Estos fariseos no se escandalizaron, cuando morían los rusos ni cuando vieron estas fotos en el absoluto silencio soviético de esos años. “Les reprocharé como a los bolcheviques: no hay que tener vergüenza cuando se habla de las ignominias, ¡sino cuando se las comete!” (T. II, p. 363).

Neftali Frenkel “ese infatigable demonio del Archipiélago”, le suscita una pregunta: se había escapado a Turquía con toda su plata en los años 20..., y ¿por qué se

le ocurrió volver?, ¿a él, que no tenía convicciones comunistas? Volver a la GPU de Stalin y sufrir detención, pero eso sí, a cambio de matar campesinos e ingenieros de la competencia, como vimos. “¿Qué deseaba su corazón lleno de odio? No veo otra explicación que la sed de venganza contra Rusia. Si alguno puede explicarlo mejor, que lo haga” (T. II, p. 363). Todavía está esperando.

La experiencia personal

Quien desee conocer el elenco de la estructura administrativa del campo, y sus relaciones con la maldita policía política, lea la p. 364, teniendo buen cuidado de no terminar “antisemita”, a pesar de que no encontrará un árabe ni para muestra. Ocurría otro tanto en otros Gulags como el del ferrocarril Koalas -Vorkouta, el Gratch en extremo oriente, el campo minero de Tchäi -Ourinski en Kolyma (1943-44); el túnel submarino que une el continente con la isla Sakhaline, “el trust Araïs “, dirigido por un tal Araïs lógicamente.

Los judíos que tomaban su cruz a la par del *goym* infeliz eran despreciados por todo el mundo, incluido los *goym*: “*Pero simplemente es un judío degenerado: ¿iba un verdadero judío a empujar un vagón?*” (T. II, p. 365). Soljénitsyne nos da varios ejemplos admirables, seguramente en defensa propia, pero eso no quita los méritos de nadie.

Ateniéndonos a su experiencia personal, desde el “gran” Belomor a un modesto campo de Moscú, la vida estaba sometida a tres privilegiados: Salomón Solomonov, David Bourchtein e Isaac Berchader, y lo cuenta con algunas anécdotas vomitivas.

Puede Ud. ilustrarse leyendo la obras de Soljénitsyne, en particular *La República del Trabajo*, que como su nombre lo indica provocó indignación incluso entre sus buenos amigos judíos, el matrimonio Téouch, a quienes particularmente les chocó el personaje de Solomonov, el personaje literario se entiende, no el real al que Soljénitsyne imita según la mejor doctrina aristotélica. Los Téouch eran gente práctica y le propusieron convertir a Solomonov en un ruso o censurarlo de modo “*no menos brutal que la censura oficial soviética*” (T. II, p. 369).

Soljénitsyne será trepador e infame como todo cristiano antisemita o no, pero esta vez se atuvo a su memoria activa: reproduce “*nuestros monstruos*”, los rusos de Rusia, pero desgraciadamente también los hebreos, a pesar de presiones idénticas a las de la ciencia oficial que le bajan mala línea: “*no hay que ennegrecer la realidad, es necesario seguir las reglas del realismo socialista, escribir como esto habría debido ser, no como fue*” (T. II, p. 369). Se lo reprochan algunos vientres idealistas como Assir Sandler, Miron Markovitch, Etlis e Ilya Erhenbourg.

“*Pero hay un detalle que ningún judío jamás me ha reprochado, es que Ivan Denissovitch (el personaje descrito por Soljénitsyne), de hecho, sea para César Markovitch como un servidor, y que lo sirva, a fe mía, animado de los mejores sentimientos*” (T. II, p. 370). Es que hay siervos y señores, ambos elegidos.

21. EN LA GUERRA CON ALEMANIA (CAP. 21)

Desde la Noche de Cristal de 1938 los judíos alemanes se las veían venir, pero sin llegar a imaginarse la política nazi de exterminación física. Los judíos soviéticos menos aún imaginaron los infiernos de Rostov, Simferopol, Odessa, Minsk, Belostok, Kaunas, Narva. En la p. 372 aparece una lista de personalidades hebreas liquidadas pues no lograron aprovechar la evacuación de 1941-1942, que tenía en cuenta especialmente a los judíos, preferencia esta última que algunos discuten.

Aunque no hay cifras soviéticas oficiales, existen investigaciones de los últimos decenios sobre al número de judíos evacuados de los territorios ocupados por los alemanes: según el demógrafo M. Kounovetski en 1939 había 3.028. 538 judíos en la parte ocupada de las antiguas fronteras de la URSS, lograron fugar 1.100.000 más o menos. Pero en los territorios anexados por la URSS, llamados “provincias –tapones” e invadidos por la ‘Blitzkrieg’ fracasó la evacuación: de 1.885.000 de los cuales sólo logró evadirse el 10 o 12 %.

“Así, de acuerdo a las estimaciones más optimistas que disponemos, cerca de 2.226.000 judíos pudieron escapar a la ocupación de los territorios de la URSS en sus nuevas fronteras. En el territorio invadido por el enemigo, quedaban 2.739.000 judíos (1.080.000 ‘orientales’ y 1.659.000 ‘occidentales’ ” (T. II, p. 375).

Soljénitsyne defiende en esto a los soviéticos: no entregaron los judíos a los nazis, sino que hicieron lo posible por evacuarlos (T. II, p. 376), aunque la prensa soviética y los documentos oficiales posteriores a fines de 1940 disimulan el hecho, “y uno comprende el motivo” del disimulo: 1) la firma del pacto con Alemania obligaba, hasta entonces, a ocultar la política nazi respecto de los judíos. 2) y probablemente la principal razón: la propaganda alemana sobre el judeo-bolchevismo “*dio en el blanco durante los años 20 y 30, ¿cómo proclamar ahora en voz alta que debía salvarse en primer lugar a los judíos? ¿No hubiera sido eso, sino darle a Hitler un impulso formidable?*” (T. II, p. 378)

En cambio en el exterior ocurría lo contrario. Pero más allá del asunto de la evacuación privilegiada, la prensa soviética si bien no destacó suficientemente el plan de exterminio sistemático de los judíos, tampoco ocultó las atrocidades cometidas por los alemanes; incluso el sensible poeta oficial I. Ehrenburg se daba todos los gustos: “*el alemán es una bestia salvaje por natura*”, invitando caritativamente a “*‘no salvar a los fascistas, incluso a los aún no nacidos’ (¿cómo comprender: matar a las mujeres encintas?)*, y sólo al final cerró el pico, una vez que la guerra se desarrolló en territorio alemán y se vio claro que el ejército había asimilado muy bien la propaganda de represalias desenfundadas sobre todos los alemanes sin distinción” (T. II, p. 379). Todos los hombres somos iguales, incluso los judíos.

Silencio comprensible

A raíz de estas reticencias la masa judía de la URSS no tenía una idea clara de la magnitud de la catástrofe, cuanto más Stalin se permitió una sola vez, el 6 de noviembre de 1941, comparar a los nazis con los modestísimos pogroms medievales. Molotov que patea para los dos lados a la vez, como vimos, denunció la masacre de Kiev el 6 de enero de 1942 y el 19 de diciembre de 1942 dijo que Hitler tenía “*un plan especial de*

exterminio total de población judía en toda la Europa ocupada”, incluso en Alemania; al parecer lo hizo forzado por el silencio soviético ante una declaración de los aliados dos días antes. Aún en marzo de 1944 Krouchtchev habló en Kiev sobre los sufrimientos del pueblo “*sin decir una palabra de los judíos*” (G. Aronson, en T. II, p. 380). “*Era nuestro destino común: no saber jamás, bajo la dura corteza de la URSS, lo que realmente pasaba en el mundo exterior*”, aunque los hebreos sabían más que los otros (T. II, p. 381).

Desde 1939 con el pacto Ribbentrop-Molotov, desapareció en la prensa soviética, incluida la judía (I. Arad), toda crítica a la política nazi, tanto que cuando estalló la guerra muchos judíos consideraron mera propaganda la denuncia sobre el antisemitismo nazi; tenían motivos para ello, pues se acordaban que durante la ocupación alemana de 1918 “*los alemanes se comportaban con los judíos mejor que con los habitantes nativos, esto los tranquilizaba*” (PEJ). ¡Cómo nos cambia la vida! Hasta 1942, recordando esos buenos tiempos, muchos se negaban a huir.

Cuando el Kremlin se avivó de la extraordinaria repercusión lograda en occidente por el *Comité Judío Antifascista*, lo promovió en el interior con dirigentes de su calaña al estilo de Solomon Mikhoëls, Shakhno Epstein, tchekista fanático, o Itzik Fehler, poeta trotskista regenerado gracias a sus *Odas a Stalin* y a sus méritos en la NKVD. Éstos y otros consiguieron buen dinero en USA (T. II, pp. 384-5).

Muchos pero buenos

¿Los excluyeron o no de los puestos claves *en los órganos de represión* a partir de 1940 o poco antes? Hay opiniones encontradas, ej. la de una institución de bien público como la NKVD. L. Iou Kritchevski, con documentos accesibles sólo después de 1990: “*A lo largo de los años 40 el papel de los judíos en los órganos de represión fue siempre en extremo importante: no fue reducido a cero después de la guerra, durante la campaña de lucha contra el cosmopolitismo*” (T. II, p. 385).

En cambio los desplazaron de los mandos de las FFAA, de más de 100 generales durante la guerra quedaron muy pocos, una docena y media, y ninguno en infantería: eso sí quedó don Frenkel Neftali Aronovitch, “*el general mayor de los servicios tchekista y genio del Gulag*” (T. II, p. 385).

Como en USA, allí se respetaba la eficiencia, sin distinción de raza o ideología. Eso explica la presencia de L.Z. Mekhlis, desde 1937 a 1940, hombre de confianza de Stalin, luego Jefe del Servicio político del Ejército Rojo, que diez días luego de iniciada la guerra hizo detener a doce generales del Estado Mayor en el frente de Oeste, etc. Con uno así, ¡qué importan los desplazados!

Pero en realidad no eran 100, el historiador judío Aron Abramovitch cuenta 270 entre generales y almirantes durante la guerra, “*¡Es un número colosal!*, comenta Soljénitsyne (T. II, p. 386). Sin contar los cuatro comisarios del pueblo, L. Kaganovich, Boris Vannikov, Semion Guinsbourg e Isaac Zaltsman y comandantes de 4 ejércitos, 23 cuerpos armados y 103 brigadas. I. Arad puntualiza: “*En ningún ejército aliado, incluidas las FFAA americanas, los judíos han ocupado puestos tan elevados como en las FFAA soviéticas*” (T. II, p. 386).

Hubo 160.000 condecorados, 108 héroes de la Unión soviética, 12 caballeros de la Orden de la Gloria y otras cifras por el estilo, con variantes que no vienen al caso. Recordar que los antisemitas no suelen dar medallas a los judíos. También se

destacaron, -180.000 premiados, 200 con la Orden de Lenin y 300 con la de Stalin- en ciencia y técnica en los años bélicos, lo que habla a favor del flujo de los hebreos a los institutos educativos, que mencionamos. Doce de ellos recibieron la Orden del Trabajo socialista.

Soldados

Soljénitsyne incluye aquí otra *captatio benevolentiae judeorum*: “*Pero he visto judíos en el frente. He conocido valientes entre ellos, no puedo dejar de citar a dos intrépidos conductores de carros de asfalto: mi amigo de la Universidad, el subteniente Emmanuel Mazine...*”, etc., y relata admirables hazañas de otros militares hebreos en las pp. 389-390.

Pero... pero, “*sin embargo, a pesar de estos ejemplos de indiscutible arrojo, el historiador israelí (S. Schwarz) comprueba con tristeza ‘la impresión muy extendida, en el ejército y en la retaguardia, de que los judíos evitaban tomar parte en los combates’ He aquí un asunto sensible, un asunto doloroso, Pero, ¿de qué serviría escribir un libro sobre las pruebas vividas juntos, si se dejaran en silencio los puntos dolorosos?*” (T. II, p. 390). Serviría para mucho, ante todo para la propaganda, el chantaje y el poder, pero Soljénitsyne deja en el aire la respuesta detallada a esta pregunta retórica.

“*En historia es importante saber lo que las naciones pensaban una de las otras*”. Mejor, digo, no recordar lo que pensaban de los rusos y de los goyms, pero basta con saber que “*durante la guerra el antisemitismo en Rusia se ha fortificado considerablemente. Se reprochaba a los judíos sustraerse al servicio militar, y sobre todo al servicio armado en el frente*” (no lo dice cualquiera, sino el Dr. Jerzy Gliksman), y se agregan testimonios tan odiosos como creíbles.

La explicación más simple de este estado de ánimo es que Hitler les lavó el cerebro, los convenció aprovechando el antisemitismo de base de los rusos y los eslavos. Soljénitsyne trata de razonar recurriendo a las estadísticas, todas aproximativas, pues no existen cifras oficiales: pelearon unos 500.000 judíos, con buena voluntad, pues “*no hemos encontrado sino un autor que haya tratado de fundar su estimación, de presentar al lector el detalle de las conclusiones: es el investigador israelí I. Arad en su libro ya citado, sobre la Catástrofe*” (T. II, p. 392).

El buen Arad calcula entre 420.000 y 430.000 los combatientes judíos en el frente del ejército soviético, incluidos los partisanos; un poco más la PEJ sobre un total de 3.000.000 judíos “orientales”, o sea de un 13 al 13,5 por ciento. Pero las cifras varían.

De todos modos, “*contrariamente a una idea ampliamente extendida, el número de judíos que combatieron en el ejército rojo durante la segunda guerra mundial era proporcional a los efectivos de la población susceptible de proporcionar soldados: la proporción de judíos que hicieron la guerra corresponde aproximadamente a la proporción media de judíos en el país*” (T. II, p. 394).

En consecuencia la mala opinión de los rusos respecto de los judíos, ¿proviene de su antisemitismo? Sin embargo no hay testimonios de antisemitismo en el ejército ruso de la primera guerra, y en la segunda los soldados del frente eran jóvenes, ajenos a las cicatrices productos de las matanzas de los años '20 y '30. Así pues que debieron quererse como hermanos y ciudadanos del mundo en la misma lucha. Pero no,

influyeron “*ciertas desproporciones en el interior de los cuerpos del ejército, desproporciones experimentadas por los soldados con agudeza cada vez mayor, a medida que se aproximaban a la línea del frente y enfrentaban el peligro*” (T. II, p. 395).

Guerras ajenas

Los zares prohibieron el acceso de judíos a los cargos militares superiores, salvo los médicos, pero ahora la situación había variado, “*como escribe la Enciclopedia Israelita. ‘En comparación a otras nacionalidades de la URSS los judíos constituían la parte más importante de la clase de oficiales superiores, y esto principalmente porque, entre ellos, había un porcentaje mucho mayor de hombres que habían completado estudios superiores’*” (T. II, p. 395).

Arad agrega que “*el porcentaje de judíos en la dirección política del ejército era tres veces superior al de los judíos en la población de la URSS de la época*”, sin hablar de los médicos, el personal de propaganda, administrativo y de artistas de “*music-hall*” donde a veces la proporción subía al 31%. Eso sí, como espías resultaron excelentes y temerarios (T. II, p. 398). Las ventajas comparativas explican algo de las estadísticas, pero no la reacción de los soldados.

Nuestro autor cita con malicia algunas anécdotas previsibles, ej. en la p. 397, donde recuerda que en el frente de infantería la proporción era entre 1,50 % y 1,28 % en 1939 y cayó al 1,14 % en 1944, en los territorios liberados donde los judíos habían sido exterminados.

Tan saturados como nosotros de estadísticas aproximativas y dudosas, al final Soljénitsyne y los hebreos se sinceran. En realidad los judíos, aparte de las excepciones, no consideraban esta guerra como propia, porque comprensiblemente soñaban con un sueño al alcance de otras armas: la eterna idea de Israel.

“*Se comprende, pero no sin una pequeña reticencia: el enemigo avanzaba, el enemigo número uno de los judíos, el que se proponía exterminar a los judíos antes que a todos los otros -entonces ¿cómo Daïn (que igualaba nazis y comunistas, proponiendo que los monstruos se maten entre ellos) y los que pensaban como él podían permanecer neutros?-. Los rusos, a ellos les incumbía de todos modos defender su tierra*” (T. II, p. 399), dice Soljénitsyne con toda intención, incluyendo a los judíos entre esos rusos obligados a defender esa tierra.

En síntesis, dejando a un lado el reproche de la “cobardía”, el instinto de conservación, la prudencia y similares, Salomón Lourie de Petrogrado observaba en 1922 en “*el agobio debido al sentimiento de doble pertenencia... una de las fuentes principales del antisemitismo: el judío que viven en tal o cual país no pertenece ‘solamente a ese país’, sus sentimientos son dobles; los judíos ‘siempre han tenido sentimientos nacionalistas, pero el objeto de este nacionalismo, es el judaísmo y no el país donde viven’, una falta de interés por ‘este país’. Pues, para todos, o por lo menos para muchos, incluso inconscientemente, se perfila ante ellos su país ‘propio’, Israel*” (T. II, p. 400).

No vemos por qué y sobre todo con qué, Soljénitsyne quiere cambiar las cosas, justamente ahora en el tercer milenio, cuando San Agustín allá por el s. IV lo había explicado teológicamente, ej. en la *Carta a Paulino de Nola*, resumida en *La Ciudad de Dios*, XVII, así como en *Contra Fausto* (12, 12) y muchos otros pasajes.

Quizás se reúnan algunos en Palestina, reconstruyan el templo, trasladen o destruyan la famosa mezquita y se las arreglen para presentarnos una nueva estirpe sacerdotal de David, pero todo ello no alcanza para transformar la naturaleza del problema y el alma hebrea. No hay Rusia que valga.

En la retaguardia

Según los historiadores hebreos, allí el antisemitismo se agravó durante el conflicto (V. Alexandrova, Schwartz, G.V. Kostyrchenko) hasta en Asia Central Uzbekistán y Kazajistán, sobre todo cuando llegaron los evacuados y la masa de los heridos e inválidos de la guerra. El Dr. Jerzy Gliksman recuerda que a fin de no reventar de hambre como todos *“para continuar no había más que un medio: el mercado, el comercio, el ‘tráfico’, y es así que la realidad soviética ‘obligó a los judíos de Polonia, de buena o mala gana, a entregarse a las operaciones comerciales’ ”* (T. II, p. 401); Gliksman nos explica ese antisemitismo: *“ ‘Era el eco de la propaganda hitleriana que resonaba hasta allí’, y no es el único en pensar así”* (T. II, p. 402).

Claro que hasta allí no podía llegar dicha propaganda y el mismo Schwartz da otra explicación, más adecuada al materialismo dialéctico: *“el antagonismo entre la masa de la población campesina y la fracción privilegiada de la burocracia de las ciudades. La evacuación hacia la retaguardia de los privilegiados salidos de estos centros urbanos proporcionó a la población local la ocasión de sentir muy concretamente este contraste social”* (T. II, p. 402).

Además había razones específicas de cada población: los ucranianos recibieron de mala gana a los judíos que regresaban de la evacuación luego de la ocupación alemana y ciertamente allí llegó la propaganda alemana, *“pero lo esencial reside siempre en el hecho de que, bajo el poder soviético, los judíos se confundían con la clase dirigente...”* (T. II, p. 403); los nazis serían todo lo feroces que se quiera, pero no eran tontos: aprovecharon la ocasión desde el primer momento, como lo demuestran las citas de sus servicios de inteligencia.

La población de cada territorio reaccionó de modo diverso a la pretensión nazi de tomar a su cargo la persecución de los judíos. Así en los países bálticos estaba fresca la memoria de la actuación hebrea en la NKVD, sin embargo los alemanes se desilusionaron porque los lituanos no accedieron a realizar pogroms populares y debieron recurrir a los partisanos para masacrar a los judíos, igual ocurrió en Letonia.

En Estonia *“los judíos habían sido exterminados sin que hubiera necesidad de recurrir a pogroms”* (T. II, p. 405). En cambio en Bielorrusia no había *“cuestión judía”*, de modo que los alemanes no encontraron mano de obra para el trabajo sucio, salvo algunas excepciones como Godorok.

Ukrania se acordaba de muchas cosas como por ej. el asesinato de Petliura por el judío Schwartzbard. Se puede explicar pues que Ia Stesko, su jefe de gobierno, declarara en 1941: *“Los judíos ayudan a Moscú a mantener Ucrania en la servidumbre, por eso mi posición es que debe exterminarse a los judíos y transplantar a Ucrania los métodos alemanes de exterminación de los judíos”* (T. II, p.407); además de ello para sus nacionalistas, los hebreos eran el sostén de régimen soviético: *“Moscú es el enemigo número uno”* y el caudillo Stephan Lenkavski agregó *“con los youpins, aplicaremos todos los métodos destinados a su exterminación”* de modo que sus huestes actuaron en consecuencia a semejanza de los tártaros en Crimea.

Soljénitsyne tiene buen cuidado de aclararnos que en las provincias rusas los alemanes no lograron apoyo popular antijudío, porque su población carecía del componente nacionalista (T. II, p. 408).

El Golem y la Catástrofe

El plan “Barbarroja” de Hitler, para la campaña en Rusia durante 1941, tenía ideas claras y distintas: fusilamientos de los comisarios políticos, los partisanos, los saboteadores y los judíos. Quien quiere el fin, quiere los medios: cuatro grupos especiales de las SS, al principio de modo caótico y en gran escala, luego más sistemática y progresivamente. Las cifras en p. 410 ss.

En Kiev aprovecharon la famosa hondonada de Babi Yar: 100.000 hebreos, para no entrar en más detalles que son conocidos. Soljénitsyne recuerda datos complementarios sobre las matanzas de rusos que fueron menos promocionados. Al comenzar la retirada los alemanes decidieron no dejar ni un judío vivo y Himmler dictó una ordenanza para liquidar los ghettos aún existentes.

También influyó la obediencia debida, tipo Hans Kelsen, el gran sistematizador del totalitarismo moderno, en países donde el apoyo de los habitantes no se debió solamente *“al temor del castigo, sino también a la sumisión de la población a las autoridades, el hábito adquirido, a lo largo de los años soviéticos, de someterse sin mezclarse en nada”* (T. II, p. 413).

La resistencia y los partisanos rusos *“hicieron poco por salvar a los judíos”*. Schwartz da algunos detalles: *“había destacamentos rusos que, por principio, no aceptaban judíos en sus rangos por el motivo de que los judíos, sedicentes, no saben y no quieren batirse”*... *“Este género de reacciones de los partisanos eran evidentemente espontáneas, de ningún modo telecomandadas por el Centro”* (T. II, p. 414).

El balance de pérdidas y ganancias de los judíos en la URSS durante estos años obran a partir de la p. 417 hasta el fin del capítulo. Conocemos las ganancias, pero no habían imaginado las pérdidas. M. Koupovetski concluye: desde 1941 a 1945 *“2.733.000 personas (1.112.000 ‘orientales’ y 1.621.000 ‘occidentales’). O sea el 55 por ciento de los 4.965.000 que constituían la población judía de la URSS en 1941”* (T. II, p. 418).

Soljénitsyne incluso les pasa la boleta: unos 27.000.000 de la población soviética que cayeron también defendiendo a los judíos *“¡Pues no olvidemos lo que fue esta guerra para los rusos!”* (T. II, p. 418). Las cifras de los derrotados no figuran.

Al final cada uno saca una conclusión distinta, así Baruch Levine logra encontrarle este sentido a su existencia: *“Los que hemos subsistido y somos tan pocos, hemos dejado totalmente de darle valor a la vida. El sentido de nuestra vida, es ahora la venganza. Nuestro deber, el combatir a los alemanes y exterminarlos hasta el último...”* (T. II, p. 416).

Moshe Kaganovitch, en un libro publicado en Buenos Aires en 1956, expresa su espiritualidad de modo similar. Ojo por ojo, diente por diente y venganza, ésta es la moral veterotestamentaria residual que parece imponerse como “conciencia de la humanidad”, más allá de estos ejemplos ocasionales.

Sigamos. La Catástrofe, con mayúscula, indujo a muchos ‘asimilados’ a reintegrarse a la judeidad, en cambio para otros es la prueba de que Dios está muerto o

al contrario está más vivo que nunca: “*en los campos hemos recibido una nueva Tora, sólo que aún no podemos leerla*” (M. Kaganskaia, en T. II, p. 419). Pronto encontrarán un lenguaraz. Unos le echan la culpa a la circunstancia de no haber regresado a su tierra y reconstruido el Templo; otros concluyen que ‘Occidente’ los ha rechazado, incluso los judíos extraeuropeos (A. Menes). Traduzco libremente: habrá que destruir esta civilización cristiana, ergo antisemita y autoritaria.

Otros aún, otros pocos, advierten el riesgo: “*Poco a poco la memoria de la Catástrofe ha cesado de ser una memoria, se ha convertido en una ‘ideología’, ideología del Estado judío...La memoria de la Catástrofe se ha transformado en un servicio ‘religioso’, un ‘culto’ de Estado...El estado de Israel ha transferido el papel de apóstol de la Catástrofe al seno de los otros pueblos, es su sacerdote y percibe su ‘diezmo’. ¡Y pobre el que rehuse pagar ese diezmo!*”... “*La peor herencia del nazismo para los judíos es este papel de ‘supervíctima’*” (T. II, p. 420).

No son palabras de Goebbels sino de Ben Baruch. Por su parte, Uri Anveri: “*Si no nos recuperamos del traumatismo de Auschwitz, no volveremos a ser jamás un pueblo normal*”. Me supera la noción psicoanalítica de trauma aplicada al mundo sociopolítico, pero baste decir que desde la elección, Israel jamás puede volverse un pueblo “normal”; de todos modos Uri se da cuenta de que algo pasa.

M. Heifets, se da cuenta de algo más y coincide con Hannah Arendt, la amante del filósofo nazi, Heidegger, en que “*la Catástrofe que se ha abatido sobre ellos no era más que la consecuencia de maquinaciones de los enemigos del género humano, pero también de enormes y fatales errores del judaísmo mismo, de sus líderes y de sus militantes*” (T. II, p. 421).

Aunque uno se niegue a creerlo, hay gente que conserva la razón. La promocionada Hannah busca la causa de la Catástrofe en el seno del judaísmo: “*el antisemitismo moderno resulta de la actitud particular de los judíos respecto del Estado y la sociedad en Europa*” (idem).

Dan Levine hasta parece judío creyente, pues, de acuerdo con otro hermano de fe, el profesor Branover, considera que la Catástrofe fue “*en gran medida un castigo por ciertos pecados, especialmente el de haber sido la cabeza del movimiento comunista. Hay allí una idea justa*” (idem). Soljénitsyne para no ser menos, se lo aplica también a Rusia. Algunos piensan lo mismo y otros todo lo contrario. Recurramos a Borges, inspirado sin duda directamente por el Espíritu Santo, preguntémoslo observando ese Golem y los futuros:

*En la hora de angustia y de luz vaga,
En su Golem los ojos detenía
¿quién nos dirá las cosas que sentía
Dios, al mirar a su rabino en Praga?*

Nadie nos dirá semejantes cosas por miedo de terminar preso. A todos nos conviene leer unas diez veces *El Golem*, de nuestro poeta J.L. Borges, nacional a pesar de él. Y rapidito, antes que lo prohiban.

22. DESDE EL FIN DE LA GUERRA A LA MUERTE DE STALIN. (CAP. 22)

M. Biekerman, , con el que tantas veces nos encontramos en el primer tomo, junto a otros, autores comunitarios de *Rusia y los judíos*, consideraron a comienzo de los años 20 que las perspectivas brillantes para el judaísmo dependían de la protección bolche, “*pero querrán? Podemos pensar que esta gente, que en nombre de la conquista del poder ha traicionado todo, incluso el comunismo, que esta gente nos seguirá siendo fiel, aún cuando no encuentre allí ninguna ventaja..?*” (T.I. p. 423).

Nadie en el judaísmo le llevó el apunte, porque estaban entusiasmados, como tiempo después los católicos, con la ‘civilización del amor’. El hombre del amor era Stalin que, cuando lo consideró útil, en los últimos ocho años de su régimen, inició una ambigua campaña contra “*los cosmopolitas*”, Ud. sabe de eufemismos. Fue liquidando judíos en el ámbito de la ciencia, el arte, la prensa, suprimió el Comité judío antifascista y otros juguetes, procediendo también a la ejecución de algunos hebreos responsables del “*asunto de las chaquetas blancas*”, o sea de los médicos.

Era astuto y retorcido ese Stalin, de modo que los cambios relacionados con los judíos se hacían con disimulo y buen cuidado de no asimilarse a Hitler: el hebreo Litvinov fue reemplazado por Molotov, se les cerraron las puertas de la diplomacia y el ejército, el Bolshoi, el Conservatorio de Moscú, la filarmónica y antros similares. El antro principal, el Partido, empezó su purga cuestionando la prorrata o proporción de cada nacionalidad. Encontraron demasiados hijos de Abraham, pero Stalin se manejó con mesura.

El regreso

El problema de los evacuados que regresaban constituía un buen termómetro. En Ucrania a fin de 1943, Krouchtshev, primer presidente del Partido y presidente del Sovnarkon de Ucrania, eludió toda alusión pública a la suerte de los judíos masacrados. Tenía órdenes precisas también de no nombrar judíos en puestos importantes.

Más aún, siempre algo desbocado se permitió declarar que “*los judíos en el pasado se hicieron culpables de muchas malas acciones contra el pueblo ucraniano. El pueblo los detesta a causa de esto. No tenemos necesidad de judíos en Ucrania... Harían mejor en no regresar. Hubiera sido mejor que fueran a Birobijan... Aquí está Ucrania. Y no tenemos ningún interés en que este pueblo interprete el retorno del poder soviético como un retorno de los judíos*” (T. II, p. 425).

El gobierno toleró diversas manifestaciones de antijudaísmo. Por otra parte el Comité Antifascista Judío (CAJ) quería reemplazar definitivamente a los alemanes del Volga estableciendo una república propia en las tierras de esos odiados infelices, o hacer otro tanto en Crimea con apoyo norteamericano.

Le pidieron autorización formal al padrecito Stalin, quien ya había decidido la deportación de los tártaros de Crimea. ¡La tierra prometida a la vista! Pero, al estilo de Jehová, se retobó Stalin a último momento, no aceptó las presiones y como se palpitaba una guerra con USA, por razones estratégicas rechazó estos proyectos: no quería yankis capitalistas dentro de la propia URSS. Molotov también lo dijo con claridad, más aún la participación en el proyecto se convirtió en prueba de “*alta traición*” (T. II, p. 428).

En Ucrania a pesar del discurso primero, se nombraron importantes funcionarios judíos para contrapesar con el nacionalismo local encarnado en las huestes de S. Bandera. En muchos países de Europa del Este los judíos fueron mal recibidos a su regreso, debido al recuerdo de su sostén al régimen soviético y su tradicional actuación en la *KGB*, especialmente en Polonia.

El Estado de Israel

Pero al crearse el Estado de Israel, Stalin lo apoyó en contra de Gran Bretaña y de Palestina proporcionándoles armas checoslovacas, reconociéndolo (T. II, p. 428) y condenando los ataques árabes. La *CAJ* aprovechó para insertarse en esta política hasta con la creación de una división de judíos, una especie de *SS* al revés; Golda Meir llegó triunfalmente como primera embajadora israelí, se multiplicaron los pedidos de repatriación.

Era demasiada “*conciencia nacional*”, cuando Israel giraba hacia USA de modo que los árabes reaccionaron: desde 1948 Stalin “*cambió brutalmente la política respecto de ellos, pero a su modo: actuando brutalmente pero sin anunciarlo, radicalmente pero con pequeños pasos y en dominios en apariencia secundarios y marginales*” (T. II, p. 430).

Los judíos se inquietaron, el *Pravda* del 21 setiembre de 1948 contrapesó a la Meir: “*Los judíos no son una nación sino que están condenados a la asimilación*” (T. II, p. 431), tema que se convirtió en objeto de la propaganda “occidental” contra la URSS, al igual que las simpatías por el separatismo judío que según Soljénitsyne “*los judíos de Rusia jamás habían compartido*”.

La *CAJ* que gozaba de varios privilegios, hasta constituir un “*símbolo de la autonomía nacional judía*”, de modo que a Stalin no podía sino ocurrírsele anularla destituyendo progresivamente a sus dirigentes, empezó por Lozovski, Director de la oficina soviética de información, e inspirador del *CAJ* que no fue sin embargo disuelta, pero si limitada hasta impedirle influir en el Kremlin, donde hasta los tiempos dorados pisaban fuerte por medio de Grigori Morozov, yerno de Stalin, de la mujer de Molotov, P.S. Jemtchoujina y de Golda Gorbman (a Ekaterina Davidovna, bolche tan fanática que la expulsaron de la sinagoga), mujer de Vorochilov.

Todos estos chismes íntimos los saca de G. Kostyrtchenko, como también la acusación contra el presidente de la *CAJ*, Mikhoëls, por el imperdonable crimen de “*reunir documentos sobre la vida privada del dirigente supremo*” (T. II, p. 432). El pobre Mikhoëls tenía mucho prestigio y hubo que recurrir a un accidente en enero de 1948 (T. II, p. 433).

Todo esto dentro de una purga política donde más de dos mil dirigentes fueron fusilados, así en Leningrado el “*grupo antipartido*” de Koustenov-Rodionov-Povkov, “*pero este episodio en modo alguno fue conservado por la historia*” (T. II, p. 433).

Otra ocurrencia de Stalin consistió en descifrar los pseudónimos, ej. a través del *Pravda* en enero de 1949, lo que mucho afectó a los sabios o intelectuales. G. Aronson de paso hace psicología: “*se hallaba un maligno placer en revelar la identidad de quienes se escondían tras pseudónimos*” (T. II, p. 434, con ejemplos abundantes). Soljénitsyne precisa: “*Hay que reconocer que Stalin supo golpear el punto sensible, el que irritaba fuertemente a las masas populares. Sin embargo no era él tan ingenuo como para soltar de buenas a primeras la palabra ‘judío’*” (T. II, p. 434).

El ataque a los “cosmopolitas”, (1948-1953) o sea a los judíos, “*desembocó enseguida en la glorificación imbécil y risible de la “superioridad” rusa en todos los dominios de la ciencia, la técnica y la cultura*” (idem). Soljénitsyne ya había tomado sus precauciones, pero con esta gente conviene insistir, y nos satura con apellidos de los cosmopolitas perseguidos moderadamente, entre los que por desgracia cayó I.I. Mints, el Académico en Historia de la Facultad de Moscú, “*falsificador notorio, totalmente adicto al Partido Comunista, honrado con la confianza personal de Stalin*” (T. II, p. 435). Algo habrá hecho, de bueno digo.

Arriba nos entendemos

El pretexto no era nunca ser judío sino delitos económicos, a los que uno está tan inclinado, o relaciones familiares con el extranjero. Había que ser ermitaño para resultar insospechable. Además según la tradición bolchevique, los que se sentían protegidos, trataban de salvarse denunciando evangélicamente al prójimo. Al final todo quedaba en familia y en la cárcel o la calle. Eso sí en 1953 “*casi todos lo generales judíos*” y “*cerca de 300 coroneles y tenientes coroneles fueron obligados a retirarse*” (S. Schwartz, en T. II, 438).

Un gran mérito de Beria destacado por I. Miniberg: “*se mostró tolerante con los hebreos — por lo menos en lo que respecta al nombramiento en puestos de responsabilidad en el seno del Estado*” (T. II, 437). Estarían en una logia.

G. Kostyrtchenko tiene la astucia de fingir sorpresa para decirnos parte de la verdad: “*la ‘elite’ política judía tuvo que sufrir todas estas perturbaciones en el seno del aparato del Estado, pero, curiosamente, menos de lo que se habría podido pensar*”... “*Durante la purga, los golpes fueron esencialmente asestados contra las ‘elites’ intermediarias, las más numerosas — gerentes, periodistas, profesores y otros representantes del mundo intelectual... Son esas gentes — que no tenían de judío sino el nombre y habían casi completamente roto con sus orígenes nacionales —, las que fueron las principales víctimas de la purga de post-guerra*” (T. II, p. 437). ¿Nos está insinuando que las “élites” aprovecharon para perseguir a los renuentes?

S. Margolina (siempre con su título tan sugestivo: *Das Ende der Lügen*) llega a una conclusión complementaria de lo anterior: a pesar de esta dura campaña “*el número de los judíos altamente calificados que ejercían funciones elevadas, se mantuvo siempre desproporcionado. Pero por comparación con los ‘años felices’, había significativamente disminuido*” (cf. estadísticas adjuntas en T. II, p. 438). Tanto morder la manzana algunos terminan fuera del paraíso. Ni la ‘élite’ cristiana ni sus infelices gozaron de semejantes privilegios.

Los médicos y el Purim

Stalin ya en 1949 tenía su bomba atómica y sabía “*que la comunidad judía internacional estaba indisolublemente ligada a América, convertida en su enemiga desde los primeros años de la post-guerra, cuando rehusó adherirse al plan Marshall*” (T. II, p. 439).

Hubo 13 condenados a muerte de la CAJ, ejecutados en secreto en agosto de 1952, aunque un prestigioso judío, Ilya Ehrenburg, él también miembro de la CAJ, arrestado “*por efecto del azar*”, “*se desveló por persuadir a los occidentales que seguían vivos en plena actividad*” (T. II, p. 439). No pudo resucitarlos, pero se esforzó.

“A partir del otoño de 1952, Stalin avanzó a cara descubierta” de modo que el 17 de octubre *La Voz de América* habló de “represiones en masa”. En noviembre se realizó en Praga un proceso, en el mejor estilo staliniano, contra Slanski, judío y primer secretario del Partido, junto a otros. “Este proceso revistió un carácter abiertamente antijudío” y salieron a relucir Ben Gourion, Morguenthau, Truman, Acheson y toda la Sinarquía dirían los entendidos. Colgaron a 11, y de ellos 8 judíos.

A la vez en el verano de 1951 se empezó a cocinar el “asunto de los médicos” o “complot de las chaquetas blancas”. Ya en 1937 los servicios de la KGB, en el proceso a Boukharine, descubrieron prácticas criminales de ciertos médicos, no solamente judíos contra dirigentes soviéticos.

Para lo de 1952 Soljénitsyne busca explicación también en la medicina: la psicosis de Stalin, su fobia a los médicos, su edad, su salud en fin. Levine, uno de los implicados, de todos modos no era de fiar: hombre de la *Tcheka* y la NKVD de Beria, de lagoda y otros similares. Los médicos torturados en 1937, ahora acusaban a sus colegas... Soljénitsyne cuenta algunos detalles de esas miserias que están bastante divulgadas.

Interesa destacar, siguiendo a Kostyrtchenko, el gran especialista en la política “judía” de Stalin, que “ciertos hechos permiten pensar que, antes de la muerte de Stalin, se puso ‘una sordina al asunto de los médicos’ ” (T. II, p. 442). El pueblo se indignó, los médicos judíos perdieron clientes, se habló de deportaciones en masa de los judíos a Siberia, al modo de otros pueblos, que dicho historiador llama “el mito de la deportación”, pero el susto se lo dieron.

Stalin sería malo, pero mejor conservarlo, dice N. Shapiro, muy seguro y desde Londres, en 1960: “A pesar del período abiertamente antisemita del período staliniano... muchos (judíos) rogaban para que Stalin se mantuviera vivo, pues la experiencia había mostrado que todo debilitamiento del poder significaba una masacre de judíos. Estábamos perfectamente conscientes de sentimientos hostiles que conservaban hacia nosotros los ‘pueblos hermanos’ ” (T. II, p. 443). Lo mismo puede decirse, a nivel más ecuménico, en esos días, el mejor poder en estos casos, es el más fuerte, aunque recibamos algunos garrotazos.

El 9 de febrero una bomba explotó previsiblemente en la embajada de la URSS en Tel Aviv; el 11 de febrero la URSS rompió relaciones con el Estado de Israel y se envenenó aún más el escándalo de los médicos. “Y es entonces cuando Stalin dio un paso en falso, puede ser que el primero en su vida. No comprendió que el desarrollo de este asunto podía constituir un peligro para él ‘personalmente’ que se creía al abrigo en su Olimpo inaccesible, detrás de las puertas blindadas. El estallido de indignación en el mundo entero, coincidió con acciones enérgicas llevadas a cabo en el interior del país por fuerzas que uno puede suponer habían decidido terminar con Stalin. Es muy posible que esto se haya hecho con el concurso de Beria (ver, por ejemplo, la versión que ha dado Avtorkhanov)” (T. II, p. 443). Este último escribió, en 1976, *El Enigma de la Muerte de Stalin*.

Luego del comunicado oficial sobre el asunto de los médicos, Stalin alcanzó a vivir vivió 51 días. K. Chourman: “La liberación y despenalización de los médicos fue sentida por los judíos soviéticos de la vieja generación como una repetición del milagro del Purim”. En efecto, dice Soljénitsyne, “Stalin desapareció el día mismo de la fiesta del Purim, fecha en la que Esther salvó a los judíos de Persia de la masacre ordenada por Amán”... “No era la primera vez que los judíos volvían a poner la historia en movimiento” (T. II, p. p. 443). ¿Entendió, no?

23. HASTA LA GUERRA DE LOS SEIS DÍAS (CAP. 23)

Beria, en quien los judíos soviéticos veían un apoyo, fue enviado al otro mundo luego de la muerte de Stalin el 5 de marzo 1953, sin duda hubo cierto alivio: regreso a cargos, sionistas liberados, reorganización (*PEJ*). Pero ya en marzo de 1954 cambió de nuevo la mano: la URSS se opuso a que la flota israelí pudiera atravesar el canal de Suez, a fines de 1954 Khrouchtchev apoya a los árabes y en febrero de 1956 en su famoso informe al XX Congreso guarda silencio sobre la persecución a los judíos en 1937 y sobre el asunto de los médicos con los líderes judíos fusilados en 1952.

Los hebreos contestaron desde Varsovia con un artículo “bomba” en el periódico judío *Volkstimme* y comenzaron las presiones directas en el exterior y la de todos los privilegiados que viajaban a Moscú, como las delegaciones de “*los partidos comunistas hermanos*”. Hasta Howard Fast, entusiasta escritor comunista americano y apologista de sus crímenes, se dio vuelta y habló de “*traición*” (T. II, p. 447).

Khrouchtchev tuvo que dar la cara en mayo de 1956 ante los delegados del partido comunista francés: a diferencia del comienzo de la revolución, “*si los judíos hoy quisieran ocupar los primeros puestos en nuestras repúblicas, esto provocaría sin duda el disgusto de las poblaciones locales... Si un judío es nombrado en un puesto elevado y se rodea de colaboradores judíos, esto provoca naturalmente el celo y la hostilidad hacia los judíos en general*”. Luego al referirse a la educación: “*Si se obligara a los judíos a estudiar en escuelas judías, esto provocaría ciertamente entre ellos gran indignación. Sería considerado como una suerte de ghetto*” (T. II, p. 447).

Influencia oculta

Khrouchtchev rechazó como era de prever las acusaciones de antisemitismo, alegando la presencia de numerosos judíos en puestos de responsabilidad, y el hecho de que su propia nuera fuera judía. En agosto de 1953 fue más allá refiriéndose en una entrevista a “*las cualidades y defectos*” de los pueblos y consiguió individualizar “*un cierto número de defectos propios de los judíos*”, entre los cuales citó “*la carencia de fiabilidad política*”, sin mencionar sus cualidades ni hablar de otros pueblos.

Para colmo prolongó los argumentos de Stalin en contra de la creación de una república autónoma judía en Crimea; en fin, les negó a los canadienses la pretensión de que el Partido publique una declaración sobre los sufrimientos judíos. “*Otros pueblos y otras repúblicas que han sufrido las fechorías de Beria (¡ojo! a esta certera patada) contra su cultura se preguntarían por qué no se trata sino de los judíos en este tema*” (T. II, p. 448). Imagínese la reacción.

Pero los hebreos tienen carácter y los “*comunistas judíos del extranjero trataron de usar su influencia oculta*” para obtener “*explicaciones sobre la suerte de la ‘élite’ cultural judía*” (J.B. Salberg, *Talks with soviet leaders*, 1957, en T. II, p. 448).

Pero la política de “*los siete boyardos*” o sea la dirección colectiva que sucedió a Stalin fue incoherente y ambigua respecto a los judíos, tiraba y aflojaba la soga. Los hechos se precipitaron: Suez, guerra de Israel, Inglaterra y Francia contra Egipto, sublevación en Hungría “*que revistió un carácter antijudío*” (André Handler) a lo que Soljénitsyne agrega un comentario sin desperdicio: “*punto casi pasado en silencio por los historiadores —, quizá a causa del gran número de judíos en el seno de la KGB húngara. (¿No es ésta una de las razones, si no fue la principal, por las cuales el*

Occidente no sostuvo la sublevación húngara? Hay que decir que estaba demasiado ocupado con el problema de Suez. ¿Pero no podían los dirigentes soviéticos sacar la conclusión de que más valía enterrar la cuestión judía?)” (T. II, p. 450). Hay que tener ganas de hacerse odiar.

Khrouchtchev

Un año después Khrouchtchev triunfa en el Partido y desplaza a Kaganovitch; más allá de los motivos oficiales, *“desde el punto de vista judío, su evicción marcaba una época”* y las estadísticas le dan la razón a L. Shapiro pues *“desaparecieron los judíos no solamente de los órganos dirigente del Partido sino también del gobierno”* (T. II, p. 450).

Y a no quejarse mucho, pues, que entre el *“antisemitismo de abajo”* y *“el antisemitismo de arriba”*, mejor es el de arriba: *“Si se produjera una revolución, habría un período de anarquía en el curso del cual simplemente seríamos todos masacrados. Por eso sostenemos el poder vigente, por malo que sea”* (T. II, p. 450).

En síntesis hay que estar con los de arriba dice David Burg, que le teme como a la peste al *“anticomunismo”*, o sea la Revolución en la Revolución.

Para la Revolución, que me quiero bajar si el asunto sigue, pero no es tan fácil, dice Soljénitsyne, observando de paso que *“en Occidente”* comprendieron el problema, aunque todos añoraban la *“Sección Judía”* de los años '30, ya explicada.

Por el momento, pues, se conformaron a regañadientes con N. Khrouchtchev que no los combatía y les daba algunas ventajas, como difusión cultural, incluso con reediciones de hebreos fusilados; en materia de religión, Nikita se mostró más intransigente (T. II, p. 452), ni pan ácimo le permitieron fabricar salvo por el Estado, en 1966 sólo quedaba 62 sinagogas en la URSS (PEJ).

Schwartz observa que con esta represión se agravó la crisis religiosa hebrea motivada por el largo proceso de secularización de fines del s. XIX, que Soljénitsyne explicó en el Tomo I, que si bien fueron privados *“de una dirección religiosa central”*, cuando le convenía *“el poder soviético ha utilizado más de una vez a las autoridades religiosas para servir a sus fines en materia de política exterior”*, por ej. hasta un rabino en 1956 *“publicó una protesta a propósito de la campaña del Sinaí (de Israel)”* (Schwartz, en T. II, p. 453).

Contra el sionismo

Empezó la *“lucha contra el sionismo”*, que en cuanto variante del socialismo pudieron llevarse como hermanos de la misma mala leche, *“pero habiendo decidido a partir de la mitad de los años 50 asegurarse la amistad de los pueblos árabes, los dirigentes soviéticos fueron llevados a mantener un combate encarnizado contra el sionismo. Sin embargo a los ojos de la masa soviética, éste no representaba sino una noción vaga y abstracta, algo muy lejano. Entonces, para dar cuerpo y consistencia a este combate, se presentó al sionismo bajo la forma de un condensado de clichés tradicionales sobre los judíos”* (T. II, p. 453).

Salieron a relucir inclusive las narices y se quejó el universo, hasta los chinos, no los de China sino los franceses. Los rusos sólo hicieron algunas concesiones en el

Pravda, sin privarse de encarcelar a judíos religiosos acusados de “espionaje en favor de un estado capitalista” (Israel). (T. II, p. 454).

En 1959 había en la URSS 2.268.000 hebreos, más o menos, y el 93,3 % vivían en las ciudades: “*El proceso de concentración de judíos en las grandes ciudades proseguía desde muchos decenios*” concluye el demógrafo I. Liast.

Dato importante, porque “*a quienes conocen las diferencias de nivel de vida en la URSS entre la ciudad y el campo, estos datos les dirán algo*” (T. II, p. 455) y aún en los grandes sovkholze no se aplicaban a las tareas campesinas, según G. Shapiro y G. Rosenblum, jefe de redacción de un periódico israelí: “*dicho de otro modo, los judíos continuaban haciendo lo que siempre habían hecho*” (T. II, p. 456).

Soljénitsyne recalca que el famoso ‘*numerus clausus*’ o limitación a la presencia de judíos en determinadas tareas u profesiones, jamás confesada por los bolcheviques, pero denunciada doloridamente por los judíos, se explica por las circunstancias y características mencionadas. Las estadísticas sobre el número de estudiantes avalan dichas afirmaciones, aunque “*esta disminución coincide cronológicamente con el comienzo de la emigración judía hacia Israel*” (T. II, p. 457).

El “nuevo antisemitismo”

Donde no había al parecer ‘*numerus clausus*’ es en la psiquiatría, pues “*por tradición son numerosos los judíos que ejercen la medicina, pero, en estas época, donde la ‘psiquiatría soviética’, de siniestra memoria, comenzaba a meter gente sana de espíritu en asilos de locos, ¿quiénes, desgraciadamente, constituían el personal...?’*” “*Heifetz escribe esto: La psiquiatría es el monopolio de los judíos, me ha dicho un psiquiatra, un judío, poco antes de su arresto, pero en estos últimos tiempos, por decisión administrativa, se han puesto a mandarnos rusos*” (T. II, p. 458).

Van acumulándose testimonios contrapuestos sobre el enfrentamientos de ambos pueblos en estos años, algunos indican la segunda mitad de los años 60 como fecha del surgimiento de “*el nuevo antisemitismo*” en cuanto empresa organizada para desplazar a los judíos de la burocracia estatal: los juicios por delitos económicos con condenas a muertes que se llevaron 39 judíos en la RSFSR, 79 en Ucrania y 43 en las restantes países, con publicación de sus nombre y apellidos para que no quedaran dudas, aunque “*ni las autoridades, ni el poder, ni la prensa se permitieron en ningún momento el menor ataque explícito contra los judíos*” (T. II, p. 460).

En 1962, hubo un juicio semejante en Vilnius donde todos los acusados eran judíos y se explicaba que “*las transacciones habían tenido lugar en la sinagoga, las diferencias eran resueltas por el rabino*” (S. Schwarz, en T. II, p. 461). Indignación general, hasta Khrouchtchev tuvo que contestarle a Bertrand Rusell.

El antisemitismo fue presentado en occidente como “*el problema más grave*” de la URSS, “*la gran cuestión oculta*”, de los que nuestro autor se ríe pues había muchísimas “*cuestiones ocultas*” mucho más graves como la matanza de los campesinos rusos o el abandono de 3.000.000 de soldados por el ejército ruso en 1941, o la “*experiencia*” nuclear en Totsk realizada sobre tropas rusas...

El Estado soviético carecía de un “*fundamento racional*” (Schwarz) para su represión a los judíos, salvo motivos ocasionales como la campaña contra el Estado de Israel que dio origen a la palabra “*antisionismo*”, término vago que se utilizaba a modo de comodín, para evitar la acusación de “*antisemitismo*”, término igualmente vago,

amén de peligroso, como se explicó en el prólogo. Más bien, me parece, son eufemismos cómodos al servicio de la propaganda y la policía política, de modo que así seguirán siendo utilizados hasta el Juicio Final.

Renace el nacionalismo bipolar

Generalmente la campaña antisionista provocó *“el fortalecimiento de la conciencia nacional de los judíos y un remozamiento de simpatía por Israel, considerado como la avanzada de la comunidad judía en su conjunto”* (D. Sturman, en T. II, p. 463).

Soljénitsyne reconoce que el poder soviético actuó con *“gran prudencia”* en esa época y el antijudaísmo disminuyó en relación a la guerra, al extremo de que, según Heifetz, *“Para ‘los judíos en general’, el período de Khrouchtchev fue uno de los más tranquilos de la historia soviética”* (T. II, p. 464).

Resurgió el sionismo, triunfaron en el Sinaí (1956), en la guerra de los Seis Días (1967), se realizó el Festival Internacional de la Juventud en 1957, vino *“el deshielo”* khrouchtcheviano, el renacimiento cultural público, por ej. con Chostavkovitch quien le puso música al poema *Babi Yar* de Evtouchenko y Anatoly Rybakov editó *El verano en los pinares*, *“un manifiesto plagio del Diario de Ana Frank”* (S. Schwartz). Pecado venial, conociendo el antecedente.

“Todas estas fluctuaciones y rupturas en el seno de la sociedad soviética no pasaron desapercibidas para los judíos, al contrario: las sintieron como un avance importante” (T. II, p. 465)... *“Sin embargo a través del período soviético la conciencia no se extinguió completamente”* (T. II, p. 466). Soljénitsyne agrega testimonios varios, incluso el propio, *“pero, ¿porqué los rusos deberían ofuscarse ante ello?”* (T. II, p. 466).

“Otro autor judío nota también esto: ‘los judíos no religiosos, una vez confundidas todas las tendencias, se ponían de acuerdo en defender el principio de la ‘la pureza de la raza’ — y agrega — ‘Nada de más natural. Gentes para las cuales la judeidad es nada, y que, para colmo, no se han asimilado, no se encuentra mucha’ ” (Eterman, en *La verdad vista de cerca*, en T. II, p. 466). Pero no nos acerquemos tanto como para quemarnos.

Según B. Orlov los esfuerzos de la *intelligènzia* judía para fundirse en la forma nacional rusa fueron *“titánicas,”* pero al fin, ella *“no consiguió la armonía interior, al contrario, sintió aún más duramente la amargura de estar seccionada en dos identidades nacionales”*.

Alexandre Blok le agrega el toque emocional: *“¡Oh mi Rusia!, ¡Oh mi vida! ¿deberemos errar juntos?”*, *-una pregunta a la cual el ruso da generalmente una respuesta sin equívoco-, a esta pregunta la intelligènzia ruso-judía respondía, a veces después de un tiempo de reflexión: ‘¡No, no juntos. Uno al lado de otro, en ciertos momentos, pero no juntos!...’ Una deuda no reemplaza una patria”*. Ello *“permite a los judíos mantener las manos libres ante cada cambio de la historia rusa”*.

Soljénitsyne les agradece la sinceridad y agrega: *“Sólo queda soñar con que los judíos tengan suficiente lucidez como para reconocer la existencia de este dilema”* (T. II, p. 467).

No conviene reducir todo al antisemitismo que amén de impedirnos acercarnos a lo específicamente ruso y judío, “*es menos peligroso por lo que hace ‘a’ los judíos (al imponerles diversas limitaciones) que por lo que hace ‘de’ los judíos, seres neuróticos, deprimidos, acomplejados, disminuidos*” (T. II, p. 467).

Soljénitsyne le agrega realismo o exactitud: “*en realidad, lo que han podido salir de ese estado mórbido son los que se asumieron plenamente como judíos*” (idem).

Habíamos quedado en el deshielo y el período posterior a Khrouchtchev, cuando estalló como un milagro la victoria en la guerra de los Seis Días. El poder soviético exasperado por la derrota vergonzosa de Nasser lanzó una campaña retórica, con ruptura de relaciones diplomáticas, contra el “*judaísmo- sionismo- fascismo*”: el “*complot mundial*” fue considerado como “*el desenlace necesario e inevitable de toda la historia judía, de la religión judía marcada por su carácter nacional*”... “*el judaísmo es una religión que le viene muy bien a los que aspiran a la revolución universal, porque ha elaborado sistemáticamente una ideología de la superioridad racial y el apartheid*” (R. Nudelman, *El Antisemitismo Soviético*, en T. II, p. 468).

Nadie se asustó en serio, era pura cháchara: “*pero este miedo no era sino superficial, lo que produjo, de hecho, fue una nueva e irreprimible afirmación de su identidad nacional por parte de los judíos*” (T. II, p. 469). También favoreció la emigración a Israel, hasta con un avión desviado en 1970.

24. EN RUPTURA CON EL BOLCHEVISMO (CAP. 24)

La Razón contra la Nación

“Al comienzo del s. XX, cuando Europa se veía ya en los umbrales de la Razón universal, nadie podía prever con qué fuerza iba a explotar, justamente en este siglo, el sentimiento nacional en todos los pueblos de la tierra. Y hoy día, un siglo más tarde, estamos estupefactos pues nos es necesario prever, no la desaparición inminente de los sentimientos nacionales (desaparición con que nos han rellenado el cráneo, durante un siglo, los socialistas internacionalistas), sino más bien su fortalecimiento” (T. II, p. 471). Burla y profecía a cuya realización apuesta fuerte Soljénitsyne; a nuestro juicio aquí está el motor inmóvil de su fuerza espiritual.

La nación no es un elemento empobrecedor de la humanidad, y además *“es una idea indigente, puramente materialista, la que permite creer que cuando todo se vuelva similar, será más fácil organizar la vida del planeta. Puede ser pero, ¡vivir será entonces mucho menos placentero!”* (T. II, p. 471).

Claro que Soljénitsyne se indigna, porque los comunistas lo han aturcido con las más groseras estupideces, por ej. que en esa tiranía no habría más problemas nacionales y mucho menos existiría la *“cuestión judía”* (eso repetían aún con Gorbachov), nada menos que en relación con el pueblo más nacionalista de la historia, que no necesita ni de estado ni de territorio, y del que se ha dicho que es *“el eje de la historia del mundo”*.

Hablar abiertamente y conocerse

En la sociedad de la Rusia prerrevolucionaria, lo hemos visto, el mero hecho de ‘callar’ la cuestión judía estaba considerado como ‘antisemitismo’; más aún el problema de sus derechos cívicos *“era la cuestión central de toda la vida pública rusa...”*. Con la subida de los socialismos europeos *“toda cuestión nacional no era considerada sino como un irritante obstáculo en el camino de esta noble doctrina -y la cuestión judía (achacada por Marx resueltamente al capitalismo) no era a fortiori sino un pequeño obstáculo de que se había hecho una montaña-”* (T. II, p. 472).

Notemos por otra parte, que Marx en *La Cuestión Judía* hizo del judaísmo la coronación, la esencia, por así decir, del capitalismo, tema hoy prohibido y me someto a la prohibición.

Pues pena de muerte establecieron los bolches, a quien se atreva a *“evocar de un modo o de otro la cuestión judía (excepción hecha de la simpatía hacia los sufrimientos de los judíos bajo el Tsar, y de la emoción ante su voluntad activa de integrarse al comunismo. Y las conciencias, en la intelligenzia, siguieron libremente de buen grado este nuevo canon; los otros también lo siguieron, pero constreñidos y forzados”* (T. II, p. 472). Al final de la segunda guerra se despertó la mencionada *intelligenzia* judía, ¡y cómo!: se convirtió (por arte de magia y del creador del Golem, que citamos, acotemos) en paradigmática no sólo para la conciencia moral rusa sino para la universal, *“Es ella exactamente ‘la medida de la verdadera humanidad’ ”* (T. II, p. 473), dice, V. Levitina, como una verdad absoluta, en 1988 y en Jerusalén.

“Con la aparición del estado de Israel, las pasiones desencadenadas en torno suyo han introducido inquietud en la conciencia inocente de los socialistas europeos”

(T. II, p. 473). Agrega ejemplos más que previsibles: los sumisos y colaboradores del comunismo se vuelven rebeldes y mártires de ‘la libertad’ apenas está en juego el interés israelí, y desde 1950 a 1980 las emisoras americanas presentan la cuestión judía en Rusia como la fundamental, y dentro de USA la mayoría de los hebreos que alcanzaron posiciones sociales sin precedentes y privilegiados, en privado “*no dejan de considerar la aversión y la discriminación provenientes de sus compatriotas cristianos como un componente siniestro de la vida moderna*” (Michael Medved, en T. II, p. 474).

“*Sin embargo debemos acostumbrarnos a hablar de la cuestión judía no temerosamente y cuchicheando, sino clara, netamente, con conocimiento de causa. Sin dejarnos llevar por las pasiones, sino tratando de penetrar por la simpatía a la vez en el destino histórico singular, trágico, de alcance universal, del pueblo judío, y en nuestra historia propia, la de los rusos, colmada también de inmensos sacrificios. Bajo esta condición se disiparán los prejuicios múltiples, a veces absolutamente monstruosos, y se instalará una pacífica lucidez*” (T. II, p. 475).

Aquí Soljénitsyne se deja llevar por un optimismo o entusiasmo por demás ingenuo: sin duda el conocimiento mutuo racional y sincero puede mejorar las relaciones entre pueblos y personas de buena voluntad, pero no es ése el caso, no lo ha sido y no hay motivos para creer que será en el futuro. Las relaciones de poder permanecen, también permanecen las ideologías, y además permanecerán el *Nuevo Testamento* y el *Talmud* hasta la consumación de los siglos. De todos modos conviene un mayor conocimiento mutuo y una relación de poderes más equilibrada, lo que, como todo logro de justicia, costará sangre.

El barco se hunde

Al fin de los años sesenta el barco comunista ya amenazaba hundirse y “*una observación me afirmaba en esta idea -era ver cuántos judíos se apartaban de él-*”... “*Los espíritus pensantes en primer término, después la masa, ¿no significaba esto que sus años estaban contados? Sí, era un signo*” (T. II, p. 475). ¡Y qué signo! No hay como la ciencia experimental.

Además ello ocurría cuando los judíos abandonaban el barco y sin ellos el fanatismo bolchevique “*había dejado de ser un fanatismo, fue captado por una dejadez muy rusa y por una inercia brejneviana*” (T. II, p. 475). Bueno, bien pudiera ser otro signo, le sacaron el motor. “*El poder comunista, después de la guerra germano-soviética no había respondido a las esperanzas de los judíos: parecía que bajo ese régimen su vida era peor que antes*” (T. II, p. 476).

Siempre recalca Soljénitsyne que los cultos se dieron cuenta primero: “*Cierto, buen número de judíos instruidos se apenaron al rechazar así el comunismo, en desembarazarse de ese ideal: El marxismo presupone la instrucción*” (Iou. Kolker, en T. II, p. 477).

Y la práctica militante, amén de la propaganda: “*Muchos publicistas judíos se han enganchado al término ‘estalinismo’ que permitía, por contraste, blanquear cómodamente el poder soviético de sus comienzos*” (T. II, p. 477). Píndaro lo dijo para siempre y mejor que la Biblia, me parece: “*La inteligencia está sometida al lucro*”, en esos tiempos y en los actuales. “*Es entonces cuando, habiéndose apartado de él, se volvieron contra él. Y hubieran debido, en un movimiento de arrepentimiento purificador, reconocer la parte activa que habían tenido en el triunfo del régimen soviético, y el papel sanguinario que habían jugado*” (idem).

Pedirle peras al olmo, como quien dice, con excepciones que cita y que los judíos como Simón Markish, repudian.

Nosotros, los buenos.

“Sin embargo la mayoría de los comentaristas judíos de los últimos años del régimen soviético escriben cosas muy diferentes. Incluyendo en la perspectiva toda la era soviética desde 1917, no ven sino una larga serie de sufrimientos experimentados por los judíos bajo este régimen: ‘entre las numerosas nacionalidades que pueblan la Unión Soviética, los judíos han sido considerados siempre como los menos fiables’ (cita de F. Kolker) “¿De qué amnesia hay que estar atacado para escribir semejante cosa en 1983?” (T. II, p. 479).

Los olvidadizos son legión, a pesar de que *“la desilusión era tan reciente, tan ardiente que uno no tenía el coraje de hablarles a los niños”* (V. Bogouslavski, en T. II, p. 480). Seguirán, pues, relatándoles que los trajo al mundo y los educó la cigüeña idealista defensora de la humanidad.

En los años '70.

“En los años '70 se asistió a un suerte de juego de resonancias, incluso con una concordancia de opiniones inconcebibles durante todo un medio siglo”. Es que empezaba, digo, una nueva propaganda mundial, el pensamiento único del que gozamos. Y ahí sí, que los rusos perdieron la guerra.

Algunos pensadores hebreos no pueden menos que rechazar la opinión franca y brutal de sus connacionales que niega toda responsabilidad hebrea en la masacre comunista. Así ya Chulguin en 1929 observaba que éste era *“el peor camino a seguir”*, en la propaganda se entiende, y proponía ciertos *“matices”*.

Soljénitsyne quiere encontrar buenas noticias y esperanza a toda costa de modo que ve en tales matices los signos de una *“toma de conciencia, incluso de verdadero arrepentimiento por parte de judíos de espíritu probo con sabia experiencia de la vida. ¡Cuán afortunado es esto! ¡Y cómo esto nos llena de esperanzas!”* (T. II, p. p. 481).

Se ilusiona con personas como Dean Levin: *“En Rusia el antisemitismo popular proviene en gran parte de que el pueblo ruso ve en los judíos la causa de todo lo que los hizo soportar la revolución. Los escritores americanos, al contrario, judíos y antiguos comunistas... no quieren resucitar las sombras del pasado. Ahora bien el olvido del pasado es cosa terrible”.*

A. Soukonik, emigrado de la URSS, va más allá: *“en nuestra realidad (la de Rusia), hemos estado enfrentados a una espiritualidad judía, era la del Comisario, y ella se llamaba marxismo”* (en T. II, p. 481). ¿Será parte de la ambigua expresión de Pio XI al firmar que somos espiritualmente semitas? Soukonik les recuerda, en fin, que los sionistas que ayer no más gritaban: *¡“Viva la gran fraternidad entre los pueblos! ¡Gloria eterna a nuestro Genial Amigo, el camarada Stalin!”*.

Ante ello Soljénitsyne se plantea *“una pregunta que, en líneas generales, sería ¿no hay allí una responsabilidad moral -no una complicidad-, más bien una responsabilidad: acordarse y reconocer?”*. Y de inmediato nuestro autor llega a aquel colmo de la agresividad antitabú: *“¡Mirad a los alemanes...!”*, culpables confesos y pagadores de buenas indemnizaciones.

Mikhaïl Keifets es como Soljénitsyne: ironiza con toda *“la gente cultivada”* que no se enteró de los sufrimientos rusos, pero a quienes se les despertó la sensibilidad cuando les tocó a los judíos, como el oficialista Víctor Perelman. Y tal como Perelman, el cineasta M. Romm, cinco veces premio Stalin, luego convertido en *“jefe espiritual del judaísmo soviético”* (T. II, p. 483).

Estos señores que habían contribuido a aniquilar la clase dirigente rusa, su aristocracia y burguesía desde el comienzo del bolchevismo, *“se convirtieron sincera y verdaderamente en el núcleo de la novísima opinión pública opositora. Ello significa que ningún movimiento progresista puede de nuevo hacerse sin los judíos”* (T. II, p. 483). Simple método comercial, como ya dijimos: liquidada la competencia, uno vende lo que quiere y a mejor precio.

Cuando defienden sus intereses y a su pueblo, los judíos son valientes y hasta temerarios. Así en Rusia Alexandre Guinzburg desenmascaró los procesos políticos trucados, al igual que Pavel Litvinov y Larissa Bogoraz; o Semión Glouzman ante los hospitales psiquiátricos; en 1968 estuvieron cuatro de ellos entre los siete que protestaron en la Plaza Roja por la vergüenza de Checoslovaquia, una proporción enormemente mayor que el 1 % de su presencia en la población rusa de la época.

“Sin embargo raros eran los disidentes de los que se pudiera escuchar el menor pesar respecto del pasado de sus padres, aunque sea en el tono” (T. II, p. 484). Ejemplifica con varios de estos héroes, buenos hijos de sus papás verdugos: V Belotserkovski *“jamás nos dirá cuantas inocentes víctimas mató su padre con su pesado mauser”* (T. II, p. 484). No las habrá contado, sea dicho en su descargo.

Raïssa Lert es un signo verdaderamente ominoso para las esperanzas de Soljénitsyne: se leyó *El Archipiélago Gulag*, pero siguió orgullosa de su militancia en el Partido, *“donde entró en un impulso de entusiasmo y de probidad”*, según aclara por las dudas jactándose de su participación en el terror.

Alguien le dijo a Kafka que preguntaba si había esperanzas: *“Esperanzas hay, pero no para nosotros”*, y es como para que Soljénitsyne lo repita a juzgar con estos ejemplos et alia. *“Es entonces cuando apareció una disidencia propiamente judía, preocupada exclusivamente con las persecuciones contra los judíos y los problemas de la emigración. De ello hablaremos más adelante”* (T. II, p. 485).

Los travestis

El famoso Alexandre Galich (nombre de un pueblo tradicional, como si dijéramos Humahuaca, se llamaba en realidad Guinzburg Alexandre Arkadievitich. *“la elección de un pseudónimo es asunto delicado”*, dice al respecto N. Rubinstein. Lo cierto es que este Galich o como se llamase, hizo circo con éxito soviético durante toda la guerra, luego de ser eximido del servicio militar, hasta los años 60 donde oportunamente cambió de rubro: canciones de protesta entre sus connacionales, eso sí de ningún modo ataca el pasado leninista, sino la moralina de *“la nomenclatura de hoy”*, o sea su modo de vida privilegiado; pero cuando pasa de los jefes y poderosos al pueblo sometido *“pone es escena caracteres humanos que son casi todos estúpidos, cobardes, sinvergüenzas, vendidos... una verdadera cloaca”* (T. II, p. 487).

La cloaca rusa, no la hebrea. Él se coloca fuera del inodoro: *“para el ‘yo’ del autor, encontró una forma de reencarnación absolutamente al gusto del tiempo”*, bueno, caritativo, soldado, prisionero en los campos donde nunca estuvo, *“¡sin un*

átomo de arrepentimiento personal, ni una palabra de arrepentimiento dirigida contra sí mismo, en ninguna parte!” (T. II, p. 488). Era tan previsible y demasiado humano que sobran los signos de admiración.

Menos aún cuando se burla del consejo evangélico “*no juzguéis y no seréis juzgados*”, lo que le parece “*una forma de existencia despreciable hasta la médula*”, y asume la pose de fiscal: “*No se me ha elegido. ¡Pero el juez soy yo!*” (T. II, p. 488). Pasando por sobre una sarta de estupideces, brota en su poesía algo realmente vigoroso, “*el sentimiento de su consanguinidad judía y de la desgracia judía*” (T. II, p. 489), especialmente al parafrasear el salmo *Sobre los ríos de Babilonia*: todos los judíos son buenos, puros y perseguidos, no estuvieron en el Sínodo ni el Senado, etc., y los rusos todo lo contrario “*Hay que tener poca memoria*”... “*Han olvidado. Y con toda buena fe han olvidado totalmente. ¡Cuán duro es recordar el mal que se ha hecho!*” (T. II, p. 490) dice con piedad real o fingida Soljénitsyne refiriéndose a este hombre insignia y tantos otros similares. Recuerde lo que ya Ud. ha leído y chequee la propaganda antes de consumirla.

Es lógico que sus lectores, una vez arribados a la tierra prometida, hallen en estos criterios el instrumento para olvidarse de Rusia, como N. Rubinstein, lo que a nuestro autor no le hace demasiada gracia. (T. II, p. 491), y no terminamos de comprender el motivo.

25. CUANDO LAS ACUSACIONES SE VUELVEN CONTRA RUSIA (CAP. 25)

Los de abajo tienen la culpa

Parecían tan indisolublemente unidos los judíos soviéticos con el bolchevismo... pues bien, en lugar de arrepentimiento la ruptura produjo una derivación inesperada, para Soljénitsyne, se entiende: “*se volvieron con furor contra el pueblo ruso: ¡son ‘los rusos’ los que han matado la democracia en Rusia (la de febrero), son ‘los rusos’ los responsables de que este poder se mantenga desde de 1918! ¡Que hemos sido culpables, seguro, y cómo! E incluso mucho antes*”... Y nuestro autor insiste con su pretensión de que no se hagan los tontos y acepten compungidos su adulación a la tiranía (T. II, p. 493).

En cambio N. Chulguine dice que la culpa la tiene “*la cólera popular*”, “*el bolchevismo de Lenin y del Partido Comunista no ha sido sino el moldeado natural racional y civilizado del bolchevismo de la ‘plebe’ — y sin el primero, es el segundo, mucho más terrible, el que hubiera prevalecido*”... Con semejante criterio, no es extraño que los judíos hayan salvado a Rusia de una *pugachevsquina* (saqueo anárquico) total, “*han dado al bolchevismo la variante más humana de todas las posibles en aquel tiempo*”.

“*El pueblo vil*”, dice otro similar, M. Meerenson-Aseknov, “*se ha servido del Partido de Lenin para trastocar la democracia de los intelectuales*” (esa que jamás existió comenta el premio Nobel), “*se sirvió de la democracia staliniana*”, etc., etc., de modo que al final los doctores de la ley somos los buenos, según B. Chraguine: “*La responsabilidad de la intellighènzia en los deplorables acontecimientos de la historia rusa que siguieron ha sido muy exagerada*”... por otra parte, “*no hay falta de su parte, sino respecto de sí misma*” (T. II, p. 494). “*El poder totalitario, por su naturaleza, es un hecho del pueblo*”, dice M. Meerenson-Aksenov. Beni Peld concluye: Rusia “*es un país totalitario... Tal ha sido la elección del pueblo ruso*” (T. II, p. 495).

Para decir todo esto en público, además de ser osado, uno tiene que tener el futuro en el bolsillo, la impunidad asegurada y el apoyo de los lobbys específicos.

Terminemos con una explicación “*psico-religioso-geográfica*” y tribal: todo salió mal porque “*el elemento tatar ha invadido el interior de la Rusia ortodoxa, ahora bien la estructura social y espiritual asiática, transmitida a los rusos por los mongoles... es inepta para el desarrollo y el progreso*” (Chagrine, en T. II, p. 495). Igual que Sarmiento o Alberdi explicando por qué son animales los argentinos.

Esos rusos de porquería

En la explicación de Soljénitsyne, durante los años '70 se acentuó la abominación de Rusia: para Teleguin, Rusia es “*una pocilga humana*”, seguramente apoyado en el *Talmud* profundo, de modo que los incendios de los bosques son castigos por sus crímenes.

Resulta interesante la transformación del “*problema del pueblo*” entre el s. XIX y mediados del s. XX, ahora esa esperanza sentimental se convirtió en -la síntesis es de Soljénitsyne- “*la masa autóctona, estúpidamente satisfecha de su destino y de sus*

dirigentes, en medio de la cual los judíos, arrojados por su suerte desgraciada a las ciudades, han sido condenados a sufrir. Es imposible amar esta masa, preocuparse por ella es contra natura” (T. II, p. 496). B. Khazanov no se conforma con imágenes judeocristianas y recurre al mito griego: “*La Rusia que veo a mi alrededor me repugna... éstas son caballerizas de Augías únicas en su género... sus habitantes piojosos... vendrá un día en que sufrirá un castigo tremendo por lo que representa hoy en día*” (T. II, p. 496).

Después de sufrir el judeo bolchevismo democrático proletario, progresista, etc., ¿todavía más castigo? Estos ruso-mongoles-tátaros, etc., deben ser los auténticos deicidas, y no los salvará ni el Concilio Vaticano III.

Durante los años '60 la *'intelligènzia'* se manifestaba sólo en secreto, pero con la emigración sus representantes se dieron el gusto en Occidente: Arkady Belinkov en 1968 con la tesis archiconocida: Rusia es esclava desde siempre, allí “*uno ahorca, sea por error, sea torpemente, y siempre demasiado poco*”. No hay como Darwin y la evolución: en los años '20 ya había signos que “*al término de una evolución secular, la población (de Rusia)... se transformaría en una tropa de traidores, de delatores, de verdugos*”, el terror y los tribunales no son soviéticos sino rusos.

Soljénitsyne se pregunta si todo esto era producto de la reforma judicial de Alejandro II. Y sigue Belinkov: se trata de una sociedad de esclavos desde los abuelitos “*una sociedad de bestias que tiemblan de pavor y de hambre*”. Ningún alma civilizada de Occidente protestó por ese ataque discriminatorio a una nación en su conjunto con tantas incitaciones al odio.

A fines de los '60, ya en Londres, Belotserkovski piensa lo mismo, variando un poco las imágenes y termina: los rusos llenos de vodka “*se arrastraban en cuatro patas y se prosternaban ante los árboles y las piedras, mientras que nosotros les hemos dado el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob...*” (T. II, p. 498).

Evidentemente no se refiere al Dios Padre de Jesucristo, pero hay que agradecerle de todos modos, porque “*la Ortodoxia no ha merecido la confianza de la 'intelligènzia'*” (Teleguin), ya que los rusos “*han fácilmente renegado de la fe de sus padres, miraban con indiferencia como se dinamitaban sus iglesias*” y luego de “*un tiempo*” de cristianismo (950 años aclaremos) “*no habrían esperado más que una ocasión para separarse*”. Dicho de otro modo, la hora señalada fue la revolución.

Comentario (tímido) del autor: “*Sin duda los estertores de aquellos que habían segado las ametralladoras de los tchekistas luego de los primeros motines de fieles en 1918 ya no se escuchaban en París. ¡Después no tuvieron fuerzas para levantarse! ¡Cierto!*”.

El hermano mayor en la fe B. Grobman es más franco: “*La ortodoxia es una religión de salvajes*”... “*una barbarie aromatizada por Roublev, Denis y Berdiaev*”; a más de uno aterroriza la restauración de la Ortodoxia, sería éste “*el porvenir más negro para el país y para el cristianismo*” (T. II, p. 500).

Esa maldita patria

Con referencia a las divagaciones de G. Pomerants sobre la diáspora, Soljénitsyne recalca cuál es el problema “nacional” de todo hombre: “*Hay allí un artificio sutil. Sin duda uno puede amar a más de un país, a más de una nación, aunque*

sea a diez. Pero uno no puede depender, no puede ser hijo sino de una sola patria, como no se puede ser hijo sino de una sola madre” (T. II, p. 501). No tiene arreglo.

Con los esposos Pomerants tuvo intercambio epistolar vergonzoso, no para nuestro autor, a cuyo contenido me referiré venciendo el disgusto de exponer, muy someramente, estas miserias; lo hago porque es el tipo de actitud moral y de ‘razonamiento’ que encontraremos no sólo en las relaciones personales, sino sobre todo en las relaciones de poder y muy especialmente en los tribunales de derechos humanos.

Estos esposos lo acusan de insensible ante el sufrimiento de los judíos y sostienen que no hay en realidad naciones ni derecho a hacer juicios globales sobre una supuesta entidad llamada nación, pero de inmediato condenan a Rusia, en consecuencia Israel es la única nación ganadora y no se puede volver atrás. Respuesta: *“Ahora bien: ya una vez se nos había convencido de que las naciones no existían, y se nos había persuadido de destruir la nuestra. Lo que, en nuestra locura, habíamos hecho”* (T. II, p. 502).

Los Pomerants, indignados por la lectura de *Primer Círculo*, le proponen que cambie el libreto, que el muchachito de la película sea un judío y si no quiere por lo menos que ponga dos muchachitos iguales, un ruso y un judío. Luego van variando sus críticas, ahora con apoyo de los lobbys en el exterior. El mal absoluto es el hitlerismo, los comunistas son democráticos hasta en la *Tcheka*, el mal indudable es *“el anticomunismo obstinado, sobre todo cuando se apoya en el nacionalismo ruso (el cual, como se nos ha dicho, ‘no puede ser sino promotor de pogroms’)*” (T. II, p. 504).

Soljénitsyne acepta el estado miserable y degeneración espiritual y física del pueblo ruso, pero le recuerda a los Pomerants que a ese estado llegaron no a causa de las tradiciones nacionales sino como producto de sistemáticas agresiones bolcheviques, donde los hebreos fueron cómplices de primer nivel. Refrán ruso: *“avanza, pero mira hacia atrás”*.

La culpa es del pueblo

Ahora bien los progresistas, comunistas o no, quieren olvidar el pasado, y recurren al psicoanálisis social: el comunismo, la revolución, el terror etc, todo lo malo se debe *“al mismo complejo de inferioridad que ha producido la revolución en Rusia”* (L. Frank); dicho complejo nacionalista, ya Ud. lo ha adivinado, que es responsable también del engrandecimiento de la Rusia zarista.

En este campo las divagaciones son infinitas y se las ahorro, pero he cargado con la cruz de leerlas en estas páginas, de puro amor al prójimo, o sea a Ud. También Soljénitsyne se explica científicamente por ese mismo “complejo”.

En resumen: *“Y bien no, Rusia está total y irremediamente condenada, en toda la extensión de su historia y en todas sus manifestaciones siempre es sospechosa: ‘La idea rusa’, sin antisemitismo, ‘prácticamente no es una idea, menos aún específicamente rusa’. Mejor: ‘La actitud hostil a la cultura es una especialidad rusa’ ”* (T. II, p. 507).

Son citas de B. Khazanov que le teme al renacimiento de la Rusia tradicional y su cultura, al igual que tantos otros de los suyos, como M. Weisskopf: *“Temo que el despertar de esta país incurable no se revele peor que su actual (años 1970-1980) declinación”* (T. II, p. 507).

Algo de razón y de profecía hay en estas palabras, dice Soljénitsyne, aunque estén cargadas de odio y de “alegría malvada” (T. II, p. 508), por eso nos pone en guardia ante la menor chispa de nacionalismo. Sufrieron estos hebreos las consecuencias del comunismo y se fueron a Israel, Europa o USA para “desde allí maldecir y pisotear, no al comunismo sino especialmente a Rusia”... y para colmo “juzgar con tanta seguridad e insistencia la culpabilidad y la perversidad de Rusia, su inagotable falta hacia los judíos, creyendo sinceramente en el carácter indeleble de esta falta (sí, agarraos bien, lo piensan prácticamente todos)”... (T. II, p. 508), mientras a la vez se declaran inocentes de “haber servido con tanto celo y talento para cretinizar a los ‘indígenas’” (‘natives’ dirían los ingleses, en T. II, p. 508).

Arrepentirse y buenos sentimientos

Soljénitsyne les vuelve a pasar la cuenta y les recuerda a ese Isaías Davidovitch Berg creador la famosa ‘cámara de torturas’, “pero los judíos dejarían de ser judíos, si no ofrecieran todos más que una sola cara” (T. II, p. 509). Propaganda obliga, aunque hay excepciones que nuestro autor se complace en exponer: una es M. Morgulis quien se atreve a decir: “todo país tiene los judíos que se merece”. Interpretélo como quiera.

Otro, R. Rutman, quien cita al *Archipiélago Gulag* y advierte sobre el peligro de pretender convertirlo en símbolo del sufrimiento humano y en lugar de culpar exclusivamente a la sociedad rusa, prefiere pues hablar de “cadena de culpas”; en fin Michel Kheifets transgrede todos los límites de la modernidad presentando a los alemanes como modelo de arrepentimiento para los judíos, lo que me parece debería matizarse, porque los alemanes actúan así aplastados por la derrota, sometidos, presionados, etc, en suma actúan sin libertad, a pesar de las apariencias formales en las que nadie cree, por lo menos nadie como yo.

Es de advertir que eso de la culpa y el arrepentimiento no es sino la secularización de la culpa objetiva, del pecado original que también se da en la tragedia griega. Todo ello está comercializado y politizado ‘ad usum dominatoris’, aunque Soljénitsyne recalca sólo la falta de equidad y los malos sentimientos hacia Rusia.

Ya en tren de echarnos las culpas, cae también USA “altanera, siempre segura de su buen derecho, sin conciencia de su propios crímenes” y le reprocha algunas vilezas menores como la entrega de rusos y cosacos a Stalin.

En fin, “todos estos ejemplos nos confortan en la idea de un posible conocimiento recíproco, sincero y benevolente, entre rusos y judíos, con tal que de una y otra parte no la contrarrestemos por nuestra intolerancia y nuestra maldad” (T. II, p. 513), alimentadas tanto en nacionalismos rusos como judíos.

“Y bien, nosotros tampoco, no cesamos de recordar a los rusos: sin arrepentimiento no tendremos porvenir... Todos los días enrojecemos de vergüenza por nuestro pueblo defectuoso... y por alguna razón misteriosa, no hemos perdido completamente la fe en él” (T. II, p. 515).

Soljénitsyne apela a la franqueza: “Exhorto a todos, comprendidos los judíos, a renunciar a esta distorsión: creer que hablar con franqueza significa guerrear. ¡Y renunciar históricamente, renunciar irrevocablemente!” (T. II p. 516).

Fátima fascista

“El objetivo de mi libro que se refleja en el título es claro: es necesario que nos comprendamos ‘unos a otros’ es necesario que sepamos ‘ponernos en situación de entrar en los sentimientos de unos y otros’. Por medio de esta obra, quiero sellar y extender nuestra comprensión recíproca para todo nuestro porvenir. ¡Pero que esto sea recíproco!”...

Uno participa y queda azorado ante objetivos tan altos y lejanos; parece que estamos aún a mucha distancia de una “*comprensión recíproca para todo nuestro porvenir*”, habría que empezar con un mínimo de justicia y orden natural, porque los sentimientos necesitan de la naturaleza humana, sobre todo la política, para tener algún futuro. Dios los ayude.

De eso precisamente se trata. En su largo itinerario común “*verdaderamente se encuentra escondido allí un Destino misterioso, que debemos tratar de adivinar y cumplir*” (T. II p. 516).

El camino del infierno está empedrado con buenos sentimientos, en este caso demasiados buenos, y en cuanto a adivinar el Destino Misterioso, tal vez algo tenga que ver con el mensaje de Fátima, que se preocupó por Rusia precisamente poco antes de la revolución de 1917, de modo que estaba en el tema central soslayado por nuestro autor.

No digo que Soljénitsyne se debiera convertir a la Iglesia Católica Apostólica Romana; más bien creo ésta no sabría qué hacer con él y que lo devolverían a la Ortodoxa, porque la Romana ha perdido en tal grado identidad que muchos de sus teólogos más prestigiosos rechazan la idea misma de “conversión”, de Fe y de Revelación.

Afirmo en cambio que nuestro autor debió analizar la “hipótesis Fátima”: ¿Se trata de una alucinación, de una objetivación del subconciencia colectivo, de una expresión de hipnosis masiva? ¿O de una jugada arteramente armada por la política vaticana de la época? ¿Una manipulación de la masa ignorante y supersticiosa, aprovechándose de tres criaturas iletradas y campesinas? ¿Un circo místico-político de clara tendencia facista que continúa y se amplía durante casi un siglo -por ahora- en contra de la Ortodoxia y de la URSS? ¿O una “revelación privada” de la Sma. Virgen?

Si preferimos mantenernos en un campo neutral y “laico”, se trata de un “fenómeno” en el sentido neokantiano, un fenómeno si no religioso por lo menos político de tal envergadura que ha complicado y complica las decisiones diplomáticas; concretamente la *östopolitik* vaticana y europea.

Este asunto le debería interesar a Soljénitsyne de modo directo, porque ahora constituye un escándalo íntimo en el gobierno de la Iglesia, cuya última expresión es el notable libro de Antonio Soggi, *El Cuarto Secreto de Fátima*, Roma, Rizzoli, 2006.

A los diplomáticos de ambas partes no se les escapan las consecuencias políticas de los “mensajes” o “secretos” de Fátima. Así nos lo hace saber el P. F.G. Caprile S. J., por ejemplo, en la *Civiltà Cattolica*, en junio de 1960 exhortándonos a evitar las “*noticias alarmistas*” y la “*curiosidad morbosa*” en torno a un mensaje supuestamente sin contenido concreto, etc, etc.

El P. Caprile nos revela a también el otro lado del secreto, que precisamente es “secreto” por motivos políticos: Fátima disgusta a la alta jerarquía por su

anticomunismo agravado por la interpretación “*casi exclusivamente anticomunista*” de la vidente. La polémica interna anterior y actual sobre el tema vuelve siempre sobre este aspecto que afecta directamente las relaciones con el gobierno soviético.

26. EL COMIENZO DE ÉXODO (CAP. 26)

El nuevo “éxodo” fue presentado como se debe: apoyado en tres milagros “*el milagro de la formación del Estado de Israel*”, “*el milagro del purim de 1953* (dicho de otro modo: la muerte de Stalin), “*el de la victoria de 1967, alegre, brillante, embriagadora*” (T. II, p. 517), en palabras de F. Kohler.

Acotemos que respecto de estos milagros falta nombrar a uno de los santos hacedores, don Adolfo Hitler, financiado por los mismos banqueros que apoyaron al Sionismo, quien en lugar de confiscar la riqueza judía, instrumentó el programa *Haavara* para la transferencia de judíos alemanes a Palestina: uno de los objetivos era cooperar con el establecimiento del Estado de Israel.

Adolf Eichmann visitó Palestina y ajustó el acuerdo con los dirigentes sionistas para complementar el proyecto nazi y el judío. Uno de los últimos, según mi conocimiento, que explicó esta asunto fue Henry Makow Ph.D., hijo de hebreos sobrevivientes del Holocausto, en *The Riddle of Antisemitism*, y *Zionism: Compulsory Suicide for the Jews, et alia* que Ud puede consultar en el site *Save the Males*, 24 (acceso en setiembre, 2004; cf. <http://www.savethemales.ca/000436.html>; también en la entrevista de J. Conti www.bankindex.com/revealing/news/hm/).

Dejemos la trascendencia y volvamos a los *Doscientos años juntos*. Al comienzo de los '60, en los umbrales del éxodo, los judíos de la clase más alta se sentían oprimidos y amenazados, atacados por la dirigencia nacionalista en la prensa de autoedición (Samizdat) y también en la prensa de los exiliados (Tamizdat). “*Este tipo de sentimiento se apoderó de más en más de los judíos rusos, hasta alcanzar estamentos más anchos*” (T. II, p. 520).

Al decir de M. Deitcha: “*Soy un extranjero...un extranjero en mi país que amo de manera abstracta, pero que concretamente temo*”. Según Soljénitsyne este despertar nacionalista “*era absolutamente natural, legítimo por relación al Eje histórico, no simplemente provocado a ‘patadas’*” (T. II, p. 520).

Los perseguidos de siembre.

Cada judío vivió a su modo esta “*toma de conciencia*” nacionalista y la experiencia contemporánea de antisemitismo, por ejemplo en la proliferación de centros de estudios judíos, donde el aprendizaje del hebreo era módico: doscientas o trescientas palabras, el sionismo constituía una idea vaga y nadie pensaba en emigrar.

Precisamente la propaganda soviética en torno a la Guerra de los Seis Días, la imagen del judío guerrero, vencedor de todos, enfervorizó sus ánimos, y “*compensó el complejo de inferioridad que tenían los judíos soviéticos*”... los judíos de la URSS “*parecían definitivamente perdidos para el judaísmo, cuando, bruscamente, ocurrió el resurgimiento del movimiento judío en Rusia, el retorno del antiguo llamado de Moisés: ‘Deja partir a mi pueblo’*” (V. Boguslavski, en T. II, p. 523).

Ya estamos en 1970. “*¡Huíd de la Babilonia del Norte!*”, era el texto bíblico escuchado hasta por quienes trataron de desviar un avión hacia Israel, y los judíos se enfrentaron con procesos varios, sobre todo en Leningrado que no hicieron sino fortalecer su conciencia nacional.

Sin embargo no todos ni mucho menos deseaban emigrar, sino que maldecían “*ese Israel*” que les complicaba su estadía en Rusia. Pero el Estado comunista ya estaba perdido y la grosería de su propaganda tuvo efecto contraproducente, así en marzo de 1970 recurrió a lenguaraces judíos para atacar a sus compatriotas sionistas con voluntad de éxodo.

Les contestó un joven ingeniero Ilsa Silberberg tratándolos de “*miserables lacayos*” que lo eran sin duda, y atacando también a los rusos. Tuvo excelentes imitadores, como que Soljénitsyne sigue indignándose, porque ninguno de estos perseguidos se arrepiente de sus persecuciones y muestra la mínima compasión por los rusos. Ya lo vimos, la película se repetirá al infinito.

Parecía tarea imposible atravesar la Cortina de Hierro. “*Ahora bien, he aquí que, movido por la energía de la desesperación ¡esto comenzó, esto funcionó!. En la lucha por la libertad de emigrar a Israel se dio prueba de una tenacidad y de una capacidad de invención excepcional por la diversidad de medios*”, desde pedidos formales a huelgas... “*Sin duda el éxito de esta lucha no pudo ser logrado sino gracias al poderoso sostén internacional de los judíos*” (T. II, p. 527). No hace falta documentarlo con citas.

Un funcionario comunista incurrió en la ingenuidad de pretender cobrarles un impuesto a la emigración para compensar la instrucción recibida en Rusia y perdió. Se armó un escándalo planetario, dos tercios de los senadores americanos bloquearon un tratado comercial de nación más favorecida con la URSS; al secretario general de la ONU, K. Waldheim se le quejaron, porque ese impuesto “*era una forma de servidumbre infringida a gente provista de instrucción superior*”.

Soljénitsyne no consigue callarse: “*En este esfuerzo por alcanzar sus fines, no midieron el efecto que este tipo de palabras pueden tener en un país donde reina una verdadera servidumbre, en los kolkhozes*” (T. II, p. 528). Los senadores de USA chantajearon al gobierno de la URSS y sólo aceptaron firmar el tratado “*si (los soviéticos) aceptaban dejar salir especialmente a los judíos -¡y a los judíos únicamente!*”- (T. II, p. 529).

Como es lógico en esta lógica “*No se encontrará nadie capaz de decir en voz alta: ‘Señores hace cincuenta y cinco años, no son decenas de miles, sino millones de nuestros compatriotas que no han podido ver sino en sueños la posibilidad de huir de este régimen soviético aborrecido, nadie ha obtenido jamás el derecho de emigrar y jamás, jamás los políticos, los hombres públicos de Occidente se han sorprendido, han protestado, ni menos propuesto castigar al gobierno soviético, aunque sea por ciertas limitaciones comerciales’*” (T. II, p. 529). No sé cómo lo tradujo la Editorial Fayard.

Los millones de muertos los dejaron impávidos, todo Occidente reaccionó “*solamente cuando los judíos se encontraron lesionados en sus derechos*”, etc. Lea personalmente la descripción del circo judeoamericano en pp. 528 y ss.

Los “directos” y los privilegios

Si bien, como dice V Boguslavski, el mercado valoraba la moneda de cambio que no son los judíos rusos en cuanto tales, sino que “*es el espíritu de rebelión judío el que constituye la mercadería*”... Los judíos occidentales cuyos sentimientos fueron despertados por el triunfo de los seis días “*han creído ver allí la posibilidad de hacerse un aliado...*”, “*Una “lucha comfortable... sin muchos esfuerzos*” (T. II, p. 532).

Al final, apabullado, Soljénitsyne baja los decibeles: *“Pero es necesario admitirlo: las grandezas de las almas, aquí y allá lejos, influenciándose mutuamente, sacudían de más en más los muros del blindaje soviético”* (T. II, p. 532).

La guerra del Kipur, en el otoño de 1973, cambió bruscamente la faz de Israel que apareció más desamparado, menos seguro de sí y dividido en facciones... En 1974 sólo 20.000 hebreos abandonan la URSS contra 35.000 en 1973 y aparece el apelativo ‘*priamiki*’, directos, o sea los que emigran directamente a USA sin una etapa provisoria en Israel... En 1977 la proporción de ‘directos’ oscila entre el 70 y el 98 por ciento.

Además pronto se vio que *“Israel no tenía necesidad de judíos intelectuales... sino de una ‘intelligènzia’ judía”*... *“los recién llegados tuvieron conciencia de haber cometido un error trágico: no tenía ningún sentido haber abandonado Rusia”* (S. Tsyulnikov, en T. II, p. 533). *“No sin razón muchos judíos soviéticos tuvieron la impresión, al desembarcar en Israel, que habían cambiado un régimen autoritario por otro”* (M. Nudler). Lógicamente al último llegaban sólo unos pocos por año, de modo que Golda Meir ya no iba a recibirlos entre lágrimas.

“Sólo la primera ola estaba movida por el ideal” (E. Manevitch, en T. II, p. 534). *“La aparición de los neshira (las defecciones en el camino de Israel; de los noshrim, los renegados), quizá esté relacionada al hecho de que al comienzo la emigración venía esencialmente de la periferia (de la URSS) donde las tradiciones (judías) eran sólidas, mientras que ahora provenía del centro donde los judíos se había notablemente apartado de sus tradiciones”* (G. Freiman).

“La principal razón que los impulsaba a la emigración no era el anhelo de adquirir la judeidad, sino más bien librarse de ella” (B. Orlov). Nos parece oírlo a Karl Marx en persona. *“En una perspectiva más amplia: la diáspora es por lo menos necesaria porque es necesario, o bien que cada uno aporte un poco de dinero a Israel desprovisto de recursos, o que alborote cuando se lo arremete! Pero, por otro lado, esta diáspora perpetúa el antisemitismo”* (A. Dobrovitch, en T. II, p. 535).

A. Voronel sostiene: *“la situación de los judíos rusos y el problema de su emancipación no hacen sino reflejar la crisis de todo el mundo judío”*, en particular *“el cinismo de los judíos soviéticos”* que aceptan falsas invitaciones de Israel y *“reflejan el cinismo y la depravación que alcanzan a todo el mundo judío (y no judío)”* (T. II, p. 536).

Se comprende, dice, el deseo de huir de la URSS, pero no hay superioridad moral alguna., hasta la cita bíblica está truncada. *“Deja partir a mi pueblo”* es el lema, pero Éxodo 5,1 especifica: *“¡Deja partir a mi pueblo! ¡Que celebre una fiesta para mí en el desierto”*, no en USA (idem).

Ante las restricciones soviéticas al ascenso en la burocracia, que vimos, *“una fatalidad administrativa ciega los ha arrojado primero hacia la judeidad, luego hacia el sionismo. Muchos eran los que... no se habían enfrentado jamás hasta entonces al antisemitismo o las persecuciones políticas”* (Lev Kopelev, en T. II, p. 537), cualesquiera sean los sentimientos entrecruzados de cada individuo.

En fin el movimiento de disidencia política o la lucha por la democratización del régimen coincidió con el impulso emigratorio y se repetía el dilema del sionismo en el s. XIX: *“el objetivo es abandonar el país, pero, ¿entretanto es necesario continuar el combate político? En ese tiempo uno se inclinaba más bien por la afirmativa, lo que no era el caso en lo sucesivo”* (T. II, p. 538).

Cada uno aprovechó la situación con el pretexto que sea, incluso la defensa de los derechos del hombre en la URSS, el movimiento democrático y hasta el sacerdocio ortodoxo, como “*salida de emergencia*” (T. II, p. 539).

Los judíos gozaron así de una situación de privilegio, “*un inmenso privilegio*” para abandonar el navío; J. Chlomovitch advierte el peligro: “*no conviene luchar por un derecho de emigración reservado ‘solamente a los judíos’*”, e igualmente B. Khasanov. (T. II, p. 540).

Aumentó el resentimiento de los rusos que se quedaron adentro, disminuyeron los lazos personales y sociales entre ambas comunidades, o sea el ecumenismo sociocultural que basamenta la paz de este mundo.

El fin de los doscientos años

Esta separación, esta emigración fue absolutamente voluntaria y aparta los destinos paralelos de ambos pueblos. Soljénitsyne saca sus conclusiones en directa relación con el título de esta obra: “*la emigración de los judíos de la URSS inauguró indudablemente un importante movimiento de alcance universal. El comienzo del éxodo marca el límite de esos dos siglos donde judíos y rusos debieron vivir juntos. Todo lo que ha pasado en el curso de estos dos siglos con los judíos en Rusia... no ha sido el juego de circunstancias fortuitas en la periferia de la Historia. Los judíos han cerrado el ciclo de su dispersión en torno del Mediterráneo hasta las regiones orientales de Europa, pues se han puesto en movimiento para volver a obtener la tierra de donde habían partido. En ese ciclo y su acabamiento se manifiesta un designio sobrehumano. Competirá quizá a nuestros descendientes discernirlo más claramente. Y adivinar su sentido*” (T. II, p. 541).

No es sólo motivo de adivinanaza sino de Revelación, dijo hace mucho el antisemita de San Agustín.

27. LA ASIMILACIÓN (CAP. 27)

¿Cuándo comenzó eso de la diáspora o dispersión de los judíos y por qué?, se pregunta Soljénitsyne y muchos millones semejantes a él: *“La mayor parte (excluidos los musulmanes, como es lógico) creen sin duda alguna que la multiseccular dispersión de los judíos tiene por origen la destrucción del templo de Jerusalén por Tito en los años 70 después de Cristo: que, desde entonces, desposeídos por la fuerza de su tierra natal, los judíos fueron obligados a deambular errantes por el mundo”* (T. II, p. 543).

No es así, en esa época no quedaba en Palestina, como mucho, una octava parte del pueblo (I.M. Biekerman); ya antes del cautiverio en Babilonia (s. VI a.C.) los judíos eran un pueblo disperso, *“Palestina no era para ellos sino un centro religioso y, en cierta medida, cultural”* (S. Ia. Laurié). *“Sólo una fracción despreciable de judíos volvió de la cautividad (babilónica), muchos de ellos permanecieron en Babilonia por no abandonar sus bienes”* (idem).

A veces se establecieron siguiendo su carisma en grandes centros comerciales como Alejandría, que consideraron sus patrias respectivas, eso sí siempre manteniendo Jerusalén por capital; allí ya en la época del segundo Templo no sólo se hablaba sirio o griego, según M. Gerchenson, quien agrega: *“parece que en ese entonces ya habían tomado conciencia de que no había que amar la independencia nacional, sino aprender a pasársela bajo un poder extranjero, que no había que atarse a un lugar ni a una lengua únicos”* (T. II, p. 544).

Obediencia debida

Además tenían (¿tienen?) órdenes estrictas del buen Dios antisemita que sigue en sus trece, cf. *Lev. 26, 33, Deut. 4, 27*. Soljénitsyne no se detiene en este aspecto, pues su planteo es preferentemente histórico, sociológico, etc, pero vale la pena meditar estos aspectos, si es que Dios existe y la sociología le está subordinada.

Algo de ello barruntó A. Ioshua: *“El pueblo que había recibido la Ley no quería volver a su país. Hay allí algo muy profundo que nosotros no hemos elucidado todavía. Es tanto más fácil discurrir sobre los valores judíos y la preservación de la judeidad, que explicar las verdaderas razones de tan larga existencia del ‘galut’ ”* (T. II, p. 545). Galut significa exilio y hasta la mitad del s. XX los judíos no crearon una palabra para expresar una diáspora libremente consentida. Se hace difícil reemplazar la lingüística celeste.

Soljénitsyne saca algunas consecuencias psichistóricas: *“la dispersión de los judíos no ha sido exclusivamente una fatalidad desgraciada, sino ‘una libre elección’ (recherche). No sólo un infortunio sobre el que se gemía, sino también, quizá, un medio de procurarse una vida más fácil”* (T. II, p. 545). ¡Qué manera de desmitologizar!

Los sionistas están en el extremo opuesto: la diáspora es una *“maldición terrible”* (Max Brod); *“El hecho de tener muchos hogares a su disposición no ha hecho sino corromper”* (A.B. Ioshua).

“Pero la opinión contraria ofrece, dice Soljénitsyne, un panorama más amplio, y, parece, más realista”. El pueblo judío se conservó gracia a la dispersión que es *“un elemento constitutivo de la historia judía”* (S. Tsyrunikov, en T. II, p. 545); la destrucción del templo *“ha sido la condición indispensable para la salvación del*

pueblo” (Samorodnitski, en T. II idem). Además de la expiación de los pecados, el exilio “*se convertía también en una gracia particular por la cual Dios había distinguido a su pueblo. Por la diáspora el judío ha obtenido el sello de la elección que había entrevisto de antemano en su rostro... Su situación de pueblo dispersado no le parecía contra natura...*” (idem), en los mejores momentos políticos preparaban la diáspora con avanzadas. “*Así la diáspora es una forma específica de la existencia de los judíos en el tiempo y el espacio terrestres*” (E. Fishtein, T. II, p. 546).

Otra vez nos la tenemos que ver con Dios que les recomienda la separación intransigente, prohíbe los matrimonios mixtos y contra toda liberación sexual les ordena: “*No daremos más nuestras hijas a los pueblos del país y no tomaremos sus hijas para nuestros hijos*” (Ne. 10,30). Esdras les ordena romper los matrimonios ya concluidos, incluso si existieran hijos.

Por fin solos, liberados ¿e iguales?

Constantemente se sintieron y se desearon separados hasta que descubrieron la pólvora en el s. XVIII. K. Marx explica que los judíos no se mezclan “*porque representan un tipo económico superior, dicho de otro modo una clase capitalista en medio de pueblos campesinos y de pequeños burgueses*”, la solución es asimilarse; a la *Enciclopedia Judía* no le hizo gracia la explicación y por si acaso, aclara que crearon una economía para evitar la asimilación “*porque tenían conciencia de su superioridad cultural*” que los prevenía de toda imitación. Ni Gramsci lo vio tan claro.

Pues bien a partir del s. XVII los judíos comienzan a creer en la asimilación, la cual, en la Europa occidental del s. XIX “*se vuelve un fermento de la desintegración judía*”. La asimilación comienza cuando la cultura de los pueblos gentiles alcanza el nivel de la judía o cuando los judíos “*cesan de crear nuevos valores*”.

Napoleón los libera y vuelve más natural su asimilación. “*No hay, no puede haber asimilación unilateral*”, los judíos al asimilarse “*comienzan por aportar sus propias particularidades nacionales a las culturas extrajeras*”. Todas estas citas son de la mencionada *Enciclopedia Judía* (T. II, p. 547). Los judíos cultivados se convencieron de que “*los judíos no son una nación*”, son un grupo confesional, y sólo existen judíos individuales, polacos, alemanes, etc.

La solución racionalista y la pesadilla

Por 1920 un hebreo ruso muy bien asimilado, M. Gercheson, al fin de su vida, les responde que la llamada asimilación no se inventó en el s. XVIII, existió siempre, y siempre existieron “*estas dos voluntades entre los judíos: humana y sobrehumana, individual y nacional...*”; a veces la sobrehumana parecía inhumana e inclinaba a la desesperanza y a la desertión, pero no son las facilidades socioeconómicas las que disuelven al mundo judío, éste “*se descompone desde el interior. Es el pivote central - la unidad religiosa del pueblo judío- la que ha envejecido y se ha desmoronado*” (T. II, p. 549).

Sin embargo cuidado con las apariencias: “*Ellos aman lo que aman los otros, pero de modo diferente...*” y en realidad sólo aman lo que llevan en las entrañas, “*lo que el alma en el sufrimiento, ha engendrado en sus profundidades*” (T. II, p. 549).

El judío que finge haberse asimilado, en su interior entra en lucha consigo mismo y vive “*en una tensión extrema*” (N. Podgorets); incluso “*la asimilación más completa es efímera: jamás se vuelve una naturaleza*” y siempre está en guardia (O. Rappoport, en T. II, p. 550).

Jabotinski advierte que no hay que fiarse de la asimilación de un hebreo, pues “*abandona la cultura tomada en préstamo sin la menor resistencia desde el momento en que se convence de que su reino ha terminado*” y por eso aconsejaba a los suyos no comprometerse ni política ni culturalmente con los rusos (T. II, p. 551).

Disraeli es una prueba fehaciente de lo dicho. También Gerscheson que hasta se hizo eslavófilo. Por eso Soljénitsyne distingue, por un lado, entre la asimilación que depende de la sociedad civil y sus costumbres, la que depende de la cultura superior y, por otro, “*en fin esa, más integral aún, que toca las profundidades del espíritu*”.

Pero la permanencia del carácter judío resiste todos los cambios. “*No es pues solamente el fortalecimiento del sionismo, es todo el curso del s. XX lo que ha incitado a los judíos a apartarse de la asimilación*” (T. II, p. 552).

Max Brod observa que el florecimiento de los nacionalismos exige que los judíos rechacen una asimilación que los aniquilaría y Martín Buber en 1941: “*Hasta el presente, nuestra sola presencia bastaba para conmovir los tronos de los ídolos, no para edificar el trono del Señor. Es en virtud de esto que nuestra existencia en medio de otros pueblos es tan misteriosa. Pretendemos inculcarles el absoluto, pero, en realidad, nos contentamos con decirles ‘no’ a los otros pueblos, o más exactamente no somos sino esta negación, nada más. He aquí por qué somos la pesadilla de las naciones*” (T. II, p. 553). Menos mal que se publicó después de *Los Protocolos* y no lo conoció la policía de Zar.

“*Luego dos profundos surcos han venido a atravesar la historia judía: la Catástrofe, y, poco después, la Creación del Estado de Israel. Estos acontecimientos han lanzado una luz nueva y cruda sobre el problema de la asimilación*” (T. II, p. 553).

El Estado de Israel

Arthur Koestler, sionista juvenil, se fue a un *kibbutz* de Palestina, cuenta luego sus experiencias en 1949: “*Si uno excluye de la religión judía la nostalgia mística de un retorno a la Tierra Prometida, se hace desaparecer el fundamento mismo de esa religión... He aquí porqué la aplastante mayoría de las plegarias judías, los ritos y los símbolos han perdido su sentido después del restablecimiento del Estado judío...*”; por eso también a los hebreos sin religión les “*es difícil comprender por qué es necesario soportar sacrificios a fin de preservar ‘valores judíos’ que no están inscritos en la doctrina religiosa*” (T. II, p. 553).

Koestler concluye evidentemente equivocado. “*El mundo entero va a saludar sinceramente la asimilación de los judíos*” y a partir, digamos, de la tercera generación, “*el problema judío va a desaparecer progresivamente*” (T. II, p. 554).

Lea el diario y se convencerá de que la lógica abstracta poco tiene que ver con la realidad. Los del periódico *Jewish Chronicle* de Londres insistieron en que basta con que los judíos de la diáspora financien al Estado de Israel sin asentarse ellos mismos en esa tierra tan prometida, pero Koestler no se da por vencido: “*quieren a la vez conservar la torta entera y saborearla. Es el camino de la perdición*” (idem).

Veremos, pero la *Jewish Chronicle* insiste: “la asimilación étnica es incompatible con la conservación de la fe judía; la fe judía se destruye con la asimilación. La religión judía vuelve perenne el particularismo nacional, nada se corromperá”, hoy se puede elegir libremente. Koestler recoge el guante y propone a la diáspora esta elección: “o hacerse ciudadanos israelíes o dejar de ser judíos. Él ha elegido el segundo término” (V. Boguslavski).

A.B. Joshua no se anda con vueltas: “Un judío ‘galut’ es un ser amoral”... “esta gente exige un status especial que no posee ningún pueblo en el mundo: que le permite tener dos patrias, en una de las cuales viven, la otra en la cual ‘vive su corazón’. Después de eso, se sorprenden por ser odiados” (T. II, p. 555).

Estos reproches morales, más bien moralina, eluden un aspecto fundamental de la *Gran Moral* que los judíos de la diáspora o ‘galut’ han percibido con extrema agudeza: el mundo está unificando su poder e incluso su gobierno formal, se está globalizando, de modo que las exigencias de esa realidad coinciden con los intereses de todos los judíos y los de las diáspora que son mayoría amplísima, constituyen una defensa tanto o más importante que la Tierra y el Estado prometidos. Soljénitsyne desgraciadamente no aborda este aspecto político estratégico de primordial importancia.

Se pregunta inútilmente J. Viner de qué debe liberarse el judío para no ser odiado, “no de nuestra judeidad, eso va de por sí...” (T. II, p. 555); claro que excluye por hipótesis la solución de San Pablo, que fue la primera y será la última.

Otra pregunta, aún más comprometida, es ¿cómo hacer para que se nos ame? Las respuestas van desde la desesperación al orgullo, y hasta de sentido común como A. Voronel: “Los judíos prestan demasiado atención a los antisemitas, y demasiado poca a ellos mismos” (T. II, p. 556).

Allá por los años ‘20 Einstein, un socialista revolucionario activo, se olvidó de la relatividad: el Estado de Israel debe convertirse en el centro que garantizará el porvenir a los judíos de todo el mundo, precisando además: “para nosotros y nuestros descendientes, el país debe tener el mismo significado supremo que tuvo el Templo para nuestros abuelos”.

Soljénitsyne, en cambio parece aplicar mejor la teoría de la relatividad a las cosas humanas: “De este pequeño país sitiado permanentemente se escucha como un rumor que surge desde debajo de la tierra: ‘esta Catástrofe cuyo espectro asedia de modo permanente el subconsciente de los israelitas’ ”... (M. Kaganskaia, en T. II, p. 556).

Asimilación y diáspora

La asimilación según algunas estadísticas de 1990 alcanza del 80 al 90 % en América resultando los hijos menos solidarios con el Estado de Israel que sus padres, lo que hace temer “la catástrofe de la autodisolución” según Pav Adin Shteinsalz, educador de gran prestigio que en esta opinión está bien acompañado (T. II, p. 557).

I. Libler agrega que “el antisemitismo de occidente ya no puede ser considerado como un elemento que refuerce la conciencia judía” y llega a concluir que los judíos europeos “consideran que son constreñidos a la judeidad por el antisemitismo. De allí esta contradicción: el judío no se considera judío sino cuando lo amenaza un peligro. Pero cuando él mismo se convierte en fuente de peligro, ya no

es más judío” (T. II, pp. 557-558, cita de Sonya Margolina, *Alemania y los hebreos: segunda tentativa*. 1991).

Sin embargo hay opiniones directamente en contra, así dice N. Bodgorets que ciertos hebreos están preocupados porque a Dios le podría complacer la destrucción del Estado de Israel con la consecuencia de que serían destruidos también los judíos diseminados en el mundo y “*no sobrevivirían una segunda Catástrofe en nuestro siglo*”.

Es de notar que “*el mito judío de una ineluctable Catástrofe*”, no tiene efectos negativos y muchos hebreos se preparan para retomar la bandera de su pueblo (Z. Bar Zella *El fundamentalismo islámico y el Estado Judío*, 1998, idem). En fin entre las numerosas hipótesis sobre la finalidad de la diáspora, la amplia mayoría ve “*su funcionalidad en el hecho de que hace prácticamente indestructible a los judíos, les garantiza su perennidad en los límites de la existencia del género humano*” (T. Fishtein, en T. II, p. 558).

Más claro en defensa de la diáspora: “*Estamos en contra de la exigencia histórica de someternos a la ‘alya’. No nos sentimos en el exilio*” (Leonardo Fein). “*No estamos dispuestos a volvernos una alya alimentadora de Israel*”... “*Si nos interesamos verdaderamente en lo que sea el mundo, no es por la forma de nuestro Estado, sino por la diáspora que es conocida por ser uno de los más grandes milagros de la historia universal*”, dicho en 1944 en el Congreso Judío Mundial.

San Agustín dijo casi lo mismo, pero desde la perspectiva cristiana, por lo que hasta los católicos reniegan de él. Fein ironiza luego contra Voronel, ya citado, y agrega que el Estado de Israel ha conferido a la diáspora “*un nuevo sentido, proporcionando por ello una solución a un tema que amenazaba llegar a un punto muerto, en una palabra ha venido a coronar el milagro de la diáspora. Lo ha coronado, pero no lo ha abolido*” (T. II, p. 559).

El perro y la pulga. Estadísticas

Bajemos un poco el nivel: el sostenimiento de la diáspora frente a la asimilación depende en buena parte de los matrimonios mixtos, prohibidos en la Biblia (*Os. 5, 7*), pero muy difundidos en occidente: en 1990 el 60 % en USA -otro tanto en América Latina-, diez veces más que la generación anterior y salvo las familias ortodoxas, la natalidad es muy pobre, sin decir nada de que muy pocos llevan una vida estrictamente judía. Las cifras son un poco inferiores en Rusia.

En fin “*el amor por Sion no basta y de Argelia o Irán se van a los países de mayor civilización, pues la imagen clásica y sempiterna de la Catástrofe inminente no atrae a los Judios a Israel*” (I. Libler, en T. II, p. 561), “*los judíos son un pueblo pervertido por una existencia que se ha desarrollado sin Estado, fuera de la historia*” (E. Bar Sele). Parece un juicio este último excesivamente unilateral, pero nos da una idea de la polémica interna.

Según A.B. Joshua: “*nadie tampoco osa hablar mal de Israel, pues criticar a Israel ¡es antisemitismo! Si sufren por Israel ¿por qué no vienen a vivir aquí?*”. Pregunta de no tan fácil respuesta, como vimos. De todos modos estadísticamente Beni Peled tiene razón: “*la mayoría de los judíos del mundo ya ha elegido: no quieren ser independientes... Lanza una mirada sobre los judíos de Rusia. Una parte de ellos ha querido la independencia, los otros viven la vida de una pulga en el cuerpo del perro ruso. Pero [si] el perro ruso se enferma un poco, se vuelve un poco malvado, ellos se*

buscan un perro americano. Al fin de cuentas, los judíos han vivido dos mil años de este modo” (T. II, p. 561).

E. Norden les aplica la psicología: la carga de culpabilidad por no emigrar a Israel es compensada “*acentuando su judeidad*”, asumiendo el riesgo de enfrentar a los antisemitas y sosteniendo al Estado de Israel. Soljénitsyne duda ante las afirmaciones y estadísticas que anuncian un descenso notorio de los judíos de la diáspora y las contrarias; le da la razón a I.M. Biekerman: la diáspora es indestructible. Y al historiados Sh. Attinger: “*La paradoja en la vida de los judíos de hoy, consiste en que su creciente arraigo en la vida de los otros pueblos no debilita su conciencia nacional, sino que a veces incluso la acentúa*” (T. II, p. 562).

Las razones del corazón

Soljénitsyne recuerda esperanzadamente los múltiples judíos que se inculturizaron en Rusia: “*muchos de ellos se han sentido muy sinceramente rusos en el alma, los pensamientos, los gustos, los hábitos... Sin embargo, hay en el alma de un judío como una nota única, una disonancia, una pequeña fisura que deja al fin de cuentas infiltrarse desde el exterior la desconfianza, las burlas, la hostilidad; y desde el interior como un viejo recuerdo:*

‘¿Quién soy yo? ¿Quién soy pues? ¿Soy ruso?

No, no. Soy un judío ruso’.

Rani Aren

“*Si la asimilación es en todo evidente, ella tiene sus límites infranqueables: lo que diferencia la asimilación espiritual perfecta de la asimilación cultural y con mayor razón de la asimilación corriente que depende de la vida civil y cotidiana. De manera providencial para la judeidad, los judíos se preservan a sí mismos; cualesquiera que sean los signos exteriores de asimilación, guardan ‘en su fuero interior una fisonomía judía’ (Solomon Lurié)” (T. II, p. 563-364).*

Aunque al terminar la p. 565, Soljénitsyne cree que “*¿existen notables destinos aislados, individuos plenamente asimilados! Nosotros en Rusia, los saludamos con todo nuestro corazón*”. Habrá que analizarlos y compararlos con los nuestros, como por ej. en España Sta. Teresa o un misionero de América como el P. Acosta y muchos otros apóstoles confesos y convictos. ¿Habrá judíos rusos con “*culturización*” semejante tan “*sincera*”, capaces de renovar la mística, la política y la inquisición?

Otra preguntita envenenada: “*en el s. XX, un judío creía aún que ‘la unidad de toda la humanidad es el ideal del mesianismo judaico’ (G. Sliosberg). ¿Pero es verdaderamente así? ¿Ha existido alguna vez este ideal?” (T. II, p. 564).* Todas estas preguntas y afirmaciones finales de Soljénitsyne exigen, creo, una respuesta desde la trascendencia y la Revelación cristiana, sin perjuicio de la utilización de argumentos racionales y datos, lo que excede el objetivo de estas líneas.

Luego de algunas citas arriesga su juicio sobre la solución de ese enigma insondable: “*La clave del problema no reside en la fatalidad ligada al origen, no se encuentra ni en la sangre ni en los genes, sino en el asunto de saber hacia qué sufrimientos se inclina más vuestro corazón, ¿el de los judíos o el de los habitantes del país donde habéis sido criados?” (T. II, p. 564).*

El punto de vista de Soljénitsyne, y otros que cita, es notablemente ruso y se apoya en los sentimientos, punto de vista respetable, pero insuficiente. San Pablo tenía empatados ambos sentimientos y resolvió el partido por motivos superiores.

No hay caso, *“el problema de la asimilación conserva su dificultad”* y no lo resolveremos, digo, hasta la segunda venida de Cristo, mientras tanto el autor confiesa en su epílogo que los problemas suscitados por los judíos rusos, libremente emigrados luego de 1987, lo superan.

Judíos y eslavos no sólo vivieron un buen tiempo juntos, hasta compitieron *“sobre el asunto de saber quién era el pueblo elegido”* (R. Nudelman), y Soljénitsyne nos deja con este último texto: *“Creo que no es por azar que, en los destinos de Rusia, el alma judía y el alma eslava se han encontrado: había allí algo de providencial”* (L-ski, *Carta desde Rusia*, 1981, en T. II, p. 566).

Esta síntesis comentada, más aún dialogada con el lector imaginario, puede muy bien completarse con otra síntesis, la de los comentarios a *Doscientos años juntos*, realizados por críticos de diversas orientaciones. De todos modos ese eventual comentario a los comentarios está al alcance del lector que utilice internet. Salvo alguna excepción expresamente indicada he preferido por el momento evitar esas valiosas contribuciones a fin de concentrar y limitar este trabajo al texto de Soljénitsyne cuyo vigor moral e intelectual, como sostuvimos en el prólogo con una media docena de razones, lo acreditan entre nosotros como una especie de Santo Padre, inesperado e inigualable, en el centro de la llamada postmodernidad y de nuestra espiritualidad prepentecostal.